



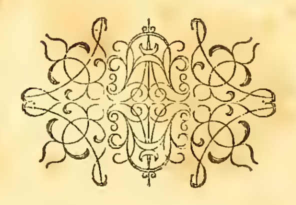
LA
CAMELIA.

SEMANARIO

De Literatura, Variedades, Teatros, Modas, etc.

DEDICADO

A LAS SEÑORITAS MEJICANAS.

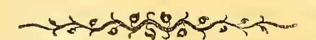


MEJICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO, calle de Chiquis N. 6.

1853.

INTRODUCCION.



DAMOS principio á nuestras tareas animados por el deseo de contribuir en algun modo á los adelantos del bello sexo mejicano y abrigando la esperanza de conseguirlo, no porque creamos suficientes nuestros trabajos, sino contando con la docilidad y el deseo de saber que anima generalmente á esa hermosa mitad de nuestra existencia. Muchos han emprendido la educacion del bello sexo; pero acaso el éxito no ha correspondido á sus esperanzas, por haber descuidado lo interesante por lo superficial, los elementos de un sólido adelanto por lo de mero adorno. Bellas flores sembradas en el camino de la vida, solo se ha procurado hacerlas mas vistosas, sin cuidar de su aroma. Destinada la mujer á acompañar al hombre en la trabajosa peregrinacion del mundo y participando igualmente de sus goces y de sus pesares, no debe dejarse abandonada su inteligencia, mina riquísima que produciria los mas abundantes frutos si se explotase de una manera conveniente. Esto es lo que intentamos, no confiados, como dijimos antes, en solo nuestras fuerzas, porque son muy pocas; y si nuestros afanes no dieren el resultado que esperamos, nos quedará el consuelo de haber comenzado una obra que otros acaso terminarán con mas acierto. El plan que seguiremos es el siguiente:



J. R. Navarro, editor

Litog. de Decaen.

Lucciola

LUCCIOLA.*

Por Enrique de Lacretelle.

I.

VENECIA dormia al ruido de las olas que bañaban sus piés de mármol; las luces del muelle de los Schiavoni, de las ventanas de algunos palacios aun habitados, de la Doganna di Mare y del Rialto, habian cesado de reflejarse en el gran canal unas después de otras. No habia una persona en las calles, en estas callejuelas donde zumba la poblacion veneciana; no se veia un guitarrista de San Márcos, ni se oian los gritos de los gondoleros en el ángulo de los canales. Las campanas de las trescientas iglesias estaban en silencio; las mujeres no charlaban; las palomas se habian acurrucado en la cúpula. ¡No habia una linterna, ni una estrella, ni se oia una cancion, ni un remo! Llovia: ¡cosa odiosa é inútil por cierto! ¡la lluvia en el mar!

Sin embargo, le ocurrió á un jóven viajero, que no era poeta, abrir los postigos de la ventana en este tenebroso desierto. Habitaba un cuarto bajo, frente á Santa María de la Salute, en un palacio que desde la víspera se habia convertido en hotel. Debemos confesar que no se entregó á meditacion alguna sobre la decadencia de la ciudad que le recibia, y que no trajo á la memoria ninguna de las tradiciones del pasado, mas que el recuerdo

* Luciérnaga.

del carnaval y el de las cortesanas que bajo el pretexto de una careta que les cubria el rostro, se dejaban conocer por su cuello de alabastro, y abandonaban la extremidad de sus hombros desnudos á todos los besos que encontraban. Estos recuerdos tristes eran al menos oportunos: era el mes de febrero; todas las capitales de Europa se divertian, y Venecia no tenia una hora de distraccion que ofrecer á un extranjero cuyos bolsillos estaban llenos de oro y cuyas manos eran muy liberales.

Iba á entrar en su aposento, cuando una luz que apareció á lo lejos en el gran canal lo detuvo en su balcon. Era una góndola que surcaba lentamente las ondas y que traia la modulacion, al principio lejana y confusa, de una cancion, que se aproximaba poco á poco. La marcha de la góndola, si se puede llamar así, era ligera y caprichosa. Se comprendia que era dirigida por la mano de una jóven. En efecto, á poco pudo distinguir el viajero, por el reflejo de la linterna, puesta sobre un cuello de cisne, unas formas femeninas y flexibles que se inclinaban sobre el remo. La cancion y el movimiento eran de la misma persona. La batelera estaba sola. Su voz, mezclada al ruido del agua contra la barca, producia vibraciones limpias y sonoras; ella mecia y cadenciaba el armonioso deleite del remo; pero á medida que la cantatriz hacia adelantar su góndola, contenia su voz. Aun hubo un momento en que parece que solo encontró lágrimas y el romance no fué mas que un melodíoso suspiro. La débil embarcacion rozó las orillas del antiguo palacio; cuando hubo llegado al pequeño canal que se dirige hácia San Márcos, dió vuelta bruscamente en el ángulo de la pared y desapareció. El surco de la barca, la reverberacion de la luz en la ola, la dulce cancion, se extinguieron al mismo tiempo. El sueño habia acabado

En efecto, un sueño fué para el viajero inclinado sobre su ventana. Formas entrevistas, palabras adivinadas, un rayo dudoso, nada mas. Pero estas apariencias habian bastado para encantarlo. Le pareció que este puro perfil que pasó ante su vista era ese tipo divino que los grandes poetas y los grandes pintoser sospechan una vez en su vida en el corto destello de una inspiracion trasparente, pero que jamás realizan ni en sus cantos ni

en sus pinturas. Unos cabellos negros á merced del viento, una mano blanca en la oscura noche, un cuerpo cuya deliciosa cintura se doblaba y se enderezaba con el remo como en el movimiento de una danza ondulante, una voz clara que salia de las fuentes mas cristalinas del corazon, un perfume desconocido que le habia penetrado cuando la góndola pasaba, y luego aquel desprecio al frio y á la lluvia, hacia un todo misterioso, triste y fugitivo como un sueño perdido.

Néstor, este era el nombre del viajero, quedó extático por algunos instantes, sumergido en su contemplacion, que era ya solo ideal. Se inclinó sobre el balcon tratando de ver el canal en que desapareció la jóven; extendió los brazos como para asir la vaporosa aparicion. En fin, después de algunos instantes de indefinidos recuerdos, sacudió su rubia cabeza como si hubiera podido arrojar esa imágen; cerró la ventana, y esperó, corriendo las pesadas cortinas de terciopelo, no ver ya la fantasma que le perseguia, como no se perciben los actores cuando ha caido el telon.

El aposento que ocupaba era vasto y en cierto modo imponente. El maderámen de vieja encina, curiosamente esculpido, daba á las paredes una fisonomía misteriosa y claustral. Sobre las puertas se veian antiguos retratos de la brillante escuela de Venecia, y se distinguia, por el color mas vivo de algunos entrepaños que recientemente se habian quitado de allí, algunas panoplias. Encima de un escudo se veia vagamente la silueta de un navío. El gran mástil se perdia en la inmensidad de la sombra y de los reflejos vacilantes de dos bujías colocadas en una mesa; parecia algunas veces que el navío se agitaba como si hubiera sido mecido con un movimiento de vuelco. ¿Habia sido habitada esta cámara por algun dux? Era digna de ello al menos.

Néstor se sentó bajo un maravilloso espejo con un escudo en su parte superior. La cabeza del jóven desaparecia enteramente bajo el respaldo de un sillon gótico.

Solo diremos de él dos palabras, pues se hará conocer por su lenguaje y por sus acciones. Era bello, rico y distinguido por su cuna, y la educacion casi nada habia añadido á sus cualidades; tenia una grande inexperiencia en materia de arte y poesía,

y aun menos remordimientos que saber. Su vida habia sido hasta entonces un deslumbrador festin, sin trabajo y sin término. Libre é inconstante, el encantador y pródigo ignorante viajaba por cambiar de horizonte, para gustar de todos los frutos, para esflorecer á todas las mujeres. Jamás habia hecho mal, porque su corazon era honrado; habia hecho poco bien, porque en todo se habia limitado á bosquejos; pero era atrevido, franco y alegre. Sentia á sus queridas y todas ellas lo sentian, porque el frívolo entusiasta se deslizaba entre sus brazos como una onda.

Néstor soñaba, pues, sin dormir por la primera vez de su vida. Soñaba con la fugitiva batelera que se habia llevado en su caprichosa góndola el único deseo que no satisfizo. Este jóven conquistador de fáciles amores aborrecia á la jóven que no habia sabido que sus dos manos se tendian hácia ella. Odiaba á la ola que se habia llevado la barca, á la noche que habia impedido que se adivinara su mirada. Pero esta impresion se iba á borrar en la ligera trasparencia de su frívola imaginacion (porque el recuerdo no tiene imágenes mas que para los corazones probados), cuando oyó en la pared un ligero rozamiento. Levantó los ojos hácia el espejo que estaba arriba de él, y vió entreabrirse un panel y presentarse en realidad delante de él la encantadora vision de su sueño. Era ella en efecto, con su jubon negro, y la gasa roja que rodeaba su cuello graciosamente anudada. Volvió á cerrar el panel, y sin parecer que extrañaba la luz, vino á apoyarse de codos en el borde del gran sillon en que estaba Néstor arrellanado. El jóven, sin darse cuenta de la sorpresa y no aceptando mas que la dicha, se levantó y se arrodilló delante de la cabeza rafaélica que se inclinaba hácia él. En este instante y como si hasta entonces hubiera comprendido la jóven, dió un grito y retrocedió para huir. Pero Néstor, enlazándola con uno de sus brazos, la retuvo pálida y turbada é inclinó sus labios para besar su frente. Ella se desprendió de él, y en su debilidad y espanto cayó sobre el sillon.

—¡Oh! exclamó ella hablando en un italiano puro, no sabia que estábais aquí, señor; perdon. Hace mucho tiempo que esta cámara no tenia huésped.

—¡Bendita sea la hermosa visitadora que entra por la pared, como la luz por la ventana! respondió Néstor en el mismo idioma. ¡Vuestra Venecia es la ciudad de las hadas! ¡Por Dios! mi bella gondolera, yo permito la entrada, pero no la salida.

E hizo para retenerla un movimiento que hubiera pasado por una caricia; pero ella lo miró con tan digna castidad, que no se atrevió á detenerla en sus brazos y permaneció contemplándola en silencio.

Ella replicó sonriendo tristemente:

—¿Habeis venido en la noche? ¿habeis elegido para asilo el antiguo palacio de mi padre? Está bien: la hospitalidad es una de las leyes de nuestra familia. Os acojo con gusto, porque me pareceis noble y extranjero. Procuraré que nada os falte.... Pero perdonareis la insuficiencia de mi pobreza....

La sorpresa de Néstor fué prodigiosa al oir estas extrañas palabras. Sin embargo, reflexionó un instante, se aproximó á ella, y le dijo, después de haberse reido él mismo de su estupefaccion natural:

—¡Ah! comprendo. Sois la hija del señor Brighella, mi huésped. A fe mia, justificais admirablemente su insignia, la *Estrella*.

Ella se puso á reir á su vez, pero con un desden que apretó uno contra otro sus dos labios de púrpura; después tomó una luz y la puso frente á uno de los retratos.

—¿A quién se parece? dijo.

—Tanto como una barba gris puede recordar unos cabellos negros y una cabeza de emperador la frente de un ángel, este retrato se os asemeja.

Volvió á colocar en su lugar la luz, y respondió con una mezcla de tristeza y de orgullo:

—¡Pues bien! ¡es mi abuelo paterno! Y este palacio era de sus antepasados hace doce generaciones.

—De manera que estoy aquí.....

—En mi casa, respondió ella haciendo un gracioso gesto. Sí, en las barcas, en los puentes, en San Marcos, se ponen todas á reir cuando hablo así. Pero vos me comprendeis, señor. Mien-

tras este viejo techo no haya caido al mar, pertenecerá á la hija de los que lo han construido; ¿pues qué, no está escrita en cada piedra la historia de mi familia? ¿pues qué, este palacio no nos lo ha dado la república? ¿este lecho no ha visto nacer y morir dux? ¿Es porque las ondas que corren debajo se han llevado los recuerdos y las imágenes del pasado? ¿ó porque se puede hacer que la casa no haga en la historia el mismo papel que el nombre? Sí, estais en mi casa. Ellos han creido que insultándome en la puerta, me impedirian venir aquí todas las noches, á este cuarto lleno aun de los últimos suspiros de mi padre. Pero la vieja morada se abre por sí sola ante los pasos de la hija. Yo sé cuáles son las paredes que tienen escaleras, y conozco los canales subterráneos por los que entraban las góndolas cuando los dux volvian del consejo. Creedme, este palacio me pertenece como la mar á Venecia, como el nido al pájaro, como la vela al viento. ¡Sed bien venido! La pobreza me ha arrojado de él; lo han vendido en pública subasta; pero es mio ante la historia de la república y ante la justicia de Dios!

¡Qué bella estaba al hablar así! ¡con qué arrogancia y soberanía elevaba su noble y jóven cabeza! ¡Néstor, que no trataba ya de comprenderla, se entusiasmaba delante de esta triste y desdeñosa locura! Sin analizar sus impresiones, sin saber si soñaba ó estaba despierto, sufria con pasion esta irresistible belleza.

—Quien quiera que seais, le dijo, tengo necesidad de saber vuestro nombre para unirlo á la mayor emocion de mi vida: ¿os llamais.....

—Lucciola, respondió; es un nombre ridículo cuando la gloria de la familia se ha extinguido y cuando lo lleva una jóven oscura como yo.

—¡Es un nombre encantador! respondió Néstor.

—¿Lo comprendeis pues? Cuando mi padre me lo dió, me dijo: "¡Sé la Luciérnaga que brillará en la noche de nuestra ruina! ¡sé la ráfaga luminosa que centellará de segundo en segundo en la oscuridad de Venecia! ¡sé la luz fosfórica de nuestras ondas desiertas!" ¡Ay! nada de esto soy; pero corro en los canales por la noche, con la cancion de mi corazon y la luz de mi góndola.

¡Arrojo un eco y un reflejo hácia nuestros monumentos que caen! Conozco mi país natal como el viento conoce el cimborrio de San Márcos. Yo os la mostraré si quereis, señor; esta será mi manera de pagaros la hospitalidad de Venecia. Mañana por la mañana mi barca estará en la orilla. Ahora perdon otra vez por haber venido á turbaros con mis recuerdos!

Y se dirigió hácia la pared, donde apoyándose sobre una imperceptible hendedura, abrió una puerta que daba á una escalera bajo la que se oia estrellarse la ola. Pero Néstor estaba ya demasiado encantado con su misteriosa aventura para dejar partir sola á esta extraordinaria jóven. Corrió hácia ella, y deteniéndola respetuosamente esta vez, le dijo en un tono de súplica:

—¡Oh! dadme desde esta noche ese lugarcito en vuestra góndola. Antes de haberos visto detestaba á Venecia; ahora la adoro. ¡Dejadme verla con vuestra mirada! No os dejo aun cuando debiera seguiros á nado....

—Vaciló ella un instante; después, confiando sin duda por la feliz y honrada figura del jóven viajero, le respondió sonriendo:

—¿Sois prudente?

—Prudente como el respeto y religioso como la adoracion.

—¿Teneis miedo en la noche?

—Sí, cuando estoy solo, respondió. Y añadió para sí: ¡Oh mi bella Lucciola! no tengo miedo sino de amarte demasiado.

—Entonces, seguidme, y tomad esto para que os sirva de guia en las tinieblas. Y desató la gasa roja que flotaba al rededor de su cuello, teniendo una extremidad en su mano; tendió la otra á Néstor, sin percibir que este la llevó á sus labios. Llegaron al fin de la escalera donde estaba amarrada la góndola. Lucciola se lanzó á ella con un gracioso movimiento; Néstor la siguió menos atrevido y partieron.

(Continuará.)

GEOGRAFIA.

PRIMERA LECCION.

FIGURA DE LA TIERRA.

ME hallaba noches pasadas en casa de unas señoritas á quienes visito y en cuya compañía suelo pasar los mas agradables momentos. Son dos jóvenes hermanas, de diez y ocho años la una y de diez y seis la otra, y se llaman Consuelo la primera, Cármen la segunda. Huérfanas desde su mas tierna edad, han sido educadas por una anciana tia, en cuya compañía viven; muy buena señora, pero que no ha enseñado á sus sobrinas mas que á coser, bordar, guisar, y á practicar las virtudes, á las que se prestan fácilmente sus almas sencillas y dóciles; y esto, no porque les hayan faltado proporciones para instruirse en los demás ramos que tanto embellecen á una señorita cuando la pedantería y la superficialidad no se mezclan á sus conocimientos, sino por el descuido con que se ve en nuestro país la educacion del bello sexo y la mala inteligencia que se tiene de esta educacion. En efecto, y permítaseme la digresion, unos creen que la mujer no debe ser científica y se limitan únicamente á instruirlas en las labores propias de su sexo, de donde resulta que no teniendo ningun conocimiento de lo que pasa fuera del círculo en que giran, hacen á Atila contemporáneo de Gregorio XVI y colocan á Dublin en las islas Baleares. Otros, por el contrario, entendiendo mal lo que quiere

decir educacion, las dedican á otros ramos, que si bien son necesarios para brillar en la sociedad, no les proporcionan mas que una utilidad pasajera y de muy poco fruto. El baile, los ejercicios gimnásticos, la equitacion, etc., son muy útiles sin duda; pero sucediendo, como sucede, que á estos ramos se dedican las señoritas con exclusion de los demás, que les proporcionarian un provecho mas real, vienen á caer en el mismo escollo que las primeras, cometiendo los mismos anacronismos y sumidas en la misma ignorancia. Esto fué lo que sucedió con Cármen y Consuelo. Yo las conocí desde muy pequeñas, por haber llevado estrecha amistad con su padre, y he podido observar que su inteligencia es una tierra vírgen que produciria muy abundantes frutos cultivada por una mano diestra. El deseo que tienen de saber algo mas de lo que les han enseñado, hace que muchas veces emprenda yo la tarea de comunicarles algunos de los conocimientos que los años y el estudio me han proporcionado, y por cierto que me dan muy buenos ratos cuando pendientes de mis labios procuran grabar en su memoria las lecciones que suelo darles sobre diferentes materias. Voy á trascribir aquí la conversacion que tuvimos noches pasadas, porque creo que podrá ser de alguna utilidad para mis bellas y amables lectoras.

Consuelo.—Señor don Pedro, deseariamos que usted nos explicase una cosa que hemos sabido, si no le molestan nuestras continuas preguntas.

Yo.—¿Molestarme? de ninguna manera; ya saben ustedes que mi mayor gusto es poder enseñarles lo poco que sé.

Consuelo.—Pues contando con la bondad de usted, quiero que nos diga si es cierto lo que oimos la otra noche en casa de mis primas.

Yo.—¿Qué fué?

Consuelo.—Que cuando en Méjico son las seis de la mañana, en Roma son poco mas ó menos las seis de la tarde.

Yo.—Es muy cierto.

Carmen.—Nosotras comprendemos que eso puede ser muy bien, pero no podemos figurarnos cómo es que el sol no alumbra al mismo tiempo diferentes puntos.

Yo.—Para explicárselo á ustedes es preciso que tengan antes otras nociones sin las cuales seria imposible que pudiesen entenderlo.

Consuelo.—Si usted tuviera la bondad de decirnos esas cosas que ignoramos, veria con qué atencion lo escuchábamos.

Yo.—Lo haré con mucho gusto. La figura de la tierra es la de una bola perfectamente redonda; esto lo conocerán ustedes fácilmente si observan que cuando uno se embarca, teniendo enfrente una montaña, ve desaparecer sucesivamente el pié, y luego la cima, de manera que lo último que deja de verse es el punto mas elevado de dicha montaña; al contrario, cuando uno se acerca ve aparecer primero la cima, y sucesivamente los puntos mas inferiores, hasta llegar á la llanura, que es lo último que se presenta. Pues bien, si la tierra fuese plana, no podria producirse este efecto, pues entonces sucederia que la montaña se veria cada vez mas pequeña, pero completa, sin ocultarse ninguno de sus puntos.

Esta es la razon por qué el sol no puede iluminar al mismo tiempo diversos países, pues su misma curvatura le impide comunicar su luz al punto opuesto á aquel á quien está alumbrando. Tomen ustedes una bola de billar y colóquenla frente á la vela; verán como solo una mitad de ella está iluminada y la otra oscura. Pues lo mismo sucede con la tierra respecto del sol, y de aquí proviene la sucesion del dia y de la noche, lo cual es otra prueba de la redondez de la tierra.

Carmen.—Pero me ocurre una dificultad. La tierra está erizada de montañas, de las cuales algunas son muy elevadas y salientes: ¿á pesar de eso tiene la figura que usted nos dice?

Yo.—Sin duda que sí; porque aunque la elevacion de esas montañas es muy considerable, pero comparada con el volúmen total del globo, es casi nada. Una naranja está llena de asperezas en toda su superficie; y sin embargo, ¿dirán ustedes que no es redonda?

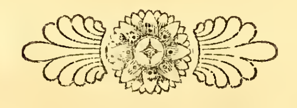
Consuelo.—Ya se ve que no.

Yo.—Pues eso es lo que sucede con la tierra. Esas elevaciones de la naranja serán muy considerables para un insecto muy pequeño que recorriese su superficie, y estoy seguro que tardaria

mucho tiempo en trepar por una de ellas, y sin embargo, ya ven ustedes que la naranja nada pierde de su redondez por los puntos salientes que presenta. Nosotros somos respecto de la tierra lo que ese insecto relativamente á la naranja; y si pudiéramos verla desde la luna por ejemplo, no observariamos en su circunferencia ninguno de esos picos que nos parecen tan elevados cuando estamos al pié de ellos. La luna tambien tiene montañas, como se puede colegir por las sombras que se le observan cuando se la mira con un telescopio, y sin embargo, su circunferencia presenta una línea igual en todos sus puntos, sin que haya uno solo que se eleve mas que los otros. Ahora comprenderán ustedes cómo es que mientras en un lugar es de dia, en otro es de noche. Esa misma bola de villar puede servirles para que se cercioren. Puesta frente á la vela, una mitad estará iluminada, es decir, allí es de dia, mientras la otra está oscura, es decir, es de noche; y en dos puntos diametralmente opuestos, cuando en el uno sea la medianoche, en el otro será el mediodía, y la diferencia de horas será menor mientras mas cerca estén dichos dos puntos. ¿Han comprendido ustedes ahora, que lo que oyeron decir era una cosa muy natural?

Consuelo.—Sí señor, perfectamente. Pero lo que ahora nos ha dicho usted nos ha infundido mas curiosidad por saber otras cosas tocante á la tierra. ¿Será esta la última leccion que tendremos el gusto de recibir?

Yo.—No, señoritas, yo les diré cuanto gusten saber y esté á mi alcance. De buena gana continuaría yo hablando á ustedes de la esfera y sus círculos, pero no quiero fatigarlas demasiado, y será otra vez.—*H.*



INVOCACION.

TÚ que el encanto de mi amor primero
Fuiste, mujer que el corazon adora,
Ven á enjugar las lágrimas dolientes
Del corazon que llora.

Ven, y otra vez tus plácidas caricias,
Del alma ahuyenten el tenaz quebranto,
Que al eco dulce de tu voz divina
Se calmará mi llanto.

Ven, que otra vez murmure la corriente,
Y la apacible y olorosa brisa
El cáliz bese de las puras flores
De amor al oir tu risa.

Quiero ver los celajes matutinos
Que anuncian el fulgor del nuevo dia,
Inquietarme de amor, sentir el pecho
Latir por tí, María.

Quiero á la orilla del ameno rio
Tu llegada esperar en la mañana,
Y una flor con las perlas del rocío
Ofrecerte galana.

Quiero verte cruzar por la pradera,
Envidia dando á las pintadas flores,
Y ver cómo á la voz de tus cantares
Callan los ruiseñores.

Quiero al volver á contemplar tus ojos
Como otros dias de eternal memoria,
Gozar de los ensueños que me anuncian
Un porvenir de gloria.

Quiero embriagarme con tu dulce aliento,
Quiero mil besos imprimir de amores
Sobre tu frente púdica y sin mancha,
De aurora á los albores.

Quiero besar sobre tu níveo cuello
La misteriosa cruz de tu garganta,
Mientras tu boca sonrosada y pura
Endechas de amor canta.

Canta como en otros dias
Al blando arrullo del viento,
Y que tu mágico acento
Camine de flor en flor.
Y al son de tus armonías
En la plácida corriente
Del arroyo, dulcemente
Se oiga la voz de tu amor.

Que se escuche en la pradera
Al cruzar entre las flores,
Y los pájaros cantores
Enmudezcan á tu voz.

Porque es dulce y hechicera
De tu voz la melodía,
Porque es tu cantar, María,
El himno santo de amor.

Para mí es tu dulce acento
Que se eleva hasta las nubes
Cual la voz de los querubes
Que el coro forman de Dios.
Al oirlo, hermosa, siento
Embriagarse mis sentidos;
Y aun en tus gratos gemidos
Oigo la voz de tu amor.

Sí, ven y canta conmigo
De este campo en la llanura;
Yo cantaré tu hermosura,
Tú cantarás mi dolor.
Que el cielo sea testigo
De nuestros tiernos acentos,
Que escuche los juramentos
Que ofrecemosal amor.

Y después, mujer hermosa,
Aunque acabe mi existencia,
Tú, el ángel de la inocencia,
Levantarás tu oracion.
Llorarás sobre la losa
De mi tumba solitaria,
Y aun en tu dulce plegaria
Yo oiré la voz de tu amor.

Méjico, marzo de 1853.

Francisco Granados Maldonado.

A P.***

A mi amigo D. Ygnacio Ferrer.*

Vírgen de amor que vives en mi mente,
Tú por quien siempre el corazon suspira,
Oye los ecos de mi triste lira
Que te revelan mi ferviente amor.
Escucha, hermosa, mi sentida queja,
Escúchala piadosa y calma luego
De mi pasion el amoroso fuego,
Que al mirarte, en mi pecho se encendió.

¡Ah! por piedad no apartes de mis ojos
Tu casta imágen, pudorosa y bella;
Prendida mi alma te llevaste en ella,
Y sin verte no puedo ya vivir.
¡Ay! si no me amas, si mi amor ardiente
No enciende el mármol de tu helado pecho,
Si ha de existir en mi alma á mi despecho
Como las flores que en la tumba ví:

Si han de morir las esperanzas mias
Cual las espumas cándidas de un lago,
Como el recuerdo de un ensueño vago
Que mil goces purísimos mintió;

* Se nos ha remitido la presente composicion.

Plugiera al cielo que el destino airado,
La lámpara soplando de mi vida,
En cenizas dejará convertida
Su clara luz mi degraciado amor.

Porque sin tu amor, querida,
Triste, muy triste es la vida
Del que rendido te adora,
Como la cancion perdida
De tórtola gemidora.

¡Ay! lejos de tí, bien mio,
Es preferible la muerte
Al insondable vacío,
Al inmenso árido hastío
Que me devora al no verte.

Porque tu grata presencia
Da vigor á mi existencia,
Como el calor á las flores,
Que tristes dan en su ausencia
Sus quejas en sus olores.

Porque tú, luz de mis ojos,
Con el aliento divino
De tus bellos labios rojos,
Adormeces los enojos
De mi bárbaro destino.

Por eso cuando la aurora
Diamantes líquidos llora
Sobre las dormidas flores,
Te canto yo mis amores
En mi cítara sonora.

Y cuando la noche oscura
Viene con su sombra impura
A dejar ciegos mis ojos,
Doy al viento mis enojos
En mi canto de amargura.

Pero el viento receloso
De que mi ruego amoroso
Tu blando seno conmueva,
Plega sus alas medroso
Y mi acento no te lleva.

¡Ay! que si tú lo escucharas,
Idolatrada mujer,
Mis pesares endulzaras,
Y en un Eden de placer
Mi amargo existir cambiaras.

Mas ya que el viento celoso
De que mi ruego amoroso
Tu blando seno conmueva,
Plega sus alas medroso
Y mi acento no te lleva,

En estos sentidos vales,
Donde mi amor se refleja,
Mira mi tímida queja,
Y tus ojos celestiales
Háblenme tras esa reja.

Méjico, marzo 12 de 1853.

JESUS DEL CORRAL.



UNA APARICION NOCTURNA.

El doctor inglés Fowler, obispo de Glocester á principios del siglo XVIII, era de los que creian en apariciones, y se cuenta que tuvo con el juez Powell la siguiente conversacion:

—Desde la última vez que nos vimos, le dijo el juez, he tenido una demostracion palpable de que hay apariciones nocturnas.

—Celebro mucho que se haya usted convertido á la verdad; pero cuénteme usted los pormenores de la historia.

—Voy allá, milord. Era, deje usted acordarme, el jueves pasado por la tarde, entre once y doce, pero mas cerca de las doce que de las once; ya estaba yo acostado, cuando derepente me despierta un ruido extraño, y oigo que alguno subia las escaleras y se dirigia á mi cuarto con pasos graves; se abrió de pronto la puerta, yo descorrí mi cortina y ví penetrar una luz débil y confusa......

—¿De color azul sin duda?

—Era, en efecto, de un azul pálido, milord, y tras ella venia un personaje alto y flaco, con los rizos del cabello canos; cubria su cuerpo un ropon largo y flojo, sujeto á la cintura con una correa; era su barba espesa y cenicienta, y llevaba un gran gorro de pieles que le cubria la cabeza, y un garrote largo en la mano. Asustado con esta vision, me quedé por algun tiempo inmóvil y en silencio; entre tanto, aquella figura se acercaba fijando en mí su vista, y por fin le dije: ¿quién eres? ¿de dónde vienes?

—¿Y qué respondió? cuénteme usted, ¿qué dijo?

—Esta fué su respuesta: "Soy el sereno de esta calle, y con perdon de usted me he atrevido á subir para avisar á los criados que la puerta de la calle se ha quedado abierta, y que si no la cierran no será extraño que amanezcan robados."

(Penny Magasine.)

ORTOGRAFIA.

Un soltero cotorron, de estos que venden sus obsequios mas expresivos al bello sexo, pero que llegando á puntos formales, tal como el matrimonio, tocan retirada al momento, hacia mucho tiempo que frecuentaba una casa donde habia tres señoritas hermanas, sin que hubiese dejado entrever cuál era la preferida en su corazon. Cansadas las niñas de la incertidumbre en que las tenia el caballero con sus atenciones generales á todas, exigieron de él, por medio de un amigo, que manifestase cuál de las tres era la afortunada, y en la siguiente décima dió su contestacion:

Teresa, Juana y Leonor
En competencia las tres
Exigen diga cuál es
La que prefiere mi amor
Y aunque parezca rigor
Digo pues que amo á Teresa
No á Leonor cuya agudeza
Compite consigo ufana
No aspira mi amor á Juana
Que no es poca su belleza.

La señorita Teresa fué la primera que se apoderó del papel, y leyó así:

Teresa, Juana y Leonor,
En competencia las tres,
Exigen diga cuál es
La que prefiere mi amor;

Y aunque parezca rigor,
Digo, pues, que amo á Teresa,
No á Leonor, cuya agudeza
Compite consigo ufana;
No aspira mi amor á Juana,
Que no es poca su belleza.

Leonor pidió el papel para cerciorarse de si su hermana Teresa era la preferida, y leyó así:

Teresa, Juana y Leonor,
En competencia las tres,
Exigen diga cuál es
La que prefiere mi amor:
Y aunque parezca rigor
Digo, pues, ¿qué amo á Teresa?
No. A Leonor cuya agudeza
Compite consigo ufana:
No aspira mi amor á Juana
Que no es poca su belleza.

Bien, dijo Juanita, venga el papel, que yo soy la querida, y leyó de este modo:

Teresa, Juana y Leonor,
En competencia las tres,
Exigen diga cuál es
La que prefiere mi amor:
Y aunque parezca rigor
Digo pues ¿qué, amo á Teresa?
No. ¿A Leonor cuya agudeza
Compite consigo ufana?
No. Aspira mi amor á Juana
Que no es poca su belleza.

Nos hemos quedado como estabámos, dijeron las tres á un tiempo. Encargaron, pues, al amigo confidente, pidiese al caballero la décima con la puntuacion verdadera, pues por la copia que ha-

bia mandado nada podian sacar en claro. Después de mucha excusas y dilaciones, se las envió en los términos siguientes:

Teresa, Juana y Leonor,
En competencia las tres,
Exigen diga cuál es
La que prefiere mi amor:
Y aunque parezca rigor
Digo pues, ¿qué, amo á Teresa?
No. ¿A Leonor cuya agudeza
Compite consigo afana?
No. ¿Aspira mi amor á Juana?
¡Qué! ¡no! es poca su belleza.

Quedarian las señoritas tan desengañadas de sus pensamientos amorosos, como convencidas de lo necesario que es para no engañarse ni engañar á los demás, el estudio y la práctica de las reglas de ortografía.

(Copiado.)

DEBERES DE LA MUJER.

Una jóven puede hablar muy bien el francés y el italiano, puede repetir algunos pasajes de un volúmen de extractos, tocar como un profesor y cantar como una sirena; tener su aposento adornado con dibujos, pinturas y floreros hechos por ella: además, puede bailar como la misma Sempronia, y sin embargo, creemos que puede estar muy mal educada.

Estoy lejos de negar su valor á todas y cada una de estas cualidades; todas son elegantes, y muchas probablemente contribuyen á perfeccionar una culta educacion. Estas cosas pueden hacerse con medida, hasta cierto grado; pero hay otras que son indispensables. Muchas son graciosas, pero "es necesario una." Además, como parece que el mundo conoce perfectamente el valor de todo lo que tiende á embellecer la vida, no me parece oportuno detenernos mas sobre su importancia.

Aunque un elevado nacimiento autoriza á una jóven para aprender las artes establecidas, permitidme que pregunte: ¿es acaso el verdadero fin de la educacion que las mujeres de rango sean bailarinas, cantatrices, tocadoras, pintoras, grabadoras y bordadoras? La mayor parte de los hombres estan comunmente destinados á seguir alguna profesion, y su espíritu se ocupa necesariamente en alcanzar su objeto.

¿No seria extraño que se les separase del ejercicio de su profesion, ó que establecieran sus ocupaciones con solo un conocimiento superficial de las profesiones de todos los hombres, sin una previa y definitiva aplicacion á la suya propia? La profesion de las señoras, en la que debe fijarse su instruccion, es la de hijas, esposas, madres y directoras de familia.

Por tanto, debe dedicársele á estas varias condiciones, y suministrarles un fondo de ideas y principios, cualidades y hábitos que las haga capaces de cumplir, segun lo pida la ocasion, con estas respectivas obligaciones. Porque aunque las artes que solo embellecen la vida deben excitar la admiracion, sin embargo, cuando un hombre sensato trata de casarse, es una compañera la que necesita y no una artista.

No busca una criatura que sepa pintar, tocar, cantar, dibujar y bailar; buscar un ser que pueda animarle y aconsejarle, un ser que raciocine y reflexione, que sienta, juzgue y discurra; un ser, en fin, que le auxilie en sus negocios, le alivie en sus cuidados, suavice sus pesares, purifique sus goces, fortalezca sus principios y eduque á sus hijos.—*Hannah More.*

(Traducido del inglés, para la Camelia.)

ANÉCDOTA.

En un teatro de provincia, en que las faltas á los ensayos eran frecuentes por parte de los actores, dió órden el regidor encargado, de que el que faltase al dia siguiente seria puesto en la cárcel. Concurrió al ensayo nuestro regidor, que segun noticias no era muy lince ni entendia de achaques teatrales, y al comenzar la sinfonía oyó decir al director de orquesta: "Aquí falta un *bemol.*" —"Pues á la cárcel cuando venga," gritó el buen regidor sumamente acalorado.

GÜELFOS Y GIBELINOS.

I.

LOS DESPOSADOS.

Penetremos al fondo de uno de los mas hermosos palacios de la antigua ciudad de Bolonia.

En una cámara, cuyo artesonado de ciprés esparcia un olor aromático, una jóven sentada en el alfeizar de una ventana é inclinada sobre un bastidor, se ocupaba en bordar, con maravillosa habilidad, un tejido de lino muy fino y casi trasparente. Parecia animada de una dulce alegría, y las canzones que modulaba á media voz, descubrian el júbilo inocente de su alma. Sin ser bella, Leonor podia agradar por la expresion noble y tranquila de su rostro, por la bondad perfecta que expresaban sus ojos, y podia presagiarse ya, en la vírgen modesta, la esposa y la madre cariñosas y vigilantes.

Trabajaba sola, y su voz murmuraba dulcemente el *Himno al sol*, con que un pobre de Jesucristo, Francisco de Asis, acababa de dotar á la Italia, cuando se abrió la puerta dando paso á un jóven, á quien Leonor saludó con una sonrisa y una inclinacion de cabeza afectuosas. El jóven se dirigió al bastidor y quedó en pié delante de él, guardando silencio; su rostro parecia animado y sombrío, como si sostuviese una lucha interior muy fuer-

te para su voluntad; en fin, tendió la mano hácia el tejido que bordaba la jóven, y le dijo con voz mal segura, que contrastaba con lo insignificante de la pregunta: "¿Qué estás haciendo, prima"?

Ella levantó los ojos, y mirándolo con dulzura: "Ya lo ves, Lotario, bordo un velo."

—¿Para tí? replicó él bruscamente.

—¡Sí! para mí; para....

—¡Ah! ya entiendo.... Leonor, escúchame, quiero hablarte. Tú eres buena y yo te amo; te amo como á una hermana llena de indulgencia, de ternura.... pero.....

No concluyó la frase: ella lo escuchaba sentada, con los ojos bajos, tranquila en apariencia, y recogida como siempre. El jóven continuó con voz mas tímida:

—Nos han desposado antes que conociésemos el valor del compromiso que nos habian hecho contraer.... y....

Vaciló todavía; Leonor estaba pálida; su mano, que jugaba con la aguja, temblaba un poco; quiso hablar, la voz espiró en sus labios, pero recobrándose inmediatamente, dijo con tono firme y bondadoso:

—Y ese compromiso, Lotario, desearias no llevarlo á cabo; esto es lo que quieres decirme, ¿no es verdad?

—Leonor, replicó él turbado, no te ofendas; yo sé todo el afecto que mereces; el corazon donde tú reines no debe abrigar otra imágen, y precisamente porque ya no puedo ofrecerte esa adhesion única, he querido mas bien hablarte hoy con franqueza.

—Y has hecho muy bien, primo mio, y te lo agradezco, le dijo Leonor con mucha dulzura. Si conforme á los deseos de tu buen padre, y mi tio, hubiese yo recibido tu fe en los altares, habria yo hecho todo lo posible por darte la felicidad: tal hubiera sido mi deber y mi gloria..... Dios lo ha dispuesto de otro modo..... ¡cúmplase su voluntad!...... Pero si renuncio sin trabajo á los derechos de desposada, no abdico los de hermana..... ¡Amas, Lotario! ¿y á quién amas?

—No conoces mas que su nombre, Leonor; la jóven á quien amo, con quien deseo casarme, se llama Beatriz Franzoni.

Este nombre parece que resonó en los oidos de Leonor como

una campana funeral. Dirigió á su primo una mirada de consternacion, y le dijo en voz baja, con una especie de espanto: ¡Beatriz Franzoni! ¡la hija de un gibelino! ¡Pobre Lotario!

—¿Qué quieres, prima? respondió él con tristeza, el corazon no discute.

—¡Pero tu padre jamás consentirá en ligarse, él, fiel sosten del trono de san Pedro, con un soldado de los Hohenstauffen, de esa raza detestada!

—Beatriz es inocente de las acciones de su padre.... suponiendo que esas acciones sean un crímen.

—¡Oh Lotario! acuérdate del mal que los Hohenstauffen y sus adictos han hecho á la Italia! La santa sede oprimida, los vicarios de Jesucristo humillados por un poder temporal, hollados los pueblos, desconocida la religion, envilecidas las costumbres...... este es el mal que han hecho entre nosotros los príncipes de la casa de Suabia.

—Pero, y Beatriz ¿qué ha hecho? replicó el jóven con impaciencia.

—Nada mas que llevar un nombre aborrecido por tu padre. ¡Jamás, jamás consentirá en esta union!

—¡Jamás tendré otra mujer! exclamó el impetuoso Lotario.

Estas palabras penetraron el corazon de Leonor, pero se contuvo y dijo á su primo:

—Esta noche, Lotario, tus primeros lazos quedarán disueltos.... ¡serás libre!

II.

LA RUPTURA.

Una hora después, en el gabinete del padre de Lotario, el noble Bentiroglio, Leonor estaba arrodillada al lado del sillon que el anciano acababa de dejar y que parecia haber repelido con violencia. Se paseaba por el cuarto con el rostro sombrío, las cejas

fruncidas, mientras que Leonor inmóvil parecia una imágen viva de la resignacion. El anciano se le acercó y le dijo bruscamente:

—¿Querrás decirme, sobrina mia, el motivo de esta ruptura?

—No tengo deseos de casarme; solo siento por Lotario una amistad de pariente, de hermana.

—¿Y qué importa? ¿te desagrada mi hijo? ¿has notado en él algun defecto que te parezca mal?

—Nada veo en mi primo que no sea apreciable; pero, por favor, tio mio, renunciad á este proyecto. Permitidme que recobre mi libertad y que mi primo recobre la suya.... seremos muy felices.

Su voz se debilitó al decir estas últimas palabras. El anciano sacudió la cabeza y murmuró:

—Los tiempos cambian y empeoran; antes, hijos y pupilas obedecian la voluntad de los padres y tutores.... hoy nos imponen la suya. Además, sobrina mia, tu padre te dejó grandes bienes para que yo pueda violentar tu inclinacion y forzarte á entrar en mi familia..... Si fueses pobre, yo sabria lo que debia de hacer.... pero jamás obligaré á la opulenta heredera á que acepte la mano de mi hijo.... Eres libre.

A estas palabras, el corazon de la jóven pareció romperse; sus sollozos, contenidos por tanto tiempo, estallaron al fin; lloró amargamente con la cabeza apoyada en una mesa de ébano. El anciano la miró asombrado y le dijo al fin con dulzura:

—Leonor, ¿qué tienes? Háblame con confianza. ¿Estás arrepentida de lo que has dicho? ¿deseas contraer otro compromiso? Habla ¿qué tienes?

—¡Nada! respondió ella precipitadamente, nada, tio mio..... Vuestras palabras me parecieron amargas, me han causado pena.... pero ahora ya estoy contenta, feliz.... quiero ser libre, y si puedo, como antes, prodigaros mis cuidados de hija, quedaré satisfecha.

El conde Bentiroglio sacudió la cabeza y dijo en tono grave:

—¡Leonor, una hija no debe tener secretos para su padre!

III.

LOTARIO.

Desde aquel dia se avisó á los parientes y amigos de la familia Bentivoglio, que la union proyectada tanto tiempo antes, acababa de romperse. Compadecieron á Lotario, porque perdia una esposa amable y rica; censuraron á Leonor, que rehusaba por un capricho inexplicable la mano de su pariente mas cercano, del amigo de su infancia, del hijo de aquellos que le habian servido de padres y que la habian amado tan tiernamente. Su resolucion sirvió de texto para mil comentarios diversos, y casi todos ofensivos: unos creian que despreciaba á Lotario porque no poseia mas que los restos de una antigua fortuna, noblemente sacrificada á la causa de los soberanos pontífices; otros afirmaban en voz baja y con aire indignado, que la jóven habia escogido otro novio en el partido de los Gibelinos, que iba á hacer alianza con los antiguos enemigos de su raza y á abdicar las conviciones cimentadas por la fortuna y por la sangre de sus belicosos antepasados; los mas indulgentes la acusaban de capricho, de vanidad, y la pobre jóven no tenia quien la defendiese contra aquel sordo murmullo que se elevaba en perjuicio suyo.... ¡nadie!..... ni aun aquel por quien se habia sacrificado!

Cuando oprimida así por secretos pesares, por la frialdad del anciano Bentivoglio y por la censura pública, cuyos amargos testimonios no se le disimulaban, sentia la necesidad de encontrar á su lado un corazon amigo, confidente de sus penas, la pobre Leonor dejaba la cámara sombría y triste donde trabajaba rodeada de sus demas, y se dirigia seguida de su nodriza á la capilla sepulcral de los Bentivoglio, dedicada al papa san Dámaso y situada en la antigua iglesia de San Pablo. Se arrodillaba cerca del sepulcro donde pocos meses antes habian sepultado á su madre adoptiva, la madre de Lotario. Allí y solo allí, delante del tabernáculo santo y cerca del ataud en que reposaba un corazon que

la habia amado tan tiernamente, la pobre niña encontraba refugio y consuelos; allí podia decir libremente: "¡Dios mio! vos conoceis el fondo de mi corazon y sabeis bien que no soy orgullosa ni avara. ¡Madre mia! tú sabes cuánto me ha costado la felicidad de tu hijo!.... ¡Protector de los huérfanos, ruega por mí! ¿Y tú, madre mia, ruega, ruega por mí! ruega por tu hijo, ruega.... por Beatriz!"

Habria sentido menos los falsos testimonios, las sospechas injuriosas del mundo, si Bentivoglio, su padre adoptivo, no les hubiese dado crédito con mucha frecuencia. Un dia, después de haberle hecho varias preguntas respecto de sus proyectos para el porvenir, y á las cuales contestaba Leonor solo con evasivas, le dijo el conde con severa frialdad: "Has lo que te parezca, Leonor, pero no olvides que hay una cosa que levantaria entre nosotros una barrera eterna, una cosa que no perdonaré jamás y que atraeria sobre tí la justa venganza del cielo: ¡una alianza con un Gibelino!"

Leonor bajó los ojos ruborizándose como si fuese culpable; Lotario, que estaba presente, palideció; quiso hablar, pero la indignacion que aquella sola idea habia causado á su padre, lo contuvo; calló guardando en su pecho el secreto fatal del que su prima era confidente y víctima. Entre tanto, su padre parecia sentir por él una ternura cada vez mayor; frecuentemente se despojaba de la austeridad de su carácter, para darle los testimonios mas claros de su confianza y estimacion; parecia querer consolarlo por el desprecio de Leonor, por la pérdida de una brillante fortuna, y se preparó á celebrar con un festin el dia en que su hijo saliese de la menoredad. Un gran banquete reunió en efecto en el palacio Bentivoglio á todos los señores Güelfos de Bolonia; y desde el fondo de su oratorio, donde se habia retirado tristemente en aquel dia de fiesta y regocijo, Leonor escuchaba el ruido de las voces y el júbilo bullicioso de los convidados. Aquellas olas de expansiva alegría, no llegaban hasta ella sino para aumentar su turbacion interior; le parecia que una gran desgracia amenazaba á aquella casa tan alegre y que la fiesta de aquel dia seria seguida de un sombrío mañana. Cuando llegó la tarde quiso bajar

un momento á su jardin particular, en que cultivaba algunas flores para la Madona y algunas plantas medicinales para los pobres; atravesaba con ligero paso una larga galería tapizada de armadu-duras que brillaban con el sol poniente, cuando se abrió una puerta y Lotario apareció ante ella, pálido y agitado, como un hombre que va á tomar una decision de vida ó de muerte. "Lotario, dijo ella involuntariamente, ¿abandonas á tus convidados?"

—Sí, respondió él con precipitacion, es preciso..... es preciso..... ¡Adios, Leonor, adios!..... Mi buena prima, ¡no me olvides!

Al decir estas palabras interrumpidas, besó la mano de Leonor y se alejó rapidamente..... ella quiso llamarle....... pero Lotario no la oia, y al cerrarse tras él la pesada puerta de la galería, se ocultó á los ojos de su prima. Esta, llena de inquietud, hubiera deseado hablar á Lotario para obligarlo á que se explicase; pero no se atrevió á dar un paso en aquella casa llena de extraños entregados á la animacion de un largo y festivo banquete. Entró á su cuarto y oró por mucho tiempo.... después, el silencio de la noche y la calma que reinaba en la casa la tranquilizaron un poco.... y se durmió apaciblemente.

La mañana estaba ya muy avanzada y los sueños confusos que anuncian el despertar flotaban en el espíritu de Leonor, cuando oyó que la llamaba una voz trémula. Se levantó precipitadamente y vió á su nodriza delante de ella, con aire á la vez sorprendido y espantado. "¡Oh, mi querida hija! exclamó, levántate; monseñor te llama...."

Leonor, sorprendida á su vez, se puso una larga bata blanca, sujetó con un alfiler de oro las flotantes trenzas de su cabello y corrió al gabinete del señor de Bentivoglio. El anciano estaba sentado en una actitud forzada de tranquilidad; tenia en la mano una carta abierta, pero aquella mano temblaba y sus cabellos blancos estaban empapados en sudor. Lee, dijo á Leonor dándole la carta.

Ella obedeció y leyó lo siguiente:

"*Padre mio:*

"Cuando encontreis esta carta ya habré abandonado vuestra

casa y no me atreveré á volver si vos mismo no me llamais. Amo á la hija de un Gibelino, de un hombre á quien habeis considerado como enemigo personal; no puedo esperar que sancioneis esta boda, de la que depende mi felicidad; y aprovechando la libertad que me conceden mi edad y las leyes, me enlazo esta noche con la mujer que he escogido, con Beatriz Franzoni. ¡Perdonadme, padre mio, perdonadme! no permitais que las divisiones que turban la Italia se establezcan entre vos y vuestro hijo; dignaos recibir á vuestros piés á vuestro hijo único y á la sola compañera á quien puede amar. Ruego á mi buena prima Leonor que interceda por mí, y yo imploro vuestro amor y vuestra indulgencia.

LOTARIO."

—¡Gran Dios! exclamó dolorosamente Leonor, ¡ha partido!

—¡Ha partido! respondió Bentivoglio con furor concentrado, ha partido el hijo desobediente, el vasallo rebelde; ha ido á unirse con los opresores de Italia, y dentro de poco, no lo dudo, servirá bajo las banderas de Suabia, llevará la guerra al seno de su patria, perseguirá con su espada insolente á los fieles soldados del vicario de Jesucristo: ¡ha partido! ¡ha dejodo la casa de sus antepasados! pero juro que esta casa no lo volverá á ver ni vivo ni muerto: sus dias serán diezmados, su herencia dada á otros.... ¡porque la maldicion de su padre pesa sobre él!

Leonor, espantada de aquellas palabras, se habia arrojado á los piés de su tio, y no pudiendo hablar, abrazaba sus rodillas con afan suplicante. El anciano se desprendió de ella violentamente la miró encolerizado y le dijo con un tono de amarga reconvencion:

—¡Y sin embargo, si hubieses consentido en ser su esposa, nada de esto hubiera sucedido!

Ya era mucho para el despedazado corazon de la jóven.... cayó desmayada.

(Continuará.)

A LA LUNA.

CANCION.

Astro divino
De los amores,
Tú que las flores
Besando vas,
Y desde el claro
Zafir del cielo
Dicha y consuelo
Mandando estás;

Tú que contemplas
Desde esa altura
La llama pura
De mi pasion,
Dí si me ama
La que yo adoro,
O en vano imploro
Su compasion.

Tal vez ahora
Sus ojos bellos
En tus destellos
Fijos están,
Y conmovida
Tu luz bendice;
Tal vez te dice
Su tierno afan.

Baña su frente
Cándida y pura,
De su ternura
Dame razon;
Dime, luz bella,
Cuando te mira,
Por quién suspira
Su corazon.

Dime, aunque muera,
Si fementida
De mí se olvida,
¡Luz celestial!
Y si sus ojos
Fascinadores
Mienten amores
A mi rival.

Dí si orgullosa
Con su belleza
Y su grandeza,
Burla mi amor,
Y en otro piensa
De noble cuna,
De mas fortuna
Que el trovador.

Dime si goza
Cuando yo peno
Y si en su seno
Reina el placer.
Mas calla ¡oh luna
Pura y brillante!
Pues inconstante
No puede ser.

Recuerda, vírgen
Del firmamento
El juramento
Que pronunció,
Cuando en mis brazos,
Enamorada,
Con su mirada
Me cautivó.

Desde esa esfera
Donde te miro
Mi hondo suspiro
Mándale, sí:
Cubre de besos
Su blanca frente,
Que ella aun ausente
Pensará en mí.

Dila que ciego
Siempre la adoro,
Que es mi tesoro,
Mi tierno amor;
Que solamente
Por ella canto,
Que enjugue el llanto
De mi dolor.

Que abandonado
Mi mal avanza,
Que una esperanza
Tengo no mas.
Que su recuerdo
Mi muerte impide,
Que no me olvide,
Luna, jamás.

Pobre poeta,
Yo no poseo
Mas que un deseo,
Una ilusion.
Su amor eterno,
Dejar memoria
De mi notoria
Noble ambicion.

Que si no tengo
Para su frente
Perlas de Oriente,
Dila tambien
Que en vez de perlas
Y de esmeraldas
Tengo guirnaldas
Para su sien.

¿Qué mas tesoro
Que su belleza?
¿Qué mas grandeza
Que mi pasion?
Dila, astro puro,
Que en mi abandono
Tendrá por trono
Mi corazon.

Méjico, marzo de 1853.—Julian Montiel.



GEOGRAFIA.

SEGUNDA LECCION.

De la esfera, puntos y círculos máximos.

Consuelo.—¿Qué trae usted ahí, señor don Pedro, tan envuelto y con tanto cuidado?

Yo.—Es la esfera terrestre, es decir, la tierra en miniatura; y se la traigo á ustedes para continuar nuestras lecciones de geografía, segun les prometí. Ya ven ustedes que la esfera es un cuerpo redondo como la tierra y que tiene pintados los mares, los rios, las islas, los reinos, etc., segun sus respectivas situaciones; su objeto es facilitar los conocimientos geográficos, presentando en pequeño todo lo que hasta ahora se conoce de nuestro globo. Advertiré á ustedes de paso, que aunque hemos dicho que la tierra es perfectamente redonda, por las observaciones de algunos geógrafos distinguidos se sabe que es algo aplastada hácia los polos, del mismo modo que una naranja; sin embargo, esta diferencia es tan pequeña, que sin error sensible se representa la tierra por medio de una esfera perfecta, como la que tienen ustedes á la vista.

Cármen.—Y esas otras piezas que acompañan á la esfera y que parecen un armazon, ¿ofrecen tambien una utilidad tan grande como la esfera misma?

Yo.—Sí, señorita, y voy á explicar á ustedes su uso, describiendo una por una las partes de que se compone este último aparato. He dicho á ustedes lo bastante respecto de la esfera; solo añadiré que gira libremente en derredor de un eje para imitar el movimiento de la tierra, que gira sin cesar de Poniente á Oriente.

Consuelo.—Antes de pasar adelante, quisiera yo que usted se sirviera explicarnos algunas cosas que ha nombrado y que no conocemos bien: por ejemplo, los polos.

Yo.—Tiene usted razon, señorita; debí comenzar por ahí. Pues sepan ustedes que en la geografia se consideran doce puntos principales, que son el *Zenit*, el *Nadir*, los cuatro puntos llamados cardinales, los dos *polos*, los dos *equinocciales*, y los dos *solsticios*.

El *Zenit* es un punto que debemos imaginarnos en el cielo, precisamente encima de nuestra cabeza; y el *Nadir* es otro punto tambien imaginario, pero enteramente opuesto al Zenit, es decir, va á dar cabalmente debajo de nuestros piés.

Consuelo.—Segun eso, cada punto de la tierra deberá tener su zenit y su nadir particular.

Yo.—Sin duda que sí, y por eso cada vez que cambiemos de posicion geográfica, es decir, cada vez que pasemos de un lugar de la tierra á otro, cambiará tambien nuestro zenit y nadir.

Cármen.—Y cuando dicen en el calendario: "tal dia pasa el sol por el zenit de Méjico," ¿qué se da á entender?

Yo.—Quiere decir que en ese dia, Méjico le presenta directamente al sol su zenit, esto es, aquel punto imaginario que suponemos que está en el cielo sobre Méjico.

Cármen.—¿Y los puntos cardinales, qué son?

Yo.—Son cuatro puntos colocados en cruz, y se llaman *Norte* ó *Setentrion*, *Sur* ó Medio día, *Este* ú *Oriente*, *Oeste* ú *Occidente*.

Cármen.—¿Y cómo conoceremos la direccion de esos puntos?

Yo.—Para eso es la brújula, que sin duda conocen ustedes, y ya habrán visto que la punta de la aguja mira siempre al Norte, aunque se haga dar muchas vueltas á la caja en que está contenida.

Consuelo.—Pero ¿y si no tenemos brújula?

Yo.—En ese caso les daré á ustedes una regla para determinar los puntos cardinales, que aunque no puede sustituir á la brújula, es sin embargo bastante exacta. Pónganse ustedes con los brazos en cruz, de manera que la mano derecha señale al punto por donde nace el sol; en este caso tendrán la cara vuelta al *Norte*, la espalda al *Sur*, la mano derecha señalará el *Oriente* y la izquierda el *Poniente*.

Los polos son los extremos de una línea imaginaria que se supone pasar por el centro de la tierra y en derredor la cual gira; esta línea está representada en la esfera artificial por el eje metálico que ustedes ven. La extremidad de la línea que está hácia el Norte, se llama *polo del Norte*, y la opuesta *polo del Sur*. Respecto de los otros punto, los dejaremos para cuando háyamos hablado de los círculos, pues es necesario conocer primero estos para comprender aquellos.

Los círculos principales que se consideran en la esfera son diez, de los cuales, seis se llaman *máximos* ó *mayores*, y cuatro *menores;* los *máximos* son, *el horizonte*, *el meridiano*, *el ecuador*, *la eclíptica y los dos coluros*

Consuelo.—¿Sabe usted, señor don Pedro, que nos ha de costar trabajo retener todas esas nociones?

Yo.—¿Por qué, señorita? no se necesita mas que una poca de atencion, y sobre todo, no desanimarse. Yo bien conozco que esto tal vez les parece á ustedes árido; pero todos los principios de una ciencia lo son, y por eso no procuro enseñarles á ustedes mas que lo indispensable. Vamos, aprendan ustedes esto y verán como pronto llegamos á otras cosas mas amenas.

Cármen.—Pues siga usted, que yo haré todo lo posible por tomarle gusto y aprenderlo.

Consuelo.—Y yo tambien.

Yo.—Pues contando con ese buen ánimo, diré á ustedes que el horizonte es un círculo máximo que divide al globo en dos partes iguales, llamadas *hemisferios*, *superior é inferior*. Advertiré á ustedes que los geógrafos consideran dos horizontes: el *natural*

ó *sencible*, y el *racional* ó *matemático*. El primero es aquel círculo que observamos al derredor de nosotros cuando nos hallamos en una extensa llanura, en aquel punto en que nos parece que el cielo y la tierra se unen. El *racional* es ese mismo círculo, pero visto, no desde la superficie de la tierra, sino desde el centro. El *racional* es del que les hablo á ustedes y el que se usa siempre en geografía.

CONSUELO.—¿Y para qué sirve el horizonte?

YO.—Principalmente sirve para marcar la duracion del dia y de la noche, así como la salida y puesta del sol, de la luna y de las estrellas.

El meridiano es un círculo máximo que cayendo perpendicularmente sobre el horizonte, divide á este y al globo en dos partes igualeo llamadas *hemisferios*, *oriental y occidental;* este círculo pasa por los dos polos del mundo. Se pueden imaginar infinitos meridianos, pero en los globos solo se suelen pintar veinticuatro, correspondientes á las horas del dia, y además hay el de bronce. El *meridiano* tiene este nombre porque cuando el Sol llega á la parte superior de él, es medio día para todos los lugares por encima de los cuales pasa.

CÁRMEN,—¿Y el Ecuador qué es?

YO.—Es otro círculo máximo cuyos puntos están todos igualmente distante de los polos; corta al meridiano en ángulos rectos, y divide al globo en dos partes iguales llamadas *hemisferios*, *boreal y austral*. Se llama Ecuador, porque cuando el Sol describe este círculo, es el dia igual á la noche en todos lo puntos del globo.

La Eclíptica es un círculo máximo que corta oblicuamente el Ecuador, de manera que lo toca en dos puntos y está separado de él en otros dos. La Ecliptica representa el camino que parece seguir el Sol en el curso de un año, y la posicion que tiene respecto de la tierra en toda su carrera.

CÁRMEN.—Solo faltan los coluros para concluir la descripcion de los círculos máximos.

YO.—Pues los coluros son dos círculos máximos que caen perpendicularmente sobre el Ecuador, cortándose en los polos del

mundo. Uno de ellos pasa por los dos puntos en que la Eclíptica y el Ecuador se tocan; estos dos puntos se llaman los *equinoccios.* y el coluro corespondiente, *coluro de los equinoccios.* El otro pasa por los dos puntos en que la Eclíptica y el Ecuador están mas distantes; estos puntos se llaman *solsticios*, y el coluro que por ellos pasa, *coluro de los solsticios.* En realidad, los coluros no son mas que unos meridianos que sirven para marcar el principio de las estaciones, y en esto se distinguen de los otros. Respecto de los equinoccios y solsticios, diré á ustedes que los primeros se llaman así, porque cnando el sol llega á cualquiera de ellos, el dia es igual á la noche en todos los puntos de la tierra.

Consuelo.—¿Pues no es eso lo que sucede cuando el Sol llega al Ecuador?

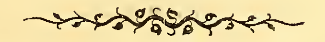
Yo.—Sin duda; pero note usted que estando el Sol en cualquiera de los equinoccios, está en el Ecuador.

Consuelo.—Es verdad. ¿Y los solsticios?

Yo.—Los solsticios tienen este nombre porque cuando el Sol llega á cualquiera de ellos, parece que está por espacio de varios dias á la misma distancia del Ecuador; esto sucede dos veces al año: en junio y en diciembre.

Cármen.—Si le parece á usted, señor don Pedro, dejaremos lo que falta para la leccion siguiente, porque queremos aprender bien lo que nos ha dicho usted en esta.

Yo.—Con mucho gusto, señoritas; con tal de que ustedes sepan, nada importa que empleen años enteros en el estudio de esta ciencia. En la tercera leccion tendré el gusto de hablarles á ustedes de los círculos menores y de otras cosas que no dejan de ser muy importantes, como las zonas, los climas, etc. Si ustedes no se desaniman, yo les prometo que dentro de poco sabrán de Geografia algo mas que lo que sabian antes.—*H.*



EXTRAVAGANCIAS,
costumbres y gustos singulares de algunos persanajes célebres.

ALGUNOS hombres ilustres han tenido una prediloccion marcada por un dia determinado del año; ya se sabe la de Napoleon por el 20 de marzo.

Cárlos V amaba el dia de San Matías, (24 de febrero), y el santo y todo, porque en semejante dia fué electo emperador; fué coronado, y en ese dia tambien hizo prisionero al rey Francisco I.

El mismo emperador nació el dia de San Matías (24 de febrero de 1500); el 24 de febrero de 1527 su hermano Fernando fué electo rey de Bohemia, y el 24 de febrero de 1556 abdicó el imperio.

El 1º de enero era para Francisco I lo que el 24 de febrero para Cárlos V. Nació el el 1º de enero, perdió á su padre el 1º de enero; en un dia semejante subió al trono, casó á su hija, y Cárlos V hizo su entrada en Paris.

Sixto V nació un miércoles (13 de diciembre de 1521), profesó de religioso un miércoles; fué promovido al cardenalato un miercoles; fué electo papa un miércoles, y exaltado el miércoles siguiente.

Luis XIII, pocas horas antes de morir (el jueves 14 de mayo de 1643) preguntó á sus médicos si creian que podia durar hasta el dia signiente, ponque el viernes habia sido siempre para él un dia feliz; el viernes habia dado batallas que ganó; todo lo que emprendió en ese dia le habia salido bien; el viernes era su dia predilecto, y deseaba morir en él.

Augusto tenia un miedo insensato al rayo y á los relámpagos, y creia librarse del peligro llevando consigo una piel de becerro marino. Cuando se aproximaba la tempestad, corria á ocultarse en un lugar subterráneo y abovedado. Este terror provenia de que una vez durante un viaje nocturno, en su expedicion contra los cántabros, un rayo habia surcado su litera, y muerto el esclavo que iba delante con una antorcha en la mano.

Lope no podia sufrir que tomasen tabaco en su presencia. Además, tenia la manía de incomodarse siempre que oia preguntar la edad de una persona, á menos que esta pregunta no se hiciese con intenciones de casamiento.

Luis XIV detestaba los sombreros grises casi tanto como á los jansenistas.

Nada igualaba la timidez, ó mas bien la poltronería del célebre moralista Nicole. Tenia horror á los viajes, á los paseos en el agua, y en sus últimos dias andaba por las calles temblando, temeroso de que le cayese en la cabeza alguna teja. Habitó mucho tiempo el arrabal de San Marcelo, porque decia: "Los enemigos que amenazan á Paris entrarán por la puerta de San Martin y se verán obligados á atravesar toda la ciudad antes de venir á mi casa."

Enrique III, que tenia una pasion decidida por los perros falderos, no podia quedarse solo en un cuarto donde hubiese un gato. El duque de Epernon se desmayaba á la vista de una liebre.

El mariscal de Brézé se desmayaba tambien al ver un conejo, al paso que habia dado garrote á uno de sus lacayos sin mas motivo que ser marido de una de sus queridas.

El mariscal de Albret se ponia malo en una comida en que se sirviese un marrano de leche.

Uladislao, rey de Polonia, se turbaba y huia á la vissa de una manzana.

Erasmo no podia oler el pescado sin sentirse con calentura.

Scalígero tenia calosfrío al ver los berros.

(Continuará.)

LAS DOS RIVALES.

CUENTO.

I.

CAMINO va de Jaen
Sobre perezosa mula
Mancebo de pocos años,
De larga guedeja rubia.
Fija la barba en el pecho,
Su rostro pálido oculta,
O con recelo sus ojos
Torna al camino de Andújar.
En vano animar pretende
Su tarda cabalgadura,
De temor de que le alcancen
Sus hermanos que le buscan.
Y la tarde es avanzada
Y lluvia anuncia la luna
En rededor circundada
De triste banda sulfúrea.
¡Ay de él si allí le sorprende
Temerosa noche oscura,



J. R. Navarro, editor.

Litog. de Decaen.

Las dos Rivales.

Y las nubes á torrentes
La tarda vereda inundan!
¡Pobre niño! en esos campos
De triste aspereza inculta
Sus ropas de seda blanda
Pronto calará la lluvia.
Mas no.... que ya de Jaen
Se ve el castillo en la altura
Y al través de las ventanas
Mil y mil luces que cruzan.
Suspira el jóven, sus ojos
Clavando con amargura
En la ciudad que se pierde
Entre la niebla confusa.
Lágrimas vierten sus ojos
Que en su abandono no enjuga;
La mula apresura el paso
Y él este canto murmura:

¿Por qué me juraste amores,
Fementido engañador?
¿Por qué adornaste con flores
Esa copa de dolores
Para burlarme mejor?

Dijísteme que era hermosa
Y que me amabas tambien:
Tu queja escuché piadosa
Y con promesa de esposa
Ablandaste mi desden.

Mal hayas tú, fementido,
Que ya supe tu maldad.
Llámaste de otra marido
Después que hubiste cogido
La flor de mi honestidad.

En otra reja suspiras
Abrasado el corazon;
Por otros ojos deliras,
Y no temes que mis iras
Han de vengar tu traicion.

II.

Apeóse el viajero,
Y por las calles á oscuras
Con paso incierto camina....
Párase al fin y pregunta.
Pregunta por Lainez Diego,
Un caballero de Andújar:
Las noticias que le han dado
Pusieron colmo á su angustia.
Vuelve á andar, no sabe á dónde,
Y tiembla y solloza y duda....
La oscuridad le estremece
Que donde quier le circunda.
Una campana le guia
Triste, penetrante, aguda,
Que la oracion de los muertos
Con eco solemne anuncia.
Solo está el templo, y apenas
Dos ó tres luces le alumbran....
Nadie reza por los muertos
Obligados en sus tumbas.
Postrado el mancebo hermoso
En la helada piedra dura,
Dirige ardientes plegarias
Con trémula voz confusa.

Largos rizos resbalaron
Por su garganta desnuda,
Que en rededor de su talle
Movidos del viento ondulan.
Azules eran sus ojos
Llenos de amor y dulzura,
Y su seno palpitaba
Con triste emocion profunda.
En vano el desventurado
Con dolorosa amargura
Alza su mirada al cielo
Donde algun consuelo busca!
En sus ojos se clavaron
Los de espantada lechuza
Que en la lámpara del templo
Fatídica se columpia.

III.

Sonó la campana y el eco vibrando
Con luengos zumbidos el aire agitó.
Sonó la campana: las doce están dando
Y el triste mancebo del templo salió.
Muy cerca una casa que al paso encontrara
Llamó su cuidado, paróse al umbral:
Sonaba allá dentro ruidosa algazara
Y brindis y cantos de fiesta nupcial.
Subió presuroso: su rostro inmutado
Perdió en un momento su hermoso color,
Y Lainez ha visto, y ha visto á su lado
La hermosa doncella que absorve su amor:
Y cien caballeros y damas vistosas
En torno á la mesa que cubren sin fin,

Mezclados con haces de mirto y de rosas
Alegres despojos del largo festin.
El rostro de Lainez parece difunto,
Mas nadie repara su vivo pesar,
Que todos los ojos tornáronse al punto
Al jóven gallardo que acaba de entrar.
Perdon si interrumpo, por último exclama,
La fiesta solemne: yo soy un cantor
Que el mundo recorro ganoso de fama
Cantando en los pueblos endechas de amor.
Al punto las damas haciéndole lado
Que cante le ruegan con mucho interés,
Y el mozo obedece con gusto y agrado,
Porque es como hermoso galan y cortés.

¿Por qué me juraste amores,
Fementido engañador?
¿Por qué adornaste con flores
Esa copa de dolores
Para burlarme mejor?

En otra reja suspiras
Abrasado el corazon,
Por otros ojos deliras,
Y no temes que mis iras
Han de vengar tu traicion.

Mucho plació la cantiga
Y mas el mozo plació,
Que las damas le miraron
Con muestras de grande amor.
Solamente el desposado
El entrecejo arrugó,
Y relumbraron sus ojos
Con ceño amenazador.

Ruedan otra vez las copas,
Rueda la alegre cancion,
Y el forastero mancebo
A la casada brindó.
Alguno que lo miraba
Con cuidadosa atencion,
Pomo de luciente plata
Ver en sus manos creyó.
Después de ella, llevó al punto
A sus labios el licor
Y con mano temblorosa
Toda la copa apuró.
Mas la noche es avanzada,
Que ya con lúgubre son
Anuncia á los desposados
Las doce y media el reloj.
La novia llevan al lecho
Y Lainez luego partió:
Tras él cerraron la puerta.....
Solos quedaron los dos.
Tiende las manos al lecho....
Solo un cadáver tocó,
Un cadáver, donde piensa
Hallar caricias de amor.
Acerca la luz, es ella,
Ella, su vida y su Dios;
Pero está cárdena y fria,
Y quieto su corazon.
Llámala mil y mil veces:
Ella no escucha su voz,
Y si la escucha, no puede
Responder á su afliccion:
Porque helada está su sangre,
En su seno no hay calor,
Y sus ojos apagados
No son ya envidia del sol.

Melancólico gemido
Detrás de la puerta oyó
Y de pasos temerosos
Acelerado rumor.
A lo lejos en la sombra
Deslizarse un bulto vió,
Apoyado en las paredes
Por el largo corredor.
Vuela en su alcance y la sombra
Burla su intento, veloz;
Mas retumba el pavimento,
Do al fin sin fuerzas cayó.
Y oyó pronunciar apenas
Con entrecortada voz:
¿Por qué me juraste amores,
Fementido engañador?

IV.

Por *la calle de los Muertos*
Cuando el reloj dió la una,
Envueltas en negros paños
Sacaron las dos difuntas.
Un hombre solo acompaña
Esta ceremonia muda,
Y en su pecho lastimado
Hondos sollozos se escuchan.
Así atraviesan las calles
Y á los que velan asustan;
Parecen almas que penan
Segun caminan de mustias.
Ahuyentan á los amantes
En su plática nocturna
Y los canes agoreros
Temerosamente aullan.

V.

Fuera de lugar sagrado
En camino de Porcuna
Cuatro pinos sombra dan
A una humilde sepultura.
La lápida que la cubre,
En negras letras confusas
Manifiesta cuyos son
Los restos que allí se ocultan.
DOÑA INÉS DE ALBARRACIN
NACIÓ EN LA CIUDAD DE ANDUJAR,
Dicen las letras, gastadas
Por el tiempo y por la lluvia.

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

LAS JUDIAS.

Preguntado Chateaubriand por Fontanes por qué motivo las mujeres israelitas eran mas hermosas que los hombres, contestó: Las judías se escaparon de la maldicion que cayó sobre sus padres, maridos é hijos. No se vió ninguna de ellas entre aquella turba miserable que insultó al Hijo de Dios, le azotó, coronó de espinas, y le condenó á la ignominia y á la agonía de la cruz. Las mujeres de Judea creyeron en el Salvador, lo auxiliaron y consolaron en sus aflicciones. Una mujer de Betania esparció sobre su cabeza un precioso bálsamo que llevaba en un vaso de alabastro; la pecadora le ungió los piés y los enjugó con sus hermosos cabellos. Jesucristo extendió su misericordia á las judías; levantó al difunto hijo de la viuda de Nain y á Lázaro el hermano de Marta; sanó á la suegra de san Pedro; fué para la Samaritana una fuente de agua viva, y un juez compasivo para la mujer adúltera. Las hijas de Jerusalen le lloraron, las santas mujeres le acompañaron al Calvario, y mujeres fué lo primero que vió al salir del sepulcro.

LA ORACION FILIAL.

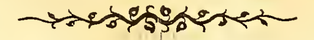
¡MIRADLA allí! arrodillada ante el altar, su vista fija en la imágen de Cristo, sus ojos anegados en llanto, ajena al mundo. ¡Piedad, Dios mio! dice; piedad para una hija que te pide la tranquilidad de la madre tierna y cariñosa. Recuerda el dolor profundo de la Reina de los cielos cuando al "tengo sed" de su Hijo nadie se apiadó y amarga hiel tocó sus labios.

¡Ah, Dios mio! tú el Padre de los padres, que siendo hijo tuviste una madre amante y tierna, considera mi afliccion al ver los padecimientos de la mia, que son por mí..... por mí, que sacrificaria mi vida por su tranquilidad.

¿No al morir dijiste que te sustituiriamos? ¿No nos diste por madre á la tuya? ¿por qué? porque privados en el mundo de un padre como tú, que te sacrificaste por tus hijos, solo una madre, y nada mas que una madre, seria capaz de consolarnos de la pérdida y de llenar la sagrada mision de amor y caridad que enseñaste.

Pues bien, la tranquilidad de la que me has dado por su imágen en la tierra, es lo que pido, y para mí la gracia de poder consolarla, como tu hija amante y cariñosa aquí en la tierra, ya que no puedo como tú premiarla con un cielo en que reinar.

(Escrito para la Camelia.)



LUCCIOLA.

Por Enrique de Lacretelle.

(CONTINÚA.)

II.

YA no llovia; cuando llegaron al gran canal, la luna, que se elevaba encima de la cruz latina del Paladio, destelleaba en el agua y en el mármol un tinte de fuego que se plateó poco ó poco. Lucciola habia tomado el remo y se dirigia del lado del Rialto. Néstor, al principio encantado con el triste y magnífico cuadro que se le presentaba, y sobre todo, con la posicion inclinada y deliciosa de la jóven, se habia recostado en el tapiz de la góndola, perdido en un éxtasis que le dominaba tanto mas, cuanto menos familiar le era. Pero luego saliendo de su ensueño, se avergonzó de dejar todo el trabajo á Lucciola, se acercó á ella y le tomó el remo. Esta se sonrió de la confianza de Néstor, y volviendo hácia atrás la cabeza, dijo en tono burlon: *¡Vediamo!* Néstor tuvo al principio mucho trabajo para conservar su equilibrio en la posicion clásica del gondolero; cuando lo consiguió sumergió oblicuamente su remo en el agua, pero no encontró el fondo é hizo movimientos al acaso. La barca, dócil y ligera, obedecia á todos los impulsos, y no sabiendo lo que se le pedia, daba vueltas á derecha é izquierda con ondulaciones caprichosas, se inclinaba algunas veces hasta tocar el agua con sus bordes, daba vueltas al rededor de sí misma, y no habia avanzado diez brazas en cinco

minutos. En fin, Lucciola se compadeció del embarazo del jóven, y después de una carcajada sonora que despertó los ecos de algunos viejos mármoles, volvió á tomar el remo, que Néstor le dió sin dificultad.

—Está bien, le dijo. Habeis hecho vuestros esfuerzos en conciencia, pero la *Gavia* no quiere. ¡Ah! no se conduce así como quiera las góndolas ni las hijas de Venecia!....

—Confieso mi derrota, replicó Néstor; pero me da pena veros trabajar. ¿No podríais llamar á un gondolero?....

—¡Oh! todos los caminos navegables están desiertos ahora, y además, nunca habia tocado este remo otra mano antes que la vuestra. La *Gavia* es tan suave y tan fina, que la conduzco así horas enteras sin fatigarme. Mirad, no hago mas que mostrarle el camino......

Y la góndola se lanzó como una flecha, sin que Lucciola hubiese hecho en apariencia un nuevo movimiento.

Néstor se perdia en mil conjeturas. ¿Quién era esta jóven? ¿de dónde le venia ese espíritu encantador con esta triste mezcla de un recuerdo poético que casi tocaba en locura? ¿Dónde se detenia su razon cuando volvia su viva y pronta inteligencia? ¿Era una patricia? Su educacion parecia haber sido muy brusca, y sus brazos de niña tenian un vigor incompatible con la ociosidad. ¿Era una muchacha del pueblo? Hablaba con demasiada pureza su lengua, sin mezcla de dialecto veneciano, para que esta suposicion fuese verosímil. ¿Dónde habia adquirido este candor adorable, esta arrogancia que la hacia sagrada, esta seduccion mezclada de inocencia? ¡Ah! Néstor no podia responder á estas preguntas, pero ya su corazon se inflamaba y se turbaba su espíritu. Ya se inquietaba por los medios de curar esa razon en un punto oscurecida. Sin embargo, no tenia valor para quitarle su natural creencia y hacerle comprender que el antiguo palacio de sus padres habia venido á ser una posada. Él, tan indiferente en su vida pasada, analizaba con seriedad las mas insignificantes palabras de Lucciola, y experimentaba una interesante simpatía por la ilusion de la pobre jóven.

Estaba separado de Lucciola por la pequeña tienda que tienen

en el centro casi todas las góndolas de Venecia, y que con sus postiguillos, sus cortinas y sus cajones, hace un *ritiro* delicioso para un poeta con su musa, para un amante con su querida. Se apoyó sobre la galería, y contemplándola á la blanca luz de la luna:

—¿Podeis hablar remando? le dijo.

—No solamente hablo, sino que canto.

—¡Pues bien! si me juzgais digno de una confianza tan preciosa, si estais persuadida que vuestras palabras no se estrellarán en un indiferente y que mi curiosidad no es vana, decidme quién sois, de dónde venís, lo que hay en vuestro pasado, lo que adivinais de vuestro porvenir. No seais compasiva á medias; tengo necesidad de conoceros, y si me comprendiérais, podria añadir que tengo derecho para ello....

—¡Oh! le respondió, no es un gran misterio lo que me preguntais. Todo el mundo sabe mi historia en Venecia; un gondolero os la referirá como yo. Es triste, y sin embargo, yo soy la única á quien hace llorar.

—¿Lo creeis así? En cuanto á mí, estoy seguro que vuestras lágrimas subirán hasta mis ojos.

—¡Las lágrimas, como el rocío de la noche, se evaporan con el sol! Pues que lo quereis, escuchadme; pero os repito que casi no es una historia, es una desgracia! Nací en el palacio Fabbiani, que habeis llamado tambien el hotel de la *Estrella*. Mi padre era hijo de uno de los últimos dux de la república; no amaba mas que dos cosas, su país y su hija. Cuando Venecia fué vendida al extranjero, cuando el pabellon de la república no flotó sobre San Márcos, mi padre se consumió aun en vanos esfuerzos por inflamar en los corazones venecianos la ardiente llama del patriotismo. En eso empleó su vida, perdió su fortuna. Frecuentemente me decia: "Los primeros siglos, los siglos de oro y de gloria, viven aun en las paredes de este palacio: mientras tenga los Fabbiani por dueño, habrá algo de vuestra república, porque los hijos de Lucciola serán nobles como tú, grandes y justos como sus abuelos! Conserva siempre este palacio; será el último santuario y el único asilo de la libertad veneciana. Esto está escrito en

la historia, y cuando una tradicion se perpetúa de generacion en generacion, es porque viene de Dios!" Mi padre me hablaba así, señor, y sus palabras han llegado á ser mi religion. Habia perdido á mi madre hacia mucho tiempo y no tenia mas hijos que yo.

Un dia lo arrestaron los alemanes y lo sumergieron en los calabozos de San Márcos. Confiscaron sus bienes y vendieron el palacio. Sola en el mundo, jóven aun, hace de esto un año, me atormentaba buscando un medio de dar libertad al augusto anciano. Nada poseia yo ya mas que esta góndola, en la que vereis las armas de mi familia. Me acostumbré á conducirla, y poco á poco he pasado en ella mi vida.

Parece que la *Gavia* amaba tanto como yo los canales durmientes inmediatos á la prision en que estaba encerrado su antiguo amo. Iba allí por sí sola, señor, como si fuera dirigida por una alma. Yo vagaba en el canal cerca de aquellas elevadas murallas, y me estremecia de miedo y amor cuando oia al través de ellas como un suspiro lejano ó un quejido desesperado. Allí estaba mi padre, y me parecia que se encontraban nuestros dos pensamientos.

Una noche, ¡oh espanto y dicha! estaba expuesta al viento á la luz de la luna; las viejas piedras se movieron, y luego una cabeza encanecida y un cuerpo flaco y encorvado pasaron por entre las hendeduras de la arruinada pared. Recibí á mi padre en mis brazos, me arrodillé, me bendijo, me besó en la frente y partimos. Le habia yo comprendido; él conocia que la antorcha de su vida iba á apagarse; habia hecho esfuerzos supremos, no para ser libre, sino para ir á morir, él, el último de los Fabbiani, en el lecho en que habian muerto todos los Fabbiani. Todos de padres á hijos habian citado para la misma cama á esa pálida esposa que solo recoge un suspiro. Mi padre hizo un gesto; queria decir que se juzgaba perdido y que era necesario remar hácia el palacio. Estaba deshabitado todavía. Entramos en él por el canal subterráneo que sabeis. Cuando estuvimos en la gran cámara en que os encontré esta noche: "Ahora, me dijo, puedo volver mi alma á Dios. Muere en mi casa, como mis abuelos los senadores y los dux! Lucciola, acuérdate de mis últimas palabras.

Aunque ejecuten lo que pretenden, este palacio es tuyo; te lo doy como á mí me lo dió mi padre. Nuestra ruina ha sido predicha hace dos siglos; hace dos siglos se canta en Venecia, una leyenda antigua:

El palacio es antiguo,
Pero es la vírgen fuerte:
Del tesoro piadoso
Escondida la suerte,
Un dia su vista abierta
Encontrará la puerta.

"Tú eres, hija mia, la anunciada en los siglos pasados; tú quien vendrás todas las noches, hasta que hayas encontrado lo que anuncia la cancion de las lagunas. He aquí la misteriosa llave que abrirá. ¡Adios; ten ánimo y sé fiel!

Y se incorporó en su lecho: corrió las cortinas para estar solo con la eternidad y Dios, y en el momento en que el alba comenzó á iluminar el pálido rostro de su hija arrodillada, murió mi padre.

Desde entonces, señor, paso mi vida en un luto continuo, pero mi corazon tiene una esperanza. Esa cara música y aquellas simples palabras cantadas por la voz de un moribundo, no han salido de mi alma. Quiero encontrar mi tesoro no para ser rica, sino para devolver el viejo palacio á la historia antigua. Recorro todas las noches en las tinieblas este recinto, y soy como el errante fantasma de la familia en esta triste soledad. A menudo se ha visto pasar por las elevadas ventanas una misteriosa lámpara, y como el palacio estaba deshabitado y nadie en Venecia conoce el paso secreto por donde entró, se dice en el pueblo que el alma de los Fabbiani viene á vagar en estas ruinas. Pero vos, señor, si teneis alguna piedad de una pobre muchacha que obedece una órden suprema, no volvais jamás al palacio Fabbiani; respetad el lecho del viejo y no os riais del recuerdo que me hace llorar.

—No, interrumpió Néstor, no, mi amada duquesa, no en vano me habrás embriagado con el brillo de tus ojos y con la melodíosa tristeza de tus recuerdos! No, no volveré allá sino para seguirte y defenderte.

—¡Señor, no unais vuestra tristeza á mis pesares, vuestra sonrisa á mis lágrimas! ¿Sabeis que en Venecia se me llama la loca, que se me señala con el dedo por donde quiera que voy, que las madres separan de mí á sus hijas y que los gondoleros persiguen mi barca? ¿Por qué? porque soy muy orgullosa para cantar con ellos, porque soy muy pobre para no ser orgullosa. ¡He aquí ahora mi universo, mi palacio y mi techo! Mi góndola es todo lo que me ha quedado de la fortuna de mis padres. No abandono este querido resto, y por eso dicen que soy loca. Vivo al acaso. Mi barca surca imaginariamente todas las lagunas, como la gaviota, cuyo nombre le he dado. Vago en la ciudad de las ruinas y veo los esplendores de la reina del Adriático caer uno á uno en el mar de donde salieron. El Océano vuelve á su nivel, la ola se estrella contra los monumentos que encuentra y los arrastra. Todo este hechizo imposible, que fué la gloria de mi familia, desaparece en la mar como una ilusion óptica; la mar sonríe y yo lloro. Yo soy Venecia, Venecia vencida y muerta; no os detengais cerca de una ruina!

Y luego, os lo repito, mi vida es tan extraña y fatal!.... Persigo mi sueño como los poetas, como los amantes de lo ideal, como todos los que mueren. Con razon se dice que soy loca. No salgo de mi barca sino en la noche para entrar en este palacio que es mi quimera. La hija de los dux no quiere ver á Venecia de dia; su corazon está lleno de maldiciones contra estos esclavos que soportan el yugo sin indignacion y la derrota sin lucha! Me encierro allí bajo la sombra de mis cortinas y amarro la góndola en algun muelle desierto, bajo de algun puente olvidado, bajo de alguna Madona abandonada. Desde allí oigo algunas veces el confuso ruido de la plaza de San Márcos, los tumultos de las calles, las disputas de los gondoleros, las canciones de los amantes, el repique de las torres y el clarin de los soldados de Austria. Como todos estos ruidos me incomodan, trato de olvidarlos durmiendo, y vuelvo á ver á Venecia tal cual la alumbraba el sol hace doscientos años. En el principio vinieron á turbar mi sueño; esta vida separada les inquietaba; venian á insultarme hasta en mi flotante asilo. Poco á poco se han acostumbrado á conside-

rarme como una loca; han respetado la debilidad de mi inteligencia y me han dejado sola. La ola pasa debajo de mi barca, las horas pasan bajo mis ojos cerrados y llega la noche. Entonces vuelvo á comenzar mi carrera: sé cuántas estrellas caben en cada canal, cómo forma la luna la sombra de los puentes, cómo hacen gemir las brisas á las campanas, por qué caminos vienen á buscar las góndolas los amantes, bajo qué ventanas suenan las guitarras, en qué callejuelas brillan las espadas. Conozco en la noche todos los ruidos, todas las luces, todas las sombras de Venecia. Y cuando las ventanas están cerradas, cuando el gran canal está desierto, cuando todo duerme, yo llego al palacio, busco, invento, recuerdo, desespero, me repito la cancion que me decia mi padre en su agonía, estudio todos los misterios de estas viejas paredes, oro á la Vírgen, recobro mi valor y no encuentro nada. Entonces, dócil á mi tarea, me digo: ¡mañana! ¡y mañana es siempre como hoy! ¡Oh, señor, os lo repito, no me distraigais de mi fatal mision, olvidad á la importuna que ha turbado vuestro sueño! Solo os suplico que cuando oigais decir que es loca, respondais en vuestro corazon que es piadosa, fiel y que está triste.

—Pues bien, Lucciola, contestó Néstor, que la habia escuchado con pasion y que sentia lleno su corazon de nuevas emociones, no me habeis convencido. No, no creo que haya desgracia en consagrarme á vos, en ayudaros en vuestra interesante investigacion, en consolaros, en abandonar mi alma al encanto que la arrebata hácia vos. Yo vagaba sin objeto en mi vida; era inútil, egoista, no sentia nada. Desde nuestro extraño encuentro, mi pecho se estremece, mi corazon está conmovido, mi pensamiento vive; amo el bien, amo la nobleza, amo la virtud, amo todo lo que me habeis dejado entrever. Dormia y veo, soñaba y estoy dispuesto á obrar; tenia siempre la sonrisa en los labios, y ahora tengo las lágrimas en los ojos. Lucciola, me lo permitais ó no, soy vuestro; participo de vuestros pensamientos, respiro vuestro aire, soy el surco de vuestra barca!

Ella le contempló un minuto; después, volteando su remo con fuerza y deslizando en el canal:

—No, no os mezclaré en mi infortunio. Dentro de algunas

horas, cuando vuelva el dia, me direis adios. No nos volveremos á ver ya: será necesario olvidarme. Será fácil; yo paso como una sombra, como una noche. Ahora no hablemos ya del pasado ni del porvenir. Hemos bajado para ver á Venecia á la luz de las estrellas: mirad á Venecia, señor.

Habia tanta melancolía en el acento de estas últimas palabras, que Néstor creyó que la jóven experimentaba, como él, la conmocion de una simpatía involuntaria. Se estremeció de esperanza, y para descubrir mejor la verdad, contestó:

—Sé que no podeis comprenderme, sé que vuestra inocencia es demasiado grande para que comprendais aun el encanto soberano de vuestra belleza; sé que el corazon que se inflama tan aprisa es sospechoso, pero tambien que habeis trasformado mi ser, que el sonido de vuestra voz me hace temblar, y que estos cortos instantes que hemos pasado juntos me han producido mas emociones que toda mi juventud! Lucciola, en nombre de la tranquilidad religiosa de la noche, en nombre de la santidad de un juramento hecho á vista de las estrellas de Dios, creedme, yo os amo.

—Y yo, respondió ella volviendo á su natural arrogancia, y yo os compadezco! Acaso no sois bastante noble para la nieta de un dux. Indudablemente sois muy rico para la pobre batelera. No; estoy entregada á una fatal tarea ó á una triste soledad, pero gloriosa ante el deber; no, esto no será jamás!

En este instante la góndola habia entrado en un canal estrecho que va hácia la calle de la *Speziale*, y que pasa bajo el puente de Donna Onesta. La oscuridad era profunda, cuando repentinamente olas de luz brillaron en la extremidad del canal. Se oyó una explosion de risas y canciones. Era una barca festiva, empavesada, brillante.

—¡Ah! exclamó Lucciola con un gesto de espanto, es la góndola de Roncari. Siempre que me encuentra me hace un ultraje; vais á ver cómo me insultan!

—¡Insultaros! exclamó Néstor; olvidais que estoy aquí.

—No teneis armas; ellos las tienen. Si me amais como decís, no intenteis nada, no digais nada y ocultaos bajo este tapiz.

Las palabras de Lucciola eran tan decisivas, que Néstor obedeció sin procurar hacer ninguna observacion. En un minuto

saltó la jóven á la extremidad de la barca, apagó la linterna y volvió á tomar su lugar y su remo.

Sin embargo, la otra góndola, lanzada locamente, se juntó pronto á la suya. El jóven gondolero que Lucciola habia designado con el nombre de Roncari, tenia el remo, y llevaba en su barca á una mujer y algunos compañeros que parecian volver de una alegre orgía. Luego que reconoció la góndola de Lucciola, atravesó la suya de manera que le impidiera el paso.

—¡Ah! exclamó, ¿has olvidado, Lucciola, las costumbres de Venecia? Tú no me has dicho: *Oe castali!* (Esta es la expresion con que los gondoleros se avisan para no abordarse.) ¿Has temido ser reconocida en la voz? Ciertamente, hermosa muchacha, no pasarás. Ven á bordo nuestro ó permítenos entrar en tu barca.

—Roncari, no hay ya en Venecia mas que la libertad de los canales.

Dejádmela y hacedme lugar.

—¡*Per Bacco!* repuso, ved á la inocente. Hijos, la Lucciola tiene un amante! ¡Mirad! y con la extremidad del remo separó el tapiz que cubria á Néstor. Este levantándose impetuosamente lo tomó. Pero Lucciola hizo un movimiento rápido por el que retrocedió la góndola y Néstor soltó el remo.

—Antes me reia, Lucciola; ahora hablo seriamente, replicó Roncari. Escucha: hemos soportado tus desdenes, hemos sufrido que la muchacha mas bella de las lagunas no elija entre nosotros un amante; pero no es para permitirte que te burles de nosotros paseando en tu góndola á un extranjero á la luz de la luna. Puesto que tienes amantes, queremos serlo tambien, ó al menos conocer á aquel á quien prefieres.

Y diciendo estas palabras, quiso saltar á la góndola de Lucciola. Entonces ella hizo un nuevo movimiento desesperado: Roncari cayó en el canal y Lucciola ganó gran espacio. Pero mil imprecaciones se oyeron en la otra góndola. Dos remos la hicieron volar en persecucion de la *Gavia*, y antes que Néstor hubiera podido defenderse, dos brazos robustos lo enlazaron y arrojaron á la góndola. Roncari se unió á ellos á nado muy pronto. Entonces la jóven le gritó en francés á Néstor:

—¡Estais con unos infames! Esperadme y ganad tiempo. Pensad en vuestras amorosas promesas. ¡Yo mentia hace un instante, están grabadas en mi corazon! Me volvereis á ver.

Y volvió á tomar el remo con una mano desesperada, y la *Gavia* desapareció en la sombra como si realmente hubiera tenido alas.

(Continuará.)

ANECDOTAS.

Tratándose en una tertulia de cuál era el camino por donde el sol volvia de Poniente á Oriente para empezar todos los dias su carrera, dijo una señora francesa con mucho aire de satisfaccion: "¿Pues qué duda puede haber en eso? Vuelve por el mismo camino por donde fué de Oriente á Poniente." "Si fuera así, le advirtió uno de los contertulios, le viéramos al volver como le vemos al ir."—"¡Qué objecion tan simple! replicó la dama aun mas satisfecha que antes; ¿cómo lo hemos de ver cuando vuelve, si entonces es de noche?

No en vano se dijo que una recompensa desproporcionada al mérito es una injuria. Un soldado muy valiente perdió los dos brazos en una batalla, y su coronel le ofreció un duro. "Sin duda cree usted, mi coronel, le dijo el soldado, que yo no he perdido mas que un par de guantes."—Otro soldado, granadero del ejército del mariscal de Sajonia, fué cogido robando y le condenaron á ser ahorcado: lo que habia robado valdria cuando mas seis pesetas, y el mariscal viéndole conducir al suplicio, le dijo: "Hombre, debes de ser bien miserable para arriesgar la vida por seis pesetas!"--"Vuestra admiracion sí que es extraña, mi general, respondió el soldado; ¿pues no la estoy arriesgando todos los dias por diez cuartos?"—Esta respuesta le valió la vida, de que le hizo gracia el mariscal.

LUCCIOLA.

Por Enrique de Lacretelle.

(CONCLUYE.)

III.

¡MISERABLES! exclamó Néstor, ¿qué os ha hecho esa jóven? ¿Qué pretendeis de mí?

—A fe mia, señor, replicó Roncari sacudiéndose, he pagado bastante cara mi chanza, pues he tomado un baño intempestivo, para que vuestra excelencia ahorre los reproches. ¿Qué nos ha hecho Lucciola? Nos ha enamorado á todos y no he podido tolerar un rival á su lado. Ahora, lo que de vos queremos, es alegría para que aumenteis la nuestra, es complacencia en ayudarnos á vaciar nuestros vasos! Me habeis parecido un alegre compañero, y como hacemos una partida galante, he pensado que estaríais mejor con nosotros que con la triste patricia. Nuestros cantos van á comenzar otra vez, y si quereis á la Gattinara, mi querida, yo estoy pronto á cedérosla.

Néstor, enteramente ocupado de su tierna y casta pasion y perfumado, por decirlo así, con ese amor que se habia apoderado de su corazon, solo respondió con un gesto desdeñoso.

—¡Ah! repuso Roncari, ¿no la encontrais bastante bella? Y tomó una antorcha é inundó de luz á la Gattinara que sonreia.

—¡Mirad, señor, continuó, si alguna vez una jóven mas bella ha iluminado una fiesta con su hermosura! Toda su cintura cabria en la sortija que los dux arrojaban al mar. Cuando abre sus ojos azules se ve al cielo; cuando abre sus brazos se desearia morir en ellos, y si entra en un museo, la Fornarina de Rafael palidece y la Magdalena del Ticiano se turba. Miradla, pues, señor, para que no creamos que los franceses son unos bárbaros.

Néstor no pudo contenerse, arrojó una mirada, y habiéndola arrojado le fué preciso convenir en su interior que la cortesana era de una belleza ideal; pero pensaba siempre con un entusiasmo religioso en la pobre Lucciola, que era dueña de su alma.

—¡Pardiez! señor, continuó Roncari, ¿seria yo el único que no guardase rencor? Ha faltado poco para que me ahogárais; luego que habeis aparecido me habeis quitado á mi querida, porque he conocido por un movimiento de sus labios que es vuestra, y si os la he dado, es porque se me escapaba. Veamos, de buena fe, ¿podreis estar enamorado de Lucciola? Yo os ví cuando desembarcásteis; habeis llegado á Venecia antes de ayer; habeis vagado como un hombre que se fastidiaba por dos dias, y la duquesa no puede haber hecho destrozos muy importantes en vuestro corazon. Habeis venido á nuestra ciudad para divertiros y ser feliz. En ninguna parte encontrareis mas alegría, mas juventud, mas hospitalidad y mas amor que entre nosotros. Vamos, dejaos hacer, mañana os volveremos vuestra libertad y vuestra Lucciola si la quereis. Yo soy Roncari el gondolero, he ganado cien doblones en las *regattas*, gasto esta noche veinticinco; aprovechaos de ellos. ¡Beppo, llena los vasos; y tú, Gattinara, una cancion!

La jóven tomó una guitarra que estaba á sus piés y cantó estos versos:

Cuando era Venecia la altiva Venecia,
Perla de las olas amargas del mar,
Ondeaba á la brisa regias banderolas,
De sus marineros oyendo el cantar.
Mas hoy que mantiene pilotos sin barbas,
Que pobres ilotas sin gloria tenemos,
¡Cantemos!

Cuando era Venecia la altiva Venecia
Que en barcas de oro llenaba el canal,
Eterno su nombre entonces hacian
Sus grandes festines, regio el carnaval;
Mas hoy que en la calle de Esclavos tan solo
Una barca cruza que apenas llenamos,
¡Bebamos!

Cuando era Venecia la altiva Venecia,
Su dux opulento mas grande que un rey,
Al mar desposaba, que habia sometido
Guardando su anillo, su honor y su fe;
Daba de alimento el mundo á sus leones,
Y hoy que su miseria y su hambre miramos....
¡Riamos!

Cuando era Venecia la altiva Venecia,
Del Danubio al Támesis sus hijos y el dux
Venian á pedir á nuestras hermanas:
Hoy de la miseria en viva inquietud,
Al grito profano, de ángeles que eran,
Demonios tan solo, cortesanas vemos:
¡Amemos!

Cuando era Venecia la altiva Venecia,
Do quier á los reyes ponia embajador;
Mas Venecia ha visto con luto y vergüenza
Hollado vilmente su antiguo esplendor,
Sus altos florones caer, y á San Márcos
Del mar al empuje inclinado vemos......
¡Lloremos!

—¡He ahí una cancion extraña! contestó Roncari; felizmente los canales están desiertos y los esbirros no te han oido; sin esto, habriamos acabado la noche bajo los Plomos. En cuanto á mí, soporto pacientemente el yugo del extranjero que me deja pasar una vida alegre. Se debe pensar con juicio cuando uno es libre.

¿Qué importa la esclavitud para quien tiene oro, que es la mejor de las libertades?

¿Se burlaba Roncari? Néstor no supo adivinarlo; pero se admiró de la actitud imponente y atrevida de este jóven que proclamaba su sumision con una voz tan arrogante.

—¿Siempre estais disgustado? le dijo Roncari.

—A fe mia, dijo Néstor, os confesaré que estoy poco dispuesto á reirme. Me habeis hecho vuestro prisionero no sé por qué. El placer no se impone, y no puedo estar reconocido á que me hayais obligado á participar de vuestra fiesta. Me pareceis alegres compañeros; no dudo de vuestra alegría, y otro dia participaré de ella, cuando os conozca mas. No me obligueis á ser esta noche de los vuestros y desembarcadme en cualquiera parte. Y para probaros que no tengo resentimiento contra vuestra chanza, acepto una parte de lo que me ofreceis y bebo por vuestro buen humor y por vuestra hospitalidad.

—Siento no poder obedeceros, señor; pero hemos resuelto castigar al domador de la Lucciola, y para castigarle, le ofrecemos cenar con nosotros y á solas con Gattinara.

—Roncari, interrumpió la jóven, esta es la segunda vez que teneis la necedad de disponer de mí sin consultarme. El señor francés no me quiere rendir sus homenajes; falta saber si yo estaria de humor para aceptarlos.

—¡Y bien! dijo Roncari, nos hemos engañado acerca del compañero que nos hemos proporcionado. Es capaz de suspirar en las lagunas al lado de una jóven loca que cuenta historias del otro mundo, pero no encuentra una palabra que decir á la mujer mas bella de Venecia! Perdon, señor; ¿habríais ordenádoos por casualidad en teología y nuestra sociedad escandaliza el candor de vuestras costumbres?

El jóven se sintió picado en lo mas vivo: era un desafío que le hacian y era muy débil para aceptarlos todos. Luego, temia el ridículo enormemente y juzgaba que su posicion se prestaba á ello; se decia tambien que después de todo, esta extraña noche podria muy bien acabar por una original estravagancia: por otra parte, Gattinara era muy bella; luego, los hábitos de toda su vida

lo conducian á la inconstancia y su curacion no era completa; en fin, habia bebido un vino que se le habia subido á la cabeza.

—¡Al diablo las tristes preocupaciones! exclamó; acepto todo lo que me ofreceis; acepto á Gattinara, que será menos cruel de lo que parece; acepto vuestra cena y os la devolveré mañana en la noche. Remad, pues, hácia vuestra hostería.

Los gondoleros, entorpecidos ya por la orgía y tendidos sobre el tapiz de la barca, no querian ver nada. Roncari tomó el remo y volvió la espalda; Néstor se aproximó á Gattinara.

—Monseñor, dijo ella retirándose, Roncari tiene derecho de estar cansado de mi amor, pero no tiene el de darme á un cualquiera.

—¡A un cualquiera! ¿Acaso no tengo el aspecto de un caballero? ¿Acaso no valgo lo que todos esos?

—Jamás seré del que me ha desdeñado al principio.

—¿Jamás? es una palabra que hemos suprimido en Francia. ¿Cuánto se necesita para que vuestra boca no la diga ya? Os prevengo que soy generoso.

Los ojos de Gattinara brillaron en la sombra.

—Señor, es un mal medio de atraerme el insultarme. Si yo pudiera creer sinceramente que me encontrais bella....

—¿Esta sortija os lo diria? Y Néstor quitó de su dedo un magnífico brillante que Gattinara habia notado sin duda.

—¿Me la dais? dijo ella.

—Sí, con la condicion que la he de poner yo mismo en vuestra mano....

Gatinara se aproximó á una de las antorchas de la góndola, se aseguró del valor de la sortija y con un gesto desdeñoso la arrojó al canal.

—¡Pardiez! exclamó Néstor profundamente admirado; haceis como Pisístrato, arrojais una parte de vuestra dicha.

—Me queda bastante, dijo, porque ahora estoy convencida. Yo os he probado que guardo el resentimiento de un ultraje, vos me habeis probado que sabeis repararlo; estamos compensados.

La cortesana habia llegado á su objeto. Néstor se habia alistado á sus banderas con mas de doscientos doblones. Ella le ha-

bia obligado, por sus primeras denegaciones, á olvidar todo lo que podia alejarle de ella en el pasado. Néstor estaba á sus piés, en una actitud mas negligente que amorosa. La góndola, suavemente conducida, mecia su embriaguez imprudente. Las flores colocadas en la cabeza de Gattinara le enviaban un perfume pérfido; las antorchas arrojaban unos reflejos amarillos sobre las aguas durmientes y los palacios rozados al vuelo de la barca; la sonora voz de Roncari talareaba una cancion; la imágen de Lucciola ya no aparecia á Néstor sino en vaga lontananza.... Llegaron á la isla de Torcello, donde debian cenar.

IV.

Cuando Lucciola estuvo fuera del alcance de Roncari, casi se reprochó la semi-confesion que habia hecho á Néstor. Sin duda habia salido de su corazon; ¡pero hubiera sido mas digno de ella contenerla y callarse! Sin duda la gracia caprichosa de la figura del jóven, la expresion franca y espontánea del amor que le habia inspirado y que Néstor habia dejado ver al momento con la naturalidad de un corazon honrado, la habian conmovido profundamente: pero ¿no debia cumplir una mision austera, y no debia desterrar al amor de sus sueños? ¿sus abuelos los dux aprobarian que la última de los Fabbiani se enamorara tan súbitamente de un extranjero de quien ni aun el nombre sabia y que sacrificase el augusto cargo de restablecer su casa? Se hacia todos estos enérgicos reproches; pero amaba, y aun se estremecia con el recuerdo de esta noche de espansion y de confidencias; además, su jóven amante habia invocado santamente los astros del cielo y pensaba con invencible terror en lo que esperaba á Néstor en la isla de Torcello.

Lucciola sabia que existia en Venecia, hacia algunos años, una formidable asociacion acerca de la que la policía austriaca ó se hacia disimulada ó no habia podido atacarla. Varios jóvenes reunieron los restos de sus patrimonios, y sin tener al principio

otras razones que las de un desaliento político, habian formado una sociedad cuyo primer pretexto era el placer y la disolucion. Siempre embarcados, animando los desiertos canales con un eterno festin, se les habia llamado los gondoleros negros por una insignia sombría que llevaban en la cintura. Iban de pié en sus barcas arrogantemente coronados de flores, insultando con su lujo, aturdiendo con sus cantos, con la frente levantada y la sonrisa en los labios. Parodiaban las costumbres antiguas, los antiguos esplendores de su esclava patria. Con su brillante y pródiga juventud, se habian atraido multitud de mujeres en cuyas venas corria la sangre de las fabulosas cortesanas de la Venecia de otro tiempo. Sin embargo, este oro habia caido poco á poco en la mar; era preciso encontrarlo, era necesario continuar aquella vida escandalosamente triunfante. Entonces fué cuando Roncari, el atrevido hijo de las lagunas, se ofreció á la compañía de los gondoleros negros.

La decadencia poética de Venecia le atraia sin cesar nuevos visitadores que venian á contemplar la agonía de la real condenada. ¿No podrian encontrarse entre ellos algunos que sacrificasen una parte de su fortuna por unos placeres tan admirablemente variados? Se les encontró, y la asociacion, de que Roncari habia llegado á ser jefe, devoró nuevos patrimonios que vinieron del extranjero. ¿El gobierno tenia espías en la sociedad de los gondoleros negros? El pueblo así lo decia; pero el pueblo lo toleraba como tolera todas las disoluciones que hacen circular el oro. Los gondoleros negros recorrian los canales todas las noches y variaban continuamente de pretexto para atraerse á los viajeros imprudentes. Comprometian á sus víctimas de tal suerte, que no les daban libertad sino cuando se encontraban arruinados. Aun se citaban algunos jóvenes que habian muerto en estas hábiles disipaciones, y añadian que por haber querido sacudir el yugo, para castigarlos se les habia muerto de placer. Lucciola sabia todo esto.—Sí, murmuraba remando hácia alta mar, donde su frente era refrescada con una brisa mas fuerte, sí, el noble jóven se perderá si le dejo con esos bandidos. Es el primero que ha comprendido que mi abnegacion filial era respetable y sin-

cera cuando me hacia saber su amor. Acaso ya han tenido tiempo de pervertir su corazon. Acaso no encontrará ya su santa confianza en las palabras de la errante hija de las lagunas. Entonces sepultaré mi sueño; pero le haré ver el abismo en que va á caer, le salvaré aunque debiese morir después, infiel al juramento que hice á mi padre.

La *Gavia* volaba hácia la isla de Torcello. Lucciola puso el pié en la orilla, temblando de miedo y de amor. El palacio de los gondoleros negros, situado á cien pasos de la mar, resplandecia con su fiesta de todas las noches. Salia por las ventanas abiertas un murmullo de palabras confusas, un ruido de los vasos chocados y de canciones interrumpidas, así como vagas emanaciones de vinos, de perfumes y de flores. Antes de pasar aquel umbral maldito, la jóven encomendó su alma á Dios. Se presentó en la puerta; los criados, ocupados en el servicio, no fijaron la atencion en ella; pero luego que la reconocieron la arrojaban, exclamando: ¡La loca, la loca! Empleó las lágrimas y las súplicas para que la dejaran pasar; pero como la repelian con violencia, iba á llamar á Néstor con una voz desesperada, cuando se oyó un ruido de espadas. Palpitante y como si cada uno de los golpes tuviera un eco en su corazon, Lucciola cayó de rodillas. El combate fué corto. Una nueva cancion resonó en la sala del festin, y Roncari apareció en el dintel sosteniendo un herido en sus brazos.

He aquí lo que habia pasado.

Néstor, colocado en la mesa cerca de la Gattinara, respiraba dos llamas á la vez, la del vino de púrpura que corria en su vaso y la de las ardientes miradas que lo acariciaban en los negros ojos de la cortesana. Los convidados eran alegres, jóvenes y hermosos; las palabras encantadoras brillaban, como el oro y la porcelana de China, esparcidos profusamente. La libertad que sonrie al bebedor, hacia á todos fácil su parte de alegría. De cuando en cuando en los raros intervalos de las risas y de las canciones, la mar, que azotaba los muros del palacio, enviaba á la fiesta los sonoros suspiros de sus ondas armoniosas. La estrellada noche sonreia en las ventanas, mil perfumes mezclados entorpecian los

efímeros sueños con esos pensamientos que se expresaban en palabras ligeras y ruidosas como la espuma de los vinos. Una fresca brisa hacia temblar al mismo tiempo las odoríferas bujías y los hombros desnudos. Todas las mujeres eran bellas, pero Néstor tenia la mas bella; todas las agudezas producian un gran efecto, pero las de Néstor tenian una forma particular.

—Después de todo, se decia en la media luz de su razon, ¡qué hermosa noche! he aquí á Venecia tal cual la soñaba, tal cual la creia imposible hace algunas horas en la cámara del viejo palacio. ¡Vivan las horas que pasan en el reloj de San Márcos! ¡vivan las ciudades que mueren en semejantes fiestas! ¡viva Gattinara, viva tu alegría puesto que me alumbra! ¡viva tu belleza pues me pertenece!

—Eso todavía no, señor, interrumpió uno de los vecinos de Néstor.

Este percibió entonces que habia pensado en voz muy alta, y miró arrogantemente á su interruptor, que tenia un áspero bigote y una mirada agreste.

—¡Vamos! exclamó Roncari, ¿volveis á vuestra interminable querella, marqués? Sabeis bien que Gattinara jamás os ha querido. Creo que nadie me impedirá que la dé á quien mejor me parezca. En cuanto al jóven señor francés, es mi huésped y prohibo que se le toque!

—Entonces, exclamó el que se llamaba el marqués, su insolencia estará á cubierto con vuestra proteccion; me insulta tomando por querida á una mujer que amo.

—No hay mas insolente aquí, contestó Néstor levantándose impetuosamente, que el que me provoca y se atreve á dudar de mi valor. Veamos el suyo. Y al mismo tiempo corrió á un trofeo de armas que colgaba de la pared, tomó una espada y arrojó otra á los piés del marqués.

—¡Imprudente! dijo Roncari, que se habia acercado á Néstor, el duelo se castiga de muerte en Venecia, y si teneis la desgracia de herir á este caballero, os vereis precisado á ocultaros entre nosotros mucho mas tiempo acaso del que exigen vuestros proyectos!

—¡Qué importa! contestó Néstor con entusiasmo, la perspec-

tiva no es tan espantosa. En guardia, señor marqués, y pensad que Gattinara está en la punta de nuestras espadas.

Los aceros se cruzaron. Por un momento las espadas brillaron á la luz de las hachas con un círculo de fuego. Pero Néstor tenia la ventaja; hizo retroceder al marqués y lo clavó en la pared atravesándole el hombro.

Nestor palideció un instante; pero dirigiendo sus ojos hácia Gattinara que habia admirablemente representado el papel de espantada, le dijo:

—¡He aquí nuestros esponsales, hermosa mia! Eres muy encantadora para no procurar merecerte! Y volvió á colocarse á su lado. Bravos estrepitosos celebraron su triunfo. Entonaron un canto de victoria en honor suyo, y Roncari se llevó al marqués, que parecia herido mortalmente.

En ese momento vió Lucciola á Roncari. Le hizo una seña y Roncari se acercó á ella cuando hubo depositado su fardo en los brazos de los criados que habian acudido.

—No os admireis de verme aquí, le dijo; mi destino me ha impelido á ello á pesar de las injurias que debo oir. Todas las veces que me habeis encontrado en los canales, me habeis tratado como enemiga, Roncari; era sola, pobre y débil; jamás he tratado de perjudicaros; no pido mas que un poco de lugar para mi góndola, un poco de sol para secar mi frente mojada, una poca de indiferencia al rededor de mí para que viva como Dios me ordena; y vos, Roncari, siempre os habeis burlado de mí, siempre me habeis señalado con el dedo, y aun ¡oh infamia! me habeis amenazado un dia con vuestro remo. ¡Pues bien! á pesar de estos ultrajes, no puedo olvidar que los dos somos hijos de Venecia y casi vengo á pediros un favor.

—Escucha, respondió Roncari; confieso que mi conducta ha sido dura é injusta; pero tambien, Lucciola, acuérdate de aquellos dias en que puro todavía mi corazon, me acercaba á tí no atreviéndome aun á decirte cuánto te amaba. En ese tiempo, con una sonrisa que habria yo pagado con mi vida, concibiendo una esperanza que jamás me has dado, habrias hecho de mí un hombre de bien. Yo no soñaba en otra felicidad que en un mise-

rable cuarto contigo, en una barca en que te habria mecido con nuestros hijos, en una vida humilde en que nos habriamos amado, padecido y orado juntos. Entonces ¡cuán desdeñosa eras! ¡cómo humillaba al gondolero la hija de los dux! ¡Ahora, me acuerdo y me vengo! Pero contra una mujer, es una cobardia; no volveré á incurrir en ella. ¿Qué quieres? Si no es un imposible, lo tendrás.

—Una entrevista de cinco minutos con el jóven extranjero que habeis cogido esta noche.

—¡Ah! dijo; ¿ese, pues, ha ablandado tu corazon de mármol? Pides mucho, Lucciola.

—Pero pagaré, contestó ella con una triste arrogancia. No poseo mas que una cosa en el mundo, la *Gavia;* es vuestra si puedo hablar al viajero.

—¡Cuánto le amas! interrumpió Roncari. La *Gavia* ¡es tu vida! No importa, tu góndola es la mejor de Venecia; con ella á nadie temo ya en las regattas. Acepto. Ahora que hemos hablado, puedes andar por los canales sin temor.

—¡Ay! respondió ella mirando tristemente su barca, no me volvereis á ver en ellos.

Roncari fué á buscar á Néstor.

—Una mujer pregunta por vos, le dijo.

—¡Una mujer! respondió Néstor. ¡No hay mas que una mujer en Venecia, la Gattinara! Decidle que he dispuesto ya de mi noche.

—Señor, es Lucciola quien os espera.

A este nombre, Néstor se levantó como herido por una conmocion eléctrica. En un segundo palideció y se enrojeció dos veces; elevó los ojos hácia la parte del cielo que se veia por la ventana; luego, después de haber mirado por última vez y con indefinible desden á los convidados que la sorpresa habia agrupado al acaso, partió como un relámpago.

—¡Diablo! pensó Roncari; decididamente yo seria su juguete con mi generosidad; pero el milano no dejará que la *Gaviota* le arrebate su presa.

Bajó apresuradamente, corrió á una de las góndolas amarradas en el puerto, quitó un candado, después se deslizó en la sombra hasta la *Gavia*, que estaba amarrada con una cadena enredada en una argolla, fijó en ella el candado y desapareció antes que Lucciola y Néstor hubieran podido verlo.

Lucciola tomó la mano del jóven, le condujo á la góndola y le hizo sentar á su lado sin decirle nada. La aurora se anunciaba ya por una fresca brisa que rizaba el mar.

—¿Teneis frio? le dijo; estábais mejor allá arriba, ¿no es verdad?

—¡Oh! respondió con voz conmovida y profunda, perdon!

—No os reprocharé nada, replicó ella. Habeis olvidado, en vuestra nueva alegría, á la pobre jóven que tristemente os descubrió su corazon. Mis lágrimas se han perdido en vuestra memoria como en la mar donde cayeron. Así debia ser y yo lo habia previsto. Pero es necesario que os hable, es preciso que os salve. Escuchadme.

Y le contó todo lo que sabia de los gondoleros negros. ¡Fué elocuente y estuvo bella! la inspiró el luto de Venecia y la abyeccion de todos esos esclavos corrompidos. Ganó tanto mas fácilmente su causa cuanto que el corazon de Néstor estaba convencido antes de que ella abriese sus labios.

Espantado del porvenir que le desarrollaba á su vista, volviendo á ella de quien se habia separado como un insensato, conmovido hasta el fondo del alma por el amor de la jóven, que á pesar suyo se habia manifestado en la trasparencia de sus temores, le respondió sin ocultar su desesperacion:

—¿Y qué hacer? Estoy unido á ellos con un lazo de sangre! Uno de estos miserables ha insultado mi honor (no se atrevió á decir mi querida). Le he herido, y creo que mortalmente ....

—Tranquilizaos, interrumpió ella con desden; ese encuentro es una escena de sus acostumbrados programas. Así os habrian encadenado por el temor de una denuncia. Pero todo es una infame comedia. Tienen un actor para ese papel. El que habeis muerto lo ha sido ya diez veces, y resucitará luego que su ligera herida haya cicatrizado....

—¡Pues bien! replicó alegremente Néstor, que se sentia descargado de un inmenso peso, soy libre entonces, partamos. ¡Vamos á buscar juntos horas mas gratas! ¡Que borre la aurora las lágrimas de esta noche! Lucciola, os bendigo como al ángel de la mañana, cuya divina voz hace desaparecer la pesadilla. ¡Seamos felices, amémonos, partamos!

—¿Amémonos! respondió ella con una sonrisa en que ocultaba sus lágrimas. Hace un momento no habia entre nosotros mas que mi destino; ahora hay vuestro olvido. ¿Partamos! Esta góndola ya no es mia.

—¡Cómo! ¡tu *Gavia!*

—Era necesario pagar bien el derecho de salvaros. Néstor arrojó á la orilla una bolsa.

—Yo os la vuelvo, exclamó.

Después, como en un acceso de delirio, interrumpiendo casi cada una de sus frases y oprimiendo convulsivamente las manos de Lucciola:

—¡No me amais! exclamó, y por impedir que gastase algunos escudos de mi fortuna y algunos años de mi vida, vos, el ángel de mi guarda, dais vuestro único asilo, vuestra esperanza, vuestro techo, vuestra góndola, la única herencia de vuestros padres! No me amais ¡y haceis por mí tanto como una madre por su hijo! Me inmolais vuestra juventud y vuestra vida, renunciais á todo, porque os es necesaria la góndola para entrar al viejo palacio Fabbiani. ¡No me amais! y olvidais por mí la tarea que se os ha legado, la poética leyenda y la embriaguez de una mision santa! Pobre niña, ¿quién os llevará ahora sobre las olas del Adriático? ¿Dónde ocultareis vuestra bella cabeza durante el dia, cuando, cansada de un misterioso trabajo, os dormís para no ver la agonía de vuestra patria? ¡La *Gavia!* era vuestro mundo, vuestro abrigo contra los ardientes rayos del sol, vuestro casto retrete, vuestro recuerdo del pasado y vuestra quimera del porvenir! Lucciola, no nos atormentemos con crueles desconfianzas. Me amais; no hay ya lugar para vos en el universo sino entre los brazos que os tiendo. Sed mi querida, sed mi mujer como habeis sido mi ángel. Arranquémonos á estas tinieblas en don-

de se ha perdido mi cabeza. ¡Partamos, os lo repito; pueden volver, partamos!

Y Néstor cubria de besos y lágrimas las manos de Lucciola; pero esta volvia la cabeza y respondia:

—¡No! debo resistir á los encantos de la vida! Aun cuando os amase como decís, jamás nos uniriamos! Los vestidos nupciales no se han hecho para la jóven que debe traer un eterno luto. Cuando he llorado por la nobleza de mi casa, lloro por mi padre; cuando he llorado por mi padre, lloro por mi patria. ¡No tomeis por amante á la que se ha casado con ruinas! Esta góndola ha sido mi palacio; será mi tumba, puesto que me la volveis. ¡Ya no saldré de ella!

—Pues bien, interrumpio Néstor, seré vuestro huésped, participaré de vuestro duelo, responderé á vuestras lágrimas, y como vos, no tendré mas universo que la flotante góndola. ¡Para nosotros dos, el Océano, después la libertad, luego la muerte, puesto que no quereis la dicha! Al mismo tiempo apoyó el remo vigorosamente sobre la ribera y lanzó la barca; pero solo se alejó unos pasos y la cadena produjo un ruido sordo. Lucciola se levantó espantada. Estaban cautivos por una nueva traicion de Roncari.

—¡Oh! exclamó con espanto, ¡hablais de libertad y os responde el ruido de una cadena!

—¡Y no hay medio de huir! replicó Néstor con desesperacion. ¡Van á apoderarse de mí otra vez y á hacerme un infame como ellos! ¿Y qué importa? añadió con amarga expresion; ¡que vuelvan! ¡Me habeis repelido!....

Entonces Lucciola, atónita y temblando de miedo, como si fuese á intregar á su amante en manos del verdugo, no escuchó ya mas que su pasion que clamaba en su interior....

—Escuchadme, le dijo; hay un medio, uno solo; ¿pero me perdonará Dios que lo emplee? Sí, mi corazon me inspira, porque mi destino me impele hácia vos. Lo que voy á deciros es acaso una ridícula supersticion, pero creo en ella; se cree en un milagro cuando se está desesperado. Os he hablado de una llavecita que me dió mi padre al morir. ¡Era la que debia abrirme la miste-

riosa puerta que hace tanto tiempo busco en vano! La tradicion de mi familia dice que solo ha de servir una vez. Hela aquí, ensayémosla; tengo un seguro presentimiento de que ha de servir para nuestra libertad.

Néstor la miró con un religioso reconocimiento.

—Pensadlo bien, Lucciola; al darme esa llave me dais vuestra vida.

—¡Pues bien! es tuya, contestó arrodillándose cerca de la cadena de la góndola....

¡La llave entró!.... En este instante Roncari y Gattinara aparecieron con antorchas y se lanzaron hácia la ribera; pero la *Gavia*, siguiendo la curva de las ondas que el viento impelia hácia Venecia, desapareció en un surco de espuma, y Nestor respondió á las maldiciones de Roncari estrechando á Lucciola contra su corazon.

Cuando llegaron al gran canal, la aurora enrojecia el viejo techo del palacio Fabbiani. Brighella, que estaba en la puerta, quedó admirado al ver llegar á su huésped, á quien no habia visto partir.

—¿Cuánto te costó tu palacio? le gritó Néstor.

Brighella vacilaba en responder.

—¿Tu posada, si te agrada mas? continuó Néstor.

—Diez mil piastras, señor.

—Te doy quince mil por ella, que cobrarás mañana á mi banquero.

Néstor y Lucciola subieron al aposento en que comenzó esta historia. El jóven la condujo cerca del gran sillon, y considerando con éxtasis su belleza, mas deslumbrante aun á la luz del dia:

—Lucciola, le dijo, te he engañado; anoche cuando veniste ya veia ese tesoro que buscabas. La leyenda de tu familia ha tenido razon: he ahí lo que debia volverle su viejo palacio. ¡Mira!

Lucciola levantó su apacible mirada y siguió la direccion de la mano de Néstor. Entonces se vió sonroseada y radiante en el espejo que él le mostraba, y respondió, ocultando su cabeza sobre el corazon del jóven:

—¡El tesoro, amigo mio, es nuestro amor!

(Traducida para la CAMELIA.)

EXTRAVAGANCIAS,

costumbres y gustos singulares de algunos personajes célebres.

(CONTINÚA.)

Tycho–Brahe sentia que le flaqueaban las piernas al encontrar una liebre ó una zorra.

El canciller Bacon caia en desfallecimiento cuando habia eclipse de luna.

Bayle tenia convulsiones al escuchar el ruido que hace el agua cuando sale de una llave.

Lamothe le Vayer no podia sufrir el sonido de ningun instrumento de música.

Favoriti, poeta italiano muerto en 1682, no podia soportar el olor de la rosa.

Algunos personajes célebres son conocidos por su aficion á ciertos animales. Así, Alejandro tenia un cariño extremado á Bucéfalo, Augusto á un loro, Cómodo á un mono, etc.

El emperadar de Occidente, Honorio, sentia por una gallina una ternura profunda, que probablemente no era correspondida. Se encontraba en Ravena, habiendo tenido la precaucion de poner entre él y los godos las lagunas del Adriático; cuando despúes de la toma de Roma por Alarico, en 410, vinieron á anunciarle que la capital de Italia y del Occidente estaba perdida, "¡Cómo, exclamó el emperador consternado; ¡se ha perdido Roma! ¡pero si no hace un momento que ha venido á comer en mi mano!" La

gallina se llamaba tambien Roma, y era ella quien causaba la inquietud del monarca. Así es que experimentó un gran consuelo cuando supo que no se trataba de su ave querida, sino de la capital de su imperio. Tan estúpido y embrutecido estaba.

El célebre financiero francés Samuel Bernard (muerto en 1739) creia que su existencia estaba ligada á la de una gallina negra, la cual, gracias á esta circunstancia, debia ser cuidada y atendida, Dios sabe cómo. Murieron los dos casi al mismo tiempo. Es verdad que Bernard tenia entonces 88 años.

Passeroni, poeta italiano, muerto en 1802, amaba á un gallo, de quien habla siempre en sus poesías.

Saint-Erremond y Crebillon estaban siempre rodeados de perros y gatos.

Justo Lipse no amaba mas que á los perros, y sobre todo á uno que tenia llamado Sáfiro, al cual habia conseguido destruir la repugnancia que los animales de esta especie tienen por el vino. Decia con este motivo: "Lo que acerca mi Sáfiro al hombre, es que le gusta el vino y está expuesto á la gota."

Godofredo Mind, pintor de Berna, muerto en 1814, fué llamado el *Rafael de los gatos*, porque sobresalió en pintar estos animales, á los que profesaba un vivo cariño; tenia siempre cerca de él dos ó tres. Mientras trabajaba, su gato favorito estaba casi siempre á su lado; algunas veces ocupaba sus rodillas, dos ó tres gatitos estaban acurrucados sobre sus hombros, y él permanecia en esta postura horas enteras sin moverse, por no incomodar á los compañeros de su soledad.

(Continuará.)

ANÉCDOTA.

Una señora, haciendo una pintura de las perfecciones de su marido en presencia de un caballero muy bufon, dijo que no tenia mas defecto que el de la boca, por ser muy grande; y aquel caballero contestó: "No es una desgracia, sino una cosa muy cómoda para él cuando quiera hablarse al oido."

EN EL

ALBUM DE AURORA.

Te ví, mujer, y se enjugó mi llanto
Para admirarte como el sol se admira,
Y al contemplar tu poderoso encanto,
Pulsé las cuerdas de mi pobre lira
Y te hice objeto de mi dulce canto.

ABANDONADO desde que era niño
En medio de este piélago iracundo,
Sin conocer el maternal cariño
Ni los placeres conocer del mundo;
El alma pura como blanco armiño,
Aunque marchita por mi mal profundo,
En vano alzaba en mi penoso duelo
Mi débil voz que rechazaba el cielo.

¡Oh cuántas veces de llorar cansado
En una noche plácida y serena,
En medio del desierto arrodillado
Contaba á Dios mi dolorosa pena!
Estaba sin embargo decretado
Regara con mis lágrimas la arena,
Sin que ninguno en mi tenaz quebranto
Se presentara á recoger mi llanto.

Así pasaba la terrible noche,
Hasta que al fin apareciendo pura
La bella aurora en su dorado coche,
Iluminaba la extension oscura;
Y acariciando de la flor el broche
Que ostentaba en el campo su hermosura,
Le daba á todo animacion y brio.....
¡Mas yo quedaba con el llanto mio!

Y el sol, el sol hermoso que vertia
Sus raudales de luz sobre mi frente,
Si en medio del zenit resplandecia,
O mandaba su luz desde Occidente
Al despedirse y caducar el dia,
Tambien iluminaba indiferente
Por entre nubes y celajes rojos
El llanto amargo de mis tristes ojos.

¿Qué era este munda rico de placeres,
Con sus galas magníficas, sus flores,
Sus bellas y tiernísimas mujeres,
Excitando al placer y los amores,
Para el mas desgraciado de los seres?
Un abismo fatal de sinsabores,
Donde todos al ver mi frente mustia
Escarnecian sin piedad mi angustia.

Llegaste empero y *se enjugó mi llanto*
Para admirarte como el sol se admira,
Y al contemplar tu poderoso encanto,
Pulsé las cuerdas de mi pobre lira
Y te hice objeto de mi dulce canto:
Por tí mi ardiente corazon suspira
Y olvida alegre su pasada historia,
Angel de luz, de mi existencia gloria.

Por tí la vida me parece bella,
Y bello el mundo que juzgué perdido;
Tú eres, mujer, mi venturosa estrella;
¡Que no se eclipse tu fulgor querido!
Pues al mirar tu luminosa huella
El infortunio de mi ser olvido,
Y en mi ventura y mi placer inmenso,
Solo en el ángel de mi dicha pienso.

¡Bello es vivir, hermosa, acariciando
La imágen que se tiene en la memoria
De la beldad á quien se vive amando
Y en quien se cifra el porvenir, la gloria!
Bello es vivir, pero vivir gozando
Al recorrer de nuestro amor la historia,
Y por esto es que pienso en tu hermosura
Apreciando por ella mi ventura.

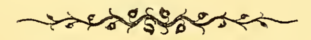
Bello es mirar en el rosado Oriente
Aparecer entre celajes de oro,
O perderse tambien en Occidente
El sol hermoso cuya luz adoro:
Bellas las flores son, bello el ambiente
Y de las aves el melífluo coro;
Bella y pura es al refrescar la brisa;
¡Pero lo es mas tu celestial sonrisa!

Bella es la luna si en el mar riela
Haciéndola ostentar varios colores,
Y en el silencio de la noche vela,
Acariciando las hermosas flores,
Por la beldad que la llegada anhela
Del objeto feliz de sus amores:
Bella es si alumbra su nevada frente;
¡Pero es mas bella su mirada ardiente!

Bello es mirar en el zafir del cielo
La inmensa multitud de luminares
Mandando con su luz dicha y consuelo
Sobre los montes y los anchos mares:
Bello es el fértil esmaltado suelo
Y el melífluo cantar de los cantares;
Mas sobre todo sin igual descuellas,
¡Tú, la mejor de las mujeres bellas!

Por eso al verte se enjugó mi llanto
Y á respirar el corazon alcanza;
Por eso se oye mi amoroso canto
Y los suspiros que mi pecho lanza:
Tú eres mi dicha, mi ilusion, mi encanto,
Y si á destruir no llegas mi esperanza,
Hoy con el mundo estrecharé los lazos,
Pues me reciben tus amantes brazos.

J. Montiel.



ANÉCDOTA.

Un pintor de tabernas ó pinta-monas estaba escribiendo (sin saber escribir) el nombre de un difunto sobre su losa en el cementerio de una aldea, y en lugar de poner: "Aquí yace Estanislao Bautista Baquero; vivió justo en este lugar, y murió cristiano el año de 1808, en el dia de San Ulpiano y San Pancracio mártires y San Benito de Palermo confesor," escribió lo siguiente: "Aquí. pace, Estancado. Bautismo Braguero. vivo. junto á el lagar. y mató un cristiano. en el año de 10808 de dia Santo Uspino. y Santo Pan cazo. mastiles. y San Bonito de Patelmo. confuso."—¡Hombre! le dice un vecino que sabia leer algo, me parece que eso no está bien y que no tiene buena ortografía.—¿Qué quiéres? responde el pintor, sus parientes son tan pobres que no podrán pagar una obra de mucho primor; si no fuera eso, yo en tal caso pintaria aquí algun bello paisaje, como monas, elefantes, mochuelos y boleros.

GEOGRAFIA.

LECCION TERCERA.

Círculos menores, zonas y climas.

Yo.—Supongo, señoritas, que tendrán ustedes curiosidad por saber lo que de la esfera quedó pendiente en la leccion pasada; aunque no sé por qué, se me figura que ya ustedes se desanimaron y no ven con tanto gusto el estudio de la geografía; ¿será cierto?

Consuelo.—Mire usted, señor don Pedro, es verdad que usted nos ve muy tibias; pero consiste, no en que se nos haya apagado el entusiasmo que manifestamos al principio, sino que todo esto de la esfera es muy seco para nosotras, que gustamos generalmente de lo ameno.

Yo.—Tienen ustedes mucha razon; yo bien conozco que la materia de las anteriores lecciones ofrece poco atractivo á la imaginacion de unas jóvenes como ustedes; pero todos los principios de una ciencia son áridos, y ya verán ustedes como después les parece la geografía una de las ciencias mas amenas y divertidas. Tal vez la culpa es principalmente mia, porque acaso no he sabido dar mis lecciones de una manera que hiciese á ustedes mas agradable el asunto de ellas; pero yo suplico á ustedes que me disimulen una falta consecuencia de los años; los viejos naturalmente somos secos.

Cármen.—No, señor don Pedro, usted hace todo lo que puede, y nosotras le estamos muy agradecidas; no esté usted en el error de que la culpa es suya.

Yo.—Doy á ustedes mil gracias por su indulgencia, y para pagárselas les prometo hacer los mayores esfuerzos para que mis lecciones no les parezcan tan áridas. Ya nos falta muy poco para concluir las nociones preliminares, y si ustedes me lo permiten, les diré algo sobre los círculos menores y las zonas.

Consuelo.—Con mucho gusto; ya escuchamos.

Yo.—Pues bien, los círculos menores son cuatro, llamados trópicos y polares. Los rrópicos son dos círculos paralelos al ecuador, es decir, están igualmente distantes de este círculo máximo. Los dos tocan á la eclíptica en los solsticios. ¿Recuerda usted, Consuelito, cuáles son estos puntos?

Consuelo.—Sí, señor; son los dos puntos en que la eclíptica está mas distante del ecuador.

Yo.—Muy bien dicho. Pues en esos dos puntos tocan los trópicos á la eclíptica, y como uno de los solsticios está en el hemisferio superior y el otro en el inferior, resulta de aquí que los trópicos ocupan tambien el hemisferio correspondiente al solsticio con quien están en relacion. El que está en el hemisferio superior ó del Norte se llama trópico de Cáncer, y el que está en el inferior ó del Sur, toma el nombre de trópico de Capricornio. El primero se llama así porque toca á la eclíptica en el principio del signo de Cáncer, y el segundo porque la toca en el de Capricornio.

Cármen.—Y el nombre de trópicos, ¿de dónde les viene?

Yo.—De una palabra griega que significa *volver*, porque cuando el Sol llega á alguno de ellos en el curso de su revolucion anual, no se aleja mas allá del ecuador, sino que vuelve á acercársele.

En cuanto á los círculos polares, estos son dos círculos menores, paralelos tambien al ecuador; uno de ellos se llama *círculo polar ártico*, y es el que está cerca del polo Norte; el otro se llama *círculo polar antártico*, y es el que está en el polo Sur. Estos dos círculos distan de los polos tanto como los trópicos del ecuador.

Cármen.—Y estos otros círculos que veo en la esfera, parale-

los al ecuador y que van disminuyendo gradualmente hácia los polos, ¿cómo se llaman?

Yo.—Esos se llaman *paralelos de latitud*, y sirven con los meridianos que ven ustedes ahí tambien, y de los que ya les hablé en la leccion pasada, para determinar la *latitud* y *longitud*.

Consuelo.—Y eso que acaba usted de decir ¿qué es?

Yo.—Eso necesita una leccion separada, que será la última sobre esfera. Ahora solo me falta hablar á ustedes de las *zonas*.

Entre los trópicos y los círculos polares hay unos espacios en número de cinco, llamados *zonas*, que quiere decir *fajas*. El espacio comprendido entre los dos trópicos se llama *zona tórrida*, y en medio de dicho espacio se encuentra el Ecuador; las dos fajas comprendidas entre los trópicos y los círculos polares se llaman *zonas templadas*, distinguiéndose la que está entre el trópico de Cáncer y el círculo polar ártico con el nombre de *zona templada del Norte*, y la que se encuentra entre el trópico de Capricornio y el círculo polar antártico, con el de *zona templada del Sur;* finalmente, las dos fajas que están situadas entre los círculos polares y sus respectivos polos, se llaman *zozas glaciales*, tomando la una el nombre de *zona glacial del Norte*, y la otra el de *zona glacial del Sur*. Estas zonas marcan los diversos climas. En la zona tórrida el calor es excesivo, la vegetacion mas rica, el aspecto de la naturaleza es allí mas grandioso y magnífico que en las otras zonas; sus habitantes tienen el Sol en su zenit dos veces al año. En la zona templada, ni el calor ni el frio son excesivos, la vegetacion y el aspecto general participan todavía de los caracteres de la tórrida. En la glacial, el frio es atroz, la vegetacion pobre y el aspecto de la naturaleza tristísimo. Esto es lo que puedo decir á ustedes brevemente respecto de la esfera y de sus círculos; he pasado algunas cosas en silencio, tanto porque no las considero de absoluta necesidad para ustedes, cuanto porque no es mi ánimo recargar su imaginacion de ideas mas difíciles. Respecto de la latitud y longitud, hablaré á ustedes en la siguiente leccion, para que empecemos con otras cosas que estoy seguro de que les parecerán á ustedes mas agradables y divertidas.—*H.*



J.R. Navarro, editor

Litog. de Decaen

Anna Duquesa de Montmouth.

LA DUQUESA DE MONMOUTH.

JACOBO, duque de Monmouth, es el héroe de la novela titulada "El castillo del diablo," tan conocida en Méjico; por esta razon creemos que será del agrado de nuestras lectoras la presente biografía de su esposa, para que distingan la verdad, de la ficcion de Eugenio Süe.

Ana, duquesa de Buceleuch y Monmouth, fué la viuda del desgraciado Jacobo, duque de Monmouth, que fué degollado en 1685; era la segunda hija de Walter, primer conde de Bucelenuch, creado tal en 1619, y extendido después el condado por una patente posterior, á su mujer; su hijo el segundo conde, murió en 1651, y su hermana Mary, que fué casada á la temprana edad de once años con Walter Scott, hijo de Sir Gideon Scott, de Harden, murió dos años después; Ana, su hermana, se casó con el duque de Monmouth el 20 de abril de 1663. La duquesa fué una protectora declarada del mérito poético, y probó su exquisito gusto con la selecta coleccion Dryden que patrocinó; á ella aludia el eminente poeta, autor del poema Absalon y Achitophel, cuando con alusion á la carrera del duque de Monmouth, dice:

"Hizo el encanto de su amada Aunabel."

Cultivó la amistad del duque de York y estableció una grande intimidad entre él y su marido. Sir Walter Scott, en una nota de su poema en la edicion de las obras de Dryden, dice: "Su in-

genio y aversion á las intrigas políticas de su marido la hicieron imaginar que Dryden retratase su carácter en el de Marmontiere en el "Duque de Guisa," cuyos debates con su amante convenian exactamente á la situacion del noble par."

La declarada infidelidad del duque se dice que la resintió de una manera insensible cuando estuvo á punto de sufrir la pena de su rebelion. Burnet * dice: "que su resentimiento por la especie de vida del duque con lady Wenthworth fué tal, que parecia no haberle dejado ninguna ternura que conviniese con su sexo y sus circunstancias, porque aunque él quisiese hablarle á solas, ella tenia testigos que oyesen lo que pasaba—y se separaban muy friamente." Esta relacion del obispo ha sido contradicha en un manuscrito que poseia la noble familia de Buceleuch, impreso en el apéndice á las observaciones de Rose sobre la historia de Fox. En la entrevista que se verificó en la torre, se refiere que dijo: "que si en alguna cosa habia faltado al deber, celo y obediencia que le correspondia como su mujer, le pedia humildemente el favor de que lo dijese, y que de rodillas esperaria su perdon." A este patético discurso contestó el duque: "Que siempre se habia mostrado muy benévola, amante y obediente esposa hácia él, y que de nada se le podria hacer cargo ni contra su virtud y deber á él, ni contra la lealtad y afecto al último rey, ni contra la benevolencia y amor á sus hijos."

Sobrevivió muchos años á la melancólica catástrofe de la muerte de su marido; construyó el real palacio de Dalkeith cerca del principio del siglo XVIII. Tuvo dos hijos del duque de Monmouth; uno de ellos llevó el título de Buceleuch y el otro fué creado conde de Deloraine.

La duquesa se volvió á casar en 1688 con Cárlos, tercer baron de Cornwailles. Murió en 1732 en su palacio de Pall-Mall, y sus restos fueron depositados en la iglesia de Dalkeith.

(Traducido del inglés para la CAMELIA.)

* History of his own times, vol IV,. pág. 50.

EN EL TEMPLO.

EL sublime sacrificio de Cristo se consumaba ante el altar. Multitud de fieles asistian á él. Casi todos los semblantes expresaban la devocion y el recogimiento; pero entre esa multitud, ante el trono del Señor, hay seres que conmueven, que como pez eléctrico, despiden al través de las gentes corrientes magnéticas que estremecen, una simpatía que absorve; la hermosura delante de su Autor adorándole, es el espectáculo mas grandioso; la vida doblegada bajo el yugo de la religion y en ejercicio, es la sublime comprension del poeta.

Una jóven arrodillada rezaba con fervor las oraciones de su devocionario; pero en algunos intervalos dirigia una suplicante mirada hácia el altar, que despedia ideas de su pensamiento concentrado; sus labios estaban inmóviles, y sin embargo, oraba.

¡Sublime creacion del Omnipotente, hermosa súbdita del Rey de reyes! ¡ruega por tus semejantes, pide por mí! ¡Oh! si ocupase un lugar preferido en ese corazon, si tus santas oraciones se elevasen por mí entre el aroma del incienso, Dios se dignaria tender su mano para recibirla y mi gracia seria concedida. Nada podria detenerla, los ángeles le formarian una valla y entonarian un himno de gloria al sacrificio que producia seres espirituales tan divinos, aun siglos después de consumado.

¡Augusto recuerdo del amor de un Dios! inspírame la gracia de verter lágrimas de gratitud!

Oid la música celestial, oid los coros angélicos que acompañan la súplica de una vírgen.

Esas teclas que con su apacible sonido conmueven, me estremecen; Betowen, ciego sublime, invoca por mí en la poética mansion de lo bello aquella grandiosa inspiracion que te hacia hablar con música. Mozart, enviame tu creadora superstición, aunque muera luego....

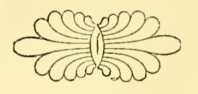
Pero ¿será igual? mis acentos.... ¡Oh Dios mio! la verdad, el amor y tu recuerdo son mas armoniosos que todas las inspiraciones del entendimiento....

Y aquí en el mundo mi mansion es de llanto; no debo producir un sonido alegre; mi fantasía siempre está cubierta de seres ideales que mezclan su llanto al mio; pero que no consuelan....¡No importa! ¡Aneguemos nuestro corazon, fantasmas de mi ser, aneguémosle de lágrimas! ¡perezcamos sofocados de ilusiones de amor, de tristeza y desengaños! Allá en la mansion del que sufrió por nosotros un infamante suplicio, cada lágrima será una flor que coronará nuestra sien! ¡Allá tal vez la realidad os creará un nuevo ser, la fe os pondrá una palma, la esperanza pedirá por vos ¡piedad piedad! y la caridad os fortalecerá para disminuir el peso que os agobia ....

El sacerdote elevaba la hostia y yo la adoré con firme esperanza de consuelo y de paz.

Abril 7 de 1853.

(Escrito para la Camelia.)



PLEGARIA.



Señor, yo soy un huérfano que surco sin amparo
Los agitados mares del mundo corruptor:
¡Ay! muéstrame la lumbre de tu celeste faro,
Que el rumbo me señale del puerto salvador.
Aunque innsperto niño, sin nadie que me instruya
En los misterios santos de tu gloriosa fe,
Yo sé, Señor piadoso, que mi existencia es tuya;
Yo sé que tú formaste cuanto mi vista ve.
Yo sé, Dios poderoso, que el tenebroso caos
Rodó bajo tus plantas en negra confusion;
Yo sé, Señor, que entonces solo á tu voz, ¡Alzaos!
Alzáronse mil mundos y fué la creacion.
Y que desde ese cielo magnífico y sereno
Que en vano han pretendido mis ojos penetrar,
Diriges sabiamente la tempestad y el trueno,
Las ondas encadenas del proceloso mar.
Yo sé que tú derramas con providente mano
La espléndida abundancia con que se viste abril;
Yo sé que tú la esquivas cuando el invierno cano
Los trinos enmudece del ruiseñor gentil.
Yo sé que tú me impartes con generosa mano
Alimento y abrigo grato y consolador;
Yo sé que en todo riesgo, ¡oh Padre soberano!
Eres tú mi consuelo, eres mi protector.

La tierna y jóven madre que me arrulló en la cuna
Mil veces me lo dijo con cariñoso afan;
Yo oia sus palabras, Señor, y una por una
En mi pecho grabadas como con fuego están.
Pues me diste una madre que fué mis embelesos;
El ángel me llamaba de su esperanza á mí;
Ella gustando siempre mis inocentes besos;
Yo siempre preguntándola, ¡oh mi Jesús! por tí.
Recuerdo que me hablaba de muerte y de Calvario,
De la amorosa Vírgen que te asistió en la cruz;
Tambien de tu celeste magnífico santuario,
Donde cercado te hallas de arcángeles de luz.
Yo te amo desde entonces, Señor, te venero
Mas que á esa misma madre que mi ventura fué;
Solo de tí, Dios mio, mi salvacion espero;
En tí, Señor, descansa mi religiosa fe.
Yo espero, Dios clemente, verme algun dia en el cielo
Con esa buena madre que en la fe me instruyó:
Con mis amados hijos que fueron mi consuelo,
Que tu decreto santo tiernos me los quitó.
Yo anhelo, yo pretendo subir hasta esas nubes
Que tiñen tus alcázares de fúlgido arrebol,
Postrarme ante tus plantas al par de esos querubes
Y ver bajo las mias al encendido sol.
Pero ¡ay! si tú me niegas tu paternal cariño
En medio del desierto por do vacilo ya,
¿Quién ha de guiar los pasos de este inesperto niño,
Quién me abrirá la senda que á tus palacios da?
¿Cómo podré, privado de tu divino amparo,
Cruzar los anchos mares del mundo corruptor?
Muéstrame, ¡oh Dios! la lumbre de tu celeste faro
Y yo iré presuroso al puerto salvador.

***

GÜELFOS Y GIBELINOS.



(CONTINÚA.)

IV.

MUERTE.

UNA larga y benéfica enfermedad hizo perder á Leonor el sentimiento de sus penas; en ciertas situaciones intolerables del alma, el dolor físico es un bien, un alivio saludable que afloja el arco próximo á romperse. Sin embargo, con la salud, Leonor volvió al recuerdo de los pesares que afligian á su familia; vió á su tio mas taciturno y sombrío que antes en aquella casa que deberia quedar en lo sucesivo desierta y solitaria; supo por las conversaciones de sus damas, que Lotario, la noche de su fuga, se habia casado con Beatriz Franzoni en la iglesia de los religiosos predicadores, y que se habia ido con ella á Módena, ciudad que formaba parte de los Estados sometidos á Federico II.

Como lo habia previsto su padre, el hijo desobediente no tardó en ser vasallo rebelde, y pronto se supo que Lotario, después de haber prestado el juramento de fidelidad al emperador, desempeñaba un empleo importante en el ejército que iba á marchar contra la santa sede. Esta fatal noticia hizo llegar á su colmo la cólera de Bentivoglio; renovó de una manera solemne la maldicion que habia fulminado contra su hijo, borró el nombre de este

de la genealogía de la familia, mandó destruir ó quemar los objetos que Lotario habia usado: armas, vestidos, muebles, libros, todo fué arrojado á la hoguera; el nombre de Lotario no se pronunciaba ya en aquella casa, cuya delicia habia sido por tanto tiempo; solo Leonor conservó el triste recuerdo del compañero de su infancia, y rogó por él á aquel Dios cuya clemencia está siempre pronta para perdonar el pecador y para recibir en sus brazos, con inmensa ternura, al hijo pródigo y arrepentido.

Aquellas guerras funestas que ensangrentaban la Italia hacia ciento cincuenta años, debian su orígen á la donacion que hizo de todos sus bienes á la santa sede la condesa Matilde de Este. (1080.) Esto era bajo el pontificado de Gregorio VII, de aquel hombre tan santo como sabio, que luchaba en nombre del cristianismo, de la civilizacion, de las costumbres y de las luces, contra la fuerza brutal representada por el emperador aleman Enrique IV, el cual habria querido imponer á la libre Iglesia de Jesucristo el yugo de los príncipes temporales y hacerla ceder al conflicto de sus pasiones. Matilde, alma fiel y enérgica, tomó una parte muy activa en estas luchas, y para afirmar el poder de los soberanos pontífices, les legó sus vastos dominios, de los que una pequeña parte compone hoy el patrimonio de San Pedro. Enrique, como señor feudal de Matilde, creyó ver en esta donacion una violacion de los derechos del imperio; declaró la guerra á la santa sede, sitió á Roma y se apoderó de ella después de una larga resistencia. Gregorio VII murió en Salerno, desterrado de su ciudad pontifical, y repitiendo en sus últimos momentos: "Amé la justicia, odié la iniquidad; por eso muero desterrado." Enrique IV, sobre quien se habia descargado la mano de Dios, murió en Liége, arrojado del trono, perseguido por sus hijos y abandonado de todos aquellos que habian sido sus amigos en el tiempo de su fortuna. Pero su muerte no puso fin á aquellas disensiones. Enrique V su hijo prosiguió la guerra contra la Iglesia, los papas continuaron protegiendo la libertad de Italia con el apoyo de la Francia, hija querida de la Iglesia, antiguo y noble refugio de los oprimidos; la guerra se hizo mas temible en tiempo del emperador Federico Barbaroja; la libertad de la santa sede,

la independencia de la Italia, parecian mas amenazadas que nunca por un príncipe cuyos talentos, valor y energía indomable admiraba la Europa entera. Sin embargo, aquel gran poder se humilló ante un débil anciano; doblegóse aquella terrible fuerza, aquella ambicion sin rival vino á estrellarse á los piés de un sacerdote, que no tenia mas armas que la dulzura de Jesucristo. Federico, vencido por los milaneses (1162), pidió la paz y la reconciliacion al papa Alejandro III, el cual glorificando á Dios, exclamó al recibir las acciones de gracias de todas las ciudades italianas: "El Señor ha querido que un viejo y un sacerdote triunfasen, sin combatir, de un emperador poderoso y terrible." Federico, que era después el apoyo de la Iglesia, la esperanza de la cruzada, pereció, como se sabe, al atravesar el Cydnus, dejando la memoria de un príncipe que supo encontrar mas grandeza en la humildad de su derrota que en la pompa de sus mas brillantes victorias. Enrique VI, su hijo, le sucedió, y pereció jóven después de su reinado, lleno de tiranía y crueldad. Federico II, su heredero, estaba todavía en la cuna; tuvo por tutor al papa Inocencio III, que lo hizo educar con la ternura de un padre, lisonjeándose tal vez de que inspiraria á aquel jóven el respeto y el amor á la Iglesia que lo cubria con su egida y lo abrigaba en su seno maternal. Pero el espíritu de discordia y de ambicion que sus antepasados le habian legado con su sangre, pudo mas que los recuerdos de la juventud; y él tambien, hijo de la Iglesia, se volvió contra su madre. La guerra volvió á encenderse con furor, las facciones dividian la Italia; los Güelfos sostenian la independencia de la santa sede y la libertad de la península; los Gibelinos, partidarios del imperio, procuraban que dominase la corona imperial en toda la Italia, é intentaban quitar el poder y la autoridad á los sumos pontífices, en cuyas manos servian para la defensa de los oprimidos (1249). Todos los dias venian á las manos, y no se podia prever el término de aquellas fatales divisiones, cuando se formó en toda la Lombardía una liga formidable contra Federico. Este príncipe poseia en grado eminente las brillantes cualidades que distinguian á la casa de Suabia; sobre-

salia á la vez entre los caballeros y los poetas; pero en un siglo de fe, profesaba la indiferencia religiosa mas completa, y no se avergonzaba de introducir en el seno de la austera Alemania y de la piadosa Italia las costumbres mas corrompidas del Oriente. Estos dos defectos alejaron de él á los pueblos que habria conquistado con solo las gracias de su figura, los encantos de su espíritu y el atractivo de un carácter franco y liberal. Lotario habia sucumbido al hechizo de aquellas seducciones exteriores, á las cuales se unian para él las seducciones mas fuertes aun, de la familia de Beatriz; el recuerdo de la antigua fidelidad jurada por sus padres al trono de san Pedro, no pudieron luchar contra el doble imperio que tenia sobre él un príncipe elocuente y bravo. Leonor lloraba esta defeccion; lloraba delante de Dios por el italiano que olvidaba la Italia, por el vasallo rebelado contra su príncipe, por el católico armado contra la Iglesia; y de todos los pesares que le habian causado Lotario y Beatriz, este era el único que les perdonó con trabajo.

Pero á aquellos dolores silenciosos vino á juntarse muy pronto una devoradora inquietud. El ejército imperial habia entrado en Lombardía, y continuamente se daban entre ambos partidos encarnizados combates, cuyos pormenores penetraban hasta en la soledad del palacio Bentivoglio. El anciano los escuchaba con impasible frialdad, no preguntando mas que una cosa: "¿han vencido los Güelfos?" Su alegría ó su tristeza dependian únicamente de los triunfos ó de las derrotas de su causa. Leonor por su parte, se informaba de los nombres de los heridos ó muertos; pálida y temblando, no se tranquilizaba sino cuando el nombre del compañero de su infancia no resonaba en sus oidos; y aun entonces se decia: "no socumbió en el combate de ayer, ¡pero en el de hoy! ¡Santos ángeles, defendedlo, y sobre todo, salvad su alma! ¡Que no perezca desterrado del seno de la Iglesia y bajo el peso de sus terribles anatemas!"

Un dia de invierno, cuando el viento y la lluvia azotaban las vidrieras mezclándose al sordo rugido de la tempestad, Leonor estaba sentada cerca de su tio en el gran salon del palacio; para distraer al anciano de sus sombrías meditaciones, le propuso un

partido de ajedrez, y ambos obsorvidos en apariencia por el juego, con la vista fija en los peones, se entregaban á sus pensamientos, y sin comunicárselos, estos pensamientos se encontraban.... Repentinamente levantaron los ojos; la puerta acababa de abrirse y de pié en el umbral apareció un religioso del órden de los frailes menores, fácil de conocer en su hábito de lana ceñido con una cuerda, en su cabeza afeitada y en sus sandalias de cuero. Su aspecto era grave y triste.

—Entrad, hermano, dijo Bentivoglio; ¿qué me quereis?

—¡La paz del Señor sea con vosotros! dijo el religioso adelántandose.

—¡Amen! ¿qué quereis?

—Estoy encargado de una triste mision.... ¡la gracia del Señor suavice mis palabras!

El anciano se enrojeció ligeramente como si sufriese una lucha interior; Leonor, por el contrario, se puso pálida.

—Hablad, hermano, replicó el conde, hablad sin temor; ya para mí no hay noticias tristes.

—Pues bien, señor; el ejército imperial y las tropas de la Liga se encontraron ayer en Soudrio, y el señor Lotario vuestro hijo ha perecido, herido mortalmente de una flecha.

—¿Triunfó la Liga?

—Sí, señor.

—Entonces todo va bien.... Sabed, hermano, que hace mucho tiempo que ya no tenia yo hijo.... Mi casa se ha consolado de su pérdida, pero jamás se consolará de su deshonra.

—Dios perdona, señor; ¿no perdonareis vos?

—¡No hay perdon para el traidor! ¡no hay perdon para el ingrato!

—Me retiro, señor; no conviene al ministerio de paz que me reviste, oir semejantes palabras. Rogaré por vuestro hijo.... y por vos.

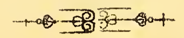
El religioso salió lentamente; en el momento en que atravesaba la galería, Leonor con los ojos llenos de lágrimas lo alcanzó y le dijo:

—Padre mio, ¿se reconcilió con Dios antes de morir? ¿lo habeis visto en su última hora? ¿murió solo, abandonado?

—No, hija mia, no; la divina Providencia me condujo cerca de él en el campo de batalla en que mis hermanos y yo conquistábamos almas para el divino Maestro; Lotario ha muerto en mis brazos arrepentido, absuelto y reconciliado; ha muerto implorando el perdon de su padre y recomendando su viuda y su hijo huérfano á la bondad de una de sus parientes á quien llamaba Leonor.... ¿Sois vos, señora?

—Yo soy, respondió ella llorando con menos amargura; yo soy, y prometo en vuestras manos, padre mio, cumplir el último deseo de Lotario.

(Continuará.)



PENSAMIENTOS.

Hablad, si lo que teneis que decir es mejor que el silencio.—*San Gregorio.*

La verdadera superioridad de la mujer es poder educar en su seno lo que hay mas excelente en el mundo; un hombre de bien y una mujer honrada.—*José de Maistre.*

No se buscan los placeres sino por falta de felicidad.—*Madama Guizot.*

Dios, para poner de manifiesto á la virtud oculta, arma contra ella la lengua del envidioso. ¿Se podria percibir el perfume del aloe sin la llama que lo hace arder?—*Máxima árabe.*

Los pesares de esta vida son como las flores que preceden á los frutos de la gloria, y la sangre que derramamos es como una uncion real que nos consagra para la inmortalidad.—*San Gregorio Niceno.*

Cuando los príncipes defienden la fe, es mas bien la fe quien los defiende á ellos; cuando protegen la religion, es mas bien la religion quien los protege, sirviendo de apoyo á sus tronos.—*Bossuet.*



J.R. Navarro, editor. Litog. de Decaen.

Myra Bell.

MYRA BELL,

Ó EL SEGUNDO AMOR.

CAPÍTULO I.

¡Y esto lo aprendí de la paloma.—
Morir antes que conocer el segundo amor!

Me han dicho, querida Kate, decia Cárlos Calvert á su hermosa prima una bella mañana de junio que estaba en el jardin de flores de Oak Lawn, me han dicho que el jóven Harry Layton se inclina á Myra Bell.

—Sí, y yo ciertamente le deseo un buen resultado, porque mi amable Myra merece un buen partido, y dicen, con mas razon de lo que es costumbre en tales casos, que Harry es el parangon de la vecindad.

—¿Seguramente no creeis posible tal cosa?

—¿Y por qué no, primo mio? ¿Teneis alguna pretension previa acerca de su corazon?

—De ninguna manera. Pero me parece que Myra es una muchacha que se casaria solo por amor; y ¡ay! no tiene corazon que dar!

—¡Oh! ¿aludís á sus relaciones con Ruperto de Lancey?

—Precisamente.

—¿Y juzgais que porque una mujer ha sido engañada por un bribon sin corazon, ya no puede amar á un hombre sincero y fiel?

—Juzgo, hermosa prima, que en un pecho sincero, una vez

comprimido y borrado el amor, no se renueva tan fácilmente. Ni seria honroso cambiar un corazon despedazado como el de Myra, por uno leal y completo.

—Niego vuestras premisas, á saber, que el amor de Myra esté comprimido ó que su corazon esté despedazado.

—¿Por qué? ¿amó positivamente á De-Lancey?

—Sí, mientras encontró en él todo lo que le habia pintado su fantasía.

—¿Y querríais su segundo amor, cuando en el corto espacio de un año ha olvidado su desgraciada pasion? ¿Es esta la constancia del corazon de la mujer?

—Cuidado con calumniar la constancia de la mujer, ó elogiaré decididamente la invectiva contra la perfidia del hombre. Lo creo, porque Myra encontró su ídolo y porque no hay motivo para que el sentimiento del amor, que es uno de los instintos mas santos de nuestra naturaleza, haya sido destruido para siempre en su pecho.

—Entonces ¿creeis en el segundo amor?

—Vuestra pregunta no es enteramente clara. Ciertamente soy abogada de la constancia, y aun hay algo mas sagrado para mí en la memoria de un amor puro y santo que ha alumbrado nuestros dias mas felices, creado, alimentado y entrelazádose con nuestra simpatía hasta formar una parte de nosotros mismos. La urna de tal amor, una vez erigida en el corazon de nuestros corazones, puede muy bien estar dedicada á un solo objeto.

—Entonces habríais determinado la crísis de la constancia. Porque, Kate, destruiríais los mas lindos romances que fueron escritos ó ejecutados, por un sentimiento tan friamente calculado.

—Y esos mismos romances han destruido la felicidad de muchos honrados corazones, capaces de bendecir á otros y gozar ellos mismos las bendiciones de la vida en su limitada esfera de afectos conyugales y domésticos. ¡Maldito sea ese falso sentimiento que condena á un puro y noble corazon, con sus mentidos tesoros de ricas afecciones y simpatías, á consumirse en una lenta desesperacion, porque un juicio erróneo ó un capricho de la fantasía, ha enviado su amor á un objeto indigno de él! ¿Debe un corazon

hecho para amar, marchitarse en su fresca y floreciente primavera, por la traicion y el engaño? ¡Prohibidle todos los fundamentos de una felicidad racional y de un goce verdadero y puro!

—Pero, hermosa prima, ¿vuestra doctrina no se dirige á disminuir esa fe en la constancia del amor que le da un encanto ideal y lo eleva hasta la adoracion?

—Al contrario, mas bien vindica el sentimiento demasiado puro y santo para sufrir la traicion y el engaño; de una naturaleza demasiado divina é inmaculada para perecer, cuando se ha frustrado como las pasiones mas viles.

—Argüís bien, Kate; pero sin embargo, hay un encanto en el amor constante, que mantiene cautiva á la imaginacion.

—¿Y hablaba del verdadero amor como voluble, Cárlos? Solo disputaba contra la despótica regla de lo que creo un falso sentimiento. La constancia del amor mutuo es para mí hermosa y santa; y cuando nuestros afectos han encontrado una plena correspondencia en las simpatías de un corazon franco, y principalmente cuando ha sido confirmado por una larga sociedad, juzgo, como vos, por un gran sacrilegio el segundo amor, aunque no negaré que puede existir.

—Bien, bien, mi amable prima, no reñiremos por el amor ni de Myra Bell, ni de otro alguno para quien desee un destino brillante y feliz. Pero mirad, Juan ha vuelto con los caballos. ¿Empezaremos nuestro galope acostumbrado? Yo prometo no arrojar ni una rápida mirada á la cabaña de la hermosa Myra Bell cuando pasemos, dijo Cárlos con burlon énfasis.

—¡Quitaos de aquí, señor Impudencia! contestó su prima enrojeciendo ligeramente y tocándole con el chicote, pues estaba dispuesta para la carrera. ¿Qué admirable magia creeis despiden vuestras miradas?

Dejando á los primos en su matutino paseo y que renueven su edificante discusion como gusten, examinaremos una cabaña pequeña y amable, pues que ha sido siempre habitacion de la inocencia, de la paz y de la felicidad.

En un aposento hermosamente amueblado, desde el cual se veia, á través de una enrejada ventana, un jardin de las mas hermosas flores imaginables, estaban dos personas; una era un hombre que

aunque de edad avanzada, conservaba sin arrugas su espaciosa é intelectual frente y el lustre de su reflèxiva mirada, aunque varios inviernos habian cubierto ya su hermosa y clásica cabeza; tenia una apariencia digna, tranquila y benévola. Adam Bell era hombre instruido, y aunque algo visionario, era sin embargo un filósofo muy profundo. Despreció las vanidades de la tierra, al paso que alimentó con asiduo cuidado los sentimientos caballerescos, verdaderas sensaciones y nobles simpatías, que forman la paz y la felicidad del corazon, mucho mas seguramente que la falsa excitacion del placer y la ambicion. En su juventud se casó felizmente, prosperó en el mundo y gozó de todas aquellas aduladoras promesas del porvenir con que la Fortuna procura tantas veces ensayar las peligrosas *alturas en que el orgullo de la fama cubre las mentiras;* pero pronto le dieron una triste leccion los reveses y desengaños. La pérdida de la fortuna y la mala salud de su amada compañera lo indujeron á retirarse de las pompas y vanidades del mundo, no como un misántropo, sino como un sobrio filósofo. Reuniendo sus últimos recursos, compró la tranquila cabaña en que ahora residia y en donde disfrutó años de suprema gloria con su adorada esposa, que se alejó de su lado suave y tranquilamente, como una crecida flor, exhalando la fragancia de su largo y dedicado amor en derredor suyo, en los suaves afectos de una sola y bellísima hija.

Tal muerte no le produjo gran conmocion; y la tristeza ocasionada por su privacion, fué tan dulcemente mezclada con la esperanza de una posterior reunion, que disminuyó en la mitad la fuerza del dolor. En Myra veia un retrato completo de aquella cuya memoria adoraba; por su hija soportaba la vida, porque guardaria y escudaria con paternal cuidado su juventud, arrancando de su senda todas las espinas que pudiesen incomodarle ó causarle pena. Y ahora, sentado cerca de la abierta ventana al través de la que llegaba el fresco aire de la mañana, aparentemente atento á su libro, su mirada vagaba con prontitud de las brillantes flores de fuera al ser mas brillante aun de dentro, que se movia silenciosamente en el aposento, ocupada en sus negocios domésticos, ajena de la meditabunda atencion del que era objeto. Con

gran inquietud observaba Adam Béll el aire de procupacion y casi de tristeza de su amable hija, y un agudo pesar traspasaba su corazon cuando oia que se le escapaba un ahogado suspiro.

—Ven acá, Myra, le dijo, ve cómo ha revivido con la lluvia de anoche tu rosal favorito.

Despertando del desagradable sueño que gradualmente se habia apoderado de ella, con pena y esfuerzo, Myra separó las sombras de su imaginacion y fué con su rostro radiante de amor á colocarse en un banquillo á los piés de su padre.

—¡Oh, qué hermoso! exclamó. No creí que mi rosal volviese á florecer en este verano.

—Marchita ó floreciente la flor ó el corazon humano, son de aquel que las trata con mas dulzura y con mayor ternura, dijo el anciano reverentemente.

—Ciertamente, padre mio, contestó su hija mirando apasionadamente sus llorosos ojos.

—Y sin embargo, Myra, estás triste. ¿Tienes seguridad de que no irá quedando ni una gota de amargura en ese jóven corazon?

—Tranquilizaos, querido padre, aunque es natural la tristeza en un corazon que ha perdido su ideal. Y con todo, ya no pienso en *él*.

—No digas que ha perdido su ideal, sino su ídolo falso, hija mia. Ese tipo mental de perfeccion que erigimos como modelo de todo lo que es digno y noble en el humano carácter y que llamamos nuestro ideal, está formado mas bien por nuestras sensaciones, que por las experiencia ó ejemplo de la naturaleza humana que tenemos á la vista; sin embargo, este es el verdadero fundamento de nuestro respeto y admiracion á nuestros semejantes, la llave del amor y de la amistad, ¡y está triste el corazon cuyo ideal se ha desvanecido! Pero mi querida Myra, continuó el amante padre con alguna mas alegría, si no, en él ¡la bajeza, la indignidad! ¿en qué piensa mi hija, casi tristemente?

Habia una perfecta confianza entre el padre y la hija; sin embargo, los ojos de Myra se abatieron un instante, y un hermoso sonrosado se apareció en su rostro; tal es la sensibilidad de un

corazon jóven y puro para exponer sus afectos, aun á los ojos del amor.

—Además, no era mi ánimo asustarte ó apesadumbrarte; pero no puedes suponer, adorada mia, que en lo que toca á tu felicidad me duerma. Ese color purpúreo me ha contestado, y puedo dar á Harry Layton una respuesta favorable, dijo Adam Bell inclinándose para acariciar la hermosa cabeza que descanzaba en sus rodillas.

En este momento se oyeron pisadas de caballos en la avenida que conduce al camino real, y los ladridos del sabueso de Myra, que estaba asoleándose frente á la vereda, anunciaron la matutina visita.

—Amor mio, es tu amiga Kate. La ví pasar en compañía de su primo hace media hora, é indudablemente viene á pagarte tu visita. Vé á tu cuarto y tranquiliza tus alterados pensamientos mientras los recibo.

En efecto, eran Kate y Cárlos; la primera se acordó, durante su carrera, que no habia convidado á Myra para una *fiesta* que iba á dar la próxima semana para celebrar el dia de su cumpleaños. Por lo que insistió en que le acompañase su primo *aun á riesgo*, le dijo chanceándose, *de exponer á la pobre Myra á las miradas peligrosas de tan maravilloso seductor.*

Fueron recibidos con una política tan digna por Adam Bell, que Cárlos confesó después que encontró en él, el porte mas distinguido que jamás habia visto; pocos minutos después apareció Myra, tan floreciente como la mas hermosa de sus rosas, á saludar á su amiga y á recibir á Cárlos, sin el mas ligero embarazo.

Hicieron la invitacion, y después de una rápida mirada de su padre que indicaba su aprobacion, aceptó Myra; al cabo de algun tiempo de una agradable conversacion, los primos volvieron á tomar su camino.

En la tarde vino Harry Layton, habló con Adam Bell algunos instantes en su librería, y después, junto con él, se unió á Myra ya el mas feliz de los hombres. El anciano con su libro se retiró á un rincon y dejó á los jóvenes amantes en aquel encanto cuya descripcion es pobre para los que lo han sentido una vez.

(Continuará.)

A UN AMIGO.

¿Has visto alguna vez, querido amigo,
Al desdichado á quien el juicio falta,
Cómo allá en su interior fija una idea
Y con ella tenaz lucha y batalla?
Con incesante anhelo, noche y dia
Por encontrar la solucion se afana
De aquel enigma que forjó en su mente,
Inquieta por demás y acalorada.
Desde el punto en que el sol rico de luces,
Dorando las altísimas montañas,
Dicha y placer con su presencia vierte
Envuelto en nubes de zafir y grana,
El triste loco á revolver comienza
Aquella idea que su mente asalta,
Con el mismo teson, la fuerza misma
Con que á una rueda de molino el agua.
Y con ella ocupado hora tras hora,
La noche en su afanosa inquietud le halla,
Hasta que al fin el infeliz rendido
Del continuo pensar, duerme y descansa;
Si no es que en medio del tranquilo sueño
Se le presenta cual atroz fantasma,

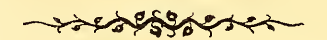
Y torna á revolverla en su memoria,
Y otra vez le sorprende la mañana.
Para él no hay mundo, ni ilusion, ni amores;
Perdió el vergel sus encantadas galas;
Las flores sus matices delicados,
Su murmullo dulcísimos las auras.
No le agrada en la noche silenciosa
De la luna mirar la luz de plata,
Ni el concierto escuchar de la avecilla,
Con que saluda cariñosa al alba.
Las afecciones que á otro ser le ligan
En su memoria cual tesoro guarda;
Pero dormidas, porque aquella idea
Sus afectos mas tiernos avasalla;
Y no es extraño que por ella olvide
Amigo ó bienhechor, madre ó hermana;
Mas hay momentos en que el pobre loco,
Sin saber el por qué, suspiros lanza.
Así soy yo, que entretenido siempre
De una mujer con la memoria grata,
Pensamiento y accion he concentrado
En ella sola, que es mi bien, mi amada.
Loco estoy, porque no es accion muy cuerda
El entregar á una mujer el alma,
Haciéndola hoy señora de un afecto
Que descreida olvidará mañana.
Y con todo, imposible es que yo pueda
Ahuyentar de mi mente fascinada
Su nombre, su ademan, y los encantos
Que á idolatrarla sin cesar me arrastran.
En ella pienso cuando el sol me alumbra,
En ella pienso cuando el sol me falta,
Y hasta mis sueños quietos ó agitados
Van revestidos de su imágen grata.
He muerto para el mundo que me cerca.

Mi ocupacion tan solo es adorarla;
Ella es mi flor, mi brisa, mi avecilla,
Y mi luna que esparce luz de plata.
Mas como el loco mi tesoro tengo,
Y en conservarlo el corazon se afana;
Afecto dulce que en mi pecho vierte
Bálsamo de consuelo y esperanza.
Perdona, pues, si tu recuerdo caro
Pudo faltar un punto de mi alma,
Que loco estoy, y á un loco se disculpa,
Pues su razon se encuentra esclavizada.
Mi amistad no ha perdido su vehemencia,
Arde cual siempre con tranquila llama,
Y á tí dirige con afan sincero
Sus cantares mi lira destemplada.
Para tí sus armónicos sonidos,
Para tí los suspiros que ella lanza,
Y por tu bien al Dios de las alturas
Eleva sin cesar tiernas plegarias.
Recibe con agrado mis afectos,
Y en tanto que tu dia tranquilo pasas,
No dudes que te quiere como siempre
El pobre loco que tu amigo llamas.

Agosto 1.° de 1852.



MI ILUSION PERDIDA.



A ELLA.

Pesada me es la vida; del bullicioso mundo
Los encantos pasaron cual leve exhalacion;
Pasaron, ¡ay! veloces, y de dolor profundo
Llenaron mi existencia, borrando mi ilusion.

Hubo un tiempo en que el sueño del porvenir hermoso
Hlagaba mi mente embriagada de amor;
En que mi ardiente pecho palpitaba gozoso
Al ver dos bellos ojos radiantes de fulgor.

Pero ¡ay! pasó cual pasan los vívidos colores
Del íris que en el cielo se mira aparecer;
De esa ilusion celeste, bella ilusion de amores,
Que como el humo leve se ve desvanecer.

Pasó veloz, dejándome dulcísimas memorias
De mágicos ensueños que fueron mi querer;
Y con ella se huyeron mis dichas y mis glorias,
Y las tranquilas horas de célico placer.

A una mujer amaba; su amor era mi encanto,
Era cual pura fuente que límpida brotó,
Y en la azarosa vida de duelos y de llanto,
Con sus cristales tersos mi sed de amar calmó.

Era lo que á las flores son los rayos lucientes
De ese globo de fuego que rueda en la extension,
Lo que en la noche oscura son los astros fulgentes
A un pecho desgarrado por bárbara afliccion.

Era como la gota hermosa y trasparente
Del rocío matutino que en el pensil cayó,
Y á su influjo benéfico el rosal floreciente
Sus pétalos de seda perfumados abrió.

El amor de su alma, para mi alma era
Purísimo destello, emanacion de Dios;
Fué para mí cual fuego que cruzando la esfera
Trajo á mi pecho triste, de sí la dicha en pos.

Por tu amor, bella ingrata, mi mente se elevaba
A otro mundo que acaso mis ojos no verán;
Tú eras mi pensamiento, tu imágen me prestaba
Mil dorados ensueños que nunca volverán.

Yo ansiaba por llevarte á un cielo de placeres,
Porque eres aun mas pura que el ángel del Señor,
Porque eres el mas bello de todos cuantos seres
Con su potente soplo animó el Hacedor.

Tú no sabes, no, ingrata, cómo te amaba y te amo,
Pues nunca has conocido lo ardiente de mi amor;
Mas ya que me abandonas, tan solo al cielo clamo
Te colme de ventura.... y alivie mi dolor.

Mi dicha huyó por siempre, y el mas duro quebranto
Desgarra ahora mi pecho, disipa mi ilusion;
En mi vida derrama de la amargura el llanto;
Solo tengo recuerdos de mi fatal pasion.

Pasó veloz llevándose mi porvenir hermoso,
Los mágicos ensueños que fueron mi querer,
Y aquel tiempo en que el pecho palpitaba gozoso,
Y las tranquilas horas de célico placer.

Yo te amé, vírgen divina,
Tú subyugaste mi alma,
Niña bella;
Ví tu imágen peregrina,
Y ahuyentastes ¡ay! la calma
Que habia en ella.

Te amé como aman las flores
A ese hermoso sol fulgente
Rutilante,
Que esparce sus resplandores
En el jardin floreciente
Rozagante.

Pero tú no comprendiste
Mi pasion y mis amores,
¡Oh querida!
A eterno olvido los diste,
Marchitando así las flores
De mi vida.

Tú agostaste la flor pura
Que ofreciera ante mis ojos
La mañana;
Empañaste su blancura,
Arrojándola entre abrojos
Inhumana!

Ora yace mustia y seca
Entre mil despojos tristes
De otras flores,
¡Ay, cómo el tiempo se trueca,
Cómo en pos de los placeres
Trae dolores!

Pesada me es la vida; del bullicioso mundo,
Sus encantos pasaron cual mágica vision;
Pasaron ¡ay! veloces, y de dolor profundo
Llenaron mi existencia, borrando mi ilusion.
Agosto 31 de 1852.

(Remitida para la **CAMELIA.**)



CAMINOS DE FIERRO.

Un camino de fierro es una via formada por dos barras de fierro colado, dispuestas paralelamente y llamadas *carriles*, que descansan en unos bancos de piedra ó de madera y distantes una de otra el espacio que ocupa la anchura de los carros. Estos carros tienen ruedas de fierro que se encajan exactamente en los carriles y ruedan muy fácilmente y con una extraordinaria velocidad; un hombre solo puede hacer caminar un carro muy cargado, y un caballo puede arrastrar ocho ó diez de estos carros, atados uno con otro. Lo mas comun es usar máquinas de vapor, llamadas locomotrices. Una sola de estas máquinas puede hacer mover hasta treinta carros, cargados cada uno con veinte quintales. Los viajeros caminando en estos carros, pueden recorrer hasta catorce leguas por hora.

GEOGRAFIA.

LECCION CUARTA.

Latitud y longitud. Movimiento de la tierra.

Consuelo.—Desde que comenzó usted á darnos las lecciones de geografía, nos ha ocurrido una pregunta.

Yo.—Diga usted lo que quiera; yo procuraré satisfacer su curiosidad.

Consuelo.—Pues queriamos saber cómo se conoce la distancia que hay de un lugar á otro: yo creo que el medio de conseguirlo no será recorrer el espacio comprendido entre los dos, porque me parece que no siempre se podrá caminar en línea recta, y en ese caso las noticias no serán exactas.

Yo.—Dice usted bien, y eso es precisamente lo que consideraron los geógrafos, y trataron en consecuencia de inventar un medio que les diese á conocer exactamente la distancia entre dos lugares.

Cármen.—¿Y lo inventaron?

Yo.—Sí, señorita; eso es lo que voy á explicar á ustedes. Para conseguir lo que deseaban, se valieron de dos de los círculos

máximos que ya ustedes conocen: el meridiano y el ecuador. Dividieron el meridiano en 360 partes iguales llamadas grados, como lo ven ustedes en el meridiano de bronce de esta esfera.

Consuelo.—¿Son estas rayitas que están aquí marcadas?

Yo.—No las rayitas, sino el intervalo que hay entre ellas. Al mismo tiempo señalaron un meridiano que sirviese de punto de partida; y como, segun dije á ustedes en la segunda leccion, se pueden suponer tantos meridianos cuantos lugares hay en la tierra, determinaron escoger el que pasase por un punto de los mas conocidos, y le llamaron *primer meridiano.* Respecto de esto no están aun de acuerdo todos los geógrafos, pues unos lo colocan en Londres, otros en Paris, los españoles en Cádiz y algunos tambien, dos siglos hace, en la isla de Hierro, una de las Canarias. Por esta razon es preciso conformarse con el que señale la esfera que uno posea. Respecto del ecuador, inventaron *los paralelos de latitud* de que hablé á ustedes en la leccion pasada, y son estos círculos que van desde el ecuador á los polos, disminuyendo de diámetro. Establecidos ya todos estos puntos, pudieron determinar con exactitud la distancia entre dos lugares, lo que se consigue de este modo. Se cuenta la distancia que hay del sitio al ecuador, es decir, el número de grados comprendidos en el intervalo de ambos puntos, y esto se llama *latitud;* en seguida se mide la que hay del lugar al meridiano convenido, y esto se llama *longitud.* Para lo primero se coloca el lugar bajo el meridiano de bronce y se cuenta el número de grados que hay desde él hasta el ecuador; esa será su latitud: si el lugar está en el hemisferio superior, se llamará *latitud Norte*, y si está en el inferior, *latitud Sur;* en seguida, colocado el lugar bajo el meridiano de bronce, se ve el número de grados que se encuentra en aquel punto donde se cortan dicho meridiano y el ecuador; esa será su longitud, marcada en la numeracion del ecuador.

Consuelo.—Quisiéramos ver eso prácticamente.

Yo.—Vamos á saber la longitud de Méjico; busquen ustedes este lugar en la esfera.

Cármen.—Ya está.

Yo.—Colóquenlo bajo el meridiano de bronce. ¿Bajo qué grado queda en la numeracion del meridiano?

Consuelo.—Está cerca de los veinte.

Yo.—Quiere decir que tiene poco mas de diez y nueve grados de latitud Norte. Vamos ahora á ver la longitud: no mueva usted la esfera; simplemente vea usted qué número de los del ecuador está bajo el meridiano de bronce.

Consuelo.—Está á cien grados y un espacio mas.

Yo.—Quiere decir que tiene ciento un grados de longitud occidental del meridiano de Paris, al que está arreglada esta esfera. Ahora, para saber el número de leguas les diré á ustedes que cada grado comprende veinte leguas; multiplicando ciento uno por veinte, ¿cuánto resulta?

Cármen.—Dos mil veinte.

Yo.—Pues ese es el número de leguas que hay de Méjico á Paris. De aquí dimana la diferencia de horas entre diferentes países.

Consuelo.—¿Pues qué hora es en este momento en Paris?

Yo.—Aquí son las doce; el sol anda quince grados por hora: luego dividiendo ciento uno por quince, resultará la hora que es en Paris. Son las seis y cuarenta y cuatro minutos de la tarde.

Consuelo.—Pues si el sol es el que anda, como acaba usted de decir, ¿para qué se supone un eje al rededor del cual gira la tierra? ¿O los dos se mueven?

Yo.—No, señorita; la tierra es la única que se mueve.

Cármen.—¿Quiere usted explicarnos eso?

Yo.—Con mucho gusto, señorita. La tierra verifica dos movimientos, uno al rededor de su eje y otro en derredor del sol. El primero se llama *diurno*, porque se tarda un dia la tierra en verificarlo; el segundo se llama *anual*, porque tarda un año en hacerlo. Del primero resulta la sucesion del dia y de la noche; el segundo produce las cuatro estaciones. Estos dos movimientos se verifican simultáneamente, de la misma manera que una persona que walsa al derredor de una mesa.

Cármen.—¿Pero el sol está quieto?

Yo.—Quieto en el centro, como la mesa de que hablé antes.

Consuelo.—Pero si estamos continuamente dando vueltas, ¿cómo no lo sentimos, ni nos caemos ni nos desvanecemos?

Yo.—Lo primero es porque vamos con la tierra; dígame usted, cuando va en una canoa con los ojos cerrados, ¿siente usted que camina?

Consuelo.—No, señor.

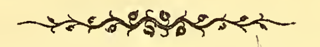
Yo.—Pues lo mismo sucede en este caso.

Cármen.—¿Y por qué no nos caemos?

Yo.—Porque somos atraidos al centro de la tierra en virtud de una fuerza que se llama *la gravedad* y que explicaré á ustedes en otra ocasion. Por ahora solo les diré que esa fuerza es tan poderosa, que es lo mismo que si estuviéramos unidos al suelo, y en este caso no podriamos caer. No nos desvanecemos porque como desde nuestro nacimiento nos estamos moviendo de ese modo, la costumbre nos hace no sentir ningun trastorno en la cabeza, así como tampoco se desvanece el que se ha ejercitado en walsar. Además, participando nosotros del movimiento general, como cuando vamos en coche, y siendo este movimiento regular, no nos causa ninguna impresion. Esto es lo mas que puedo decir á ustedes sucintamente, porque si me extendiese mas, no comprenderian nada, supuesto que no tienen ustedes otros conocimientos indispensables para esto. Sin embargo, lo que les he dicho es bastante y podemos continuar nuestras lecciones con algun fruto.—*H.*



EL PRINCIPE DE CONDÉ.



EL príncipe de Condé, llamado *el Grande*, que contaba entre sus mas poderosos enemigos al cardenal de Richelieu, es el héroe de varias novelas célebres en que ha sido retratado con diferentes matices, atribuyéndole unos raras cualidades, otros una ambicion sin límites. Pocos de los lectores de la Camelia dejarán de conocer al príncipe de Condé; por lo mismo, creemos que verán con gusto este pequeño rasgo biográfico, en que se pinta brevemente el carácter del grande hombre que inspiró al no menos grande Bossuet una de sus mas brillantes oraciones.

Luis de Borbon, príncipe de Condé, nació en Paris el año de 1621, y desde su niñez descubrió las mas raras disposiciones para el arte de la guerra. A la edad de veintidós años ganó la batalla de Rocroy contra los españoles, y el favor de Dios, á quien tributó gracias de rodillas en el campo de batalla, su humanidad para con los prisioneros, á quienes libertó del furor de los soldados, aumentó el brillo de su triunfo. Una serie de victorias en Flandes y en Alemania se siguió á aquel primer suceso, hasta el momento en que la revolucion de la Fronda lo llamó á Paris. Sirvió con energía á la reina Ana de Austria, le abrió las puertas de la ciudad de Paris, defendida por un pueblo innumerable, y á pesar de sus servicios, inspiró sospechas y fué encerrado en

la Bastilla. Un año pasó allí, y cuando salió, ofendido é irritado, se filió en el partido de los descontentos. "Entré á la prision, dijo mas tarde hablando de sí mismo, el hombre mas inocente, y he salido el mas culpable." Hizo un tratado con España, se puso á la cabeza de un ejército y sostuvo con muy buen éxito la causa de los españoles. La paz de los Pirineos, concluida por Mazarino en 1659, devolvió á la Francia un príncipe que debia servir para la gloria de su país. Tomó una parte muy activa en las brillantes campañas de Luis XIV, hasta el momento en que los años y las enfermedades lo obligaron á retirarse á su bella posesion de Chantilly, donde murió el 11 de diciembre de 1680. Este príncipe unia al genio de la táctica y del mando una penetracion extraordinaria para las ciencias, un gusto distinguido por las bellas artes y por las obras literarias. Era cristiano ardiente y sincero, de lo cual dió testimonio, sobre todo al fin de su vida, con la práctica asidua de los deberes del cristianismo; pero sea cual fuere la gloria que este príncipe adquiriese con sus talentos y virtudes, al desaparecer de la escena del mundo su fama se habria extinguido; tal vez su nombre se hubiera borrado de la memoria de los hombres, si la pluma y la voz de Bossuet no lo hubiesen elogiado y si el recuerdo del gran Condé no estuviese inseparablemente unido á los últimos acentos de aquella palabra inmortal que, injusta consigo misma, se llamaba *una voz que se extingue, una antorcha que se apaga.*



UN SENTIMIENTO DORMIDO.

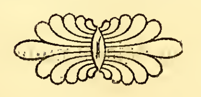
ALZATE, corazon mio, deja el mundo con su lodo, con su vanidad, con su mentira. Te cansa la tierra, ¿no es verdad? Ven, vamos al cielo; allí naciste, solo allí respiras con desahogo. Abre por un momento la puerta del santuario donde hemos escondido el resto de pureza que he salvado del mundo; deja que se eleve

ese aroma purísimo que me embriaga en mis horas de soledad, ese bálsamo que me consuela, que me fortalece en mis dias de abatimiento. Pero que no lo perciba el mundo, porque me lo arrebataria envidioso, y mi ser entero con él.

Está dormido; no es de la tierra, cuando duerme en medio del estrépito mundano, cuando las carcajadas del festin no interrumpen su tranquilidad. Ahora que estamos solos con Dios, bien puede alzarse; que me acaricie, que me embriague, sin temor de que la materia lo ahuyente. Unica tabla de salvacion en el naufragio de la vida, ¡que yo te estreche! ¡que mis ojos tengan luz con tus destellos, sentimiento divino, idea consoladora! Yo te conservo intacto, exento de corrupcion, porque tú eres la solitaria flor que brotó en el desierto de mi vida, regada con mis lágrimas, mecida al impulso de mis suspiros. ¡Estrella que guia mis torcidos pasos, fanal siempre cristalino que alumbra mi extraviada senda, no te apagues! porque si tus serenos resplandores no brillan ante mis ojos, me despeñaré en el hondo abismo de la corrupcion donde no penetra ninguna luz, ¡ni aun la tuya! Y entonces ¿quién me acompañará? ¿quién dará suspiros á mi corazon, pureza á mis ideas, tranquilidad á mi alma? Tú me envuelves como rosada nube que me oculta á los ojos del mundo, y así surcamos juntos el espacio, vivificados con el calor del sol, bañados con la luz de la luna..... Pero ya se escucha el sordo rumor de la tierra...... vuelve á mi corazon, sentimiento querido, duerme en su seno como el arroyo en el fondo de su lecho, y que no te despierte la materia, que no te apague el viento de la duda.

Abril de 1853.

(Escrito para la Camelia.)



PARTICULARIDADES

RELATIVAS

A LA ESCRITURA ANTIGUA.

LA escritura que lleva el nombre de boustrofédon [1] ha sido antiguamente usada entre los etruscos y los griegos. En este sistema de escritura se trazaba la primera línea de izquierda á derecha, la segunda de derecha á izquierda, la tercera de izquierda á derecha, y así sucesivamente.

La escritura de izquierda á derecha que se usa hoy entre los occidentales, fué introducida entre los griegos por un cierto Pronapíde de Atenas, el cual, segun Diódoro de Sicilia, fué el preceptor de Homero. Después fué adoptada por los latinos.

La forma de la escritura griega en los antiguos manuscritos y en las inscripciones, ofrece gran diversidad con la escritura latina. Mientras que los caracteres griegos son en general pequeños, cer-

1 De dos palabras griegas que significan buey y volver. "Esta expresion, dicen los benedictinos, autores del nuevo tratado de diplomacia, caracteriza perfectamente la accion del labrador conduciendo el arado tirado por dos bueyes, que después de haber trazado su primer surco, forma otro al lado y prosigue de esta suerte su trabajo hasta que ha acabado su tabla." Como ejemplo de este género de escritura, se puede consultar en el tomo XXIII, página 403 de las Memorias de la Academia de inscripcciones, el fac-simile ó modelo de la inscripcion de Amyclée.

rados y correctos, los latinos son largos, anchos, espaciosos y enteramente irregulares. Así es que en el siglo IV, san Gerónimo llamaba fardos escritos á ciertos manuscritos latinos cuyos caracteres tenian grandes dimensiones.

Los escribientes latinos han sido muy inferiores á los griegos: no se ve, en efecto, figurar ninguna de sus obras entre los prodigios de caligrafía mencionados por los autores de la antigüedad. Elien habla de un hombre que después de haber escrito un dístico con letras de oro, podia encerrarle en la corteza de un grano de trigo. Otro calígrafo trazaba versos de Homero en un grano de mijo.

"Ciceron, dice Plinio, cuenta haber visto la Iliada de Homero escrita en un pergamino que se podia encerrar en una cáscara de nuez."

Este último hecho ha encontrado muchos incrédulos entre los modernos, á pesar de una experiencia que hizo un dia el sabio Huet, delante del delfin y su corte, á quienes demostró que un pedazo de vitela bastante delgado, de veintisiete centímetros de largo y veintiuno y medio de ancho, podia contener de los dos lados cerca de quince mil versos y encerrarse fácilmente en una cáscara de nuez de mediano tamaño.

He aquí además una experiencia que no dejará ninguna duda. Basta admitir lo que ciertamente nadie pensará negar: que se puede dar á la escritura la misma pequeñez que á los caracteres de imprenta.

Las Máximas de Larochefoucauld, impresas en caracteres microscópicos por Didot el jóven, en 1829, contienen veintiseis líneas de 44 letras por página, de 951 milímetros cuadrados. La Iliada se compone de 15.210 versos, y cada verso de 33 letras, lo que da un total de 501.930. Pero si se toma un cuaderno de papel de 435 milímetros por lado, es decir, de 189.225 milímetros cuadrados, la hoja contendrá el doble, que es 378.450.[1] Se en-

1 Aquí el autor nos manifiesta que las Máximas siendo escritas en fojas de 951 milímetros cuadrados, contienen 1144 letras por página, lo que resulta de la multiplicacion de veintiseis líneas que contiene cada página por 44 letras que encierra cada línea. "La Iliada, dice, se compone de 15.210 versos, que contie-

contrará por un cálculo muy simple, que esta superficie es mas que suficiente para encerrar la Iliada entera; y nada es mas fácil que hacer caber un papel de igual dimension en una de esas nueces en que hace treinta años las señoras metian sus guantes de baile,[1] y sin que sea necesario hacer uso de abreviaturas.

He aquí algunos ejemplos destinados á probar que los calígrafos modernos no son en nada inferiores á los de la antigüedad.

Se ha mostrado, y se muestra probablemente aun en el dia en el colegio de San Juan en Oxford, un croquis de la cabeza de Cárlos I, compuesto de caracteres, que vistos á una distancia muy pequeña parecen mas bien efectos del buril; los trazos de la cara y del cuello contienen los Salmos, el Credo y elPadre Nuestro. En el museo de Londres hay un diseño del tamaño de la mano, representando el retrato de la reina Ana: están trazadas sobre este diseño algunas líneas de escritura, y cada vez que se enseña se tiene cuidado de que se vea al mismo tiempo un volúmen en folio que contiene exactamente lo escrito en él.

"He visto, dice Ménago, figuras y retratos al natural hechos de esta manera, como el de la difunta Delfina, sentada en un carro coronada por una victoria que se mecia en el aire. Habia en él tambien otras figuras jeroglíficas que hacian relacion á ella y á monseñor. Todo esto formaba una pintura en cuadro de pié y medio, y lo que parecia estar hecho de trazos y lineamentos ordinarios, no era sino pequeñas letras mayúsculas de una delicadeza tan sorprendente, que no habia relieve que fuese mas bello, tanto en las figuras como en la cara de madama la Delfina, que era muy semejante. En fin, todas estas letras componian un poema italiano de muchos millares de versos en el lenguaje de es-

nen cada uno 33 letras;" multiplicando una cantidad por la otra, nos darán el total de letras, es decir, 501.930. Comparando la superficie del papel de las Máximas y el número de letras que contiene, con la superficie del papel en que se halla escrita la Iliada, veremos que es mas que suficiente para encerrarla.

951:1144::189225:216.473,400.951 son los milímetros cuadrados que contienen las 1.144 letras; 189.225 son los milímetros cuadrados en que se halla escrita la Iliada; y finalmente, 216,473.400 es el número de letras que pueden caber en esta superficie.

1 Esta obra fué escrita al principio de este siglo.

ta princesa. El autor era un embajador, el cardenal Ranucci."

Se cita un gran número de diseños de este género. Tales son: el retrato del general Koenigsmark, que contiene en latin la vida de este guerrero; el Santo Cristo de Pozzo, en donde se lee la pasion segun san Juan.

Existe aun en la biblioteca imperial de Viena un folleto de cerca de cincuenta y ocho centímetros de longitud y cuarenta y cuatro de ancho, que contiene en un lado solo cinco libros del antiguo Testamento, escrito por un judío, á saber: Ruth, en aleman; el Eclesiástico, en hebreo; el Cántico de los cánticos, en latin; Esther, en ciriaco, y el Deuteronomio en francés.[1]

Segun la opinion generalmente adoptada hoy, al alfabeto romano, mas ó menos modificado, es al que se debe atribuir el orígen de todos los caracteres empleados en Europa desde las invasiones de los bárbaros.

Antes de la conquista romana, los galos se servian de caracteres griegos y conservaron algunos, aunque mas tarde emplearon el alfabeto latino.

Las escrituras de que se ha servido Francia desde las invasiones de los bárbaros, han sido divididas cronológicamente en dos períodos por los diplomáticos. El uno se extiende hasta el fin del siglo XII, el otro desde el principio del siglo XIII hasta el XIV. Entraremos en algunos detalles relativos á este objeto.

Las escrituras del primer período se dividen en escrituras capital, uncial, minúscula, cursiva y mixta.

La escritura capital no es otra que la mayúscula, empleada aun hoy para los frontispicios y los títulos de libros. Se presenta rara vez bajo una forma regular en los manuscritos, que no pueden ser posteriores al siglo VIII cuando están todos en letras capitales.

1 P. Bales, célebre calígrafo inglés, presentó en 1575 á la reina Isabel una sortija cuyo engaste, del tamaño de medio sueldo inglés, contenia escrito de una manera muy visible el Padre Nuestro, el credo, los diez mandamientos, dos cortas oraciones latinas, un nombre, una divisa, el dia del mes, el año de Jesucristo y el del reinado de Isabel.

La escritura uncial[1] es una escritura mayúscula, cuya mayor parte de sus contornos son arredondados y que difieren de la capital por la forma de algunas letras. Todo manuscrito (á excepcion de las obras de liturgia ó de lujo) enteramente escritas en unciales es anterior al siglo IX.

La escritura minúscula corresponde á las romanas de nuestra imprenta. Empleada por los Merovingianos, ha llegado á un alto grado de perfeccion y elegancia bajo Carlo-Magno y sus sucesores.

La escritura cursiva debia diferenciarse muy poco de la cursiva romana. Se encuentra en todos los diplomas de los reyes de la primera raza. Se refiere á la cursiva una escritura extremadamente delgada, de un tamaño desmesurado, á la cual se ha dado el nombre de *alargada* y que se usó del siglo VIII al XIII, y la escritura trémula, en la cual el contorno de las letras redondas es formado de zigzags. Esta última escritura, nacida en el siglo VIII, fué abandonada al siglo siguiente.

La escritura mixta se llama así porque se forma de las letras de las escrituras antes mencionadas. Las escrituras del segundo período, á las cuales han dado muy impropiamente el nombre de *góticas*, han sido como las primeras, divididas en capitales, minúsculas, cursivas y mixtas.

La escritura capital, muy frecuente en las inscripciones lapidarias ó metálicas, es muy rara en los manuscritos de los siglos XIII, XIV y XV. La escritura minúscula se distingue por el quiebre de las líneas, que eran rectas ó curvas en la escritura de los siglos precedentes. Ha sido empleada en los libros de la Iglesia desde san Luis hasta Enrique IV.

La escritura cursiva, que data desde la segunda mitad del siglo XIII, tiene por caracteres distintivos la negligencia de las formas, la irregularidad de las letras y las abreviaturas.

La escritura mixta, posterior á los primeros años del siglo XIV, participa á la vez de la minúscula y la cursiva.

1 Llamada así de la palabra latina, "uncia," que designa la duodécima parte del pié romano.

El uso de los puntos para distinguir, no las frases, sino las palabras, remonta á la mas remota antigüedad. Cada palabra está seguida de puntos en las célebres tablas Eugubinas, en caracteres etruscos, y de uno solo en las mismas tablas, en caracteres latinos. Las palabras de una inscripcion encontrada en Atenas y que data desde el año de 450 antes de la era cristiana, están separadas por tres puntos colocados verticalmente. En otras inscripciones, los puntos están diversamente dispuestos, horizontal ú oblicuamente, en triángulo, en rombo, en cuadrado etc., ó reemplazados por diferentes figuras, como ramas ó follajes, círculos, rosales, corazones, etc. Este último género de puntuacion era muy usado en los manuscritos para indicar el fin del discurso.

Entre los antiguos daneses, el fin del período era indicado por la nota H, y cuando comenzaba una nueva frase, se ponia encima la figura de una luna.

En cuanto á la puntuacion propiamente dicha, se atribuye la invencion á Aristófanes de Bizancio, que vivió doscientos años antes de Jesucristo. Este gramático fué el primero que distinguió las diferentes partes del discurso por medio de un punto puesto algunas veces arriba, otras abajo y otras en medio de la última letra de la frase; lo que correspondia á las distinciones admitidas por los antiguos y á los signos empleados actualmente: la coma, los dos puntos y el punto.

Se encuentran vestigios de la puntuacion en algunos manuscritos de una remota antigüedad; pero falla en muchos defectos, porque no era obligacion de los copistas, sino de los correctores. Los amantes á los libros y las gentes estudiosas, eran los únicos que hacian puntuar los ejemplares de que se servian.

"La manera mas conocida, dicen los Benedictinos, de suplir la puntuacion en los primeros tiempos, fué escribir por versículos, y distinguir así los miembros y sub-miembros del discurso: cada versículo era encerrado en una línea, de suerte que contando los versículos se descubria cuántas líneas habia en un volúmen. A ejemplo de Ciceron[1] y de Demóstenes, S. Gerónimo introdujo esta

1 Los versículos de las obras de Ciceron han sido numerados. Su comenta-

distincion por versículos en la Escritura santa, para facilitar la lectura y la inteligencia á los fieles sencillos. Continuamente se pone al principio de una nueva frase ó de un versículo, una letra un poco mas grande y un poco mas adelante que las otras líneas. Los vacíos en blanco suplian aun las interpunciones; y es la manera mas antigua de puntuar, ó mas bien de marcar sin punto la pausa que deja al lector el tiempo de respirar, al paso que da limpieza á los discursos." [1]

Alcuin en las escuelas que tenia bajo su direccion habia hecho colocar esta inscripcion encima de los bancos destinados á los copistas:

Hic sedeant sacræ scribentes flamina legis......
Per cola distinguant proprios et commata sensus,
Et punctos ponant ordine quisque suo.

Las reglas de la puntuacion no se observaban universalmente en el siglo XVI, y los primeros impresores no las seguian fielmente.

A los antiguos gramáticos se deben las virgulillas conocidas entonces bajo la denominacion de anti-lambda, el guion, el paréntesis y el asterisco.

Se átribuye á Aristófanes Bizance los signos de acentuacion en el idioma griego, signos que no fueron durante mucho tiempo empleados sino en los manuscritos destinados á estudiantes. Montfaucon afirma no haberlos encontrado en manuscritos anteriores al siglo VII. En cuanto á los acentos del idioma latino, son de invencion moderna y no se encuentran en ningunos manuscritos. No tiene otro fin que facilitar á los jóvenes la lectura de los autores, y las buenas ediciones de los clásicos no los contienen hoy.

(Traducido por A. Monroy.)

tador Asconius, que fué maestro de Tito Livio y Quintiliano, cita muchos de ellos por sus números.

1 Nuevo tratado de diplomacia.

PRIMER CAPITULO

DE LA ORDEN DEL TOISON DE ORO.

Felipe el Bueno, animado de un afecto grande y ardiente por la órden de caballería, fundó en Bruges en 1429 la órden del Toison de Oro, en conmemoracion de su matrimonio con Isabel de Portugal y para bien de la Iglesia y de la república. Dedicó su órden á la santísima Vírgen y á san Adrian, y le dió por insignia un *toison* ó carnero de oro suspendido en un collar que representaba eslabones de diamantes, con la divisa: *¡Autre n'aurai!* ¡No tendré otra! Estas palabras parece que se referian á su tercera esposa Isabel de Portugal. Tuvo en Lille el primer capítulo de su nueva fundacion el dia 27 de noviembre de 1431, sometió á la deliberacion de los caballeros reunidos los estatutos, que son un código de piedad, de honor y de delicadeza, y procedió á la eleccion de dos nuevos hermanos. Esta eleccion se hacia por escrutinio á pluralidad de votos. Esta ceremonia fué espléndida por la fama de los que la verificaron y por el brillo de sus armas y trajes. Todos los caballeros estaban vestidos de túnicas de paño escarlata bordadas de oro y pedrería, lo mismo que el capillo, y suspendido al pecho el collar de la órden.

Los duques de Borgoña eran natos de la órden; por el matrimonio de María, hija de Cárlos el Temerario, con el archiduque Maximiliano, pasó esta prerogativa á la casa de Austria. Después de la muerte de Cárlos V, los reyes de España y los emperadores de Austria dividieron entre sí el derecho de hacer los nombramientos, arreglo que fué confirmado después de la guerra de sucesion en España y que permanece todavía. La órden del Toison de Oro ha contado entre sus caballeros á muchos emperadores, reyes y príncipes; tambien ha contado muchos reyes de la inteligencia: Chateaubriand era caballero del Toison de Oro.

GÜELFOS Y GIBELINOS.

(CONCLUYE.)

V.

LA VIUDA.

Dos años habian pasado; sus largos y tristísimos dias se habian deslizado mas graves, mas austeros que nunca bajo las bóvedas del palacio Bentivoglio. El tiempo, la enfermedad, los pesares habian dejado sus huellas en la frente de Leonor, cubriendo de sombras las gracias de su juventud; pero aquellas penosas pruebas de la vida no habian hecho mas que aumentar la bondad, la indulgente dulzura de su alma; el ingenioso poder de la jóven se estrellaba contra el dolor y el resentimiénto paternal: aquel dolor no queria ser consolado, aquel resentimiento no queria apagarse, y ni el nombre de Lotario ni el de su esposa podian ser pronunciados en presencia de Bentivoglio sin excitar en él un furor amargo y sombrío. Entre tanto, Leonor habia hecho en secreto mil pesquisas para descubrir la residencia de Beatriz; sus esfuerzos no tuvieron resultado: el tutor de Beatriz habia dejado la Italia siguiendo al emperador, y habia muerto poco despućs de su llegada á Alemania; ya no quedaban otros parientes á la jóven, cuya familia habia perecido casi toda entera en las guerras civiles, y Leonor, que habia hecho innumerables pesquisas, no esperaba

que la viuda de Lotario hubiese sobrevivido al desgraciado esposo. Encomendó á Dios el alma de ambos, y cada dia sentia que el peso del aislamiento gravitaba mas sobre su corazon; pero fiel á las costumbres de su niñez, iba á la iglesia de San Pablo en aquellos momentos de tristeza; allí al pié de las tumbas de sus antepasados, oraba mas tranquila y con un completo desprendimiento de sí misma.

Una tarde se habia detenido en el lugar santo mucho mas tiempo del que acostumbraba; la sombra envolvia la vasta iglesia, y solo una lámpara fundada por uno de los abuelos de Leonor, arrojaba una pálida claridad en la capilla sepulcral. Leonor salia á pasos lentos, obedeciendo la voz de un anciano sacerdote que se disponia á cerrar las puertas de la iglesia, cuando cerca del sepulcro de la madre de Lotario creyó ver una mujer arrodillada, con la cabeza reclinada en los piés de mármol de la estatua que adornaba aquel sepulcro. Impelida por un movimiento de curiosidad, se acercó y tocó ligeramente el brazo de aquella mujer, diciéndole: "Ya van á cerrar las puertas."

La extranjera se levantó, y Leonor vió que tenia de la mano y casi oculto bajo su manto negro, un niño enlutado como su madre.

—¿Qué haceis ahí, señora? dijo Leonor con afectuoso tono al ver el aspecto pobre y triste de la desconocida y de su hijo. Esta capilla es la de los Bentivoglio; si necesitais de su apoyo, tendrán mucho gusto en concedéroslo.

—¡Os engañais! respondió la jóven sacudiendo la cabeza, ¡os engañais! los Bentivoglio me arrojarian del umbral de su palacio: esta capilla, abierta para todo el mundo, es la única de sus posesiones adonde puedo penetrar libremente y llorar sin estorbo.... Y sin embargo, yo tambien llevo el nombre de Bentivoglio......

—¡Gran Dios! ¿quién sois, pues? exclamó Leonor atrayendo á la desconocida bajo la lámpara........ La miró: era una mujer muy jóven, cuya melancólica belleza resaltaba mas con el color negro de su vestido. ¡Beatriz! exclamó Leonor, ¡Beatriz! ¿sois vos?

Beatriz tambien la habia reconocido, y llena de emocion estre-

chaba las manos trémulas de Leonor: salieron juntas de la iglesia.

—¡Sois vos! dijo todavía Leonor; ¿y este niño?

—¡Es el mio! ¡es el suyo! respondió Beatriz tomando en sus brazos al niño. Leonor lo miró atentamente á la luz del crepúsculo y suspiró. Aquella criatura se parecia á Lotario cuando tenia cinco años, y traia á la memoria de Leonor los dias de su juventud, sus proyectos de felicidad, sus ilusiones desvanecidas y las desgracias irreparables de su casa.

—¡He aquí, dijo, el último vástago de los Bentivoglio!

—¡Sí, pero un vástago despreciado, desconocido, que crece en la pobreza y en la sombra!

—¡Sois pobre! ¡sufrís! dijo Leonor; ¡ah, hermana mia! ¿por qué os habeis ocultado tanto tiempo á mis pesquisas? Dos años hace que sois mi único pensamiento, y no habeis pensado en reclamar la parte que teneis en mi cariño.

—Perdonadme; yo sabia por Lotario cuán buena sois; pero no me he atrevido á presentarme ante ese severo anciano, enemigo de mi raza, y que ha maldecido á su hijo porque se unió conmigo. Temí atraer sobre este niño la maldicion que habia pesado sobre su padre.... ¡Oh! ¿por qué me amó Lotario? ¿por qué yo, jóven, ignorante del mundo, obligada por mi tutor que queria dar un nuevo soldado á la casa de Suabia, por qué acepté su mano?... ¡Él viviria aun, y otra mas feliz le hubiera dado un hijo, heredero de los derechos de sus antepasados!

Ambas lloraban; Leonor dijo por fin:

—¿Quereis confiarme vuestro niño y permitir que esta noche repose bajo el techo de los Bentivoglio? Yo haré una tentativa, y si Dios me ayuda, el hijo de Lotario recobrará sus derechos.

—Disponed de mi Jacopo, respondió Beatriz tomando al niño casi dormido y depositándolo en los brazos de Leonor; vos sois su segunda madre.

—Mañana nos veremos, dijo Leonor abrazándola; ¿dónde vivís?

—Aquí, cerca de la iglesia........ Yo experimento un triste consuelo en venir á orar allí, al pié de las tumbas de los antepa-

sados de mi esposo.... Él solo ha sido desterrado de este lugar de reposo, pero se me figura que su espíritu visita el lugar donde su mujer llora, donde su madre descansa....... Pero adios, hasta mañana!

Besó á su hijo dormido, y dejando el pórtico bajo el cual se habian ocultado, las dos tomaron el camino de su casa.

VI.

EL HUÉRFANO.

Leonor entró al palacio sin ser notada; hizo poner una pequeña cama en su alcoba y allí acostó al niño, que dormia con un sueño apacible y profundo; al tomarlo en sus brazos, al ver su moreno rostro apoyado en su hombro, al oirlo, en medio de su sueño, que murmuraba con débil voz: "¡Buenas noches, madre mia!" Leonor suspiró y dijo: "¿Por qué no es mi hijo?" Pero un pensamiento mejor hizo callar á aquel impulso de involuntarios celos y replicó: "No es mi hijo, pero yo seré su madre; bendito sea Dios que lo ha querido así."

No se acostó; pasó la noche en orar velando al niño. Cuando amaneció, besó con dulzura la frente del pequeño Jacopo, que despertando inmediatamente, le echó los brazos el cuello diciendo: "Buenos dias, madre mia."

Pero al volver los ojos en torno suyo, advirtió que estaba en una casa extraña, entre los brazos de una mujer desconocida, y las lágrimas fáciles de la infancia inundaron sus mejillas.

—No llores, querido niño, dijo Leonor dándole juguetes y frutas; no llores, hoy verás á tu madre.

El niño tranquilizado por sus caricias se dejó vestir; cuando estuvo vestido, Leonor le hizo juntar las manos y repetir con ella: "¡Dios mio, tened piedad de nosotros! ¡Asistidnos!"

Luego salieron juntos de la alcoba, Jacopo impasible, Leonor trémula y conmovida.

Llegó al aposento de su tio, donde sus enfermedades lo detenian con frecuencia y donde ella le prodigaba los cuidados de una hija piadosa. Abrió la puerta con mano tímida..... el anciano dormia bajo su pabellon de seda; Leonor tomó al pequeño Jacopo y lo puso en el lecho de su abuelo, haciéndole seña de que estuviese en silencio, y en seguida se retiró al oratorio vecino, que no estaba separado del aposento sino por una puerta. Pasaron algunos minutos, que para ella fueron siglos de angustia y de ansiedad; su nombre pronunciado con una voz imperiosa la llamó al cuarto de su tio. Las cortinas del lecho estaban levantadas; el anciano, apoyado en la cabecera, contemplaba á Jacopo, que parecia mas sorprendido que espantado, y dijo bruscamente á Leonor:

—¿Quién es este niño?

Ella cayó de rodillas delante del lecho, y enlazando á Jacopo con uno de sus brazos, respondió:

—Tio mio, ¿me lo preguntais? Miradlo, y ved si no es la viva imágen de.....

El anciano se estremeció; miró al niño que se habia recostado en el hombro de Leonor; una profunda emocion se leia en sus facciones austeras; sin embargo, dijo friamente:

—¿Es él?

—Es vuestro nieto, el hijo de vuestro hijo único, muerto lejos de vos, en la flor de sus años y en un campo de batalla; ¡en nombre del Dios de las misericordias, tio mio, no desprecieis á este huérfano!

—Que se vaya con su madre, con los parientes de su madre y con el príncipe excomulgado por el cual dió su padre la vida.

—¡Oh, tio mio! ¡qué rencor tan triste! Su madre es pobre y vive del trabajo de sus manos, sus parientes han muerto y Federico está en el fondo de Alemania; ya no le queda á este inocente mas que vos, vos, su abuelo, su padre: ¿lo desechareis? Él

es el legítimo heredero de vuestro nombre; ¿lo condenareis á la oscuridad y al abandono?

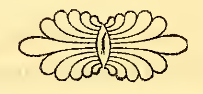
Bentivoglio no respondió; Leonor tomó su mano y la besó llorando.

—Si no quereis ceder á la ternura paternal, á la inocencia y á la desgracia de este pobre niño, dijo ella, ceded al menos á las súplicas de la que llamais vuestra hija.... Yo amaba á Lotario, padre mio, lo amaba como al esposo que me habíais designado, y cuando nos abandonó, he sufrido tanto como vos, mas aun.... En nombre de mis sufrimientos y de mis lágrimas, os suplico que adopteis á este niño y á su madre; este es el único remedio que podeis aplicar á una herida que sangra todavía y que hasta aquí solo Dios la ha conocido....

Leonor venció; el anciano tomó al niño en sus brazos, le besó la frente y lo bendijo; las lágrimas surcaban sus mejillas, y decia: "¡Que no haya yo podido bendecir así á su padre! ¡Generosa hija mia, tú me has enseñado á perdonar!"

En la misma tarde, Beatriz fué recibida en la casa de su suegro como una hija, como una hermana querida, y su prima casi se eclipsó para dejarle el primer lugar en aquella mansion, de la que Jacopo acababa de ser heredero. Leonor no se casó jamás; sin embargo, fué madre de corazon, porque el hijo de Lotario se habia hecho hijo suyo.—Evelina Ribbecourt.

(Traducido para la Camelia.)



LA NOVELA.



No creais, amables lectoras, al ver el título que precede, que voy á declamar contra las novelas como si estuviera en un púlpito; tampoco voy á elogiarlas; ¿pues qué, entonces? me preguntareis; voy solamente á referir las reflexiones que le ocurrieron sobre la materia á un pobre diablo, al frente de un estante de libros viejos.

Érase un dia de fastidio, de aquellos en que nada puede llenar ese vacío en que se encuentra la imaginacion, incapaz de fijarse en algo que pueda halagarle. Fuí con objeto de distraerme á casa de un amigo, que como librero, tiene su cuarto surtido de novelas de todas épocas y géneros, aunque hay mas antiguas que modernas, por estar dedicado aquel lugar al depósito de las que ya no salen.

Tomé pues, el primer libro que encontré mas á la mano y leí:[1]

" Así pues, el sentimiento que la inspiró Malek-Adhel no " fué aquella ternura que la virtud permite á las mujeres; fué " una pasion desenfrenada como la que nace en el corazon de los " guerreros, y que semejantes á un torrente inflamado, se extien- " den en precipitados mares, sin temer el escándalo ni la fama. " ¡Ah! ¡qué no se debe esperar de una doncella que ha roto una vez

1 Matilde, ó memorias del tiempo de las cruzadas, de Mad. Cottin.

" las cadenas del austero pudor! Así Inés, habituada á no obe-
" decer mas que los movimientos impetuosos, amó al príncipe co-
" mo habia amado los combates; quiso ser su esposa y Malek-
" Adhel consintió en darla este título aunque no podia estimarla."

Involuntariamente medité: ¿es cierto, me dije, que un corazon amante á la guerra, no experimenta esa dulce ternura, ese amor sublime, divino, que funde dos almas, que fortifica el pensamiento, que alimenta al espíritu?.... Creo que sí; Alejandro mientras fué conquistador no amó. Después fué solo un disoluto que murió entre los placeres sensuales. Napoleon..... ¡oh! Napoleon solo amó su engrandecimiento; si buscó un sucesor, fué solo con la idea de perpetuar su nombre y la gloria de su imperio en el mundo. ¿Y hasta la mujer, esa parte sensible del aliento de Dios, cuando oye serena el estruendo del cañon y ve la sangre sin horror, pierde su exquisita y poética sensibilidad y solo experimenta necesidades? Semíramis no amó jamás; Juana de Arc subió al suplicio como una mártir, casta y sin pesar; ¡nada dejaba que pudiera sentir!

Dejé ese libro, tomé otro; leí:[1]

" Cuando me consagré á los altares y juré no sentir ni amar
" nada jamás, ¿sabia lo que prometí? Si apenas habia salido de
" las manos de la naturaleza, ¿podia conocerme á mí misma? Si
" mi amor es un delito, ¿por qué ese Dios terrible no ha helado mi
" corazon en el momento que provoqué su poder, reduciéndome
" á la nada? ¡Qué digo! ¿Puedo acaso desconocer su omnipo-
" tencia irresistible en el sentimiento encantador que me penetra
" y me embriaga? Esta llama celestial ¿no es una emanacion de
" la Divinidad? ¿Qué otra mano que no fuera la de un Dios,
" podia darnos el amor?.... ¡Nada de mi ser viene de mí, y ce-
" der á mi corazon es obedecer á mi Dios!"

He aquí, dije, la confirmacion de mi juicio anterior. Una jóven educada bajo el yugo de la estúpida supersticion de los peruanos, tiene todo el valor de un héroe para defenderse ante un pueblo del crímen que le imputaban, que era amar; y sus razo-

1 Reinaldo y Elina, ó la sacerdotisa peruana.

nes expresan el sublime ardor de ese sentimiento que en su interior comprendia era un medio de servir á Dios; tanto mas cuanto que habia sucedido á la caridad. ¡*Era una sacerdotisa* peruana!....

En otro libro encontré lo que sigue:[1]

—"¡Vamos, vamos! muero sin sentimiento porque todo lo he " poseido, todo lo he conocido, he podido cuanto es dable á la cria- " tura, y tocaba ya á los límites de la inmortalidad.

"Bálsamo soltó una lúgubre carcajada, cuyo siniestro ruido " llamó la atencion del viejo.

" Entonces lanzándole Althotas, á través de las llamas que lo " envolvian como un velo, una mirada impregnada de una majes- " tad feroz, le dijo:

—"Sí, tienes razon; hay una cosa que no habia previsto; no " habia previsto que hay un Dios."

Esta idea, que en el curso de la obra parece como arrojada al descuido, examinada atentamente tiene un gran fondo. ¡Jamás el hombre podrá revocar la sentencia pronunciada en castigo del primer pecado! Esa carcajada sardónica y lúgubre de un hombre que está llorando sobre el cadáver de su amada, prueba que el hecho desmentia la teoría del viejo, y la religion con sus leyes triunfa del mayor grado del cinismo.

De todas las reflexiones que despertaron en mí estos pasajes, concluí *que sin motivo justo criticaban la lectura de las novelas, al menos de todas.* Exceptuando, pues, aquellas que tienen un fin particular, es decir, aquellas que deben servir para conseguir lo que no se puede obtener por las vias legales y que han de alucinar, y las que se separan de las reglas de una sana y legítima moral, todas las demás instruyen, hacen meditar y por consiguiente despiertan el conocimiento del mundo, de la naturaleza y de la religion, y esto siempre deleitando. Poned en manos de una jóven una novela que presente un modelo que deba imitar en sus ideas; formad su corazon, y esto antes de que la naturaleza salvaje despierte sus sentimientos sola; no, que siempre vaya el arte

1 Memorias de un médico. Dumas.

ayudando prudentemente á la misma naturaleza; decidle todo lo que puede temer de un mundo tan engañoso, pero tambien enseñadle sus bellezas. Formad su corazon, repito, haciéndole conocer que posee una alma mas digna que el cuerpo; poetizad, por decirlo así, su imaginacion, su pensamiento, y quedando entonces natural pero en toda su belleza, dejará los necios placeres que la materia da á conocer; en fin, separadla del positivismo bestial. Elegid esas novelas que divirtiendo llenan estas condiciones, y tendreis un medio compendiado de instruirla. Despertadle su sensibilidad, pero la verdadera, no la que se llama *novelesca.*

La novela da el conocimiento del mundo; no es mas que la vida del género humano pintada en un jardin con flores y aromas que embelesan; pero cubrid la pintura con un velo apenas trasparente, todo aparecerá confuso; poned la vida sola, sin flores, sin goces, y la naturaleza le dirá: disfruta; la malicia le pondrá los medios, la inocencia no distingue el bien del mal, y se entregará á los placeres. No maticeis los colores, no desvanezcais las sombras, y solo quedará una mezcla sin forma que no tendrá atractivo; dejad solamente las flores sin espinas, sin gusanos y dejádselas gozar; nunca creerán que hieren.

Leer sin saber, es decir, atender á las palabras y no al pensamiento, es ver un retrato sin conocer el original.

Presentar una austera religion que solo pide el martirio, es luchar con la naturaleza y con el órden admirable que Dios ha establecido en el mundo; es construir un edificio en el aire.

No refrenar las pasiones, no contener en ciertos límites á la naturaleza por la religion, es desbordar el mar, que arrastrará todo á su paso, llevándose aun al que imprudente le abrió un camino.

¿Presentareis la material novela del mundo anotada y comentada continuamente después de un resultado? Solo enseñaríais espinos y abrojos sin flores.

Limítome á esto solo y dejo á la inteligencia de mis lectoras la aplicacion de la novela histórica, justa, moral y hermosa!

Abril de 1853.

DELIO JAGSON.

MYRA BELL,

O EL SEGUNDO AMOR.

(CONTINÚA.)

CAPÍTULO II.

RUPERTO DE LANCEY era un jóven de noble orígen, gran fortuna y extraordinario talento. Aunque tenia mucho orgullo y ambicion, poseia unos modales corteses y afables que le conquistaron mas consideracion de la que realmente merecia su carácter, y lo hacian ser el favorito universal, mientras no habia motivo que le obligase á desplegar su verdadero genio. Su persona tenia aun mas atractivos que su porte, porque poseia en el mas alto grado la belleza masculina. Una ancha frente, aunque algo estrechada, sin embargo, en las sienes, que formaban una perfecta simetría y á cuyo rededor se ensortijaba en cortos y naturales rizos su lustroso cabello rubio; ojos de un azul oscuro, de una brillantez extraordinaria, en los que solo el práctico mirar de un fisonomista habria descubierto la ligereza y la mirada vacilante que denota la vaguedad de objeto; una boca que indicaba la firmeza, así como una exquisita sensibilidad, pero que expresaba tambien una voluptuosidad grande, especialmente en relacion con su saliente barba, y una nariz ligeramente aguileña, con las ventanas finamente encorvadas, completaban un aspecto que preocupaba extraordinaria-

mente. De Lancey habia sido educado en los mas elevados sentimientos de honradez, y habria reprobado el engaño y la traicion como otro cualquiera; pero con tantas y tan nobles cualidades, estaba dominado por la debilidad del orgullo y de la vanidad y por su casi inseparable compañera la inconstancia; porque cuando se pide un sacrificio, la fuerza debe estar en el pensamiento y la resolucion en el corazon que lo rehusa.

Tal era el hombre que habia gozado de las primeras miradas de Myra Bell. Los modales libres y francos, así como el agradable exterior del jóven, hicieron desde luego grande impresion en el cándido natural del padre de la jóven, que á pesar de su experiencia jamás pudo concebir una sospecha y le allanó un camino á suilimitado trato social, proporcionándole la ocasion de gozar muchas veces de la sociedad de Myra. No fué la sola vanidad lo que hizo á Ruperto su admirador ni lo que le indujo á buscar su corazon. No fué tampoco solo la fascinacion de la vista ni las graciosas adulaciones de su constante homenaje lo que encantó á Myra; su estimacion la adquirió por medio de las incautas alabanzas de su padre; y aunque no existia ninguna obligacion formal entre ellos, sin embargo, su futura union era considerada como cosa hecha, no solo por el padre de Myra, sino por los amigos y conocidos y aun por los parientes de Ruperto, quienes aunque no estaban enteramente satisfechos con este matrimonio, no presentaban ninguna oposicion.

¡Cuán triste y amargo fué para Myra Bell despertar de su primer sueño de amor! pero menos penoso, y sin embargo, menos soportable, el desengaño que agobiaba su corazon por la terrible influencia de la cristiana filosofía y de los suaves y aduladores consejos de su sabio padre. La desercion de Ruperto de Lancey, así como sus galanteos, no fueron tan marcados que lo dejasen sin una defensa plausible de su conducta, y no le hubieran proporcionado aun al vigilante padre una excusa que imputarle á su traicion, si no hubiese sido porque á causa de unas chocarrerías de varios amigos habia contestado desdeñosamente en un momento de disgusto y vanidad: "*¿Qué, la rústica hija del viejo polilla? ¡No es novia para Ruperto de Lancey!*"

Es cierto que se avergonzó de este lenguaje en el momento de emplearlo; pero si se arrepintió, no pudo ceder al traidor objeto de su corazon. Otra pasion ocupaba su alma; habian sido excitadas á la vez su vanidad y su ambicion, y estaba pronto á sacrificar en su altar la fe, la verdad y el amor, tal como era capaz de sentirlos, aun cuando amargase la vida de aquel noble corazon, que habia confiado su felicidad á su cuidado. Y ¿cuál era la causa de este cambio? La llegada de Kate Welden, una hermosa heredera y distinguida señorita á Oak Lawn, mansion de su tio el coronel Warren.

Kate era húerfana y habia vivido desde la muerte de sus padres en la ciudad con su tutor; pero tratando de emprender este caballero y su familia un viaje al extranjero, aceptó la invitacion de su tio de ir á vivir con él, si no deseaba acompañarlos. Era ya mayor de edad y no hubo por consiguiente ninguna objecion por parte de su tutor; este devolviéndole sus bienes, que habia manejado bien y honradamente y de los que nombró agente al coronel Warren, renunció su cargo.

La fama publicó la llegada de la heredera, y entre los mas deseosos de ofrecerle sus homenajes se contaba á Ruperto de Lancey. Su vanidad lo habia hecho desear siempre ser el primero entre sus compañeros, y no podia sufrir la idea de que tan brillante presa cayese en poder de otro. Acaso aun su admiracion por Myra no estaba libre de este sentimiento dominante, porque ella era ciertamente *la bella* del lugar antes de la llegada de Kate Welden, y muchos creian que á pesar de eso merecia este título. Sin embargo, las dos jóvenes en vez de experimentar sentimiento alguno de rivalidad, llegaron á ser firmes y afectuosas amigas.

En el momento en que Ruperto se expresó tan vil y ásperamente respecto á Myra, como si supiese que su bajeza le era conocida, cesó en sus acostumbradas visitas; y llegando á oidos de Adam Bell que se notaba este cambio, solicitó una entrevista, que De Lancey habria excusado gustoso si hubiera podido. La conducta del padre fué, en esta difícil circunstancia, tranquila, digna y franca; mientras que la del falso amante estaba llena de

prevaricacion y engaño, aunque su lenguaje era plausible y respetuoso.

—Jóven, decís que no habia una positiva obligacion entre vos y mi hija. Esto, acaso es cierto; pero cuando decís que jamás procurásteis su afecto bajo la apariencia del amor, que nunca la enseñásteis á consideraros sino como un tierno amigo, decís una falsedad que reprueba vuestra propia conciencia.

—Muy feliz seria, señor, en hacer un sacrificio que os convenciera de mi verdad ó que contribuyese á la paz de vuestra hija, que siento haber molestado tan indignamente, aunque sin intencion, dijo Ruperto con un ligero tono de burla. Y en cuanto á las inútiles palabras que pronuncié....

—¡Paciencia, señor! Ningun sacrificio se aceptaria. Mi hija despreciaria ahora vuestra mano, como yo vuestro carácter; y en cuanto á mí, primero la arrojaria á la tumba, que entregarla en los brazos de un villano cuya tersa frente y fácil verbosidad ocultan un corazon tan bajo y mentiroso!

—¡Caballero! exclamó De Lancey furioso, porque la leccion le picaba vivamente. Si no fuese porque vuestra edad....

—¡Paciencia, repito! No es mi edad, sino vuestra culpable conciencia, la que paraliza vuestro corazon. No olvido que soy tan buen cristiano como padre. Adam Bell os desprecia y os perdona, y su hija hará lo mismo.

Ruperto de Lancey sufrió bastante, y por mucho tiempo atormentó su corazon la amargura de aquella entrevista, á la que se unieron verdaderamente los remordimientos de su conciencia.

¡Pobre Myra! Una nube oscureció el hermoso horizonte de sus esperanzas, y la noche de su desesperacion, aunque corta, estuvo llena de agonía; pero da gracias al que educó su corazon en una escuela de filosofía mas verdadera que la que enseña una falsa novela, y á aquel "que modera el frio á los trasquilados corderos:" la copa de la amargura pasó, y la falsa luz que habia adorado, desaparecio de su vision, que volvió mas tranquila y mas clara que antes de la tempestad que le habia acometido. En estas circunstancias se encontró con Harry Layton, y la misteriosa vegetacion del verdadero amor brotó á la vez en su corazon,

cuyos grandes sentimientos parece que no debian marchitarse fácilmente. Mucho tiempo pasó antes de que Myra pudiese explicarse el interés que le inspiraba, y tembló por sus propias emociones cuando buscó la naturaleza de ese interés. No obstante los preceptos de su padre, tuvo miedo de lo que casi parecia sacrilegio, *del segundo amor*, y después del terrible desengaño de su primera eleccion. Pero pronto se disiparon todas sus dudas, y cuando Harry Layton le hizo con el verdadero lenguaje del real sentimiento, la relacion de su amor, ¡qué diferente le pareció su lenguaje, cuánto mas sincero y varonil, que los forzados cumplimientos y las almibaradas adulaciones con que Ruperto de Lancey habia divertido su jóven fantasía! Y con la idea de que su corazon habia naufragado en un mar que no conoció, se preguntaba. "¿Harry Layton, tan bueno y noble, se contentará con afectos secundarios tomados de tal fuente?" "No, no," le decia, y las lágrimas casi ahogaban su voz; "no apreciareis un corazon que ha amado ya y que ha sido despreciado."

—¡Jamás, Myra, habeis amado verdaderamente á ese miserable! No temais; lo sé todo: solo cautivó vuestra fantasía; vuestro corazon está intacto, salvo el amor de su propio ideal, que os pareció por un momento lo llenaba él. Nada temais, adorada Myra; sed mia, y pronto aprendereis de mí que jamás lo amásteis verdaderamente.

La leccion era ciertamente agradable para el maestro y para la pupila, si se cumplia exactamente la promesa del primero. Y ¿cuánto apresuró el galanteo de Ruperto de Lancey? ¿Cuánto prosperó su cortejo por la hermosa Kate? Desgraciadamente para él, la ciudadela de su corazon se habia rendido hacia mucho tiempo á su primo, Cárlos Calvert, con quien con plena aprobacion de su tio, cuyo favorito y heredero era, estaba ya desposada; y aun mas desgraciadamente, con su "*libre fantasía*," y con el conocimiento que solo puede dar la experiencia, y aquella delicada sagacidad que caracteriza la percepcion femenina, habia medido la profundidad de su carácter y apreciádole convenientemente. Además, sabia ya su traicion á Myra.

Kate Welden era una niña de un espíritu intrépido y atrevido,

aunque su corazon estaba lleno de una tierna sensibilidad; y mientras era leal y firme en sus afectos, su conducta padeció algunas veces con aquellos que solo veian superficialmente sus acciones. Así frecuentemente se expuso á la imputacion de coqueta, cuando solo se habia propuesto castigar á algun mequetrefe vano y presumido que habia hecho víctima á alguna de su sexo. Esta misma determinacion habia tomado respecto á Ruperto de Lancey, y aunque Cárlos Calvert no aprobase enteramente su intencion, no estaba celoso; pero trató de disuadirla, con prudentes razones relativas á su propia reputacion.

—Apartaos de aquí, primo Cárlos, y divertíos como gusteis en el condado; pero dejadme castigar solaz á ese bribon como lo he determinado.

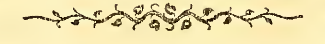
—¿No hay alguna vanidad en eso, hermosa prima mia?

—De ninguna manera, mi galante mentor. No es mi pobre belleza, sino mis riquezas las que le han cautivado. Y en cuanto al daño de mi reputacion de coqueta, nada teneis que temer acerca de ella, pues os manifestais tan generoso, que debeis casaros conmigo muy pronto y tomarla á vuestro cargo.

—Eso es ciertamente un irresistible cohecho para permitiros que hagais aun una locura, dijo Cárlos galantemente. Así ha de ser, pues que lo quereis.

En tal estado se hallaban las cosas la tarde de la *fiesta* en casa del coronel Warren, excepto el que Kate habia recibido ya muy graciosamente varias indicaciones de De Lancey; y sin animarlo exactamente, le habia permitido continuase, con mucha presuncion de obtener un buen resultado.

(Continuará.)



A LA SEÑORA

DOÑA BALBINA STEFFENONE.

¿Dime, mujer, si del celeste coro
Has descendido á nuestra tierra umbría?
¿Dime, divino ruiseñor canoro,
Si ese dulce torrente de armonía
Que al mundo asombra y á la vez encanta,
Le hubistes en la gloria?
Mas no me cuentes su inmortal historia;
Canta, Balbina seductora, canta.

Quiero escuchar tu acento
Y extasiarme con tu voz divina,
Que rauda como el viento,
Se eleva al firmamento,
Y va vibrando tan sonora y pura,
Que al mundo entero al resonar fascina.

La fama presurosa
Un monumento colosal levanta,
Donde tu nombre célico descuella,

Y tu dulzura por do quier pregona,
Y teje una corona
Para tu frente bella.

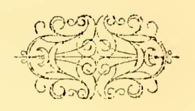
Canta, Balbina; tus ecos süaves
Los ecos son de las melífluas aves,
Cuando contentas, murmurando amores,
Halagando á las flores
Que el padre de los astros ilumina,
Sobre su cáliz virginal se ciernen,
Y bellas cantan como tú, Balbina.

Llena, pues, el espacio
Con esa voz que envidian los querubes
En el cielo de nácar y topacio,
Y entre flotantes nubes,
Placentera y feliz con tu victoria,
Al seno vuelve de la misma gloria.

Y desde el trono sin igual, fulgente,
Del *Ser* que el rayo destructor sujeta
Con su mano potente,
Oye, Bina, al poeta,
Que con respeto, con amor profundo,
Te aclama ruiseñor del ancho mundo.

Méjico, 1852.

J. M.



A LA SEÑORITA

DESIRÉE FRERY.

¡SALVE, artista divina, hurí del paraíso!
Tu fama se pregone del mundo en la extension;
En tus nevadas sienes una aureola diviso,
Digno emblema que prueba tu bella aplicacion.

Goza, artista divina, de la envidiable gloria
Que tus músicos triunfos te producen do quier;
Tu nombre, que es muy digno de estar en la memoria,
Impreso en nuestras almas por siempre se ha de ver.

Coronas inmortales ciñan tus blancas sienes,
Y sean el premio digno de tu constante afan;
Aumenta, artista bella, la gloria que ya tienes,
Ni aun desprecies las hojas que marchitas te dan.

Disfruta de la vida purísima de encantos
Que el porvenir te muestra de tu carrera al fin;
Al través de su velo se ven placeres tantos,
Que con sus goces puros podrás tal vez vivir.

No agiten los pesares tu juventud florida,
Ni se agosten las flores de tu lozano Eden;
Que brille siempre claro de tu dicha querida
El astro diamantino que es tu guia, tu sosten.

Y en plácido contento disfruta los laureles
Que son el premio digno de tu talento ideal;
Son los amigos buenos, los únicos y fieles;
Con ellos se corone tu frente virginal.

Abril 18 de 1853.—J. E. O.

(Remitida para la CAMELIA.)



ARMONIAS DEL AISLAMIENTO.

DULCES armonías que en otro tiempo hicísteis resonar mi lira al eco del amor, venid, venid y haced que el aura de la tarde repita los acentos del dolor mio, estos acentos que exhala el corazon del que padece.

Ya no son bellos para mí los celajes que dora la luz cuando se anuncia en el Oriente el dia; ya á mis oidos no parecen melodiosos los trinos de las aves que saludan al sol; ya el murmurio del arroyuelo no me revela un pensamiento, como en aquellos dias de gloria y de encanto en que todo me convidaba á amar.

¡Cómo han volado los sueños de mi imaginacion! ¡Cómo ha pasado el tiempo, qué pronto ha venido la juventud! ¿Y qué vale la juventud, qué la esperanza del porvenir cuando ya se han extinguido las ilusiones del alma? ¿De qué vale haber visto sonreir á la gloria, si su brillo ha sido como la fugitiva luz del relámpago?

Vale mas morir, morir para siempre y perderse entre las sombras del eterno olvido. ¿Pero podré resignarme á creer que el mundo no conservará memoria de mi nombre?.... ¡Dios mio! es imposible, yo he nacido para la inmortalidad.... ¿Para qué nos diste el alma, destello de tu ser inmortal? ¿Para qué nos diste la razon? ¿Para qué nos diste el pensamiento?....

Si el hombre no pensara tanto, fuera feliz; viviria con la vida de la planta, con la vida de esas flores que nacen sin aroma en medio de las hoquedades de las rocas.

Perdóname, Dios mio, este deseo de un corazon delirante; pero los males que oprimen al pecho, los dolores que secan el corazon, hacen desear al hombre aun no haber nacido......

Es un delito desear el no ser; pero hay momentos en que los pesares del alma agobian tanto al corazon, que el hombre anhela volver á su orígen, anhela volver á la eternidad.

Yo al contemplar en el aislamiento los males del mundo, he querido morir, porque al recordar los pasados pesares, al ver dolores presentes, me he preguntado: ¿cual será el porvenir que el cielo me destina? Yo que entre el tumulto del mundo desoigo sus acentos, yo que vivo en medio de las ciudades como en un desierto, porque para mí no son los festines ni las orgías mas que ecos de dolor que anuncian muerte, busco sin embargo una cosa secreta que el alma me revela!....

El aislamiento, el aislamiento es una situacion terrible, porque en su soledad se fomentan los delirios de la imaginacion, y á pesar de esto, yo gozo tranquilidad. En el aislamiento no tengo una alma á quien comunicar mis penas; pero tampoco miro al hombre que se rie del que derrama llanto.

En el silencio de la soledad, lloro; pero aun en los mismos gemidos de mi corazon exhalo algunas armonías, las armonias del aislamiento.

Méjico.

FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.

(Escrito para la Camelia.)



GEOGRAFIA.

LECCION QUINTA.

Definiciones geográficas.

Consuelo.—Tenemos una duda sobre un punto de la leccion anterior, señor don Pedro, y deseariamos que antes de pasar adelante nos sacase usted de ella.

Yo.—¿Cuál es la duda, señorita?

Consuelo.—Cuando nos habló usted de la diferencia de horas, nos dijo, que siendo aquí las doce, en Paris eran las seis y cuarenta y cuatro minutos, calculando por el número de grados que el sol anda en cada hora. Luego que usted se fué, quisimos saber qué hora seria en Paris suponiendo que en Méjico fuese otra hora diferente de las doce, y por mas que hicimos no nos fué posible satisfacer nuestra curiosidad, pues ignorábamos el modo de hacer el cálculo; esto es lo que deseariamos saber.

Yo.—Es verdad, señorita, que yo no enseñé á ustedes el modo de saber la hora que es en lugares distantes, porque mi idea desde la primera leccion ha sido no recargar la imaginacion de ustedes con puntos que no fuesen indispensables; por eso el cálculo que hice en la leccion pasada no fué verdaderamente mas que para mí, y esa fué la causa de que ustedes no pudieran valerse de

él para saber lo que querian. Hay un método muy sencillo para resolver el problema de que se trata; si ustedes quieren que se los enseñe, estoy pronto á servirlas.

Consuelo.—Ya que es usted tan complaciente, esperamos la explicacion.

Yo.—Pues para eso es indispensable la esfera. Observan usted en el polo Norte un círculo pequeño, que aquí es de carton, dividido en dos mitades, cada una de las cuales lleva marcadas las doce horas del dia. El eje métalico de la esfera sobresale lo bastante para recibir una aguja ó manecilla, de tal manera que esta pueda girar con el eje ó por sí sola; esta parte de la esfera artificial, que se llama *cuadrante*, es la que sirve para resolver lo que ustedes querian saber el otro dia.

Cármen.—¿Y cómo se usa de él?

Yo.—De este modo: se trata de saber qué hora es en un lugar cualquiera, sabida la hora que es en otro. Pues bien; se coloca el lugar cuya hora se sabe bajo el meridiano de bronce; hecho esto se mueve la aguja hasta que señale la hora; en seguida se hace girar la esfera hasta que el lugar cuya hora se desea saber, quede bajo el meridiano; como la aguja camina con el globo, cuando este se detenga marcará aquella la hora que es en el otro lugar exactamente. Lo haremos prácticamente.

Cármen.—Siendo en Méjico las cuatro de la tarde, ¿qué hora es en Paris?

Yo.—Busque usted á Méjico, colóquelo bajo el meridiano. ¿Está ya?

Consuelo.—Sí, señor.

Yo.—Ahora mueva usted la aguja hasta que señale las cuatro; dé usted vuelta al globo. ¿Llegó ya Paris bajo el meridiano?

Cármen.—Sí, señor.

Yo.—¿Qué hora marca la aguja?

Cármen.—Las diez y cuarenta y cuatro minutos.

Yo.—Esa hora será en Paris. Busquemos la hora en otro punto que no sea este; ¿cuál quieren ustedes?

Consuelo.—Esa ciudad dedonde viene el general Santa-Anna.

Yo.—Cartagena de América. Aquí la tienen ustedes no lejos del ecuador. Hagan ustedes solas el procedimiento, en la inteligencia de que en Méjico son las tres de la tarde.

Consuelo.—En Cartagena son cerca de las cuatro; hemos tenido que mover muy poco el globo.

Yo.—En efecto, son las cuatro menos cuatro minutos.

Consuelo.—¿Y por qué hay tan poca diferencia de horas estando Cartagena tan lejos de nosotros, segun advierto aquí?

Yo.—Eso es porque el meridiano de Méjico está muy cerca del de Cartagena, y ya dije á ustedes al hablar de los círculos, que cuando el sol se halla en un meridiano cualquiera, es casi la misma hora para todos los lugares que están bajo él, aunque se hallen uno en un polo y otro en el opuesto. Estando el meridiano de Méjico inmediatamente después del de Cartagena, ya concebirán ustedes que nada tiene de extraño el que la diferencia de horas sea tan corta.

Consuelo.—Ahora sí, ya lo hemos comprendido perfectamente, y si á usted le parece, pasaremos á otra cosa.

Yo.—Con mucho gusto, señorita. Ya conocen ustedes la esfera y sus círculos, con otros puntos no menos importantes, y es tiempo ya de que nos ocupemos de la tierra propiamente dicha, de lo que tenemos á la vista. En tal virtud, comienzo por dar á ustedes algunas definiciones sobre la estructura de la tierra. Nuestro globo está formado de tierra y agua, siendo este elemento en mayor cantidad que el primero. Como el agua está rodeando á la tierra, esta toma en diversos puntos diferentes figuras que los geógrafos han tenido en consideracion, y de aquí proviene la clasificacion de ella en continentes, islas, penínsulas, costas, promontorios y cabos.

Continente es una extension considerable de tierra no interrumpida por los mares; de este género solo se reconocen tres: el viejo mundo, compuesto de Europa, Asia y África; el Nuevo-Mundo, constituido por las dos Américas y la Nueva Holanda.

Isla es una porcion de tierra rodeada por todas partes de agua y cuya extension no es tan considerable como alguna de las tres porciones de que hablé á ustedes antes. Hay islas que son muy

grandes; las mayores que se conocen son: Bornes, Sumatra, Madagascar, la Gran Bretaña etc.: por el contrario, hay otras muy pequeñas, como la isla de Monte-Cristo, que no en todos los mapas en encuentra. Cuando hay un número muy corto de islas, separadas unas de otras á poca distancia, llevan el nombre de *grupo*, como el de Malta. Cuando son muchas y se encuentran en una gran extension de mar, entonces su reunion se llama *archipiëlago;* por ejemplo, el de Grecia, el de las Antillas y otros.

Se da el nombre de península á una extension de tierra grande ó pequeña, unida por un solo lado á un continente ó á otra isla, y bañada en todos los demás por el mar. Las penínsulas principales son: España, Italia, Turquía, Europa, Arabia, etc. El terreno que une á una península con otra porcion de tierra, se llama *istmo;* pero para que tenga este nombre es preciso que sea estrecho, como el de Suez, el de Panamá, el de Tehuantepec etc., y por eso no se llama istmo la porcion que une á España con Francia, por ser demasiado ancho.

Costas son las partes de los continentes y de las islas que forman las inmediaciones y orillas del mar.

Promontorio es la extremidad de una tierra que se adelanta hácia el mar, extendiéndose mucho. *Cabo* es lo mismo; pero se usa de la palabra promontorio para designar mas especialmete la extremidad de un continente en una direccion muy prolongada.

Esto es en cuanto á la tierra lo mas esencial que á ustedes les importa saber. Por lo que respecta el agua, dire á ustedes que los geógrafos la clasifican en océano, mar, golfo, rio, estrecho y bahía.

Océano es una extension considerable de agua; verdaderamente no hay mas que un solo océano, formado por el conjunto de todas las aguas. Sin embargo, se conocen tres principales: el grande Océano, el Atlántico y el Pacífico.

Mar es una extension de agua bastante considerable, pero no tanto que pueda merecer el nombre de océano. Cuando un mar está rodeado casi enteramente por las tierras de los continentes, se llama *mediterráneo.*

Las aguas del mar que penetran en las partes mas bajas de la tierra, pero sin ocupar una extension considerable de tierra, se llaman *golfos*, como el de Méjico, el de Venecia, el de Finlandia, etc.

Se llama *canal* un golfo de forma muy prolongada, que viene á ser respecto de dos mares, lo que un istmo respecto de dos continentes ó de dos islas.

Estrecho es un canal cuyas riberas están muy cercanas una de otra, y *bahía* un golfo pequeño que ofrece algun abrigo contra los vientos. Cuando una bahía proporciona á las embarcaciones un abrigo seguro contra los vientos y contra las corrientes, perfeccionada además por la mano del hombre, se llama *puerto*.

Rio es el agua que brota naturalmente de la superficie de la tierra, formando primero una *fuente* ó *manantial*, en seguida, juntándose con el agua de otra fuente, forma un *arroyo*, después un *torrente*, y por último, reunidas las aguas de muchos arroyos y torrrentes, forman un *rio* que se dirige al mar, recorriendo multitud de países. Los principales rios son el Tajo, el Danubio, el Támesis, el Tiber, el Misisipí, el de las Amazonas, que se considera como el mayor del mundo, el de la Plata, etc.

Se llama *lago* una gran cavidad de la tierra ocupada por las aguas, sin comunicacion inmediata, directa ó aparente con los mares.

Las demás clasificaciones no son de tanta importancia para ustedes y por eso la omito; creo que con lo que en esta leccion les he dicho, es bastante para que podamos emprender el estudio de la geografía descriptiva, que tendré el gusto de empezar á explicar á ustedes en la leccion siguiente.—*H.*

(Continuará.)



IMPRESION Y DEBER.



A. R. A.

Oí tu voz, palideció mi frente;
Hirió tu acento al corazon que ansía
El reposo encontrar y la alegría
Que de mi pecho huyó.
¡Mujer! ¡mujer!.... tu boca peregrina
Me reveló la gloria del querube,
Al perderse tu acento tras la nube
De güalda que brilló.

¡Guarda tu voz!.... no quiero que resuene
Segunda vez en mi infeliz oido;
Guárdala, ¡ay Dios! que arrancas un gemido
De mi pecho, ¡mujer!
No puedo amarte, no; ni menos libre
Extasiado escuchar tu voz divina,
Ni contemplar tu frente peregrina,
Ni tu alma comprender!

Nada puedo ¡infeliz! solo doliente
Ahogar en el silencio mi amargura,
Y recordar la insólita dulzura
De tu argentina voz.

¡Mas ay dolor! esa expresion sin nombre
Con que pintas del alma los pesares
Al elevar tus mágicos cantares,
Me atormenta, ¡gran Dios!

Esa expresion de tu semblante bello
Cuando elevas tu acento cadencioso,
Un abismo me abrió tan tenebroso,
Que de espanto temblé.
Temblé porque mis ojos en los tuyos
Sorprendieron de amor ideal misterio,
Que te llevó veloz á otro hemisferio
Brillante con tu fe.

Hemisferio donde piensas
Vivir entre mil dulzuras,
Donde nunca hay amarguras,
Ni de duelo nubes densas.

Hemisferio que iluminas
A la luz de tus amores,
Donde moran ruiseñores
Que remedas cuando trinas.

Mas no sabes que esa esfera
Donde tú quieres vivir,
No la puedo yo transir,
Aunque ardiente así lo quiera.

No sabes que dentro el alma
Llevo penas del averno,
Y que mi duelo es eterno,
Y que nunca tendré calma....

Tú no debes como yo
Llevar la planta entre espinas,
Sino en flores peregrinas
Que el cierzo no marchitó.

Y mientras tú cual paloma
Que canta sus ilusiones,
Entre los verdes festones
Que le dan precioso aroma,

Yo, infeliz, iré muriendo
En fuerza de los tormentos,
Que se bullen macilentos
En el mar que voy hendiendo.

Y en tus labios nacarados
La sed no podré templar,
Ni cansado de llorar
Sentir tus brazos torneados.

Ni en tu rubia cabellera
Pondré jazmin oloroso;
Y no podré ser dichoso
Un solo instante siquiera!

Sábelo, sí; al escucharte
Sentí que el alma rompias....
Me recordaste otros dias....
¡Ay de mí!.. no debo amarte!

Solo quiero que en tu mente
Recuerdes ¡ay! al cantor,
Que tu acento seductor
Sintió que lo hirió cruelmente.

Y consagra á mi memoria
Un suspiro.... ¡Adios, mujer!..
Si no me vuelves á ver,
Jamás preguntes mi historia!....

....

Octubre 5 de 1852.

Antonio M. Romero.

A MI LAUD.

ECO de mi dolor, ¡oh cuántas veces
Al acento fatal de los pesares,
He recobrado plácidos cantares
De tus cuerdas armónicas al son!
Y en medio de la noche silenciosa
Testigo de mi gloria y mi fortuna,
Al resbalar el rayo de la luna
En mi frente, tu voz la brisa hirió.

En mis ensueños de sublime gloria,
Cuando alzaba mi cántico al Eterno,
De mi niñez al recordar el tierno
Halago que animó á mi corazon;
Cuando agobiado de dolor gemia,
Y cuando incierto y con el alma inquieta
En mis gratos delirios de poeta
Sueño del porvenir en la ilusion,

Tú has oido mis votos inocentes,
Cuando sintiendo la ilusion perdida,
He despreciado en mi pesar la vida,
He despreciado en mi dolor la paz.

Y á la amistad y á la amistad buscando,
Iba perdido en escabrosa senda,
Y eras tú solo de mi amor la prenda,
Mi tierno y meláncolico laud.

Tú despertaste en mi fogosa mente
Mil ilusiones que ignoraba un dia,
Y amé á la gloria, y la esperanza mia
Hizo latir al yerto corazon.
Ví de lejos el brillo poderoso
Que al genio augusto con amor circunda,
Y á tus ecos armónicos, fecunda
Mi memoria sintió la inspiracion.

Del poeta envidiaba esa mente
Que sus mentidos sueños diviniza,
Ese genio feliz que inmortaliza
Sus delirios magníficos de amor.
No te comprendo, vago pensamiento
Decia, en mi ilusion, desvanecido,
Cuando buscaba inspiracion, perdido
Entre sueños, tormentos y dolor.

De juventud el fuego que me quema
Mi razon extraviada consumia;
Ansiaba amor, y mi alma se perdia,
Y no hallaba ese ángel que soñé.
Pero tú, blanda lira, en mis ensueños
Con tus acordes y vibrantes sones,
Halagaste mis puras ilusiones
Y los delirios del amor canté.

Canté contigo de la bella infancia
El encanto inmortal, de los pensiles
Las flores y los juegos infantiles,
La amistad pura, la virtud, la paz.

Cuando cansada de pensar mi alma,
En medio del silencio misterioso,
Busca en la noche plácido reposo,
La religion escucha mi cantar.

La religion con eternal contento
Ha escuchado mis cánticos dolientes,
Y mis votos sinceros y fervientes
Ha escuchado tambien la humanidad.
¡Oh, si algun dia, inspiracion sagrada,
Animas con poder á mi memoria,
Yo cantaré á los ecos de la gloria
El triunfo de la augusta libertad!

Entonces la esperanza de poeta
Que animó mi ilusion desvanecida,
Me volverá la inspiracion perdida,
Cuando pulsé las cuerdas del laud.
Y entusiasmada con placer mi alma,
Elevará su pensamiento al cielo,
Y al brillo de la gloria acá en el suelo,
Respiraré otra vez en la quietud.

Pero ¡ah! que en vano mis lamentos alzo....
Sin percibirse cruzan por el viento;
Se olvidó del placer mi pensamiento,
El entusiasmo de otra vez pasó.
El aura perfumada que esparcia
Mi voz y tus acentos tan süaves,
Lleva tan solo á las canoras aves
El doliente gemido del amor.

Es en vano seguir: acaso un dia,
Eco de mi dolor y mi tormento,
Miraré despejarse el firmamento
Y entonaré otra vez himnos de paz.

Entonces sonarás, laud querido,
Imitando del ave la armonía,
Y podrá descansar el alma mia
Al disfrutar un rato de solaz.

Pero si antes la muerte destructora
El hilo corta de mi jóven vida,
Un amigo en mi tumba oscurecida
Te colgará en las ramas del sauz.
Acaso al aire vibrarán tus cuerdas,
Y á sus ecos mi patria, una memoria
De tí hará, recordando que su gloria
Siempre quisiste celebrarla tú.

Méjico.—Francisco Granados Maldonado.



SONETO.

Á UN ÁRBOL.

Cobíjeme tu sombra deliciosa,
Y tu frescura halague blandamente
Al deslizarse por mi yerta frente
Mi cabeza convulsa y fatigosa.
En tu fragante copa, temblorosa
Se reclina la tórtola inocente,
Y tu escabroso tronco la serpiente
Sube altanera, impávida, orgullosa.
Tus ramas agitadas por la brisa
Se mueven susurrando á sus embates,
Y tu elevada copa entonces pisa
El alfombrado suelo.... ¡Así te abates!....
Y así tambien la mujeril sonrisa
Doblega al corazon en sus combates.

Méjico, 1853.—Jose Rivera y Rio.

RECUERDOS.

¡Oh memoria! ¿Eres un beneficio del cielo, ó un suplicio del infierno?
LAMARTINE.

¡CUAN bella eres, veladora apacible de la noche! ¡cuántos encantos haces experimentar al corazon que llora! Tú, que viste mis juegos infantiles, me recuerdas hoy mi triste desventura, y al contemplarte descienden á mi alma todos los recuerdos que agitan mi desolada juventud. Desencanto y realidad..... he aquí la vida. Al ver los últimos rayos murientes del sol que se perdian tras los azules montes del Occidente, al ver esos celajes de la tarde teñidos ligeramente de carmin y que se mecian dejando ver entre sus gasas la estrella vespertina, ¡cuántos ensueños desvanecidos, cuántas esperanzas perdidas ha recordado mi corazon! La pureza de mi infancia, los goces de mi niñez, las esperanzas de mi juventud, todo, todo á la vez se ha presentado á mi fatigada memoria.

Huyeron aquellas horas deliciosas en que una flor era el encanto de todos mis sentidos, en que una mariposa me halagaba y que al sentir en mi frente el beso maternal, latió mi corazon de ternura, de amor, de entusiasmo. Entonces al juguetear en medio de los pensiles, cuando al correr en pos de los esmaltados insectos que revolaban entre las flores, cuando al querer cogerlos sentia el dolor de las espinas de las rosas, lloraba, lloraba, pero ese llanto no quemaba mis mejillas, no marchitaba las flores!....

Entonces al dormirme entre los brazos maternales, soñaba con los ángeles, y entretenido con sus celestes coros y extasiado con su sonrisa, gozaba la felicidad de la inocencia, la felicidad suprema!.... Pero hoy, hoy que ya no tengo una madre que enjugue mi llanto, este llanto que quema mis mejillas, que seca las flores, hoy que en vez de mariposas encuentro venenosos reptiles, ¡cómo he llorado al repasar en mi memoria los goces de aquellos dias que se perdieron y que no volverán!

¡Qué hermosos serian aquellos pensamientos que tendria de niño, cuando al mirar á la luna me querria lanzar de los paternales brazos para detener su carrera!

Pero pasó esa edad y con rapidez han volado los años para llegar á la juventud, esta edad terrible en que el corazon palpita al oir el canto de una mujer, al ver nuestros ojos el brillo lejano de la gloria. ¿Y qué queda al corazon cuando una mujer corresponde á nuestros delirios? ¿Qué queda al corazon después que hemos conquistado un laurel para nuestra frente? Vacío, vacío insondable que solo podria llenar la eternidad.

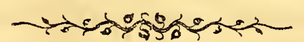
¡Dios mio! ¿para qué has dado al hombre esa facultad de recordar? Si el alma no hiciera memoria de sus goces pasados, no llorara al pensar en el porvenir. ¿Es feliz el hombre al recordar sus dolores? ¿Es desgraciado cuando recuerda sus pasadas glorias?

Los que ya al borde del sepulcro os acordais de vuestra infancia, decidlo: jóvenes que vísteis ayer la sonrisa divina de una mujer hermosa, tambien decidlo. Mujeres que visteis con desden al apasionado amante que con su llanto regaba vuestros piés, decidlo.

Yo entre tanto, solo ruego al Dios que me dotó de una alma inmortal, que me haga olvidar mis penas y mis goces, y que sin acordarme de lo que fué y sin pensar en lo que vendrá, me conceda gozar solo de lo presente.

Francisco Granados Maldonado.

(Escrito para la Camelia.)



A ELLA.

Yo te engañé, ¡mujer idolatrada!
Mi juramento fué no mas un eco
Que me inspirara el alma infortunada:
¡Mi pecho amar no puede, ya está seco!

Delicias quiere el corazon ansioso,
Goces el alma activos, placenteros,
Que den al corazon grato reposo
Mientras corren instantes tan ligeros.

Yo juzgué, fascinado, que podria
A tu lado pasar todas mis horas,
En medio del deleite y la alegría
Y de afecciones mil abrasadoras.

La vehemencia creí de un goce eterno
Que me llenara el corazon vacío;
Mas solo hallé ¡oh dolor! un gusto interno,
Que entonces juzgué tibio y luego frio.

¡Sois muy poco, mujeres, para el hombre!
Vuestro intenso placer el ansia calma
Del jóven cuerpo; mas la jóven alma
Queda esperando amor y quiere un nombre.

Y por eso, mujer, yo anhelé un dia
Disfrutar tus encantos y primores;
Mas el aura disipa tu ambrosía;
¡Quedastes sin aromas, sin colores!

Huérfano el corazon, siguió anhelante
Buscando alucinado otros placeres;
El licor espumoso y humeante
Ocupaba el lugar de las mujeres.

Muerta la mente, en mi ilusion de oro
Disfrutaba de efímeras delicias;
¿Qué me importaba el mundanal decoro
Si la vida me daba sus caricias?

Los sueños mitigaban mis dolores,
El delirio acallaba mi quebranto,
Los dardos del destino punzadores
La risa me trocaban por el llanto.

¡Cambio sublime que la luz preclara
De la infausta razon nos representa!
¡Gran verdad que á la mente se declara
Y el íntimo sentido nos da cuenta!

El vino y el amor al embriagarnos
Nos acercan á Dios; ¡él tiene edenes!
¡Tambien su providencia puede darnos
Con ambas cosas superiores bienes!

¡Cinismo vil, pero verdad terrible!
El corazon del hombre y la cabeza,
Encierran del placer fuente increible
Que en la embriaguez y en el deleite empieza!

Por eso te adoré, mujer querida;
Ávida el alma de placer intenso,
Quiere pasar el soplo de la vida
Anegada en el goce mas inmenso.

Agotar yo pensé los anchos mares
De la dicha fugaz bebiendo en ella,
Y á tu hermosura alzaba mis cantares....
¡Tú, crédula escuchaste mi querella!

¡Yo te engañé, mujer voluptuosa!
Solo amé en tí las formas y las gracias;
Adoré tu beldad, fuiste mi diosa,
Y víctima tambien de mis desgracias.

Padeciste, cual yo, ¡sílfide pura!
¡Hurí del paraíso perfumado!
¡Bosquejo de la bella criatura
Madre del Salvador idolatrado!

¡Lascivo ser de talle primoroso,
De erguido cuello y tez alabastrina,
De purísimo acento delicioso,
De sonrosada boca purpurina!

Pero ¿qué importa, ¡ay! tanta belleza
Si al transcurrir las horas de los dias
Doblega á mi cerviz negra tristeza?....
¡Mis ilusiones han quedado frias!....

No puedo amarte ya, por mas que ansío
Un bálsamo sublime á mis dolores;
No puedo hallar consuelo en el hastío
De esos viejos y pútridos amores.

Voluble el pecho disfrutar anhela
A cada instante un mundo de ilusiones;
Pero solo el fastidio á el alma vela,
Nada hay nuevo en sus grandes emociones.

Bellezas inconstantes, marchitadas,
Miembros robustos, yertos y estenuados;
Lívidas faces antes animadas....
Dejan harto á los hombres fastidiados.

El ósculo ferviente de las bellas,
La lúbrica sonrisa juguetona,
El primitivo amor de las doncellas....
Valen mil veces mas que una corona.

Por estas ilusiones los mortales
Su juventud consagran, su existencia:
¡Necios! ¿no ven que un cúmulo de males
Tras el placer le queda á la conciencia?

¿De qué sirve la mágica delicia?
¿De qué el afan de disfrutar placeres,
Si mañana les damos por caricia
El desprecio constante á las mujeres?

La especie humana para amar no vino
Al agitado cráter de la vida;
La ansiedad mas amarga es su destino,
Y después del placer, quedar rendida.

¿Y es posible que el mundo me eche en cara
Una inconstancia tan precisa al hombre?
El mundo en mi dolor me desampara;
Pero ¿es posible que mi mal le asombre?

¡Sociedad, sociedad! tu eco inhumano,
Tu horrísono clamor lacera el pecho!
¡Mas yo despreciaré tu acento vano
Y en mi alma quedará solo el despecho!

Tú me exiges, madrastra furibunda,
Que mi rubor oculte de tu aspecto,
Porque crees manchar tu faz inmunda
Con lo que exhala el pestilente insecto.

¿Qué me avergüence quieres, ¡miserable!
De un liviano desliz y pasajero,
Poniendo ante mis ojos la adorable
Efigie de un arcángel hechicero?

¿Quieres que de tu obra me sonroje
Y quieres que me cubra con las manos,
O del rostro angustiado me despoje
Por no ver mis tormentos inhumanos?

¡Enemiga cruel del hijo bueno
Que en tu regazo su cerviz reclina,
Yo debo segregarme de tu seno,
Porque eres una madre que asesina!

Yo ocultaré el rubor y mis dolores,
Pero no cesaré de maldecirte,
Y en medio de mis báquicos furores,
Audaz podré ¡sacrílego escupirte!

Libaciones infames podré hacerte
Sin temer tus venganzas altaneras,
Que ni puedo temer la precoz muerte
Ni vivir en los bosques con las fieras!

¡Lejos de tí ó en el no ser tremendo
A cubierto estaré de tus agravios!
¡No puedo estar constantemente oyendo
La monótona grita de tus labios!

Y tú, pobre mujer desesperada
Que gimes tu deshonra y desconsuelo,
Perdona mi inconstancia infortunada,
Porque ella es hija del mundano suelo.

El corazon palpita alborozado·
Porque ciego pretende hallar placeres
En donde solo existe un goce helado,
¡Que es fugaz el placer de las mujeres!

¡Un fuego que emponzoña nuestra vida,
Una gangrena horrible, fulminante,
Que á bajar al sepulcro nos convida
Después de una carrera ciega, errante!

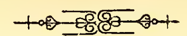
A la viveza de aparente dicha
En pos va el hombre del placer divino;
Mas solo encuentra mísera desdicha,
La saña audaz de un pérfido destino!

Y así, mujer, perdona si inconstante
Pude engañar tu cándida inocencia:
¡Culpa es del mundo mi delito amante!
¡Culpa de mi agitada adolescencia!

Méjico, abril 20 de 1853.—JOSE RIVERA Y RIO.



SINÓNIMOS.



Nada hay mas comun que hacer uso en la conversacion de palabras que se creen de una misma significacion y con igual valor; juzgamos muy oportuno por lo mismo dar á conocer la diferencia de algunas de ellas, para que se les dé el valor que realmente tienen, comenzando por las que serán de un uso muy comun en las conversaciones de nuestras hermosas suscritoras.

Amor, *cariño*, *afecto*.—Se tiene *amor* á una persona cuya posesion nos parece la suprema felicidad; se tiene *cariño* á aquella cuya amabilidad excita vivamente nuestra ternura; se tiene *afecto* á aquella cuyo mérito excita vivamente nuestra inclinacion.

El *amor* es una pasion violenta; el *cariño* una pasion tierna; el *afecto* una estimacion apasionada.

El *cariño* se acerca mas al *amor*, porque aquella misma sensibilidad que es el alma del *cariño*, es tambien propia del *amor*, aunque exagerada y mezclada de contrastes que á veces la convierten en dureza; pero la sensibilidad del *afecto* es mas tranquila, porque la inspira el *mérito*.

Por eso en la idea de *afecto* se comprenden otras inclinaciones mas sólidas, pues tambien se llama *afecto* al que se tiene al amigo, al criado fiel, á aquel á quien nos inclinamos por sus prendas ú otro motivo, sin la ceguedad del *amor* ni la ternura del *cariño*.

El *amor* conyugal dura muy poco si es *amor;* se entibia con el tiempo si es *cariño*, y solo crece y dura si es *afecto*.

L. DE LA HUERTA.

Así dice Zorrilla, en su drama *Traidor, inconfeso y mártir:*

"........Me aparté ruborizada
"De quien mi padre no es: sentí mas fuerte
"Latir mi corazon; sentí otra sangre
"Circular por mis venas mas ardiente:
"Sentí en presencia del *mayor cariño*,
"Mi *cariño filial* desvanecerse,
"Y al apartarme de tu lecho trémula,
"Un ósculo *de amor* grabé en tu frente."

Se ve que tenia cariño al que creia su padre; pero desengañada de que no lo era, le tuvo amor.—(*Esc. XI, act. II.*)

Amante, enamorado.—Enamorado es el que ama siendo ó no correspondido; su amor reside en el corazon, por lo comun oculto, y tanto mas cuanto mayor es la pasion, pues naturalmente son tímidos los buenos amadores. Por eso Calderon, que tanto conocia y tan bien sabia pintar el amor, dice en su comedia de *Ni amor se libra de amor*, que *el amor* para ser perfecto, debe tener cuatro *eses*, que son: *sabio*, *solo*, *solícito* y *secreto*.

Diferente es el *amante:* puede no *amar;* pero siempre debe manifestar pasion con obsequios, atenciones y servicios; cuanto menos sienta, mas debe figurar que siente. Si no halla correspondencia pronto suele desistir de su pasion; si la halla y se admiten sus obsequios, los aumenta y ostenta su dicha. A nadie se puede impedir estar *enamorado* cuando se disfraza y oculta bien; mas se le puede estorbar haga alarde de ser *amante*, y mas de determinada persona; por cierto que si son pocos los *verdaderos enamorados*, son muchos los *amantes*.

Añadiremos por fin, que la palabra *enamorado* designa tambien una cualidad relativa al pensamiento, inclinacion y genio de la persona que ama, de lo que no da idea la palabra *amante*, pues muchos se declaran tales sin estar *enamorados*.

Pedro M. de Olive.



UN VERDADERO AMOR.

¡Oh amor! Témante los cobardes y proscríbante los malvados. ¡Tú eres el gran sacerdote de este mundo, el revelador de la inmortalidad, el fuego del altar, y sin tu resplandor el hombre no sospecharia siquiera lo infinito!—Lamartine.

No te apartes de mí, no me abandones,
No oigas del mundo la mentida queja
Si de otros dias el placer nos deja,
Yo te pido, mi bien, que me perdones.

¿Qué nos importa el mundo lisonjero
Si su deleite criminal no amamos?
¿Qué nos importa el mundo si gozamos
Del dulce bien de nuestro amor primero?

De aquel amor que el alma diviniza,
Que con su peso el corazon oprime;
Porque al gozarse en su placer sublime,
El inmortal espíritu eterniza.

Quiero volver del sueño mentiroso
En que perdida mi alma deliraba,
Porque tus ojos bellos no miraba,
Porque olvidé tu acento poderoso.

Lejos, muy lejos de tu amor, María,
Corrí buscando encantos y placeres;
Pero no encontré vida en las mujeres,
No tienen corazon, y su alma es fria.

Son flores sin aroma, y no comprende
Su pensamiento al pensamiento mio....
Y mi doliente corazon vacío,
No halló ese fuego que tu alma enciende.

Sin ilusion, sin fe, del torbellino
Me dejé arrebatar de las pasiones;
Escuché de la gloria las canciones,
Y en mi entusiasmo caminé sin tino.

Y en medio de sus plácidas caricias,
Y en los halagos de sus falsas glorias,
Tuve tan solo lúgubres memorias,
Recuerdos de otros tiempos de delicias.

Ví floridos y nítidos pensiles
Rodeados do quiera de mil flores,
Y al eco mundanal de los amores,
Yo recordé mis juegos infantiles.

Y ví sobre las flores tan divinas
Revolar las doradas mariposas,
Y recordé que las fragantes rosas
A sus tallos circundan con espinas.

Y abandoné esmaltados los vergeles
Do amor buscando y gloria me perdia,
Porque no hallé tu amor, bella María,
Y aun dejé de la gloria los laureles.

Y la voz de los pájaros errantes,
Y el ruido de las aguas bullidoras,
Me hicieron recordar aquellas horas
Que fueron para mí dulces instantes.

Aquellas horas plácidas, serenas,
En que vimos nacer á la mañana,
Y despedirse ví la tarde ufana,
Contigo del arroyo en las arenas.

Y mi pecho latió lleno de encanto,
Y desoí á esos pájaros cantores
Por volver á gozar de tus amores,
Por verte derramar de amor el llanto.

Por sentir otra vez aquel ensueño
Que eleva el alma á Dios en su pureza;
Ese ensueño de amor y de grandeza
Que el mundo ignora y en que siempre sueño.

¡Tú lo sabes, mujer, tú has comprendido
Cuánto vale ese amor que nos agita;
Del hombre la existencia es infinita
Cuando ha el amor su corazon sentido!

Por eso vuelvo con mi fe y mi anhelo
A derramarte el llanto de mis ojos,
Por ver la risa de tus labios rojos,
Por ver tus ojos dirigir al cielo;

Por gozar de tu amor, que es amor santo,
Esa divina inspiracion del alma,
Que se arrebata plácida la calma
Mas nos alivia con el tierno llanto.

Que es el amor espíritu divino,
Un destello inmortal que Dios envia
Á aliviar de la vida la agonía,
Del mundo criminal en el camino.

Abril de 1853.

FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.

MYRA BELL,

O EL SEGUNDO AMOR.

(CONCLUYE.)

CAPÍTULO III.

LA *fiesta* que daba el coronel Varren era ciertamente espléndida y brillante. Los espaciosos salones de su extensa y elegante mansion, estaban hermosa y perfectamente adornados é iluminados. Los exquisitos jardines estaban llenos de luces de colores, y los arenosos paseos y cómodos cenadores, prestaban un agradable retiro del calor y deslumbramiento de los salones, á los que se hallaban cansados de bailar ó que deseaban una tranquila *conversacion*.

Una alegre y feliz reunion de hermosos y vivos semblantes honraban el nacimiento de la hermosa Kate Welden; y con la música, el baile y la inocente embriaguez, se pasaban las alegres horas con rapidez increible. Muchas hermosuras habia allí y muchas formas graciosas se deslizaban á través de las masas de wals ó cotillones; pero sobresalian entre todas, las dos amigas, Kate Welden y Myra Bell. Cada una era el tipo de un estilo diferente de belleza y casi el modelo mas perfecto. Negro como el ala de un cuervo era el lustroso pelo trenzado en los lados del inteligente rostro de Kate; mientras que las morenas trenzas de Myra

caian en voluptuosos círculos de su pequeña y hermosa cabeza. Unos ojos negros, lánguidos unas veces, despidiendo fuego otras, y un hermoso color moreno, á través del cual se traslucia una sangre escarlata, caracterizaba la hermosura de la una, mientras que el mezclado tinte del lirio y de la rosa, con un círculo de apacible y celestial azul, distinguia la suave y atractiva amabilidad de la otra. La primera era alta y majestuosa, como Juno; la segunda, ligera y graciosa como Hebé. Su presencia se atrajo muchos tributos de admiracion y excitó diferentes opiniones sobre el respectivo mérito de sus distintas hermosuras. Acaso ninguno las vió con una emocion mas indescribible que Ruperto Lancey; ni aun Cárlos Calvert ni Harry Layton, que habian llegado á ser amigos y confidentes. Un doble y extraño sentimiento de esperanza y pesar le acometió.—"Después de todo," pensaba, "si me burla la heredera, ¡qué alhaja he perdido! la mas amable. Verdaderamente la otra es una espléndida criatura, pero tiene algo de arrogante y altanero en su belleza; mientras que Myra es un ángel, si lo ha habido alguna vez en la tierra. ¿Extraño algo en las atenciones de ese jóven Layton? ¡Psh! ¡No! No puede haberme olvidado tan pronto; estoy muy quieto y tranquilo. Nada hay de amor ni de injuria en su fria mirada cuando encuentra la mia; sin embargo, á Layton le arroja esa mirada de tranquila confidencia que en otro tiempo fué mia. ¡Por los cielos, que no sufriria ese rival! Pero ¿qué derecho tengo? ¡La he perdido para siempre! No, todavía no; si la heredera me burla, lo que medio deseo, y que me parece que hará por ciertas indicaciones de esta noche, enmendaré mis errores pidiendo mi perdon á los piés de Myra y seré feliz con su amor, que hasta ahora he conocido habia hecho tan profunda impresion en mi corazon."

Y en esta incertidumbre, De Lancey se acercó á Kate Welden, de quien fué graciosamente recibido. Ella accedió con un acento engañoso á su proposicion de ir á disfrutar del frio aire de los jardines; y cuando llegaron á un lejano emparrado, ella se sentó y sin hablar á su compañero, volvió sus grandes ojos, llenos de una tierna languidez, para contemplar ese incomparable globo que los poetas se deleitan en apostrofar y los amantes en ver.

—¡Qué amable noche! dijo De Lancey rompiendo el silencio con una voz baja y musical.

—¡Y noche para amar! respondió Kate como hablando para sí.

—Entonces, ¡oh hermosa! aceptad el sincero homenaje de vuestro mas afecto admirador! exclamó Ruperto con pasion hincando graciosamente su rodilla.

—¡Señor de Lancey! gritó Kate retrocediendo.

—¡Adorada Kate, escuchadme! ¡Os amo! ¡os adoro! ¡Desde el primer momento en que ví vuestra brillante hermosura he sido vuestro cautivo! Sin embargo, no soy cautivo de vuestra hermosura sola, sino que estoy igualmente enamorado de la viva inteligencia que revela esa elocuente mirada!

—Amadla bien, señor de Lancey, dijo Kate irónicamente.

—Cruel niña, ¿no os burlais de mí? ¿Sois ciertamente la cobarde coqueta de que habla la fama y que se divierte con la agonía de un corazon leal?

—¡De un corazon leal, jamás! El mas ligero pesar que le ocasionara mi conducta, me produciria una profunda pena.

—Entonces ¿por qué esa irrision de mi amor? ¿Por qué me despreciais así la oferta de una pasion honrosa?

—¡Porque vuestro corazon no es leal! ¡Acordaos de Myra Bell!

—¡Ah! ¿Ese falso cuento es el que se interpone entre mis esperanzas y yo? Creedme, jamás la he injuriado. Es una niña con quien he tenido un trato diario por algunos años, que concibió un loco afecto por mí, y del que la he desengañado, continuó, mirando que habia disminuido algo su austeridad; fuí yo, no ella, quien sufrió por el *contratiempo*. Creedme que jamás, ¡no, jamás! se conmovió mi corazon de amor, ni aun por la magia de su amabilidad! ¡Sed mia, hermosa criatura, y un ardiente amor de toda mi vida recompensará el rico presente que me haceis! Si hay algo digno y noble en mi alma, como lo he creido, es para que vos lo reunais y lo dirijais á los grandes objetos, y á vos, mi inspiracion y mi esperanza, serán dedicados todos los triunfos de mi futura carrera!

Cesó de hablar, y percibiendo que su hermosa interlocutora ha-

cia lo posible como para ocultar una emocion, creyó que la habia conquistado. Tomó extasiado su mano, y estaba á punto de manifestar su felicidad, cuando le arrebató su entusiasmo una alegre carcajada; Kate se levantó violentamente de su asiento y le dijo:

—¡Ah! ¡ah! señor de Lancey, ahora entiendo! Es solo un ensayo lo que estais haciendo conmigo. Señor, os suplico me digais ¿cuándo es vuestra primera representacion? Asistiré á ella ciertamente, porque dais grande esperanza de un buen éxito. ¿Cuál debe ser vuestro papel, *Claudio Melnotte* ó el *Apóstata?*

—¡Basta, señora! dijo Ruperto levantándose con un disgusto y rabia mal disimulados. ¡No aumenteis mas vuestro desprecio! ¡Creed, si gustais, que ha sido solo un papel de galantería!

Habia una angustia tan profunda en su voz, que Kate casi se arrepintió de su conducta y mudó de conversacion con objeto de mitigar el golpe; pero ya era tarde. Cuando lo volvió á encontrar en el salon, la casi benévola ojeada con que contestó á su mirada suplicante—porque Kate habia experimentado algun remordimiento por el papel que representó—lo reanimó; y Ruperto de Lancey volvió á ser el fascinador caballero que apenas hubiera creido emplearia en vano su belleza.

Hay algunos corazones á quienes no se les puede imprimir ninguna leccion saludable cuando los domina el amor propio y la vanidad, y que falta el principio moral que reprima sus deseos. Tal era el de Ruperto. El fallo de sus designios respecto de la mano de Kate Welden y la mortificante exposicion que sufrió, no le desanimaron para llevar á cabo sus intenciones respecto de Myra luego que consideró infalible el silencio sobre su mal resultado con la heredera.

Era la primera vez que se encontraban después de la innoble conducta de Ruperto, y si este esperaba alguna debilidad de parte de Myra, se equivocó demasiado. Lo recibió (pues que no trataba de excusarse) con calma, tranquilidad y delicadeza. Ninguna emocion, ni en su mejilla ni en su mirada, la traicionó, y como Ruperto se decia en su interior, "no habia ni amor ni sentimien-

to de injuria en su fria mirada cuando encontró á la suya." Sin embargo, la vanidad de Ruperto de Lancey no podia convencerse que lo hubiera olvidado tan pronto. Cuando se acercó á ella segunda vez, la encontró hablando con Cárlos Calvert.

—¿Me favorecerá miss Bell bailando conmigo un cotillon? le preguntó con uno de sus mas suaves tonos.

—Si lo deseais.... contestó ella tranquilamente.

—¿Podeis dudarlo? Y le dirigió una expresiva mirada al ofrecerle su brazo.

—No ahora, dijo Myra indiferentemente, sin contestar ni á la mirada ni á las palabras; estoy comprometida con el señor Calvert. El que sigue si gustais.

Ruperto esperó su turno con ansia y animadas miradas, y cuando la pidió su mano para cerrar el convenio, creyó que jamás la habia visto tan hermosa.

Pero pocos momentos eran permitidos á la conversacion antes que se volviese á oir la música, y los pedimentos de baile, unidos á la mala gana de su compañera para escuchar algo de lo pasado, dió á De Lancey poca oportunidad para insistir en su empresa. Sin embargo, cuando concluyó el cotillon le propuso conseguir un helado para ella; y Myra, no teniendo realmente otro compromiso y no mirando ninguna persona de confianza en su inmediacion, no pudo rehusarse. El destino favoreció á De Lancey, porque la puerta cerca de la que permanecian daba á un pequeño portal emparrado, con sus correspondientes asientos, y apenas se habian colocado, un movimiento de la multitud dejó vacante aquella parte del aposento y se encontraron otra vez solos.

Myra Bell conoció perfectamente que era demasiada su condescendencia, porque ya habia percibido en su compañero la intencion de entrar en alguna aclaracion que ella habria evitado con gusto. Es cierto que lo despreciaba ahora enteramente; pero habia memorias del amor, que aunque la pasion habia desaparecido y despreciaba el objeto, no podia destruirse del todo. ¡Pobre Myra! no teniendo libertad de eleccion, solo podia enervar su corazon para la prueba que se veia obligada á experimentar.

—Myra, dijo Ruperto con una voz suave.

—Señor, interrumpió Myra con tranquila dignidad, para otros que no sean mis íntimos amigos, soy miss Bell.

—¿Y somos enemigos, Myra?

—No es necesaria una distincion, á que dais mas importancia respecto de nuestros mutuos sentimientos, que la que estoy dispuesta á admitir. Somos extraños uno á otro, señor, ó si os agrada mas, solo conocidos.

—¡Extraños, Myra! ¿Puede existir ese espacioso golfo entre dos corazones antes tan tiernamente unidos?

—Y ¿quién tiene la culpa, señor? preguntó con irónico desprecio.

—La violenta é inmoderada pasion de vuestro padre, y acaso mi loco orgullo, contestó con descarada hipocresía.

—¡Es falso! á vuestra vil y voluble naturaleza solo debeis culpar, dijo levantando con dignidad su rostro y su centelleante mirada; su ligera figura aumentaba extraordinariamente ensoberbeciéndose en heróicas proporciones. ¡Basta ya de atenciones injuriosas é importunas! Dejadme pasar.

—No, Myra, debeis oirme, aunque sea por la última vez, le dijo conmovido y subyugado por la energía de su discurso y deteniéndola respetuosa y suavemente. ¿Creeis que una palabra violenta ó una temeraria accion destruirian para siempre las mas brillantes esperanzas del corazon humano—el primer sueño de un amor puro y constante? ¿Esa exaltada y divina pasion es tan débil que no pueda resistir la cólera de un momento—cólera justa por una falta acaso grave—contra el objeto de su amor? ¿Un ligero error debe condenar á la miseria y desesperacion á un corazon que ha amado años verdadera y profundamente? ¡No, oidme! continuó con un acento apasionado, porque notó que ella hizo un movimiento impaciente para irse. ¡Os amo! ¡Siempre os he amado! Amarga y angustiosamente me he arrepentido de mi falta. El breve período de mi vida será muy desgraciado si no me oís y me perdonais. ¡Mi querida, mi adorada Myra! ¡oid y respondedme!

Y como ella se esforzaba en pasar, se arrodilló y le tomó una mano para detenerla.

—Oid al caballero, querida mia, dijo una voz clara y argenti-

na cerca de ellos. Pero no os molesteis en responderle, porque solo es un ensayo teatral con que se ha propuesto adornar mi pobre diversion de esta noche. ¡Ya ha tenido conmigo la misma escena en el jardin, *esta noche!*

Y se presentó Kate Welden.

¿Quién podrá pintar el abatimiento que esta interrupcion produjo en Ruperto de Lancey? Soltó la mano que habia tomado, y se cubrió el rostro con vergüenza y humillacion, mientras que Myra gozosa se escapó y fué á colocarse al lado de su amiga.

—Venid, querida, dijo la alegre jóven llevándosela. Dejémosle estudiar un papel algo mas interesante; ya este de ahora es algo "*añejo é inútil.*"

Y cuando se fueron, Ruperto de Lancey salió precipitada y furiosamente de la casa, con el cerebro ardiendo y el corazon como un hielo.

No sabemos si las lecciones que recibió corrigieron los defectos de su carácter, porque poco después dejó la ciudad, segun se dijo para *dar una vuelta en el extranjero.* Acaso cuando vuelva solo añadirá á sus vaciedades todos los vicios de la sociedad europea, y ser nada entre los americanos por su nacimiento, que afectan despreciar.

El mismo dia vió á Kate Welden y á Myra Bell unidas á los que habian elegido por amor y estimacion. Kate pasó mucho tiempo en la capital, donde fué aun reconocida como un adorno de la sociedad en que se encontraba; pero siempre las nebulosas horas del otoño la volvieron á encontrar en Oak Lawn, ó la favorita huésped "*de la querida cabañita,*" en donde su "*amable Myra*" vivió en la felicidad constante y alegre del *segundo amor.*

(Traducida del inglés para la Camelia.)



GEOGRAFIA.



LECCION SEXTA.

Division de la tierra. Europa en general.

Yo.—Ahora sí, señoritas, espero que no se quejarán ustedes de que la geografía es árida, pues hemos concluido aquellos puntos que tan secos les parecian, y vamos á penetrar en un campo mas ameno, donde hay flores, arroyos, cascadas y torrentes. Sin moverse de este gabinete verán ustedes pasar los pueblos con sus costumbres, sus trajes y su historia; desde el rudo beduino que cruza á galope los abrasados desiertos de Sahara, hasta el civilizado europeo que edifica palacios de cristal, todos los hombres de todas las razas vendrán á presentarse á ustedes para hacerse conocidos suyos y para desvanecer las absurdas preocupaciones que la falta de instruccion ha hecho mezclarse en sus ideas.

Consuelo.—¿Con que todo eso nos va á enseñar la geografía?

Yo.—Sí, señorita, y muy pronto comenzarán ustedes á gustar este sencillo placer.

Cármen.—Entonces vamos á estar muy divertidas.

Yo.—Así lo espero, porque aunque todas las ciencias naturales tienen mucho atractivo para la imaginacion, la geografía me parece que lleva la ventaja respecto de las demás, sobre todo para ustedes cuya imaginacion viva é inclinada naturalmente á los espectáculos risueños y bellos, se dedica con mas empeño á lo que puede proporcionárselos.

Consuelo.—Pues si es así, yo quisiera que comenzáramos pronto, porque tengo mucha curiosidad é impaciencia.

Yo.—Pues daré principio á la geografía descriptiva estableciendo la division que se ha hecho de la tierra.

La tierra se considera dividida en cinco partes, que son: Europa, Asia, Africa, América y Oceanía. Esta última parte no se consideraba como tal antiguamente, contándose solo las cuatro primeras; pero los geógrafos modernos han formado de la Nueva-Holanda, que es una isla muy considerable del Grande Océano ú Océano Pacífico y de las demás islas esparcidas en el mismo, la quinta parte del mundo. Entrando ahora á la descripcion de cada una de ellas, comenzaremos por Europa siguiendo el método generalmente admitido.

La historia de Europa es muy extensa para que yo pueda hacer á ustedes una sucinta narracion, y así me conformaré con tocar solo los puntos culminantes, reservando los pormenores para cuando estudiemos en particular cada uno de los países que componen la primera parte del mundo.

Europa se llamó primeramente Japetia, tal vez por haber sido la parte que tocó en la division de la tierra á Japhet, hijo tercero de Noé. El primer país habitado fué la Grecia, cuyo período mas floreciente fué trescientos años antes de Jesucristo. En aquel tiempo ya se habia levantado Roma, y sus águilas emprendieron el vuelo á las demás regiones europeas llevando á ellas la civilizacion. Los romanos conquistaron las Galias (hoy Francia), la España, la costa de Inglaterra, la Bélgica, Suiza, parte de Alemania y la Hungría. Pero no habia llegado al Norte, donde innumerables tribus bárbaras, como los godos, los vándalos, los hunos, los alanos, los suevos y otros se preparaban para derramarse en los países sujetos á Roma. La irrupcion se verificó, y la civilizacion, que hacia ya rápidos progresos, desapareció al presentarse los bárbaros. Muchos siglos permaneció la Europa sumida en las mas densas tinieblas, hasta que la conquista de los árabes volvió á encender la antorcha de la civilizacion, que el cristianismo hizo llegar á su colmo, y Europa siguió caminando hasta el grado en que hoy la vemos. Multiplicadas revoluciones han

alterado después la tranquilidad de Europa, cambiando frecuentemente la faz de las naciones; pero las mas considerables han sido dos, excitadas por dos grandes hombres: Cárlos V y Napoleon Bonaparte. El primero trataba de establecer una monarquía universal; pugnó en vano por conseguirlo, y cansado del mundo, abdicó las coronas que ceñia y se retiró al monasterio de Juste. El segundo tenia la misma idea, consiguió mas que Cárlos V; pero lució el dia fatal de Watterloo, y aquella águila que se cernia desde las pirámides de Egipto hasta los hielos de Siberia, no tuvo después para descansar mas que una roca estéril, la isla de Santa Elena. En nuestros dias han ocurrido acontecimientos muy notables y de trascendencias. Las ideas democráticas, cundiendo rápidamente en Francia, en Italia y en otros países de Europa, hacen temblar los tronos y la revolucion estalla amenazadora. Luis Felipe, rey de Francia, huye á Londres, donde muere poco después de su caida; Pio IX tiene que salir disfrazado, y va á refugiarse á Gaeta, desde donde pide auxilio á las naciones cristianas; Cárlos Alberto pierde el trono de Cerdeña y va á morir de pesar á Lisboa. Pero el horizonte comienza á despejarse, renace la tranquilidad y el órden, y Garibaldi, Kossuth y Lamartine caen á su vez. Pio IX vuelva á aparecer en su solio del Vaticano, y Luis Napoleon Bonaparte, después de haberse hecho jefe de la república francesa, ciñe la corona imperial y verifica su matrimonio con una española, la condesa de Teba. Isabel II da á luz una heredera del trono de España y los ingleses convocan á todas las naciones representadas por sus obras en el palacio de cristal. En este momento Europa está tranquila y goza en general de prosperidad y de calma.

Consuelo.—¡Qué bonito es todo eso que nos ha dicho usted!

Yo.—Pues esto es un compendio muy limitado, y cuando yo cuente á ustedes algunos pormenores de los acontecimientos que acabo de indicar, les parecerá mucho mas agradable.

Cármen.—¿Y cuándo nos referirá usted esos pormenores?

Yo.—Vamos por órden: concluiremos lo relativo á Europa en general, y cuando les llegue su vez á los demas países, sabrán ustedes lo que desean.

Cármen.—Yo quisiera que fuese pronto.

Yo.—Voy á dar á usted gusto. Europa está bañada por el Océano por tres lados, es decir, por el Norte, por el Sur y por el Poniente; las aguas que la bañan pertenecen al Océano Glacial y al Océano Atlántico. Está situado el continente entre los 12 grados de *longitud occidental* y los 62 de *longitud oriental*, y entre los 34 y 71 grados de *latitud boreal.* Su mayor longitud es desde el cabo de San Vicente en Portugal hasta la cadena del Ural en Rusia, es decir, 975 leguas, y su mayor anchura desde Hammerfest en la monarquía noruega–sueca hasta la cadena central del Cáucaso, es decir, 600 leguas. Ninguna parte del mundo es tan bien regada como Europa; los muchos golfos y mares interiores de su litoral facilitan las comunicaciones. La parte meridional es montuosa, particularmente la Suiza y la España; la parte setentrional es llana, particularmente Holanda, Prusia y Rusia. Aunque Europa no presenta el lujo y la riqueza de vegetacion que brillan en ciertas regiones de Asia, Africa y América, su temperatura es suave, pues Europa se halla casi toda en la zona templada setentrional; una corta porcion de ella está colocada en la zona glacial ártica, pero el frio no es tan intenso que entorpezca los progresos de la vegetacion. Europa produce una gran variedad de granos y frutas, así como caballos, ganado lanar y vacuno. Los metales son abundantes en sus entrañas. La religion que domina en Europa es la cristiana, con alguna diferencia en sus ritos. En cuanto á la division política de Europa, se cuentan actualmente en ella ochenta y dos Estados soberanos y nueve semi–soberanos; de la primera clase hay cuatro imperios, una monarquía electiva eclesiástica, diez y seis reinos, seis grandes ducados, un electorado, once ducados, once principados, un langraviato y treinta y una repúblicas; y de la segunda, cuatro principados, un señorío y cuatro repúblicas. La poblacion es de 229.200.000 habitantes.

En la leccion siguiente nos ocuparemos de España, y espero que tendrán ustedes un rato muy agradable.—*H.*

EXTRAVAGANCIAS,

costumbres y gustos singulares de algunos personajes célebres.

(CONTINŨA.)

El poeta inglés Gray se hacia notar por lo exquisito de sus maneras y de su traje, que llevaba hasta la fatuidad.

El físico Desmarets (muerto en 1815) jamás cambió la forma de sus vestidos, y hasta el fin de su vida, su peluca y su traje recordaban las modas del tiempo del cardenal Fleury.

El químico inglés Davy se vestia enteramente de verde para ir á la pesca y de rojo para ir á la caza; pretendia que vestido de esta manera espantaba menos á los peces y á los otros animales.

El infante de España Diego de Borbon, habiendo sido creado cardenal en 1735, á la edad de ocho años, abandonó después el estado eclesiástico, y en su antipatía por el cuello pequeño, no usó jamás ningun vestido cuyo cuello no llegase hasta la mitad del pecho.

Al fin del último siglo, algunos individuos adoptaron el género de alimentacion recomendado por Pitágoras. Citaremos entre otros á Ritson, escritor inglés, que solo se alimentaba con legumbres, y en 1803 publicó un *Ensayo sobre la abstinencia de los alimentos sacados del reino animal como un deber moral del hombre.*

Otro autor inglés, Wakefield (muerto en 1801), se abstenia del vino, así como de los alimentos sacados del reino animal. Lo mismo sucedia respecto del negrófilo y filántropo Antonio Benezet (muerto en 1784).

(Continuará.)

EL CABALLERO

DE BARNEVILLE.

CADA uno *tiene su placer donde lo encuentra*, dice un proverbio, la dificultad no está en tenerlo, sino en encontrarlo. El hombre que ha descubierto un placer y que puede hacer de él un hábito cotidiano, matemáticamente arreglado, tiene infalibles probabilidades de prolongar su vida mas allá de la cifra que cuentan los ancianos mas venerables. Se diria que la muerte tiene un escrúpulo en desarreglar á un hombre tan bien establecido en la vida; y cuyos piés marchan en tan exacta conformidad con las agujas de su reloj. Ese hombre no muere; solo se le olvida despertar una mañana de invierno; sus herederos naturales llegan, lo encuentran dormido, respetan su último sueño y leen en voz baja su testamento.

El caballero de Barneville habia encontrado su placer en una partida que jugaba todas los dias á las doce y que se prolongaba hasta las cinco; este caballero florecia en 1768, y lo hemos conocido en 1840, en el club *des Echecs*, calle de Menars número 1. El gran Labourdonnais, este verdadero canciller del tablero, decia siempre: "¡Barneville no morirá! ¡Cómo diablos quereis que muera! ¿qué pretexto razonable da á la muerte para arrebatarlo? ¿no está obligado á venir mañana á disfrutar aquí el placer que abandona hoy? Si yo pudiera arreglarme así como un cronómetro, apostaria con un inglés á ser inmortal."

En 1768, al toque de las doce, veinte años antes de la revolucion, el jóven caballero de Barneville entraba en el café Procopio y jugaba con Filidoro y con Juan Jacobo Rousseau. Los ingenios de la época formaban galería, y los graves enciclopedistas con la barba apoyada sobre los puños de oro de sus bastones, seguian la marcha de las partes y criticaban el juego de Filidoro, porque los enciclopedistas criticaban todo. Un dia, en presencia de Mr. Saint-Amand, que fué gobernador de las Tullerías en 1848, del general Guingret, entonces comandante de la escuela militar, y Mr. Devinck, hoy presidente del tribunal de comercio de Paris, Labourdonnais entabló una conversacion muy curiosa con el caballero de Barneville.

—Hablemos un poco de la historia antigua, mi querido caballero; ¿cómo jugábais con Filidoro?

—Me daba el caballo y el *peon.*

—¿Yo habria, pues, dado *el peon y dos alfiles* á Filidoro?

—Sin duda.

—Y ¿qué partido hacíais con Juan Jacobo Rousseau?

—Le daba yo una *torre.*

—¿Era muy débil?

—Pero en compensacion, dijo el caballero, tenia un amor propio colosal y el mas espantoso carácter que haya podido existir para jugador de ajedrez. Como tenia la manía de creerse un gran matemático y de componer música con cifras, queria aplicar los cálculos algebraicos al tablero. Le cargábamos por ello y entonces revolvia las piezas del juego con cierta rabia poco filosófica y no se le volvia á ver en el café por espacio de quince dias.

—Y vos, Mr. de Barneville, vos ¿jamás tuvísteis tan largas ausencias?

—¡Oh! ¡me habria guardado de hacerlo! Ya tenia, aunque jóven, mi sistema; habia encontrado un placer y queria hacerlo el hábito de mi vida, bien persuadido que un hábito invariable es un remedio que aleja la muerte.

—¿Y el año de 89 no os trastornó vuestro hábito?

—¡El año de 89! lo he dejado pasar como otro cualquiera. El

14 de julio á las doce menos cuarto, encontré en el portal de los Teatinos unos hombres que iban á tomar la Bastilla; yo me dirigí al café de la Regencia para jugar mi partida con Mr. Louvet de Couvray. Otra vez me encontré compremetido en una carga de dragones de Mr. de Lambese, lo que no me impidió jugar siete partidas, de las doce á las cinco, en la casa de Corazza.

—Y en 93, ¿habeis dado descanso al tablero?

—En 93 jugaba regularmente al ajedrez en el café de los Fulenses, y casi todos los dias tenia en mi galería á Mr. de Robespierre, Mr. Danton, Mr. Barrere que venian á asistir á mis *jaques al tirano*, antes de dirigirse á la convencion. Aun jugué algunas veces con Mr. de Robespierre, que lo hacia muy mal.

—Entonces ¿jamás habeis emigrado?

—¡Emigrar! ¡habria cometido un enorme disparate! ¿qué jacobino hubiera pensado en denunciar al comité de la salud pública á un noble que jugaba al ajedrez cinco horas diarias? Jamás he cambiado mi nombre ni perdido mi título. Mr. de Rosbespierre me llamaba caballero como si hubiésemos vivido antes de la noche del 4 de agosto. Solo una vez dejé la partida un instante; ¡habia razon mayor! Tiraban cañonazos en la plaza de Carrousel. Mr. Duperray, que habia sido secretario de Mirabeau, jugaba conmigo; se levantó y me suplicó que lo esperase un momento. Era hombre muy curioso por saber lo que pasaba afuera. Entró poco después y me dijo: "Se baten suizos con marselleses, lo que no nos concierne." Y continuamos; le gané tres tazas de café.

—Y ¿qué hacíais el 9 thermidor?

—Jugaba en casa de Corazza con un oficial de dragones.

—¿Así, preguntó Labourdonnais, habeis dejado pasar la revolucion sin verla?

—No he tenido tiempo de verla. Por la mañana me ocupaba en mi tocador, al mediodía iba á mi ajedrez. Volvia á mi casa á las seis. Leia *Lolli degli Scachi*, ¡un gran autor! Estudiaba los *gambitos;* meditaba en las combinaciones de *Calabresse*. Todo eso pide mucho tiempo. Un dia se me dijo que teniamos un emperador; era en 1804 ó 5; daba un *jaque al rey* á un capi-

tan de Berchigny. ¡Un emperador! ¡no es posible! exclamó el húsar; y al momento fué jaque mate.

Este mismo caballero de Barneville es el que veiamos en estos últimos años en nuestro club des Echecs, calle de Menars núm. 1. Nada habia tan rozagante y tan fresco como el rostro de este anciano, cuya edad fabulosa guardaba su misterio y cuya fe de bautismo habia sido felizmente quemada en un carton de estado civil. Al toque de las doce entraba al club con la exactitud de un fiel de Breguet. Mr. Sasias lo esperaba. Una sonrisa inefable brillaba en las mejillas infantiles del anciano; sus dedos temblaban de placer al disponer los *peones* y las *piezas*, su vida eléctrica reanimaba su cuerpo y levantaba su cabeza, sobre la que habian pasado cincuenta años de tempestades. Cada minuto se aumentaban los concurrentes del salon, y todos miraban con enternecimiento á este contemporáneo de Filidoro, á ese vencedor de Juan Jacobo Rousseau y de Robespierre, á este Mathusalen de tablero, siempre jóven, siempre dispuesto, siempre alerta en la batalla de los soldados de marfil, siempre pronto al ataque y á la defensa, siempre encontrando sus fuerzas de la víspera para el combate del dia siguiente. Se habria dicho que la muerte al pasar por la calle de Menars, mirando las vidrieras del club decia: "¡Verdaderamente seria muy cruel arrebatar á este hombre tan feliz con su placer cotidiano! ¡vamos á herir á otros!"

Un dia dió las doce el reloj del club y el caballero de Barneville no pareció.

—Debe haber muerto, dijo Mr. de Sasias.

—¡Imposible! respondió Labourdonnais; se le ha olvidado despertar.

De Barneville ya no despertó; pero no habia muerto, y todo el club, asistiendo á sus funerales, estaba persuadido que Mr. Labourdonnais tenia razon.

MERY.



DELIRIO.

Si el hombre pudiera retratar su interior, ¡triste humanidad! ¡cuántas sonrisas preñadas de lágrimas aparecerian en los rostros!.... Heráclito se quejó poco, sus lágrimas fueron nada comparadas con las que mi corazon ha derramado desde que es jóven. La juventud ha sido para mí un suplicio peor que el de las víctimas de la inquisicion. Un fuego lento consumia sus miembros, pero destruia la cárcel del alma, que libre se dirige al paraíso. ¡Ay! para mí creo que mi alma es la que se está destruyendo y el cuerpo solo vegeta.... ¡Locura inmensa! ¡estravagancia horrible! ¡mentira sin igual! Sí, ¡mentira! Mi alma vive y quiere vivir mas, siempre dominando; quiere ser grande á pesar de la opresion; y al través de la cárcel ve mas de lo que le permiten! ¡vuela con sus espirituosas alas no obstante su prision! ¡vuela y se remonta mas que el águila, llega á regiones donde el sol es pequeño, la tierra una partícula y el espíritu inmenso! Allí oye, ve y siente el sublime placer que jamás comprenderá el mundo. Allí Mozart con sus lúgubres sonidos, Betowen con su sentida resurreccion, Bellini con su nueva sensibilidad, Rossini con su melodía, Tasso con su locura, Espronceda con su hiel, Larra con su explosion, me hacen oir, ver y sentir la vida sin vivir, el mundo sin sus cuerpos, el placer sin pesar, el amor sin engaños!...................

Ese espirituoso concierto satisface mi ansiedad, pero hace derramar lágrimas tiernas que despiden perfumes tan suaves que solo un espíritu lo percibe. Casi mueren sin haber vivido, se exhalan sin cruzar la atmósfera....

Pero ¡triste de mí! pasa el sueño, tropiezo con la pared de esta cárcel, y entonces el corazon llora. ¡Llora de amargura! el alma gime, excita la piedad! ¡y no hay quien la tenga! todos la ven y la oyen, nadie la comprende, y con burlona y estrepitosa carcajada exclaman: ¡Delira! ja! ja! ja!

Entonces por una lente veo al mundo.... lleno de cádaveres!.... y á mi vez exclamo: he ahí el mundo: ¡polvo! ¡miseria! ¡nada! ja! ja! ja!.... Y es cierto, todo es.... ¡delirio!

Mayo 5 de 1853.—Delio Jagson.

EPIGRAMA.

¿Pero es posible, doctor,
Decia un jóven con tristeza,
Que semejante belleza
No sepa lo que es amor?
—Es posible y muy posible,
No lo tome usted á broma;
Es una flor sin aroma....
—No siga usted.—Inservible.
—¡Qué lástima! A tal edad.....
Increible me parece:
—Es, jóven, porque adolece....
—¿De qué, doctor?—De frialdad.

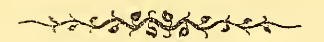
Mosqueton.

PENSAMIENTOS.

Si eres pobre, no añadas á tu miseria la afliccion de pedir prestado y contraer deudas.—*Amyot.*

La debilidad entorpece, las pasiones extravian, los vicios exterminan.—Saint-Martin.

UN MISÁNTROPO.



Nacido en Inglaterra, he pasado mis primeros años en un país extranjero y mas setentrional. No tenia yo hermana ni hermano; mi madre murió cuando aun estaba yo en la cuna, y tuve por único preceptor, por único camarada á mi padre. Era el hijo menor de una casa antigua y noble. El motivo que lo obligó á abandonar su patria y sus amigos, á abjurar de la sociedad y á vivir sobre una roca, daria por sí solo materia para una historia que nada tendria de comun con la mia.

Pero estoy seguro de que la relacion que voy á haceros, tendrá suficientes derechos á vuestra atencion para que sea preciso dar una historia extraña como introduccion á la mia, ó como un medio de excitar el interés sobre los acontecimientos que ella contiene.

He dicho que mi padre vivia sobre una roca; en efecto, todo el país de las cercanías parecia estar formado de rocas. Eran desiertos tristes, áridos, solitarios, árboles desmedrados, céspedes marchitos, cavernas á través de las cuales los negros torrentes que jamás habian visto el sol ó las estrellas sino por las horribles grietas de las rocas superiores, proseguian mugiendo su curso tumultuoso; montes tallados á pico y coronados de eternas nieves, guaridas de pájaros nocturnos, cuyos gritos discordantes hacian subir una música terrible hasta el cielo, bastante frio y estéril para soportar á las nubes en su vasta extension, gris y lúgubre:

—tal era el aspecto del país donde transcurrió la lánguida primavera de mi vida. El clima que en las provincias mas favorecidas de*** hace suceder á un invierno de nueve meses, tres meses de un estío brusco y sin otoño, ese clima parece que jamás variaba en la dulce y amable region donde estaba colocada mi casa. Algunas veces y por espacio de unos cuantos dias, la nieve derretida corria á los valles, se hinchaban los torrentes y una especie de vegetacion azul, lívida y contranatural, aparecia para derramar una sonrisa gazmoña sobre algunas partes de la roca universal; pero allí fueron los únicos estíos que conocí en mi juventud.

Mi padre se entregaba al estudio de la física, y en las otras materias no poseia mas que una instruccion muy limitada. Me enseñó todo lo que sabia; el resto de mi educacion lo debí á la naturaleza, que dió á mi corazon de una manera salvaje, silenciosas pero profundas lecciones. Enseñó á mis piés á que saltasen y á mi brazo á que hiriese; dió vida á mis pasiones y cubrió de tinieblas mi carácter; me enseñó á prendarme de ella bajo su forma la menos atractiva y á alejarme de cualquiera otra sociedad, de la amistad de los hombres, de la dulce sonrisa de las mujeres y de la voz aguda de la infancia; me enseñó á huir de las esperanzas, de los vínculos y á buscar todo aquello que pertenece á la existencia humana como un sufrimiento y una maldicion. Aun sobre aquella roca soberbia y bajo aquel ingrato cielo, tenia yo goces desconocidos para el estragado habitante de las ciudades, ó para aquellos que buscan la felicidad en una atmósfera aromática y en un país de rosas. ¿Cuáles eran esos goces? Ellos tomaban mil formas y se variaban de mil maneras diferentes, pero no tenian mas que un solo nombre: ¿cuál era ese nombre? *¡La soledad!*

Tenia yo diez y ocho años cuando murió mi padre. Puesto bajo la proteccion de mi tio, debí volver á Londres. Llegué allí, grave y austero, hecho un gigante en cuanto á los miembros y la fuerza, y en la opinion de los que me veian, un salvaje en cuanto á las maneras y el humor. De buena gana se habrian burlado de mí; pero yo les infundia miedo. Hubieran querido cam-

biarme; pero yo efectué un cambio en ellos: helé sus placeres y arrojé una nube en sus reuniones. Aun cuando hablase yo poco, aun cuando permaneciese en medio de ellos silencioso, solitario y pasivo, mi presencia parecia contristarlos; nadie podia vivir conmigo, ni sentirse feliz á mi lado, ni aun siquiera estar con comodidad. Lo noté y los aborrecí porque no podian amarme. Tres años trascurrieron; salí de la menor edad, pedí mi patrimonio, y desdeñando la vida social, tomé la resolucion de viajar por esas comarcas inhabitadas y remotas que tal vez otros descubrieron antes que yo, pero de las que nadie ha vuelto para describirlas. Me despedí de todo el mundo, de mi tia y de mi primo, y cuando llegué á mi tio, que era el que menos me habia amado, le estreché la mano con tanto cariño, que estoy seguro que aquella mano tan blanca y tan delicada quedó incapaz para volver á desempeñar sus funciones acostumbradas.

Comencé mi peregrinacion por los ardientes arenales; atravesé los vastos desiertos, penetré en los inmensos bosques del Africa, aun no hollados por una planta humana y donde ninguna voz de hombre ha perturbado la grande y sublime majestad que se cierne en aquellas vastas soledades como se cernia en el caos antes de que existiese el mundo. Allí la naturaleza primitiva nace y perece; las convulsiones del mundo que la rodea ni la perturban ni la cambian; la semilla se convierte en árbol, el árbol vive durante muchos siglos, cae en seguida, se pudre y desaparece; allí el tiempo camina lentamente sin que haya un testigo de sus grandes y mudos cambios, si no es el leon errante ó aquella monstruosa serpiente cien veces mas mayor que ese pequeño boa que los viajeros tienen orgullo de haber visto. Allí, acostado al abrigo de los ardientes rayos de un sol de mediodía, bajo una sombra espesa, oia yo repentinamente un ruido de pasos como los de un ejército en marcha ó como la caida de los mas grandes árboles, y á través de las ramas entrelazadas, veia yo pasar terrible al behemoth, con los ojos ardiendo como soles, con sus dientes blancos, colocados circularmente y que brillaban en su horrible boca como las columnas de estaláctitas en una caverna; veia yo á ese monstruo que solo habita aquellos desiertos, y que después que las

aguas abandonaran esta tierra construida con tanto arte, jamás se ha mostrado á otros ojos que á los mios. Las estaciones pasaban y no las contaba yo. Los trabajos del hombre no me ayudaban á distinguirlas, ni se me habian hecho odiosas por los cambios de su abyecta vida ó por las señales de su sórdida labor. Las estaciones pasaban y mi juventud se maduraba, y mi edad madura comenzaba á emblanquecerse con las primeras nieves de la vejez; entonces sentí unos movimientos inquietos y vagos, y en medio de la locura de mi corazon me dije: ¡Quiero contemplar otra vez las facciones de mi raza! Retrocedí pues, atravesé la soledad, volví á entrar en las ciudades, me volví á poner el traje de los hombres, porque hasta aquel momento habia yo corrido desnudo por el desierto, y mis cabellos, que dejé crecer, me servian de vestido. Me dirigí á un puerto de mar y me embarqué para Inglaterra.

A bordo de la embarcacion habia un hombre, el único que no evitaba mi compañía y que pareció no asustarse de mis sombrías miradas: era un ser ocioso y lleno de curiosidad, de estravagancias, y que afectaba la importancia de los que habitan las grandes ciudades; un hombre de aquellos para quienes la conversacion es un elemento indispensable del espíritu. Formaba un tejido de pequeños y triviales pensamientos, universales, irritantes é insoportables. La única bajeza que no tenia, era el miedo. Era tan imposible dominarlo, como reducirlo al silencio y evitar su presencia. Me buscaba sin cesar; era para mi como un cáustico que ninguna fuerza humana es capaz de arrancar; mi alma desfallecia cuando lo encontraban mis ojos. Producia en mí el mismo efecto que esos animales que nos espantan y á quienes despreciamos el mismo tiempo, porque su solo aspecto nos inspira un disgusto invencible. Yo sentia un deseo vehemente de extrangularlo siempre que me dirigia la palabra. Mas de una vez me ví tentado de precipitarlo al mar y entregarlo á los tiburones que nadaban dia y noche en derredor del buque; pero cien miradas estaban fijas en nosotros, me contenia yo, volvia la cara y cerraba los ojos, porque mi corazon se sublevaba contra mí; ¡y al

abrirlos otra vez, lo encontraba todavia á mi lado, y su voz pronta y aguda heria desagradablemente mis oidos!

Una noche me despertaron los gritos y juramentos de la tribulacion; corrí al puente: habiamos encallado. Era aquel un terrible espectáculo, ¡pero muy bello! La luna brillaba tranquila y serena; el mar dormia en un lecho de zafir, y en medio del silencio y del reposo general, ¡trescientos cincuenta seres vivientes estaban condenados á perecer para el mundo! Me senté á un lado, miré lo que pasaba, pero no quise ayudar en nada. Una voz resonó en mi oido como el silbido de una vívora: era mi perseguidor: la luna iluminaba su rostro, y en su boca se pintaba la sonrisa odiosa de la embriaguez; brillaron sus ojos de un azul pálido, y él me dijo: "¡Ni aun aquí nos hemos de separar!" Mi sangre se heló en las venas, y lo habria yo arrojado al mar; *pero la luz de la luna caia sobre él y no me atreví á matarlo.*

Entre tanto, no queriendo yo quedarme en el navío para perecer con la turba, me lancé á las olas y eché á nadar hácia una roca. Ví un tiburon que me perseguia; pero conseguí librarme de él, y pocos momentos después ya tenia con qué saciarse. Oí un crugido, gritos confusos de desesperacion; era la desesperacion de trescientos cincuenta corazones, que un minuto después quedaron en horrible silencio; y yo dije para mí con profunda alegría: "*¡Su voz* estaba en el número de las otras; ya nos separamos!" Gané la ribera y me dormí.

Al dia siguiente por la mañana mis ojos al abrirse contemplaron un país mas hermoso que los sueños de un griego: el sol acababa de solir y juguéteaba en arroyuelos de plata y entre el follaje de los árboles cargados de frutos de oro y de púrpura; el rocío brillaba como diamantes sobre un césped cubierto de flores, de las que el mas ligero perfume estaba lleno de delicias. Diez mil pájaros cuyo plumaje ofrecia todos los matices del arco-iris, se elevaron del seno de las yerbas y de los matorrales para llenar el aire con sus melodias; el mar, cuya superficie no ofrecia ya ni un vestigio del desastre de la noche pasada, murmuraba á mis piés; el cielo, de una perfecta pureza y bañado de una luz brillante y líquida, enviaba á mi frente sus frescas brisas. Me

levanté tranquilo y con el corazon aligerado; recorrí la nueva mansion que habia yo encontrado, trepé á una alta montaña desde donde ví que estaba yo en una pequeña isla, la cual no ofrecia ninguna señal de habitacion humana, y mi corazon se regocijó, y en medio de mi felicidad exclamé: "¡Ahora volveré á estar solo!" Bajé de la montaña; aun no habia llegado al valle cuando noté un hombre que se adelantaba hácia mí. Lo miré y el corazon me dió un vuelco. El se me acercó mas, y entonces descubrí que mi despreciable enemigo habia escapado de las ondas. Se me acercó con su insoportable sonrisa y con su mirada brillante y me echó los brazos al cuello: mas bien hubiera yo querido que una serpiente me hubiese enlazado con sus repugnantes anillos; él me dijo con aquella voz tan áspera y desagradable: "¡Ah, amigo mio! ¡todavía estaremos juntos!" Yo lo miré frunciendo las cejas pero sin decirle una sola palabra. Habia allí una gran caverna cerca de la playa; bajé á ella, entré, y el hombre me siguió. "¡Vamos á ser muy felices, me dijo; no nos separemos jamás!" Mis labios se contrajeron y apreté los puños involuntariamente. Eran las doce, tenia yo hambre; salí, pues, y maté un ciervo que llevé á la caverna, y del que asé una parte en una hoguera de aromática leña: el hombre comió riendo; pero yo hubiera querido que se hubiese ahogado con los huesos, y cuando concluyó me dijo: "Vamos á tener aquí muy buena mesa." En cuanto á mí, continué guardando silencio. Al cabo se tendió en un rincon de la caverna y se acurrucó. Ví que su sueño era profundo, y entonces salí é hice rodar una enorme piedra hasta la boca de la caverna, después de lo cual me dirigí hácia el lado opuesto de la isla: ¡á mí me tocaba entonces reir! Busqué otra caverna, y cuando la hube encontrado, me preparé en ella un lecho de musgo y hojas secas, labré un trozo de madera para hacerme una mesa, y extendiendo la vista á lo lejos, ví delante de mí el ancho mar y dije: "¡Ahora ya estaré solo!"

Cuando amaneció salí de nuevo y cacé una cabra, que preparé como el dia anterior; pero no tenia yo hambre y no pude comer, de manera que me puse á recorrer la isla: cuando volví ya iba á ponerse el sol. Entré á la caverna y ví á aquel hombre á quien

creí haber enterrado vivo, sentado sobre un lecho delante de mi mesa. Se rió al verme y abandonó el hueso que roia.

—¡Ah! dijo, habeis querido jugarme una mala partida: pero habia en la caverna un agujero que no advertísteis y he salido por él para ir en busca vuestra. No he tenido mucho trabajo en encontraros porque la isla es muy pequeña; ¡y ahora que estamos otra vez reunidos no nos separaremos jamás!"

Entonces dije á aquel hombre: "Levantaos y seguidme."

Se levantó, y los alimentos que dejaba se me hicieron odiosos, porque él los habia tocado. ¿Será preciso que este ser recoja lo que yo siembre? pensé en mi interior; y me parecia que el corazon se me volvia de fierro. Subí á una roca elevada: "Mirad, le dije; ya veis ese riachuelo que divide la isla en dos; vos habitareis de aquel lado y yo de este; pero no debe contenernos el mismo lugar ni satisfacer nuestras necesidades la misma mesa.

"Eso no puede ser, dijo el hombre, porque no estoy en estado de cazar el ciervo, ni de lanzarme tras la cabra de las montañas; si no me dais de comer, moriré de hambre."

"¿No hay aquí frutas, dije yo, y pájaros que podeis coger con liga, y peces que el mar arroja sobre la arena?"

"Pero no me gustan tanto como la carne del ciervo ó de la cabra, dijo el hombre riendo."

"Mirad, pues, le contesté, mirad; cerca de aquella piedra gris, en la ribera opuesta del rio, pondré todos los dias un ciervo ó una cabra para que tengais los alimentos que os agradan; pero si alguna vez atravesais el rio y entrais en mis dominios, os mataré, tan seguro como que el mar muge y el pájaro vuela."

Bajé de la roca y conduje al hombre al borde del riachuelo. "No sé nadar," dijo. Entonces lo tomé en hombros, atravesé el agua y le busqué una caverna; le hice una cama y una mesa como la mia, y me separé de él. Cuando estuve en mi lado dí un salto de alegría y exclamé: "¡Ahora sí ya estaré solo!"

Dos dias pasaron, durante los cuales estuve verdaderamente solo. Pero al tercer dia salí á caza; el calor era insoportable, y cuando volví á mi caverna me sentí fatigado. Al entrar ya estaba el hombre tendido en mi lecho. "Ya estoy de vuelta, me

dijo. Estaba yo tan triste en mi soledad, que vengo otra vez á vivir con vos."

Miré á aquel hombre frunciendo las cejas, y le dije: "Os mataré, tan seguro como que el mar muge y el pájaro vuela." Lo tomé en mis brazos, lo levanté de mi cama y lo llevé fuera de la caverna; allí me detuve sobre la arena y delante del ancho mar. Un temor se apoderó repentinamente de mí; me impresionó el aspecto silencioso de la soledad. Si hubiésemos estado delante de mil personas, lo hubiera yo matado en presencia de todas. Y ahora temblaba, porque nos hallábamos solos en el desierto, con el silencio y con Dios. Solté mi presa: "Jurad, le dije, que no me volvereis á molestar de nuevo; jurad respetar los límites de nuestras respectivas habitaciones, y no os mato."—"Yo no puedo jurar, respondió el hombre; mejor quiero morir que pronunciar un juramento falso ante el rostro sagrado de un hombre, aun cuando ese rostro sea el de mi enemigo."

A estas palabras se encendió mas mi rabia; lancé al infeliz contra el suelo, puse mi pié sobre su pecho y mi mano sobre su garganta. Él se defendió; dijo algunas palabras, y después.... ¡habia muerto! Yo me estremecí, y al fijar la vista en su rostro, me pareció que se reanimaba. Creí ver sus ojos frios y azules clavados en mí, su espantosa sonrisa renacer en su boca, y sus manos, que en las convulsiones de la muerte se habian llenado de arena, extenderse hácia mí. Volví á pararme sobre su pecho, en seguida cavé un agujero y enterré allí el cuerpo: "¡Ahora dije, ya estaré solo al fin!" Y entonces tambien, la verdadera sensacion del aislamiento, esa sensacion vaga, sin objeto, privada de todo consuelo, se apoderó de mí; me estremecí, cada miembro de mi gigantesco cuerpo temblaba, como tiembla un niño en la oscuridad; mis cabellos se erizaban y se detuvo el curso de mi sangre; no hubiera yo querido estar un momento mas en aquel sitio aun cuando me rejuveneciese. Eché á correr y crugia los dientes cada vez que llegaba yo cerca del mar; porque hubiera yo deseado encontrarme en un desierto sin límites para poder huir eternamente. Al caer la tarde, volví á mi caverna; me senté en una

esquina de mi lecho y me cubrí el rostro con las manos; creí percibir ruido, levanté los ojos y ví en la otra extremidad de mi lecho al hombre á quien habia yo muerto y enterrado. Allí estaba, á seis piés de mí; me hizo una seña con la cabeza, me miró lánguidamente y se echó á reir. Yo me lancé fuera de la caverna, penetré en un bosque y me arrojé al suelo; y allí, frente á mí, á seis piés de mi rostro, estaba todavía el rostro de aquel hombre. Recobré mi valor y le dirigí la palabra, pero no me respondió. Quise cogerlo, pero se me escapó, colocándose como antes, á seis piés de mí. De nuevo me arrojé al suelo, oculté mi rostro entre el césped y no quise cambiar de posicion hasta que llegase la noche y las tinieblas envolviesen la tierra. Entonces me levanté y volví á la caverna. Me acosté en mi lecho y el hombre se acostó delante de mí; quise otra vez cogerlo, pero no pude; cerré los ojos y el hombre permaneció acostado junto á mí. Pasó un dia y otro dia, y siempre lo mismo. En la mesa y en el lecho, en la caverna y fuera de ella, de dia y de noche estaba aquel objeto horrible, y muerto siempre á seis piés de mí. Y al ver aquel campo tan hermoso, aquel cielo tan sereno, dije volviéndome á mi terrible compañero: "¡Ya no podré estar solo jamás!" Y el hombre se echó á reir.

Al fin, llegó un navío, lo llamé, me tomó á bordo. Cuando puse el pié en la cubierta me dije: "¡Ahora me escaparé de mi perseguidor!" Pero en aquel momento lo ví subir al puente tras de mí; quise empujarlo al mar, pero fué en vano: permaneció á mi lado comiendo y durmiendo conmigo, lo mismo que antes. Volví á mi país natal, me mezclé en la turba, frecuenté los festines y me hice rodear de treinta hombres que velaban de dia y de noche á mi lado. Pero en vez de treinta tuve treinta y un compañeros; habia allí uno mas asiduo que los demás.

Al fin me dije: "Esto es una ilusion, un error de los sentidos y la cosa no existe mas que en mi imaginacion. Consultaré á los hombres versados en esta clase de enfermades, y entonces....... volveré á estar solo."

Mandé llamar á un doctor célebre en el arte de curar los extra-

víos del espíritu; le exigí el juramento de guardar mi secreto y en seguida le conté mi historia. Era un hombre sabio y lleno de valor; prometió aliviarme.

—"¿Dónde está ahora la fantasma? dijo sonriendo; no la veo."

Y yo respondí: "A seis piés de mí."

—"No la veo, dijo él; y si fuese un ser real, mis sentidos percibirian su imágen tan palpable como los vuestros." Me hablaba lógicamente. Yo no argüí ni repliqué; pero dí órden á los criados que preparasen un cuarto y que cubriesen el pavimento con una gruesa capa de arena. Hecho esto, dije al doctor que me siguiera á aquella cámara, cuya puerta cerré con llave. "¿Dónde está ahora la fantasma?" repitió. Yo le dije: "A seis piés de nosotros como antes." El doctor sonreia. "Mirad al suelo, le dije mostrándole un punto de él; ¿qué veis?" El doctor se estremeció y tuvo que apoyarse en mí para no caer. "¡Esta arena, me dijo, estaba unida cuando entramos y ahora veo huellas humanas!"

Me reí, y llevé mas lejos á mi compañero el vivo. "Mirad, le dije; á medida que avanzamos, ¿quién nos sigue?"

El doctor apenas podia respirar: "¡La huella, dijo, de esos piés humanos!"

"¿No podeis, pues, curarme? exclamé en un acceso repentino de desesperacion; ¿será preciso que jamás esté yo solo?"

Y ví que los piés del objeto muerto trazaban en la arena estas palabras:

"La soledad solo es para los desconocidos; los malos pensamientos nos acompañan por un espacio de tiempo, las malas acciones son nuestras compañeras por toda la eternidad. Tu odio me ha hecho violar tu soledad; tu crímen ha destruido la soledad para siempre."

E. L. Bulwer.

(Traducido para la Camelia.)

LA FLOR DE LUISA.

¡Qué flor no se marchita!
ZORRILLA.

EN una tarde de abril
Salió Luisa á la ventana,
Fresca, pura y mas lozana
Que la rosa del pensil.

En sus ojos el amor
Violento se revelaba,
Y en su seno se ostentaba
Una flor; ¡pero qué flor!

Era una flor en boton,
De perfumes impregnada;
Era una flor delicada,
¡Bella como una ilusion!

Flor no hallada en el vergel
De las mas brillantes flores,
Que excitaba á los amores
Con su aroma y con su miel.

A su semblante risueño
Tan bien esa flor sentaba,
Que cada cual aspiraba
A ser de la jóven dueño.

Al verla tan celestial
Acudieron á sus rejas,
Como un enjambre de abejas
Al usmo de algun panal.

Era de ver el valor
Con que cada cual llegaba
Y á la jóven demandaba
La posesion de la flor.

Todos pensaban gozar
Aquella flor deliciosa;
Pero la jóven hermosa
No la dejaba tocar.

Pues cuantas veces llegaba
Alguno y la flor queria,
La jóven le sonreia;
Pero la flor.... la guardaba.

Luisa empero, vió un galan
Tan gallardo y tan sumiso,
Que dársela al punto quiso
Sin disimular su afan.

Al observar el mancebo
Tan feliz predileccion,
Llegó y dijo con pasion:
Linda Luisa, me la llevo.

¿Y Luisa se opuso? No.
Llena de amor y ternura
Le dió al jóven su hermosura:
¿Y la flor?.... ¡Se deshojó!

Méjico, abril de 1853.—TIMONEL.





J.R. Navarro, editor. Litog.

Cajon de "la última moda de Paris." Juana Dastugue, 2ª Calle de Plateros Nº 1.

MODAS.

Grandes son mis apuros, bellísimas lectoras, el tomar la pluma para escribir el presente artículo. ¡Modas yo, cuando no sé mas que admirar vuestros lindos trajes, que tanto os embellecen, aunque sea dicho de paso, no los necesitais para ser encantadoras! Pero no hay remedio; la redaccion de la Camelia me envia frecuentes recados pidiéndome el artículo de modas, el cajista me atosiga y yo obedezco, porque se trata de complaceros, y por conseguirlo escribiria yo sobre teología si fuere preciso. Ahí teneis el último figurin que ha llegado de Paris, y por cierto que jamás han estado tan inspirados los inventores de las modas como esta vez. Mirad ese traje de baile; apenas habrá una cosa mas graciosa, al mismo tiempo que sencilla. Se compone de un vestido de seda, blanco por supuesto, con nueve pequeños olanes que suben hasta la mitad; lleva encima una sobre-veste abierta á la izquierda y ligeramente recogida á la derecha orlada con un follaje de parra, cuyas hojas están ribeteadas de oro; la sobre-veste termina en la cintura, pues el corpiño está libre y presenta tres órdenes de olanes por cada lado, los cuales descienden de los hombros y vienen á terminar reuniéndose en la parte inferior del talle. En el espacio comprendido entre el ángulo que forman dichos olanes y en la parte anterior del pecho, hay otros cinco ó seis órdenes de olanes colocados horizontalmente, y que van disminuyendo de longitud hácia abajo; estos olanes, así como los de la enagua, están ador-

nados con pequeñas cuentas doradas; la manga es sencilla y corta. El peinado está formado de follaje igual al del vestido, y cubre la parte superior de la cabeza, así como los lados. El pelo está dispuesto por delante en dos bandas y *encarrujado* ó *crespo;* en cuanto á las trenzas, no ofrecen nada de particular. Ya conocereis que no se puede dar un traje de baile mas sencillo y elegante; el peinado, sobre todo, es lo mas gracioso, porque bajo sus verdes y tersas hojas, vuestros lindos rostros serán verdaderamente unas rosas en boton. La otra figura representa un traje de *sociedad.* El vestido es de gros café claro, con tres olanes grandes floreados de negro, sin mas adorno. La visita puede hacerse de merino ó terciopelo de color oscuro, aunque me parece que no dejaria de estar menos bella y elegante si se hiciese de color blanco ó azul nevado. Es ancha, llega hasta el cuello y tiene figuradas mangas que llegan hasta el borde inferior; pero en realidad solo hay dos aberturas por donde pasan las manos. Su adorno consiste en botoncitos de vidrio colocados á lo largo de las mangas, y en la parte delantera desde el cuello hasta abajo: estos botones pueden ser de color claro cuando la visita es oscura, y al contrario. El gorro es café oscuro y la pluma del mismo color, con un ramo de seda ledo entre el ala y el rostro. En cuanto al pelo, está dispuesto como en la otra figura, y *crespo* tambien. De todos los figurines que nos han llegado, hemos preferido este por ser el mas sencillo, pues vosotras habeis comprendido que la verdadera belleza está en la sencillez. Un traje recargado de adornos cansa la vista, mientras que un vestido como los que os presento, da á la persona que lo lleva un aire apacible y deja que la hermosura brille sola, sin que parezca que necesita flores, plumas y collares como un complemento. Ya que habeis visto los trajes, os diré dónde podeis encontrar lo necesario para que os presenteis engalanadas con ellos embelleciendo los salones y teatros. Id al cajon de la "Ultima moda de Paris," situado en la calle de Plateros núm. 1; allí os espera Mad. Juana Dastugue, pronta á serviros con la perfeccion, puntualidad y esmero que siempre acostumbra y que tanto mereceis. Ella os enseñará todos los primores que guarda en su almacen, y entre otras cosas vereis una rica

manteleta de raso blanco, bordada de seda del mismo color y con ondas caladas; el corte de ella es gracioso y elegante: dentro de poco os la daré dibujada si no quereis tomaros la molestia de ir á verla. Vuestra inteligente modista me encarga que la ponga á vuestras órdenes y que os asegure del esmero con que desempeñará las obras que le encargueis; y yo os suplico, bellísimas lectoras, que mireis con indulgencia vuestra Camelia; ya lo veis, la pobre flor tiene pocos aromas, pero los exhala todos para vosotras. El próximo mes os daré otro figurin; y entre tanto os prometo que no descansaré para poneros al corriente de lo que pasa en el mundo elegante.

A.... ***

CORAZON mio, sufre y calla,
Sufre con valor tus penas,
Que vienen horas serenas
Después que el turbion estalla.

Sufre, sufre, corazon,
No te quejes, alma mia;
Finge calma y alegría,
Oculta tu cruel pasion.

Que nó es dado al labio mio
Expresar lo que en tí siento.....
¡Estréllate, pensamientos
En tu misma fuerza y brio!

Que si dejara salir
Un átomo de tu fuego.....
Si atenta, mi amargo ruego,
Quisieras mujer, oir,

Te dijera que te adoro,
Que eres mi único consuelo;
Y en mis horas de desvelo
Con mis lágrimas te imploro.

Que conozcas, mujer pura,
La pasion con que te quiero,
La fe con que te venero,
El fuego de mi ternura.

Pero calla, corazon,
Calla y sufre tus pesares;
Cuenta solo en tus cantares
Tu desgraciada pasion.

Y tú entre tanto, mujer
A quien con ternura adoro,
No comprendes que mi lloro
Es de horrible padecer.

Que ardiente y enamorada
Gozas de otro la ternura,
Y no miras la amargura
De mi alma destrozada!

Pero.... firme en mi intencion
Estaré mientras respire,
Y hasta el instante que espire
Calla y sufre, corazon.

F. L.



¡RECUERDOS Y LAGRIMAS!

A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO,

Don Jesus Baeza.

Remontez, remontez à ces heures passées!
Vos tristes souvenirs m'aident à soupirer!
Allez où va mon âme! allez, ô mes pensées!
Mon cœur est plein, je veux pleurer.
LAMARTINE.

A las pasadas horas de dulces desvaríos,
Subid, recuerdos tristes, y hacedme suspirar!
Id donde va mi alma, ¡oh pensamientos mios!
Mi corazon se rompe... Llorar... quiero llorar.
Traduccion libre de E. J. de los R.

I.

Silencio y soledad en torno mio
Puedo al fin contemplar!
No el bullicio infeliz del mundo impío,
Ni el rüido de odiosa sociedad.

Debajo de estos árboles el alma
Encuentra la quietud:
Solo aquí gozo apetecida calma,
Solo aquí halla placer mi juventud.

Ya estoy aquí.... silencio por do quiera
Reina en torno de mí:
Ya llega el sol al fin de su carrera....
Ya se opaca la luz.... ya va á morir.

De vez en cuando á mis oidos llega
Tierno y dulce cantar,
Que al manso viento el ruiseñor entrega
Y repiten los écos sin cesar.

A lo lejos se escucha del torrente
Aumentarse el rumor;
Y el arrullo de tórtola inocente
Melancólico y tierno se alza á Dios.

Las sombras de los árboles se aumentan
Al declinar el sol:
Así las tristes penas se acrecientan,
Su esperanza al perder el corazon.

Ya comienzan las aves sus amores
Con júbilo á cantar;
Y el manantial de vida y de colores
Se va en el triste ocaso á sepultar.

Las flores de los valles dan aromas,
La noche da quietud;
Y gimen las tímidas palomas,
Y el [illegible]ndo sol escasa luz.

Es [illegible] tar así.... dejar que el alma
Disfrute esa emocion
De [illegible]quila y venturosa calma,
[illegible] halla el corazon.

La luz crepuscular baña mi frente......
Siento dulce solaz:
Rueda por mi mejilla lentamente
Una lágrima.... ¡Al fin puedo llorar!....

¡Al fin puedo llorar!.... El triste llanto
Consuelo es al dolór....
Puedo al fin mitigar mi hondo quebranto:
Puedo al fin desahogar mi corazon.

II.

En medio de la noche tenebrosa
Cuando en silencio reposaba el mundo,
Vertia en mi dolor llanto infecundo:
Llanto que no calmaba mi afliccion.
Mi corazon vacío de esperanza....
Vacío de ilusiones y ventura,
Mandaba en melancólica ternura
A su última ilusion un triste adios.

Bella cual las imágenes de Klopstock;
Pura como los ángeles, mi amada,
De su ardiente emocion arrebatada,
Su naciente pasion me declaró.
La luz que sus miradas despedian
Alumbraba mi espíritu agitado:
Por sus dulces palabras fascinado,
La creí y la entregué mi corazon.

¿Por qué, ángel mio, mi dolor profundo
Con tus tiernas miradas desterraste,
Si después que mi amor arrebataste
Dejas solo un recuerdo al corazon?

Ese ángel de amor y de pureza
A quien el corazon ledo entregara,
Pronto sus juramentos olvidara....
Al fin era mujer y.... me engañó.

Mas baste ya: que al corazon no vuelvan
Esas bellas imágenes que huyeron,
Cuando mis labios férvidos bebieron
El veneno en la copa del amor.
No quiero detener mi pensamiento
En esas ilusiones nacaradas,
Que estaban á mi dicha encadenadas
Y huyeron de mi triste corazon.

Cierto es que amé: que amé como ninguno
Pudiera amar; cierto es que fascinado,
Por ilusion bellísima arrastrado,
Con toda el alma me entregué al amor.
Mas en lugar del néctar delicioso
Que en ardientes delirios anhelara,
Probé la hiel infausta que amargara
Mi juventud con tétrica afliccion.

Perdona, corazon, si me detengo
En recordar tu triste desventura;
Mas era tan hermosa.... ¡ay! y tan pura
La creí cual los ángeles de Dios.
Perdona, corazon; mas se extravía
Mi mente su desgracia recordando:
Perdona si mi llanto derramando,
Recuerdo tan magnífica ilusion.

Hoy, sin creencia ni esperanza alguna,
Llorando triste mi ilusion perdida,
Veo correr mi infortunada vida
En el triste aislamiento, en el pesar.

Desprecio, falsedad y desengaños
El mundo en vez de amor me ha presentado:
Hoy.... con mi adversa suerte resignado,
Sufrirla quiero sin quejarme ya.

Mas no puedo, *Señor*, sufrir el peso
De mi suerte fatal: con triste lloro,
De tu bondad inagotable imploro
Mitigues mi dolor tan infeliz.
Oye, *Señor*, mi súplica benigno,
Recibe conmovido mi plegaria,
Da consuelo á mi vida solitaria,
Y al corazon valor para sufrir.

....
....

III.

¡Imágenes de dichas fugitivas,
Cuya magia á mi espíritu encantaba!
¡Ay! las memorias que dejásteis vivas
En el alma que eternas os juzgaba,
¡Nunca podrán destruirse! Mi existencia
Las guardará con grata complacencia.

Aquellas horas de placer y encanto
Que ni alma inundan en delicias puras:
Aquellas horas que copioso llanto
Me dan con los recuerdos de venturas,
¡Nunca se borrarán de mi memoria!
Seguirán siempre á mi infeliz historia.

Cuando recuerdo esa época pasada
Y miro al par los sufrimientos mios,
La copa del placer despedazada
Empiezo á ver, tras vagos desvaríos,
Que ocultándose va ya en lontananza
El sol de mi benéfica esperanza.

Recuerdos.... nada mas.... en la alma quedan!
Recuerdos de ilusiones encantadas!
Lágrimas silenciosas que se ruedan
Al impulso de penas encerradas,
Dentro del corazon, que busca ancioso
En *recuerdos* y *lágrimas*, reposo....
....

Méjico, abril de 1853.—Epitacio J. de los Rios.

(Remitida.)



UN CORAZON.

Hermosas lectoras, he aquí que en una flor, en una camelia, se os ofrece un corazon; os lo voy á describir para que lo conozcais; pero os advertiré que este corazon completo está compuesto de dos corazones en uno. Es algo misterioso, ¿no es verdad? Pero os lo voy á descifrar.

Es un corazon que además de su figura, es decir, de ser material, tiene ciertas cualidades que constituyen otro corazon; veamos por qué.

Entre las grandes obras de la creacion aparece mas perfecta la criatura humana, y entre las muchas partes de que se compone, acaso la mas hermosa es el corazon. En efecto, este órgano,

centro de la vida, punto de partida principal del alimento del cuer, po, manantial de sensaciones, satisface perfectamente su objeto llenando sus funciones con exactitud y por un curioso mecanismo. El corazon físico no es sin embargo mas que un aparato material, curioso y bello: es igual en todos; pero el corazon moral, es decir, los afectos que se le atribuyen, que se localizan en él, varían mucho.

Al corazon se le atribuyen el amor y las acciones generosas; así, se dice de un hombre compasivo, que *tiene buen corazon*. ¿Por qué pues se le ha dado tan noble cargo á este instrumento del alma? ¿Acaso por la importante funcion que desempeña en la vida y por las alteraciones que en ella experimenta por las impresiones morales, haciéndose sentir su influencia á todo el cuerpo? Experimentais un gran susto; parece que se llena, que queda inmóvil y tan grande que no cabe en el pecho; al mismo tiempo las extremidades se enfrian, el rostro se descolora. Oís una pieza de música sentimental, hermosa; parece que el corazon derrama agua helada que enfria todo el cuerpo, la respiracion es fuerte, los latidos del corazon son mas violentos...... ¿Amais? Luego que veis ú os acercais al objeto amado, sentís una terrible expansion, temblais, el rostro varía de aspecto, los ojos brillan, los latidos son violentos y fuertes.

Ofreceros este corazon, seria como ofreceros un vaso de agua simple. No; el que se os ofrezca debe ser moral, el que es no solo hermoso, sino sublime; que sea algo mas que una bomba que aspira é impele. Pero ¿lo apreciareis? ¿Sabeis lo que vale un corazon que tiene mas sentimientos que los falsos determinados por las circunstancias agradables solo á la vista y al oido? ¡Ay! ¡siempre los desconoceis! No comprendeis al que está tranquilo cuando os ama, contento con vuestra imágen, satisfecho consigo. No lo comprendeis cuando solo se diviniza en un sentimiento inexplicable, sin fuego, sin inquietud, "*que no está ansioso de veros,* "*de oir vuestra voz ni de conversar á solas con vosotras. No com-* "*prendeis ese sentimiento desinteresado, tranquilo é inmaterial*, á "cuyo objeto *se une nuestra alma como el acero al iman, ó se con-* "*funde y aniquila como el soplo de la respiracion en las olas del ai-*

"*re respirable.*"[1] Y sin embargo, para *tal corazon* una vez que tenga grabada la imágen de una mujer *que lo comprenda*, "*aun* "*cuando viva mil años*, *no habrá ya tinieblas ni frialdad*, porque "siempre brillará en él la luz de esa imágen.[2]...."

¡Tal es la ofrenda!...

—Pero ¡pobre corazon! pasa en el mundo como el graznido del cuervo, apenas percibido, ó mal interpretado. Parece que es anuncio de mal agüero, todos huyen de él ó lo creen un visionario, un delirante..... ¡de quien la sociedad hace un misántropo! y gime en un desierto, se consuela solo, muere con su sentimiento puro, sin ilusiones, dejando con indecible placer este imbécil mundo!!...

Ese corazon no llena su mision, porque hacen estéril el gérmen de su amor, ahogan sus sensaciones.... es para el mundo un ente de razon!!....

¡Mujer! ¡mujer que el corazon adora! sublime ser que anhelo, gloria terrena de la mente mia, si no te he de hallar en el mundo, si te reservas el darme el premio en otra vida, de lo que sufro en esta, al menos enviame un suspiro que traiga una esperanza, que evapore con su aliento las ardientes lágrimas de un CORAZON!....

Mayo 7 de 1853.—DELIO JAGSON.

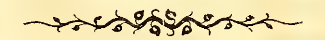
(Escrito para la Camelia.)

PENSAMIENTO.

En la mayor parte de las disputas ninguno de los dos adversarios tiene razon. Una disputa puede ser comparada á la chispa que produce el choque del acero y de la piedra: sustitúyase al acero ó á la piedra un pedazo de madera, y no habrá chispa.

SOUTH.

1 Lamartine, Rafael.—2 Idem, idem.





J.R. Navarro, editor. Litog. de Decaen.

Judit.

JUDIT,

Ó EL

PALCO DE LA OPERA.

NOVELA CONTEMPORANEA.

I.

Es ciertamente hermoso el teatro de la Opera de Paris; y no hablo aquí de las maravillas que despliega á nuestra vista, de la gracia aérea de Taglioni, del mágico encanto de los Elssler, del portentoso talento de Nourrit, ni el trágico lírico Talma; no hablo tampoco de los sabios acordes de Meyerbeer, honor de la Alemania, ni de las graciosas é inagotables canciones de Auber, el primero de nuestros compositores si no tuviese la desgracia de ser nuestro compatriota. Dejo á un lado el prestigio de las decoraciones, de las costumbres y de las danzas; todavía mas: no no hablo aquí del teatro de la Opera; hablo del salon.

Ese es un espectáculo, aunque por distinto estilo, curioso, gracioso, coqueto y brillante. Mirad en derredor vuestro, y si teneis tiempo de observar, si estais de buen humor, si no habeis perdido vuestro dinero en la Bolsa ú oido un mal discurso en la cámara, si vuestra querida no os ha traicionado ó si vuestra mujer no os ha promovido una querella; si habeis comido bien y con

personas de talento, ó mejor aun con amigos verdaderos, colocaos en la orquesta de la Opera; dirigid vuestro anteojo no hácia los bastidores, sino hácia los balcones, el anfiteatro, y sobre todo, hácia los palcos primeros.... ¡Qué diversidad de cuadros vereis! ¡cuántas escenas cómicas y cuántas aun dramáticas!!

Y fijaos en que no quiero que salgais del observatorio en que acabo de colocaros; porque ¿qué sucederia, si dejando vuestra silla de la orquesta y tomando el brazo de un amigo, os dirigís al foro? No podreis dar allí un paso sin chocar con un ambicioso ó con un ridículo, sin frotar al paso con un diputado, un hombre de Estado de hoy, un ministro de ayer, una reputacion de una semana, un orgullo de todo tiempo; y allí, al derredor de esa grande chimenea, un señor de guantes amarillos que cuenta sus matutinas correrías y sus desafíos en el bosque de Boloña; aquel orador periodista que recita en su conversacion su folletin del dia siguiente; ese *dandy* que vive á expensas de una actriz y le paga en elogios; ese otro que se arruina por ella y se cree obligado á enumerar sus perfecciones, como para justificar á los ojos de sus amigos la colocacion de sus fondos; todo este ruido, esta ostentacion, esta mezcla de amor propio y de pretensiones, darian materia para escribir cien volúmenes, y no quiero contaros mas que una historia.

Una noche, era si mal no recuerdo al fin del año de 1831, bailaba la señorita Taglioni; habia allí una multitud: los curiosos estaban colocados en las gradas, y los taburetes suplementarios suministrados por el acomodador formaban una especie de atrincheramiento y de barricada que me habria costado gran trabajo salvar en medio de los *quietos* y *silencios* de los aficionados, cuyo placer turbaba; porque cuando baila la Taglioni, no solamente se mira, sino que se garda silencio. ¡Se escucha! ¡Parece que no bastan los ojos para admirar! Me encontraba pues muy embarazado con mi persona, de pié, cerca de unos amigos que me habian citado, pero que, muy estrechados entre sí, no podian darme un lugar, cuando un jóven se levanta y me ofrece el suyo, que rehusé, como debeis suponeros, no queriendo privarlo del placer de asistir cómodamente al espectáculo.—No me privais de nada, me dijo,

voy á salir.—Acepté entonces dándole las gracias, y pronto ya á alejarse, mi político vecino arroja una mirada á la sala, se detiene un instante y descansando contra el palco del general Claparède, parecia buscar con la vista á alguno; después cayendo derepente en una profunda distraccion, no pensó ya en partir. Tenia mucha razon en decir que no le privaria del espectáculo, porque volteando la espalda á la escena, no viendo ni escuchando nada, parecia haberse olvidado totalmente del lugar en que se hallaba. Lo examiné entonces: era imposible ver un rostro mas expresivo, mas bello ni mas distinguido. Vestido con una elegante sencillez, todo, en sus modales y gestos, era noble y de tono. Parecia tener de veinticinco á veintiocho años; sus grandes ojos negros estaban constantemente fijos en un palco de los segundos del frente, que veia con una expresion indefinible de tristeza y desesperacion. A pesar mio volví la cabeza en la misma direccion y ví que el palco estaba vacío. Esperaba á alguno que no ha venido, me decia; ella no habrá cumplido su palabra.... ó está enferma.... ó un marido celoso le ha impedido venir.... ¡Y él la ama!.... ¡Y él la espera!.... ¡Pobre jóven!.... Y esperé como él y lo compadecí, y habria dado todo por ver abrir la puerta del palco, que permanecia constantemente cerrada!

El espectáculo estaba próximo á terminar, y durante dos ó tres escenas en que las primeras partes no bailaban y en que se platicaba casi en voz alta, hablaron de *Roberto el Diablo*, que entonces se estaba ensayando y que debia darse dentro de pocos dias; mis amigos me preguntaban sobre la música, sobre los bailables, sobre el acto de las monjas, y todos me pedian con instancia asistir á los últimos ensayos. ¡Es una cosa tan curiosa y tan interesante un ensayo en el teatro de la Opera! Prometí llevarlos y nos levantamos todos para salir, porque el telon acababa de caer, y al encontrarme al lado de mi desconocido, siempre inmóvil en el mismo lugar, le expresé mi sentimiento por haber aceptado su oferta y el deseo de podérsela pagar.

—Nada mas fácil, me dijo; acabo de saber, caballero, que sois M. Meyerbeer.

—No tengo ese honor.

—¿En fin, sois uno de los autores de *Roberto el Diablo?*

—Eso tal vez: he escrito la letra.

—Pues bien, caballero, permitidme asistir al ensayo de mañana.

—Está aquello todavía tan atrasado, que no me atrevo á convidar mas que á mis amigos.

—Razon de mas para que yo insista.

—Yo por mi parte, le dije, tengo mucho en que me hagais esa peticion.

Me estrechó la mano y quedamos citados para el dia siguiente.

Fuí exacto á la cita. Nos paseamos algunos instantes en el teatro esperando que comenzara el ensayo. Conversaba de una manera grave, y sin embargo, con amabilidad y talento; pero era fácil conocer que hacia un esfuerzo para sostener la conversacion y que le preocupaba algun otro pensamiento. Sucesivamente fueron llegando nuestras hermosas cantatrices y bailarinas. Varias veces lo ví estremecerse, y hubo instante en que fué tal su emocion, que se apoyó contra un bastidor. Creí adivinar entonces que tenia alguna pasion desgraciada por una de nuestras diosas; Suposicion que su edad y su figura hacian poco verosímil. En efecto, me engañaba. No habló á nadie, no se acercó á ninguno, y además, nadie lo conocia.

Comenzó el ensayo. Lo busqué en la arquesta entre los aficionados; no lo encontré allí, y aunque el salon apenas estaba alumbrado, creí percibirlo en el palco que contemplaba la víspera con una emocion tan profunda. Quise asegurarme, y al fin del ensayo, después del admirable terceto del quinto acto, subí á los segundos. Meyerbeer, que me tenia que hablar, me acompañaba. Llegamos al palco cuya puerta estaba entreabierta, y vimos al desconocido con la cabeza oculta entre las manos. A nuestra entrada se volvió bruscamente y se levantó; su pálido rostro estaba cubierto de lágrimas. Meyerbeer se extremeció de gozo y sin decirle una palabra le estrechó la mano afectuosamente, como para darle las gracias. El desconocido trató de reponerse de su turbacion, balbutió algunas palabras de gratitud y algunos elogios dirigidos de una manera tan vaga y tan general, que nos mostró

evidentemente que no habia escuchado la pieza y que hacia dos horas que pensaba en otra cosa distinta de la música. Meyebeer me dijo en voz baja y con desesperacion:

—¡El desgraciado no ha oido ni una nota!

Bajamos todos por la escalera del teatro, y al atravesar el vasto y hermoso patio que conduce á la calle Grange-Bateliére, el desconocido saludó á M. Sausseret, que era entonces administrador. Me dirigí á M. Sausseret:

—¿Conoceis á ese hermoso jóven?

—Es M. Arturo, vive en la calle del Helder número 7. No sé mas. Ha alquilado para este invierno un palco segundo.

—Allí estaba hace poco.

—Va á él por la mañana, segun parece, porque jamás lo ocupa por la noche; el palco queda siempre vacío.

En efecto, en toda la semana se abrió la puerta del palco, en el que nadie apareció.

Se aproximaba la primera representacion de *Roberto*, y en ese dia un pobre autor está siempre agobiado por las peticiones de palcos y boletos. ¿Creeis que puede pensar en su pieza, en las correcciones y cambios que necesita? de ninguna manera. Debe responder á las cartas y á los reclamos que le dirigen de todas partes, y en esos dias las damas son las mas exigentes.

—Me debíais haber guardado dos palcos y no tengo mas que uno.

—Me habíais prometido el número 10 al lado del palco del general, y me dais el 15 al lado de madama D***, á quien no puedo sufrir y que os apoca siempre con sus diamantes.

El dia de una primera representacion es un dia en que se incomoda uno con sus mejores amigos, que consienten en perdonaros algunos dias después si habeis tenido un buen resultado, pero que os conservan rencor por mucho tiempo en caso de caida; de manera que quedais mal con ellos y con el público. Una desgracia nunca viene sola.

En la mañana de la primera representacion de *Roberto* dió el director á un periodista el palco que habia prometido á unas señoras. Me incomodé y me respondió:

—¡Es para un periodista.... ¿comprendeis? un periodista.... que os detesta!.... pero que gracias á esta política consentirá en hablar bien.... de la música.

El argumento no tenia réplica, y además, el palco estaba dado. Pero ¿dónde colocar á mis hermanas damas, cuya cólera era por distinto estilo mas temible para mí que la del periodista?.... Pensé en mi desconocido y me dirigí á su casa.

Su vivienda estaba muy sencilla y modesta, sobre todo para un hombre que alquila en la ópera un palco por un año.

—Caballero, le dije, vengo á pediros un gran favor.

—Hablad.

—¿Pensais asistir á la primera representacion de *Roberto*..... en vuestro palco?

Pareció turbado.... y me respondió vacilando:

—Así lo quisiera, pero me será imposible.

—¿Habeis dispuesto de él?

—No, señor.

—¿Quereis cedérmele? me sacareis de un gran compromiso.

Su embarazo aumentaba cada instante; no se atrevia á rehusármelo.... En fin, como haciendo un esfuerzo sobre sí mismo me dijo:

—Consiento; pero con la condicion de que no llevareis á él mas que hombres.

—¡Justamente, exclamé, os lo pido para señoras!

Guardó silencio un momento.

—¿Entre esas damas, hay alguna que amais?

—Sí, sin duda, respondí vivamente.

—Entonces, tomad mi palco. Al fin dejo hoy á Paris.

Hice un movimiento de interés y curiosidad; adivinó mi pensamiento, porque estrechó mi mano entre las suyas y me dijo:

—Bien comprendereis que se refieren á este palco recuerdos muy queridos y muy crueles.... que no puedo confiar á nadie ¿De qué sirve quejarse.... cuando uno es desgraciado sin esperanza.... y por culpa suya?

En la noche se verificó la primera representacion de *Roberto*, y

mi amigo Meyerbeer obtuvo un inmenso aplauso, que resonó en toda la Europa. Despues se han sucedido otros muchos sucesos literarios ó políticos, otros muchos triunfos, otras muchas caidas.—No volví á ver á Mr. Arturo,—ya no pensé en él;—lo habia olvidado.

La otra noche, me hallaba tambien en la orquesta de la Opera. Esta vez no se daba á *Roberto*,—se daba los *Hugonotes*. Habian pasado ya cinco años.

—Tarde llegais, me dijo uno de mis amigos, profesor en derecho, abonado á la Opera, que tiene tanto talento de noche como erudicion por la mañana.—Y habeis cometido una tontera, me dijo, tocándome el hombro, un hombrecito vestido de negro, de voz agria y cabeza empolvada.—Me volví hácia él: era Mr. Baraton, el notario de mi familia.

—¡Vos aquí! exclamé; ¿y vuestro estudio?

—Vendido hace tres meses. Soy rico, viudo y tengo sesenta años; he sido casado veinte años y notario treinta.... es tiempo de que me divierta....

—....Y señor, dijo el abogado, sois hace ocho dias abonado á la Opera.

—Sí, es verdad; me guasta reirme,—me gusta la comedia, y he tomado un asiento en la Opera.

—¿Por qué no en los Franceses?

—¡No es tan divertido como aquí!.... se ven y se oyen aquí las cosas mas singulares del mundo. Estos señores saben todo, conocen todo.... no hay un solo palco cuya historia no me hayan contado.

Y veia al abogado que sonreia con ese aire modesto y reservado que se cree discreto y que significa: Yo diria otras muchas si quisiera.

—¿De veras? exclamé; y maquinalmente se dirigieron mis ojos hácia el palco de los segundos, que algunos años antes habia excitado mi curiosidad tan vivamente. ¡Cuál fué mi sorpresa! tambien esa noche estaba vacío, y de todo el salon era el único solo!

Encantado entonces de tener una historia que contar, referí á

mis oyentes en pocas palabras lo que acabo de contaros, acaso muy extensamente.

Se me escuchaba atentamente.—Mis vecinos se perdian en conjeturas.—El abogado trataba de reunir sus recuerdos;—el pequeño notario se sonreia malignamente.

—¡Pues bien! les dije, ¿quién de vosotros, señores, que sabeis todo, que conoceis todo, nos descifrará este enigma? ¿quién nos contará la historia de ese palco misterioso?

Todos callaban.... aun el abogado, que pasándose la mano por la frente para recordar la anécdota, habria acabado probablemente por inventar una; pero no le dió tiempo.

—¿Quién os contará esa historia?.... con tono triunfante: yo, que conozco todos sus detalles.

—¿Vos, Mr. Baraton?

—¡Yo mismo!....

—¡Hablad! ¡hablad!—y todas las cabezas se acercaron al narrador.—Hablad, Mr. Baraton.

—¡Pues bien! dijo el notario con importancia y tomando un polvo, ¿quién de vosotros ha conocido.... En este momento comenzó á sonar la orquesta.

Y Mr. Baraton, que no queria perderuna nota de la introduccion, se detuvo y dijo en voz baja:

—En el próximo entreacto.

(Continuará.)



UN BUEN MOZO.



Querida amiga, decia yo dias pasados á una madre que expresaba el deseo de que su hijo fuese tan hermoso como ella, creedme, si la belleza es un don funesto para las mujeres, para los hombres es un don muy incómodo. Unas hermosas facciones perjudican bastante al jóven que se dedica á la carrera de las letras. Un procurador siente una repugnancia instintiva por un abogado Adonis. ¿Qué hombre prudente tomará á Antinoo para médico de su familia? La envidia de nuestro sexo, mucho mas celoso que el vuestro, no reconoce sabiduría sino en una nariz roma. Cuando Apolo bajó á la tierra, el mas elevado empleo que pudo conseguir fué el de pastor.

—¡Bah! contestó mi bella amiga; ¿no se suele decir que un rostro hermoso es una carta de recomendacion?

—Es mas bien la carta de Urias, que traiciona á aquel á quien recomienda. Permitidme que os refiera la historia de Mr. Fernando Fitzroy.

Mr. Fernando Fitzroy era uno de esos modelos de perfeccion de que no pueden producir mas que un solo ejemplar unos padres mortales; así es que Fernando era hijo único. Sus padres lo adoraban tanto, que resolvieron no economizar ningun medio para echarlo á perder; en consecuencia, fué excesivamente consentido, jamás lo atormentaron con la vista de un libro, y le daban todas

las golosinas que podia comer. Muy feliz habria sido Fernando si hubiera podido pasar sus dias comiendo golosinas. "No digais que un hombre ha sido dichoso hasta que no veias el fin de su vida." Estas palabras del poeta griego están llenas de verdad. Fernando era verdaderamente una soberbia criatura. ¡Qué ojos! ¡qué cabello! ¡qué dientes! ¡qué cintura! ¡qué maneras tan seductoras! y además, ¡qué encanto tan irresistible habia en el nudo de su corbata! Tenia ya muy cerca de diez y seis años, cuando un tio viejo y regañon representó á sus padres que seria muy conveniente que el señorito Fernando aprendiese á leer y á escribir. Los convenció, no sin alguna dificultad, pero en fin, los convenció, porque era inmensamente rico y la riqueza en un tio viejo es un argumento maravilloso cuando se trata de la educacion de un sobrino á quien sus padres no tienen qué dejarle. Nuestro héroe fué puesto en un colegio. Tenia talento natural é hizo adelantos rápidos. La mujer del director del colegio era muy afecta á los niños bonitos.

—Mr. Fernando Fitzroy será un verdadero genio si trabajas en enseñarlo, dijo á su marido.

—No, querida, no es necesario trabajar con él.

—¿Y por qué no?

—Porque *es muy buen mozo para que llegue á ser sabio.*

—Es verdad, dijo la mujer del director.

De manera que porque Fernando era muy buen mozo para llegar á ser sabio, se quedó en el último lugar de la cuarta clase.

Nuestro heroe fué sacado del colegio.

—¿Qué profesion seguirá? preguntó la madre.

—El lord canciller es mi primo hermano, contestó el padre; que siga la abogacía.

El lord canciller comia precisamente aquel dia en la casa. Fernando le fué presentado. Su señoría era un hombre pequeño, de rostro ceñudo, de cejas fruncidas, de facciones duras, que creia que hermosura y ociosidad eran lo mismo y que un abogado debia necesariamente tener un cutis de pergamino.

—¡Dedicarlo á la abogacía! No, señor, eso no puede ser. Enviadlo al ejército; *es muy buen mozo para abogado.*

—Es verdad, milord; y compraron para el jóven Fernando un despacho de subteniente en el quinto regimiento de dragones.

Nada se sabe por inspiracion. Fernando jamás habia aprendido á montar á caballo; así pues, lo enviaron á un picadero, donde todo el mundo se burló de él.

—¡Es un asno! dijo el subteniente Horsephiz, que era horriblemente feo.

—¡Un bruto! añadió el teniente Saint-Squintem que era mucho mas feo.

—Si no monta mejor, será la vergüenza del regimiento, dijo el capitan Rivalhate, que tenia muy buena figura.

—Si no monta mejor le volveremos la espalda, dijo el coronel Everdrill, que daba una importancia singular al manejo del caballo en su regimiento. Señor Bumpunwell, añadió dirigiéndose al maestro de equitacion, os encargo mucho que pongais todo empeño que este jóven cuando monte no tenga las trazas de un saco de harina.

—¡Oh, señor! en cuanto á él, jamás montará mejor.

—¿Y por qué?

—La verdad, mi coronel, porque *es muy buen mozo para oficial de caballería.*

—Es cierto, dijo el subteniente Horsephiz.

—Muy cierto, añadió el teniente Saint-Squintem.

—Será preciso que le volvamos la espalda, dijo el coronel.

En consecuencia, Fernando fué mirado de reojo.

Nuestro héroe era un jóven muy susceptible; dejó el regimiento, después de lo cual envió un cartel de desafío al coronel; el coronel fué muerto.

—Mr. Fernando Fitzroy se ha conducido de una manera poco conveniente, dijeron los parientes del coronel.

—Es muy cierto, dijo el mundo.

Los padres del jóven estaban desesperados; no eran ricos, pero nuestro héroe era hijo único y ellos hicieron muchas instancias al tio regañon.

—Es muy hábil, dijeron los dos, puede dar mucho fruto.

Pidieron, pues, prestados al tio algunos miles de libras esterli-

nas, y compraron para el bello sobrino un asiento en el parlamento.

Fernando era ambicioso y deseaba repar el ultraje hecho á su reputacion. Se puso á trabajar como un caballo; no cesaba de leer los folletines y las revistas; aprendió á Ricardo de memoria y anotó la constitucion inglesa.

Un dia pidió la palabra.

—¡Qué hombre tan buen mozo! dijo un miembro.

—¡Qué fatuo! añadió otro.

—Jamás será orador, dijo un tercero con voz bastante alta.

Los miembros de los bancos opuestos comenzaron á burlarse y á gritar: "¡Escuchad, escuchad!" La sangre fria no es natural mas que á los militares, y por otra parte, nadie se hace orador en un dia, desanimado por aquella acogida. Fernando experimentó un poco de embarazo.

—¡Os lo pronostiqué! le dijo uno de sus vecinos.

—Cayó redondo, dijo otro.

—Ama mucho sus cabellos para que tenga algo bueno en la cabeza, añadió un tercero que pasaba por hombre de talento.

—¡Escuchad, escuchad! exclamaron los miembros de los bancos de enfrente.

Fernando concluyó de hablar. No habia brillado, pero tampoco se puso en ridículo. Mas de un orador de primer órden se habia hecho menos notable en sus principios y mas de un conde habia pasado por un fénix con la mitad del mérito que él.

Los héroes de las leyes de los cereales no fueron de la misma opinion.

—Estos Adonis jamás llegan á ser grandes oradores, dijo un célebre charlatan que tenia las narices torcidas.

—Ni tampoco hombres de Estado, añadió el presidente de una comision, cuya cara era muy semejante á la de un macaco.

—¡Pobre! dijo el mas bien parecido del corro; *es muy buen mozo para los negocios.* Va á hablar de nuevo. Esto no es soportable; es preciso hacerlo callar á fuerza de toser.

Y en consecuencia tosieron tanto, que Fernando se vió obligado á callar.

Nuestro héroe tenia entonces de veintisiete á veintiocho años; estaba mas buen mozo que nunca y era la admiracion de las damas de Almack.

—Nada tenemos que dejarte, le dijeron sus padres, quienes hacia tiempo que habian derrochado toda su fortuna y que continuaban subsistiendo con la representacion de la que habian tenido; nada tenemos que dejarte, pero tú eres el hombre mas buen mozo de Londres, y es preciso que te cases con alguna rica heredera.

—Es mejor, dijo Fernando.

La señorita Elena Convólvulus era una jóven encantadora, con un labio leporino[1] y seis mil libras esterlinas de renta. A ella, pues, se dedicó á hacer la corte nuestro héroe.

¡Dios mio! ¡qué clamor se levantó con este motivo entre los parientes de la jóven!

—Es fácil conocer sus intenciones, dijo uno, es un hermoso aventurero que quiere sacar partido de su figura.

—¡Qué importa su belleza, dijo otro, si su conducta no corresponde; lo lanzaron del ejército, y además asesinó á su coronel.

—No os caseis con un buen mozo, dijo el tercero; no sabe admirar mas que á sí mismo.

—Tendrá muchar queridas, dijo el cuarto.

—Estareis perpetuamente celosa, observó el quinto.

—Tirará nuestro dinero, añadió el sexto.

—Y os matará de pesar, dijo el sétimo.

La señorita Elena Convólvulus era prudente y previsora, reconoció la justicia de estas observaciones, y se sentia muy feliz con su libertad y sus seis mil libras de renta para experimentar una viva impaciencia por casarse; sin embargo, no le repugnaba el tener por adorador á un hombre tan buen mozo como Fernando. En consecuencia, ni lo aceptó ni lo rehusó; le dió esperanzas y lo dejó que se endrogara con el sastre y el carrocero, esperando ser muy pronto Mr. Fitzroy Convólvulus. Entre tanto, el tiempo se pasaba y Elena lo entretenia con excusas y dilaciones; pero nues-

1 Labio leporino es el defecto qoe consiste en tener el labio superior dividido en dos, lo cnal se conoce vulgarmente con el nombre de "tencuas."

tro héroe estaba impaciente y sus padres no menos. Un almuerzo en Chiswick y una fiebre pútrida se llevaron á los autores de sus dias con pocas semas de intervalo. Murieron dando su bendicion á Fernando y contentos con la idea de que lo dejaban en buen camino.

Después de esto nuestro heroe no tuvo ya esperanzas mas que en su tio regañon y en la señorita Elena Convólvulus; el primero, aunque baron y de un carácter satírico, era banquero y hombre positivo. Miraba con desden los cabellos rizados y los blancos dientes de Fernando.

—Si te dejo mi caudal, dijo, cuento con que seguirás al frente de mi casa.

—Sin duda, señor, contestó el sobrino.

—¡Hum! murmuró el tio; *eres muy buen mozo para banquero.* Los acreedores de Fernando se hicieron exigentes, y el deudor á su vez acosaba á la señorita Elena.

—Corre uno mucho peligro, dijo ella con aire modesto, cuando se casa con un hombre tan generalmente admirado.... ¿Sereis siempre fiel?

—¡Lo juro por el cielo! exclamó el amante.

—¡Ay! dijo suspirando la señorita Elena; pero lord Rufus Pumilion, que entró á ese tiempo, dió á la conversacion otro giro.

Se señaló por fin el dia de la boda. Fernando compró un nuevo landó. ¡Qué hermoso estaba en él! Un mes antes del dia fijado murió el tio. La señorita Elena dió á Fernando el pésame con exquisita ternura.

—Consolaos, Fernando mio, le dijo; por amor vuestro he rehusado la mano de lord Rufus Pumilion.

—¡Amirable condescendencia! exclamó nuestro héroe; pero tambien advertid que lord Rufus no tiene mas que cuatro piés y dos pulgadas de estatura y unas cabellos de coco.

—No todos los hombres son tan bien parecidos como Fernando Fitzroy, fué la respuesta.

Nuestro héroe partió para asistir á la apertura del testamento de su tio.

“Dejo, decia el testador, que como hemos dicho antes era un

poco satírico, dejo todo mi caudal, á excepcion del legado, á.... (aquí Fernando enjugó sus bellos ojos con un pañuelo de batista admirablemente bordado) Juan Spriggs mi hijo natural, jóven industriso, activo y que dará mas lustre á mi casa. En un tiempo tuve intencion de dejar por mi heredero á mi sobrino Fernando; pero una cabeza adornada de cabellos tan hermosos, no puede tener talento para las cuentas. Quiero que mi sucesor sea un hombre de negocios y no un *buen mozo*, y Fernando Fitzroy *es muy buen mozo para banquero*. No dudo que su bella figura le proporcionará la mano de alguna rica heredera. Entre tanto la consigue, le dejo mil libras esterlinas para que se compre un *neceser* de tocador."

—¡Mil diablos te lleven! exclamó Fernando lanzándose fuera del aposento. Corrió á casa de su novia: no estaba visible. Un proverbio italiano dice que las mentiras tienen las piernas cortas; pero es preciso convenir en que las verdades cuando son desagradables, las tienen furiosamente largas. Al dia siguiente Fernando recibió su despedida en un billete de los mas pulidos.

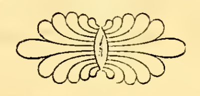
"Os deseo toda clase de felicidades, decia al terminar la señorita Elena; pero mi familia tiene razon, *sois muy buen mozo para marido.*"

¡Ocho dias después, la señorita Elena Convólvulus se llamaba lady Rufus Pumilion!

—¡Ah, señor! decia el ugier que á los dos dias de la disolucion de lparlamento conducia á Fernando en un coche á la cárcel de los deudores; ¡qué pena me da llevar á la prision á un hombre tan *buen mozo!*

E. L. Bulwer.

(Traducido para la Camelia.)



LAS FIESTAS DE PASCUAS

EN RUSIA.

UNA anomalía singular que presentan todos los países católicos, es la excesiva abstinencia de la cuaresma, que sucede inmediatamente á las alegres máscaras del carnaval y á todas las locuras y extrema licencia que engendran. Es un extraño espectáculo la transicion súbita del descabellado y delirante martes de carnestolendas al sombrío y austero miércoles de ceniza; el ayuno y las privaciones reemplazan, al despuntar el dia, los brutales excesos y la embriaguez de la noche; Arlequin, Colombine, Pierrot, enjugan á toda prisa su frente bañada en sudor para ir á presentarla á la señal santa y expiatoria, emblema del mas tierno sacrificio, del mas grande misterio. Seis semanas pasan sobre la tierra, tristes, sombrías, sin colorido, en que los hombres se arrepienten, lloran, se confiesan y se abstienen, hasta que el dia de la resurreccion del que ha sufrido, ha correspondido segun las leyes naturales á los primeros dias calientes y embalsamados de la estacion renaciente, viene con sus solemnidades poéticas y religiosas á recordar á los pueblos nuevas alegrías, y un nuevo dia que sucede, mas vivo, mas radiante, á los trabajos, á las fatigas y á las tinieblas........

Esto es que las ceremonias religiosas han tenido un sentido primitivo que se pierde y degenera; que las emociones facticias se

alteran fácilmente, y los símbolos mas santos caen en el ridículo y el absurdo.

En Moscou, las fiestas de Pascuas se celebran con un fausto y una celebridad desconocida al resto de la Europa. Las mas magníficas fiestas de Roma no igualan al lujo y esplendor de la Iglesia rusa en esta época. El pueblo se prepara á ella con un rigor increible de abstinencia durante toda la cuaresma. El ilustre Clarke refiere que durante su viaje de San Petersburgo á Moscou, en tiempo de ayuno, si alguna vez ofrecia alguna parte de su comida á los aldeanos próximos á morir de hambre en miserables cabañas, los veia estremecer de horror á su vista, arrojar á los perros lo que se les presentaba, arrancar de las manos de los niños, como una abominacion, los alimentos que habian recibido, y arrojar á lo lejos los mas pequeños pedazos. Por lo demás, este mandamiento del ayuno está perfectamente de acuerdo con las exigencias del clima. La cuaresma es precisamente la época en que la tierra endurecida no produce nada, en que las provisiones están heladas, en que la naturaleza enferma y como muerta, se rehusa momentáneamente á nutrir á sus hijos: el mandamiento del ayuno seria allí de todo punto necesario....

La primera ceremonia tiene lugar el domingo de Ramos ó Pascua florida. La víspera, todos los habitantes de Moscou se dirigen en coche, á caballo ó á pié, á Kremlin para comprar palma, para colocarlos delante de sus ventanas, ó para adornar las pinturas sagradas en las calles ó en otras partes. Este es uno de los paseos mas alegres del año. El gobernador, acompañado del oficial de policía, el comandante y un gran número de nobles, van en procesion, montados en hermosos caballos; las calles están llenas de espectadores y se colocan guardias á caballo de cada lado para mantener el órden. En Kremlin se ve una gran multitud trayendo ramilletes artificiales y palmas: se diria que era una floresta ambulante. Las palmas están adornadas con flores artificiales y frutas; ofrecen por algunos copeks la pieza, bellas imitaciones de naranjo y de limon de cera; indicio notable de la destreza sorprendente de este pueblo en las artes de imitacion. Todo el que visita á Kremlin y quiere pasar por buen cristiano, com-

pra palmas; al volver se encuentran las calles obstruidas con toda especie de coches llenos de devotas que tienen en la mano una ó varias palmas, segun el grado de su piedad y el número de ventanas que tienen en sus casas.

Lo que se dice comunmente de la belleza de los coches de Moscou, no está de acuerdo con su aspecto durante la cuaresma. Un extranjero que llegase con la cabeza llena de ideas de la pompa asiática y de la magnificencia del Oriente, quedaria muy sorprendido al encontrar calles estrechas, mal empedradas, cubiertas de lodo y basura; malas casas; coches tirados, es cierto, por seis caballos; ¡pero qué animales! ciegos, cojos, viejos, inservibles, de todos colores y estaturas, atados con cordones podridos ó con cuerdas viejas llenas de nudos y añadiduras; sobre ellos y el pescante figuras que parecen escapadas de las galeras; detrás un lacayo ó acaso dos, andrajosos, y el coche mismo execrable. Es cierto que esta pobreza, á lo menos con relacion á los nobles, no es mas que aparente, y que una librea de andrajos es una de las abstinencias y de las privaciones impuestas por la santidad del dia.

La segunda ceremonia grande de esta época tiene lugar el jueves Santo, á las doce, cuando el arzobispo lava los piés á los apóstoles. Los sacerdotes aparecen con su magnífico aparato; doce legos escogidos para representar los doce apóstoles, están colocados en dos círculos delante del arzobispo. La ceremonia tiene lugar en la catedral, que está entonces llena de espectadores. El arzobispo se despoja de sus vestiduras, se ciñe una tohalla y lava los piés á todas estas personas hasta que llega el que representa á san Pedro. Este último se levanta entonces, y se establece entre él y el arzobispo un diálogo semejante al que refieren los Evangelios entre Cristo y este apóstol.

La noche precede á la famosa ceremonia de la resurreccion, todos los mercados de Moscou y todas las tiendas de esta ciudad se encuentran súbitamente provistas de manteca, huevos, aves y toda especie de comestibles. La multitud de compradores es inmensa; apenas se encuentra un transeunte que no tenga llenas las manos y los brazos cargados de provisiones, ó un solo *droski*

que no esté próximo á romperse bajo su carga. A las doce de la noche, la gran campana de la catedral se deja oir, y al punto la acompañan todas las campanas de Moscou; á esta señal todo se pone en movimiento, el tumulto de los coches es mayor que al mediodía, la ciudad entera parece arder; se ven en efecto faroles en todas las ventanas é innumerables teas en las calles. La torre de la catedral está iluminada desde su base hasta la cruz, la misma iluminacion se reproduce en todas las iglesias y todas simultáneamente se encuentran llenas de gente.

He aquí cómo refiere Clarke esta magnífica ceremonia de que fué testigo. "Nos encaminamos hácia la catedral, en la que habia una prodigiosa multitud de todo rango, hombres, mujeres y niños, trayendo cirios encendidos que debian colocarse en seguida como objetos votivos ante las diversas reliquias. Las paredes y todos los artesonados de este edificio estaban cubiertas con cuadros de santos y de mártires. En el momento de nuestra llegada, las puertas se cerraron; vimos afuera al arzobispo Platon, precedido de estandartes y cirios y seguido de todo su acompañamiento de sacerdotes con crucifijos é incensarios: dieron tres veces procesionalmente la vuelta á la catedral, cantando en voz alta y revestidos todos con suntuosos ornamentos, todos cubiertos de oro, plata y piedras preciosas. La nieve no habia desaparecido tan pronto de Kremlin como de las calles de la ciudad, de manera que esta magnífica procesion fué reducida á caminar sobre tablas para evitar el lodo profundo que rodeaba á la catedral. Concluida la tercera vuelta, se detuvo delante de las grandes puertas, que estaban cerradas, mientras que el arzobispo, con un incensario, esparcia los perfumes hácia la puerta y sobre los sacerdotes. Repentinamente se abrieron las puertas y ofrecieron un espectáculo superior á toda descripcion. La multitud inmensa de espectadores reunidos en este adificio, trayendo luces, formaba dos filas por en medio de las cuales se adelantó el arzobispo seguido de su acompañamiento hácia un dosel colocado cerca del centro. La profusion de las luces, el brillo del enorme candil suspendido en medio y la riqueza de los vestidos, formaban un magnífico golpe de vista. El canto que partia de la puerta de la iglesia siguió mien-

tras se adelantaba el arzobispo y aun después de que se hubo sentado.

"El arzobispo bajó luego y dando vuelta á la catedral, ofreció al principio el incienso á los sacerdotes y después á los espectadores, pasando delante de ellos. Cuando volvió á su lugar, los sacerdotes hicieron de dos en dos la misma ceremonia, comenzando por el metropolitano, que les dirigió, levantándose, un saludo con un pequeño cirio que tenia en la mano. Examiné durante este tiempo los vestidos de los sacerdotes: sus largos cabellos negros sin empolvar caian sobre sus hombros y sobre sus vestiduras suntuosas; espesas barbas negras les cubrian tambien todo el pecho. El arzobispo y obispos tenian mitras adornadas con piedras preciosas y revestidas de miniaturas pintadas y engastadas en joyas.

"Sus vestiduras de raso de diversos colores, estaban ricamente bordadas y tenian tambien miniaturas rodeadas de piedras de valor. Hay en Moscou un convento en el que las mujeres se ocupan únicamente en hacer los vestidos de los sacerdotes.

"Después de dos horas de ceremonias diversas, el arzobispo se adelantó llevando una cruz, y se precipitó todo el pueblo para abrazarla hasta ahogarse. Cuando estuvo algo satisfecha esta solicitud, el prelado se retiró á la sacristía; allí habiéndose puesto una túnica de púrpura, se adelantó de nuevo, exclamando con voz muy fuerte: ¡Cristo ha resucitado!

"Vino después la parte mas notable de la ceremonia. El arzobispo bajando á la nave de la iglesia terminó toda la solemnidad, postrándose sobre el pavimento y besando las pinturas consagradas, colocadas sobre las columnas, las paredes, los altares y las tumbas. Los sacerdotes y todo el pueblo imitaron su ejemplo. Se abrieron los sepulcros; los cuerpos desecados é incorruptibles de los santos fueron expuestos á la veneracion pública y recibieron el mismo beso general."

Proclamada así la Pascua, se abandonan con exceso, dia y noche, á la bebida, al baile y al canto. Al encontrarse, sea quien fuere, repiten las expresiones de paz y alegría: ¡Cristo ha resu-

citado! á las que se responde siempre lo mismo: ¡Verdaderamente ha resusitado!

El lunes comienza la presentacion de los huevos de Pascuas. Los amantes á sus queridas, los padres á su familia, los criados á sus amos, todos llevan huevos adornados. Los dones en esta época se llaman huevos de Pascuas. El último mendigo, en la calle, presentando un huevo y repitiendo las palabras: ¡Cristo ha resucitado! puede reclamar un saludo aun de la emperatriz. Se dejan los negocios; las personas de las clases superiores asisten á los bailes, convites, cenas, máscaras, mientras que los otros llenan los aires con sus clamores vagando ebrios por las calles. Los criados aparecen con libreas nuevas y brillantes y los coches con el mas suntuoso aparato.

Mme. Gatti de Gamond.

(Traducido para la Camelia.)

SINÓNIMOS.

Amor. Galantería.—El amor es muchas veces una pasion que de improviso asalta el corazon, le sorprende y domina sin poderse adivinar la causa ó motivo. Los obstáculos, las dificultades lo irritan y aumentan: cuando el trato es contrariado, suele enfriarse y disiparse del todo, porque descubre las imperfecciones, las falacias y engaños del objeto amado; si se advierten en él prendas apreciables ó que nos parecen tales, crece con lentitud y se arraiga; entonces tiene mas de razon que de pasion ciega é impetuosa, y no es el *amor* ni de los dioses, ni de los poetas, ni de las novelas.

La *galantería* es mas reflexiva, mas sensual y menos poética; mas atiende á la realidad que á la ilusion; el galan mas se ama á sí que á su dama, mas solicita su placer que el interés de su querida; es un verdadero amor propio, un amor fingido.

El *amor* está mas en la naturaleza que en el artificio; en la *ga-*

lantería, casi todo es arte y engaño. Pocas veces se ama, y de veras por lo comun una sola, y pocos hay que amen y sepan amar: esto es aun mas difícil que lo primero y tiene parte de *galantería*. El *amor* es exclusivo, se ama á una persona sola; diriamos que la galantería es electiva, porque excluye poco y elige mucho; no se fija, y cual la mariposa, quiere vagar de flor en flor.

El *amor* graba en la imaginacion la idea halagüeña de una felicidad eterna en la constante y entera posesion del objeto amado: la *galantería* pinta la imágen agradable del singular placer que nos causará la posesion del objeto deseado. Ni el uno ni la otra pintan estos casos al natural, y sabemos por experiencia que sus colores, aunque graciosos, son falsos.

El *amor*, aunque se entibia, se fija con la posesion; entonces el amante se convierte en amigo, pasion mas ilustrada y feliz. Las desgracias suelen causar la muerte ó ruina del amador, y dichoso si se limitan á producirle arrepentimiento: aquello es mas comun, esto mas raro, porque siendo el *amor* vida del corazon, solo con este muere.

La *galantería*, mas feliz en sus engaños, mas avisada en sus intereses, varia siempre, y tanto mas cuanto mas sagaz se hace. El *amor* es la pasion de los jóvenes; en las personas de edad madura ó ancianas, se convierte en ridículo: la *galantería* pertenece á casi todas las edades, y nunca es ridícula ni despreciable: las mujeres siempre desean ser obsequiadas. La *galantería* se entibia y arredra con los obstáculos, porque nada tiene de heróico, aunque suele aparentarlo; mas siempre prefiere lo pronto y fácil á lo lento y difícil.

El *amor* es un tirano, la *galantería* un traidor; esta daña á la persona amada, aquella al amador. El *amor* mas nace de ilusion que de realidad; es el engaño de nuestras pasiones, por eso le pintan ciego; en sus extremos conduce á la demencia, al furor, á la desesperacion, y entonces suele hacerse digno del sentimental y moderno coturno; sus delicias son el abrazo de una divinidad aérea y fantástica, y su realidad el azote de las furias.

La *galantería* tiene siempre los ojos abiertos, no se ciega, ve

claro, la astucia la alimenta y dirige; así sufre poco y goza mucho, porque es mas voluptuosa que delicada.

Las mujeres sagaces y entendidas temen á los que *galantean* y prefieren á los que *aman;* las sensibles é inocentes son por lo comun víctimas de los obsequiosos amadores; porque es bien cierto que entre dos amantes siempre es sacrificado el que con mayor ingenuidad y vehemencia ama.

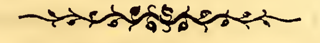
Todo amante es *celoso*, aunque sea prudente y disimulado; pero solo llamamos celosos á los que lo manifiestan con sus arrebatos, nacidos regularmente en el corazon de las personas orgullosas, desconfiadas y de poco mérito. Este es, pues, uno de los excesos y escollos del *amor*, que llega á hacer perder el uso á los que atormenta esta pasion. El exceso de la *galantería* es la disolucion que hace perder al que la profesa, la reputacion, la salud y á veces el honor.

El *amor* es mas dañoso á las mujeres que á los hombres. En las jóvenes solteras se disimula y aun se mira como cosa natural; si las hace desgraciadas se las compadece; mas se les desprecia y aun aborrece si se precipitan en el *galanteo*, pues este supone insensibilidad, mal corazon y mas picardía que la que se puede sufrir en su estado y edad.

Al contrario sucede en las casadas; en ellas, sea cual fuere la causa, el *amor* es una deshonra, una ignominia, un crímen; pero se les sufre un poco de *galantería*, no excediéndose de los términos de la decencia y limitándose á los del agrado.

Con la *galantería* se pueden conservar y aun aumentar las buenas prendas del corazon; con el *amor* se pierden: una mujer de galanteos suele dar pruebas de *amor* verdadero á su marido y de estimacion á sus amigos: una mujer ciega en la pasion del *amor*, aborrece á su marido y la fatigan y estorban sus amigos.

P. M. O.



A AURORA.

¿Quieres que cante? pues mi frente mira,
Sobre ella clava tus divinos ojos,
Impulso presta á mi olvidada lira:
Una sonrisa de tus labios rojos
Hará brotar mi enamorado acento
Puro, melífluo y de dolor exento.

Inspira, pues, mi helada fantasía
Con tu sonrisa y celestial encanto,
Hermosa flor de la esperanza mia:
Bajo tu influencia elevaré mi canto,
Y al resonar de mi laud sonoro,
Sabrás, querida, mis ensueños de oro.

Porque he soñado con tu faz risueña
Y tu mirada angelical y pura,
Como el marino desgraciado sueña
En noche triste, borrascosa, oscura,
Con faro alguno que su rumbo guie,
Y en él creyendo de placer sonrie.

¿Mas cómo pudo el pensamiento mio
Con tu imágen soñar desconocida?
¿Cómo creaba con potente brio

La forma exacta de tu faz querida?.....
Es una cosa que explicarte quiero,
Objeto caro de mi amor primero.

Antes de haberte conocido, Aurora,
Tu luz doraba mi agitada mente,
Como el sol puro los espacios dora
Antes de verse en el rosado Oriente;
Y en tí pensando sin cesar vivia,
Porque ya Aurora para mí existia.

Y esta bella ilusion, esta quimera
Que todos mis sentidos embargaba,
Y siendo mi constante compañera
En mis noches de insomnio acariciaba,
Que fuera realidad el cielo quiso,
¡Flor trasplantada aquí del paraíso!

¿A quién tu faz angelical no arranca
Un suspiro de amor, linda paloma,
Si eres mas bella que la rosa blanca
Que llena el prado con su blando aroma?
Tú que eres reina de las mismas flores,
Serás reina tambien de mis amores.

El ambiente feliz que yo respire
Será el ambiente de mi bella Aurora,
Cuando su tierno corazon suspire
Mi corazon ardiente que la adora,
Lleno de amor y de entusiasmo lleno,
Palpitará feliz junto á su seno.

Hermosa realidad de mis amores,
Encanto de mis años juveniles,
Rival querida de las mismas flores
Que embalsamas los mágicos pensiles;
Astro divino, que tu luz me envias,
Tú eres la aurora de mis bellos dias.

Dios se propuso embellecer el mundo
Lanzando de su luz algun destello,
Y dijo lleno de saber profundo:
"Vistamos de mujer un ángel bello."
Y tú bajaste de su gran palacio
Llenando con tu luz el ancho espacio.

Brilla, mujer, y que tu luz sublime
Que baña pura mi soberbia frente,
Y en ella dicha celestial imprime,
No se oculte jamás en Occidente:
Surca brillando la region vacía
Como el sol puro en la mitad del dia.

Y al matizar las voladoras nubes
Que miro puesto con placer de hinojos,
Cuando en su seno trasparentes subes
Lanzando rayos tus divinos ojos,
Oye mi canto que por tí se eleva
Y los suspiros de mi amor te lleva.

Méjico, mayo de 1853.—Julian Montiel.



A LA MEMORIA

DE MI AMIGO INFORTUNADO

MIGUEL GONZALEZ GAVIÑO.

¿Con que entonar canciones funerales
Solo podrá mi desacorde lira?
¿Con que tan solo verterá á raudales
Llanto mi corazon, cuando suspira
Porque le oprimen los acerbos males?
¿Y solo el númen del dolor me inspira
Cuando la juventud con sus ensueños
Inspirarme debiera himnos risueños?

¿Qué me resta, Señor? una por una
Van volando mis bellas ilusiones:
¿Por qué el pesar que siempre me importuna
Me hace entonar de muerte las canciones?
Y trocando mis himnos de fortuna
En eco de gemido, tristes dones
Solo puedo ofrecer sobre la losa
Donde algun ser del corazon reposa.

¿Nací para llorar?..... Señor, envia
A mi alma afligida la esperanza:
Quiero mirar en su esplendor al dia,
Quiero entonar canciones de alabanza,
Y en vez de hallar la plácida alegría,
Angustia y pena el corazon alcanza;
Debo cantar canciones mortuorias
Al eco triste de pasadas glorias.

Gaviño, ¿á dónde estás, que tus acentos
No suenan junto á mí como otros dias,
Cuando los dos ajenos de tormentos,
Entonamos sonoras melodías
Que repitieron con amor los vientos?
Tú que en sueños de gloria te perdias,
¿Ya de la ciencia en el altar divino
Encontraste de gloria tu destino?

¿A dónde, á dónde estás? ¿qué se hizo el fuego
De tu preciosa juventud? ¿A dónde
Tu corazon valiente? En vano riego
Con mi llanto la tierra; no responde
El eco de tu voz: en vano llego
Hasta la tumba que tu cuerpo esconde:
Que no existes me dice esa cruz santa
Que en tu humilde sepulcro se levanta.

Y no hay quien rigue á tu memoria flores,
Ni quien ponga de mirto una corona
Al brillar de la aurora los albores;
Ninguno acentos de amistad entona;
Ninguno al mundo cuenta tus dolores;
Ningun amigo tu pesar pregona,
Para que el mundo tu memoria cante
Y tu patria un laurel á tí levante.[1]

1 El jóven Gaviño fué uno de los que resistieron con heroismo en Churubusco al invasor americano.

Tu patria, ¡no! tu patria á cuyo acento
Volaste lleno de valor sublime,
No prorumpe á tu nombre ni un lamento,
Ni á tu memoria de dolor se oprime:
Solo á mi pecho agobia el sentimiento,
Solo mi pecho á tu memoria gime,
Y trémulos mis labios, su plegaria
Por tí alzan en la noche soltaria.

Solo yo, solo yo que contemplaba
Tu ardiente juventud de encanto llena,
Cuando la gloria pura te halagaba;
Solo yo que miré tu angustia y pena
Cuando la suerte tu placer trocaba
En pesar y dolor, aunque serena
Siempre elevaste tu grandiosa frente,
Puedo elevar un himno reverente.

Recíbelo, Mgiuel, desde esa altura
A donde gozas de tu eterno orígen;
Escucha mis plegarias de amargura,
Ecos de los dolores que me afligen,
Y preséntale al Díos de la ventura
Estos himnos de amor que te dirigen
Mis tristes labios de amargura rojos,
Mojados con el llanto de mis ojos.

FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.



JUDIT,

ó EL

PALCO DE LA OPERA.

NOVELA CONTEMPORANEA.

(CONTINÚA.)

II.

SEÑORES, dijo el notario en el momento en que acababa el primar acto de los *Hugonotes*, deben vestirse ahora la reina Margarita y todas sus damas de honor; además, hay que poner el castillo y los jardines de Chenonceaux: por consiguiente, creo que el entreacto será bastante largo para contaros la historia que deseais conocer. Y después de haber saboreado lentamente una buena dosis de rapé, que le dió tiempo de cardinar sus ideas, M. Boraton comenzó en estos términos.

—¿Quién de vosotros ha conocido aquí á Judit?[1]

Todos se vieron, y ninguno de los antiguos abonados de la orquesta pudo responder.

—Judit, una niña que hace siete ú ocho años fué admitida como figuranta en el baile.

1 Hemos usado ya varias veces de la palabra "orquesta;" así se llama un lugar del foro destinado á los bailarines y en donde se reunen los aficionados á las bailarinas.

—Esperad, dijo el abogado con un estilo un poco pedante.... una rubia que hacia en la *Muda* á uno de los pajes del virey.

—Era morena, dijo el notario; en cuanto al empleo que le atribuís, no tengo acerca de él ningun documento positivo, y me agrada mas referirme á vuestra inmensa erudicion.

El abogado se inclinó.

—Lo que al menos no puede dudarse es que Judith era encantadora.

—Otro punto que parece auténtico, es que madama Bonivet su tia, era portera en la calle de Richelieu en la casa de un viejo soltero de quien antiguamente habia sido ama de confianza; otros decian que su cocinera; pero madama Bonnivet no convenia en esto. Por lo demás, tiraba el cordon de la campanilla y hacia ahorros,—mientras que su sobrina hacia conquistas, porque era imposible pasar por la portería sin admirar á Judit, que apenas tenia entonces doce años. Ya sus ojos eran los mas bellos del mundo, sus dientes eran como perlas, tenia un talle delicioso, y con su vestido de indiana, el aire mas distinguido que se pueda imaginar; además, una fisonomía natural, cándida, y en su misma inocencia, exprseiva y coqueta; en fin, era uno de esos rostros que trastornan las cabezas y capaces de cambiar, como dicen, la faz de los imperios.

Todos los dias recibia madama Bonnivet tantos cumplimientos por su sobrina, que se decidió á hacer algunos sacrificios por su educacion: la mandó á una amiga gratuita, donde la enseñaron á leer y á escribir; educacion brillante cuyas ventajas se manifestaron muy pronto en la misma madama Bonnivet, quien en sus funciones de portera descifraba penosamente los sobres de las cartas y equivocaba los pisos para entregar los periódicos que llevaban á los inquilinos.

Judit se encargó de este cuidado con satisfaccion general, y persuadida que con una cara y una educacion tan distinguidas su sobrina debia hacer fortuna muy pronto, madama Bonnivet solo esperaba una ocasion.—M. Rosambeau, maestro de baile que vivia en el quinto piso, le propuso darle algunas lecciones á Judit, y algunos dias después, madama Bonnivet participaba

á todas las porteras sus conocidas que su sobrina acababa de ser admitida en la comparsa coreográfica del teatro de la Opera; noticia que se extendió rápidamente de puerta en puerta á toda la calle de Richelieu.

He aquí pues á Judit instalada en la ópera en el ramo de baile, recibiendo lecciones por la mañana y pasando en la noche desapercibida en los grupos de jóvenes náyades ó pajes, como decia hace un momento el señor licenciado.

Judit era la misma inocencia, aunque tenia catorce años cumplidos; pero habia sido educada en una casa honrada, en la que todos los inquilinos eran casados; su tia, que era de un excesivo rigorismo, no la dejaba casi nunca, la llevaba al teatro por la mañana, la volvia á llevar en la noche, y se quedaba en el salon de baile haciendo calcetas, mientras que su sobrina estudiaba y hacia batimanes.

Me preguntareis, ¿quién cuidaba mientras la casa de la calle de Richelieu?—No os lo sabré decir; se ha pretendido que una amiga de madama Bonnivet se encargaba de ella mientras, esperando que Judit hiciese postura y tuviese *una suerte.*

Porque sabeis como yo, señores, que no se entra en la ópera mas que para hacer suerte, una posicion.—Después de esto se abandona: cuando es uno rico vuelve á ser honrado y se casa á su hija con un banquero.

—O con un notario.... dijo el abogado.

—Es cierto, dijo Mr. Baraton haciendo una mueca, ya se ha visto.—Pero dudais con justicia que madama Bonnivet y su sobrina tuviesen entonces idea de semejantes grandezas.—Es necesario en todo la progresion.

—¡Y Judit! exclamé yo.... porque veia terminar ya el entreacto.

—¡Judit!.... voy allá! Madama Bonnivet, á pesar de su previsora vigilancia, no podia impedir que su sobrina platicase con sus jóvenes compañeras.—En la mañana en el salon del baile, y sobre todo en la noche, cuando estaban en la escena..... límite terrible que la tia no podia traspasar y en donde se detenia su vigilancia.—Una de las ninfas ó de las sílfides sus compañeras le decia á media voz:

—Ve, querida, en la orquesta, á la derecha: ¡cómo me mira!

—¿Quién pues?

—Ese hermoso jóven que tiene un chaleco de cachemira.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que me tiene inclinacion.

—¡Inclinacion?

—¡Sí, ciertamente!—¡qué admiracion! ¿Qué, tú no tienes un apasionado?

—¡Oh Dios mio, no!

—¿Qué decís, señoritas? ¡es divertido!—¡Judit no tiene un amante!

—Ya lo creo; no quiere su tia.

—¡Es verdad! ¡Ah! si yo tuviera una tia como esa....

—¡Ah! querida mia, no hableis mal de ella; es una mujer que tiene sus miras importantes y útiles, como la habriamos menester, y que para preservar á su sobrina del peligro de las pasiones, le busca un protector.

—¡Ella! ¡un protector!.... es muy tonta para eso, jamás lo encontrará.

Todo eso se decia durante los coros de la *Vestal*. Judit no perdió una palabra; no se atrevia á pedir á nadie su explicacion. Pero sin darse cuenta de ello, se sentia humillada con la idea que se tenia de ella; hubiera querido vengarse, abatir á sus buenas amigas, humillarlas á su vez. Así, cuando en la noche madama Bonnivet tomó un aspecto serio y solemne para anunciar á su sobrina que se le presentaba un protector distinguido, su primer movimiento fué de alegría.... y su tia, que estaba lejos de esperarlo, pareció encantada con eso y continuó con un aire radiante:

—Sí, mi querida sobrina, una persona recomendable bajo todos aspectos, una persona que asegura tu dicha y la suerte á tu tia; lo que es muy justo después de las penas que le han costado tu educacion y los cuidados que te ha prodigado. Aquí la tia se enjugó algunas lágrimas, y Judit, conmovida con su enternecimiento, se atrevió á preguntarle quién era ese protector y en qué habia merecido tan alta proteccion.

—Ya lo sabrás, hija mia, ya lo sabrás.... Entre tanto, todas tus compañeras van á morir de despecho.

Era todo lo que deseaba Judit; y en la noche, grande en efecto fué el rumor cuando circuló esta noticia en el salon de baile.

—¿Es posible?

—Te lo aseguro.

—No es creible....

—¡Semejante desdeñosa! ¡es muy feliz!

—¡Una figuranta, una corista!

—Mientras que yo.... ¡un primer papel!

—¡Eso es escandaloso!

—¡Es admirable! decian otras; es tan gentil!....

—¡Y tan honrada!!.... ¡bien lo merece!

En fin, jamás una alianza entre príncipes ó reyes dió lugar á tantas conversaciones y conjeturas; y sin embargo, ya no era permitida la duda, porque en la misma noche la tia habia aparecido en los bastidores con un boato magnífico.

Pero ¿quién era ese protector desconocido? No podia ser sino un banquero bien acomodado, algun gran señor muy respetable. Esto era lo que se preguntaba á Judit y sobre lo que querian que hablase. Pero todo era inútil: Judit era de una discrecion á toda prueba, y la razon principal era que Judit no sabia nada.

Tres ó cuatro dias después, Judit abandonó la portería para habitar con su tia una vivienda encantadora en la calle de Provenza, la que se componia de una recámara de buen gusto y un retrete delicioso, tan elegante, tan bien tapizado, que la tia no se atrevia á entrar en él y permanecia por gusto en el comedor ó en la cocina.... allí estaba en su elemento.—Pero en esos cuatro dias Judit no habia visto aparecer á nadie, lo que le parecia muy singular;—porque Judit carecia de educacion, pero no de talento. Su candor y su naturalidad eran de ignorancia y no de tontera; y recordando lo que habia podido comprender, adivinando una parte de lo que no comprendia.... comenzaba á inquietarse, á espantarse; hubiera querido tener á cualquier precio una amiga á quien pedir consejo.... Pero sola, ¿qué proteccion imploraria contra ese protector á quien no conocia y que ya temia?

—Es cierto que á todas las ideas que se formaba de antemano, se unian siempre las de la fealdad y la vejez;—¡tanto le habian repetido sus compañeras que no podia ser mas que un viejo gotoso, cacoquimo y mal hecho!—Tambien tembló cuando al cabo de cinco dias, corriendo su tia y sin aliento, abrió la puerta del retrete diciéndole: ¡Helo aquí!

Judit quiso levantarse por respeto...... pero sus piernas flaquearon, y próxima á desfallecer.... volvió á caer en el sofá.

Cuando al fin se atrevió á levantar los ojos, vió de pié, delante de ella, un hermoso jóven casi de veinticuatro años, de noble rostro, que la miraba con ojos tan tiernos y benévolos, que en el mismo instante se creyó salvada. Le pareció que el que la miraba así debia defenderla, ¡y que con él nada tenia que temer!

—Señorita, le dijo el desconocido con voz grave pero respetuosa..... después notando que allí estaba la tia, le hizo seña para que saliese.... ella obedeció al instante, teniendo precisamente que dar algunas órdenes para la comida.

—Señorita, estais aquí en vuestra casa; deseo que esteis bien en ella y que seais feliz. Perdonadme el que rara vez os ofrezca mis homenajes.... numerosas ocupaciones me privarán de este placer.—¡Tampoco reclamo mas que un título.... el de vuestro amigo! un derecho..... ¡el de satisfacer vuestros menores deseos!

Judit no respondió; pero su corazon, que latia con violencia, levantaba frecuentemente el percal de su pañoleta.

—En cuanto á vuestra tia..... y pronunció esta palabra con un aire de desprecio.... ahora estará á vuestras órdenes; porque entiendo que aquí vos sois la ama y que todo el mundo os obedece.... comenzando por mí.

Después se aproximó á ella, le tomó la mano, que llevó á sus labios, y viendo que aun estaba temblando, dijo:

—¿Es mi presencia la que os causa este espanto? Reponeos, ya no volveré sino cuando tengais necesidad de mí...... ¡cuando me llameis!.... Adios, Judit.... adios, hija mia.

Y partió dejando á la pobre niña en una turbacion, en una emocion que no conocia aun y que no podia explicarse. Todo el dia tuvo delante de sí la figura del hermoso desconocido, sus gran-

des ojos negros tan expresivos. Ella no le habia mirado, y sin embargo, ¡nada de su apostura, de sus modales y aun de su vestido se le escapó! creia oir todavía esta voz tan dulce, cuyas palabras estaban grabadas en su memoria. La pobre Judit, que siempre dormia tan bien, pasó esta noche sin sueño. ¡Era la primera! La mañana siguiente tenia la tez pálida, los ojos fatigados.—Y la tia sonreia.

No se podia hablar del bello desconocido sin que el rostro de Judit se ruborizase repentinamente.

¡Y la tia sonreia aun!

¡Pero él no parecia ya!—No venia, y Judit no podia llamarlo. En efecto, ¿qué tenia que pedirle?..... el aposento elegante, la mesa muy bien servida, criados y coches á su disposicion....... Nada le faltaba.... ¡Solo él!!....

Por otra parte, sus camaradas de teatro, viéndola tan bella, tan brillante, adornada con tan ricas alhajas, no cesaban de preguntarle.... Y sus preguntas le enseñaban ahora á Judit mas de lo que queria saber; así sin poderse explicar el motivo de ello, guardaba el mas profundo silencio con sus compañeras y la tia sobre lo que habia pasado entre *ella* y *él*. Le parecia, segun lo que oia en torno suyo, que habia en la conducta del desconocido algo que no era regular.... algo humillante para ella, y que por honor suyo no debia decir. Habria muerto antes que hablar de ello ó quejarse, cuando al octavo dia..... dia de gran representacion, percibió en el palco del rey á un desconocido que la miraba. Dió un grito de alegría y de sorpresa, que hizo perder el compás á un bailarin que en ese momento comenzaba una pirueta.

—¿Qué es eso?...... le dijo Natalia, una de sus compañeras, que tenia con ella una guirnalda de flores.

—¡Es él.... míralo!!....

—¡Es posible! el conde Arturo de V**, uno de los señores de la corte de Cárlos X, y además un hermoso jóven!.... No tienes de qué quejarte.... ¡Y bien! ¿qué te sucede?.... ¿vas á molestarte por un hombre que ves todos los dias?

¡Judit ya no oia nada; era muy feliz! Arturo acababa de inclinarse y de saludarla, con grande escándalo del dorado palco en que se encontraba. Fué mayor aun cuando después del baile, en el momento en que iba á subir á su cuarto, encontró en los bastidores á Arturo, que le dijo en voz alta, delante del gentilhombre de cámara que precedia á los empleados de la Opera:

—¿Quereis, señorita, permitirme que os acompañe?

—Es mucho honor para mí, balbutia Judit temblorosa, sin percibir que su respuesta excitaba la risa de sus compañeras.

—Entonces, apresuraos; os espero aquí en el teatro.

Os aseguro que Judit no tardó mucho tiempo en desnudarse; con su violencia rasgó su vestido de gasa y su calzon de seda, y madama Bonnivet, que entonces le servia de camarista (funciones privilegiadas de todas las madres y tias de teatro), madama Bonnivet tenia trabajo para seguirla en la escalera, llevando el schal de cachemira que su sobrina olvidaba. Arturo se habia quedado en el teatro hablando en un grupo de jóvenes y con Lubert, el director, á quien le recomendó á la señorita Judit. Luego que se presentó, se dirigió á ella á la vista de todos, y los dos bajaron por la escalera particular de los actores. Un elegante cupé los esperaba en la puerta, y yo no puedo explicaros la turbacion y el arrobamiento de la pobre Judit al encontrarse sentada á su lado, en ese estrecho espacio, que hacia su conferencia mas íntima aun y mas dulce. Él tuvo miedo de que ella se constipase y echó los vidrios; tomó el schal que ella tenia en la mano, lo desdobló y cubrió con él sus blancos hombros, su hermoso talle y un corazon que latia en ese momento con una emocion desconocida. ¡Ah! ¡qué hermosa estaba Judit!.... ¡qué seductora así embellecida por la dicha! Pero esa dicha no fué de larga duracion: ¡hay tan poca distancia de la calle Grange-Batelière á la calle de Provenza! ¡y luego esos hermosos caballos rucios iban tan aprisa!.... El coche paró: bajó Arturo, ofrece la mano á su compañera, sube con ella la escalera y llega á la puerta de su aposento, llama, la saluda con respeto y desaparece.

Judit pasó otra mala noche. ¡La conducta del conde le parecia tan singular! porque, en fin, podia entrar á la sala, sentarse,

hacerle una visita: es cierto que estaba poco acostumbrada á las comodidades; pero eso le parecia mas político que el que se separara de ella tan bruscamente.

No cerró los ojos en toda la noche; se levantó, se paseó en su recámara, y al amanecer, queriendo refrescarse con el aire puro de la mañana, abrió su ventana.... ¡Cuál fué su sorpresa! el coche del conde se habia quedado en la puerta.... habia pasado toda la noche en la calle..... Los caballos pateaban de frio y de impaciencia, el cochero dormia en el pescante....

—Perdon, señores, dijo el notario interrumpiéndose; el acto comienza, y yo no quiero perder nada de la ópera; he alquilado un asiento para eso.... En el entreacto que sigue.

(Continuará.)



DE LA INFIDELIDAD EN EL AMOR.

PARA las almas vulgares no existe mas que una especie de infidelidad; aquella que, en las mujeres á lo menos, no puede expiarse ni ser perdonada. Estas almas no conocen las numerosas formas bajo las cuales puede presentarse el cambio de afecciones; no saben seguir los espantosos progresos de la frialdad del corazon. Pero para el que ama con un amor verdadero y profundo, hay una especie de infidelidad en la cual no tiene parte la persona. Semejante á la ingratitud, esta se encuentra fuera del alcance de las leyes. No tenemos poder para vengarnos.

Cuando dos personas están unidas por el afecto y cuando el amor de la una sobrevive al de la otra, ¿quién podrá describir las angustias del infortunado cuyo ojo inquieto espía las últimas chispas de un fuego que se apaga, de un fuego que ya no se volverá á encender? Las mas veces sucede que el primer descubrimiento es repentino. Un corazon amante siempre está lleno de confianza; no

ve la disminucion gradual de la simpatía; su divina caridad atribuye las miradas distraidas, las palabras frias á mil causas que son la verdadera: á los cuidados; á una indisposicion, á un trastorno en los negocios; y el pobre insensato se esfuerza, redoblando su ternura, en dulcificar las penas que no ha causado. ¡Ay! ¡llegó el tiempo en que ya no tiene poder para consolar! Ha cesado de ser el único objeto de los pensamientos de aquel corazon que aun es todo para él. La costumbre ha traido su fatal é inevitable resultado: la indiferencia reina en aquel corazon, al cual se habia entregado el nuestro todo entero. Al fin, una horrorosa luz nos ilumina. Descubrimos que ya no somos amados. ¿Qué remedio hay para este mal? ¡Ninguno! Nuestro primer movimiento, el mas natural, es la cólera. Conocemos que se nos ha hecho traicion. ¡Qué precioso era para nosotros aquel ingrato ser que ahora nos abandona! ¡Cómo procurábamos defenderlo, darle abrigo contra los dolores mas ligeros! ¡Cuánto nos complacia en la soledad y en la ausencia el recuerdo de su fe y de su hermosura! ¡Y ahora, ya no nos pertenece su corazon! Entonces prorumpimos en reconvenciones llenas de desvío; nos hacemos exigentes, espiamos cada mirada, pesamos cada accion, somos desgraciados, nos fatigamos, nos ofendemos. Y sin embargo, nuestros sufrimientos, nuestros ímpetus apasionados, nuestras reconvenciones llenas de amargura y de ironía, al llamar en vano á aquellas palabras dulces que en otro tiempo las calmaban, solo sirven para apresurar la hora fatal. Son otros tantos crímenes nuevos de que nos hacemos culpables; los testimonios de nuestro infortunado amor son recogidos con cuidado y llegan á ser otros tantos motivos de que ya no se nos ame, como si pudiésemos resignarnos á una pérdida tan grande sin sentirlo, sin murmurar. ¡Ay! después de terribles convulsiones se desploma la bóveda del templo y la divinidad lo abandona. Algunas veces permanecemos mudos, con el corazon lleno de suspiros y la mirada fija en aquellos ojos frios y endurecidos que ya no deberán enternecerse por nosotros. Y nuestro silencio no tiene expresion, ha perdido su elocuencia; ya no se nos comprende y esperamos la

muerte con impaciencia para ser vengados. Casi deseamos alguna gran desgracia, alguna grave enfermedad que acerque á nosotros aquel ser que debe prodigarnos sus consuelos y sus cuidados. Nos decimos: "¡En la afliccion, en la enfermedad, no nos abandonará así!" Estamos en un error. Ya no hay abrigo para nosotros; el techo que nos cubria ha sido arrebatado de sobre nuestra cabeza; estamos expuestos á todas las borrascas. En seguida, experimentamos repentinamente un sentimiento horroroso de soledad y de peligro. Débiles niños, se nos ha abandonado en medio de las tinieblas. Hemos sido despojados por una sentencia aun mas irrevocable que la de la muerte, porque este porvenir que reune en una felicidad comun á los que mueren ó se aman, ¿reanimará aquel amor que ha perecido aun antes de que la antorcha de la vida comenzase á extinguirse?

¿Y qué vamos á hacer? Nos hemos acostumbrado ya á amar y ser amados. ¿Formaremos nuevos lazos buscando en otro corazon el afecto que se apagó en el primero? ¡Casi siempre es vano este recurso! ¿No hemos dado á aquel ser, falso y pérfido, los años mas hermosos de nuestra vida, la juventud de nuestro corazon, la flor de nuestros afectos? ¿No hemos entregado toda la cosecha? ¿qué queda, pues, que espigar? En esto consiste el crímen de la infidelidad moral. El que nos roba el amor de ÉL ó de ELLA, nos quita tambien el amor del resto del mundo. Ya no poseemos tal vez la juventud y los atractivos que podrian hacernos dueños de otro corazon. Hubo un tiempo en que no teniamos mas que escoger; ahora ese tiempo ha pasado. ¿Quién nos amará cuando declinan nuestros años del mismo modo que cuando nuestra vida estaba en su primavera? Este fué el sentimiento delicado que expresó aquella mujer á quien su marido queria repudiar y que le dijo:—"Devolvedme lo que os he traido." Y el marido, vulgar y grosero, respondió: "Vuestro dote os será devuelto." "No pienso en el dote, replicó la mujer; devolvedme mi verdadera riqueza, mi juventud y mi hermosura; devolvedme la virginidad del alma, la alegría del espíritu y aquel corazon que no conocia el pesar."

Sí; estos son los bienes de que los infieles nos despojan cuando

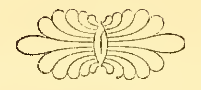
nos dicen con amarga burla que contraigamos nuevos lazos. Mientras mas largo haya sido el tiempo de nuestra fidelidad, mientras mas vivos los sentimientos que hemos sacrificado, mientras mas grandes los tesoros de afeccion y de desprendimiento que háyamos agotado, mas imposible nos será encontrar una compensacion en otra parte. Pero no es esto todo; el resto de las ocupaciones del mundo se hacen repentinamente estériles y sin atractivo para nosotros. Los negocios diarios de la vida, los placeres, las diversiones, tan monótonos por sí mismos, tenian al menos algun encanto cuando podiamos participar y hablar de ellos con otra persona. La simpatía les daba dulzura; no existiendo ya esta simpatía, son nada, menos que nada para nosotros. La conversacion nos parece el sonido de un organillo y la sociedad una galería de cuadros. La ambicion, el trabajo, los grandes proyectos de la vida cesan de animarnos en el mismo instante. Porque, en fin, ¿qué era lo que nos hacia agradable el trabajo, impeliéndonos á correr tras las quimeras de la ambicion? ¿no era la esperanza de ver que el fruto de nuestros esfuerzos se reflejase en un ser identificado con nosotros mismos? Y ahora ya no existe este ser. Por otra parte, y esta consideracion es mas nueva, ¿no es verdad que se necesita cierta calma, cierta libertad de espíritu para hacer grandes esfuerzos? Tranquilizados con la posesion del objeto que nos es mas querido, podemos dirigir la vista al porvenir con alegría y tranquilidad; la certeza de encontrar, en caso de que salgan fallidos nuestros proyectos, un tesoro inagotable del que nadie podria privarnos, hace que seamos atrevidos y emprendedores. Ahora, por el contrario, todos los objetos toman para nosotros el tinte de nuestra desesperacion; el amor propio, ese aguijon tan necesario para la gloria, está humillado y abatido. Nuestro orgullo ha recibido una herida cruel. No nos sentimos capaces de ningun ímpetu vigoroso, y aun nos asombra lo que en otro tiempo emprendiamos.

Pero esta cruel traicion produce otro resultado aun mas duradero. Nuestra confianza en la naturaleza humana se debilita; ya no experimentamos el mismo entusiasmo crédulo por el bien; no creemos, no esperamos ya en la fe de los otros hombres; las co-

lumnas del mundo moral nos parece que vacilan. Si el ser á quien hemos adorado y servido, que nos conoció en nuestros mas bellos años, á quien hemos presentado nuestras ofrendas diarias, colocándolo en el pliegue mas profundo de nuestro corazon, y por quien hábriamos combatido con el mundo entero si el mundo se hubiese atrevido á atacarlo; si este ser ha podido engañarnos, ¿quién nos será fiel?

Sin embargo, al fin comenzamos á acostumbrarnos á nuestro destino. Nuestro orgullo se endurece, y viene la indiferencia. Al dejar de ser amados, dejamos de amar á nuestra vez. Las estaciones prosiguen su curso; todos los otros sentimientos tienen su flujo y su reflujo. La ambicion puede cambiarse en apatía, la generosidad en avaricia; podemos olvidar largos resentimientos, honrando con nuestra amistad á enemigos antiguos; pero el amor que hemos perdido no se renueva jamás. En aquel vacío espantoso del corazon no se eleva ya el templo ni el jardin; el sentimiento que reemplaza al amor, bien sea odio, desprecio ó indiferencia, ese sentimiento dura hasta el fin. Y cambiados perpetuamente para un individuo, ¡cuántos de nosotros no cambiarán tambien perpetuamente para el mundo, y ya no son tan joviales, ni tan benévolos, ni tan celosos en servir, ni tan incrédulos para el mal como lo eran antes! El diluvio de la pasion se ha secado ya, la tierra recobra su verdor; pero nosotros estamos en un mundo nuevo, y este mundo nuevo no es mas que la tumba del antiguo.—E. L. Bulwer.

(Traducido para la Camelia.)



LOS PLACERES DEL BAÑO.

Del límpido arroyuelo
Las aguas cristalinas
Murmuran blandamente
Süaves y tranquilas.

La aurora deliciosa
Su rosicler envia,
Preludiando alegre
Una mañana linda.

Los pájaros ligeros
En su algazara viva,
Festivamente anuncian
Dulcísima alegría.

La esfera azul, etérea,
Refléjase divina
En los cristales diáfanos
De la corriente nítida.

El matutino ambiente
Las ondas mil agita,
Besándolas gustoso
Con tímidas caricias.

Frescura embalsamada
En el vergel domina,
Que sus ligeras alas
Lleva la dulce brisa.

Del lecho sale el hombre
Cubierto de fatiga,
Del sueño despertando
De la noche sombría.

Tras perezoso sueño
Y horrible pesadilla,
Sus agitados miembros
Reparacion ansían.

Su calurosa frente
Sudor frio destila,
Y sus robustas formas
Parecen adormidas.

Al ver el arroyuelo
Su corazon palpita,
Serénase su frente
Y su cuerpo se anima.

Coloso, de los mares
Su poder desafía,
Que su elemento es el agua,
¡Las aguas argentinas!

Se arroja denodado
En la corriente límpida,
Flotando en una atmósfera
Que el corazon reanima.

¡Aquí están los placeres,
Aquí la dulce dicha!
¡La dicha que no cansa,
El goce que no hastía!

Del nadador el cuerpo
Raudo se precipita,
Y cruza mansamente
De la una á la otra orilla.

¡Qué lentos los instantes
Dentro del agua giran!
¡Qué dulces son las horas
En medio las delicias!

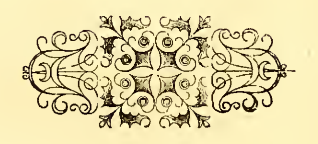
Allí la fuerza hercúlea
Por grados se aniquila;
Después de agitaciones
Quedando va rendida.

Por fin el hombre deja
El agua apetecida,
Grato sopor le embriaga
Y goza nueva vida.

Sobre el fragante césped
Su cabeza reclina,
Y un sueño de quimeras
Gustoso participa.

Y con tan gratos sueños
El hombre se eterniza;
¡Felices los que gozan
De tan vehementes dichas!

Méjico, 1853.—José Rivera y Rio.



EL POETA.

¿Quién es?.... ¿Adónde va?—Su fatigosa marcha va revelando la ansiedad mas profunda, y sin embargo, no dice quién es, no aclara el enigma; ni siquiera dice el objeto de su viaje.

Por eso el equívoco juicio del mundo da á conocer la dificultad de comprenderlo.

Para la sociedad en general es un loco; para la alegre y bulliciosa orgía un estúpido juglar; para las mujeres un entretenimiento inocente.

¿Ese es el poeta, ese es el peregrino que ni en la noche descansa, á pesar de que en el dia cierra sus soñolientos párpados ávidos de quietud, de tranquilidad reparadora?

¿Ese, ese es el que desvela al perezoso mundo con su monótono cantar; buho de las sombras, vampiro de las tinieblas?

¡Infeliz cosmopolita que no conoce mas tierra que el arrabal en que vertió la lágrima primera!

¿Será tal vez porque su errante camino lo emprende siempre con los ojos cerrados?....

¿Será porque no marcha y los pasos que cree marcar son ilusorios?....

Si tal es, bien dice la sociedad, es un loco.

Y si camina durmiendo y entregado á sus ensueños de felicidad, es un estúpido.

Además: ¿por qué se queja si su vida es reposada? ¿y por qué

llora si disfruta del aspecto variado de las selvas y de las llanuras, que hace olvidar al hombre mas sensible sus callados tormentos y sus importunas desgracias?

¿Serán sus quejas una ficcion ó la expresion de su delirio continuo?

¿Qué busca el poeta?—¿Una mujer?—¿Por qué desprecia á todas, por qué se convence de la inconstancia de la especie humana, de la perfidia del corazon?

¿Por qué se atreve á decirlas que sus encantos son escoria, su hermosura un veneno que gusta el infeliz bardo en el aromático cáliz de la gentil y gallarda azucena?

¿Por qué las huye? ¿Por qué las abandona?

Y sin embargo, él habla de amores; él sabe conmoverse hasta con el suave roce de la purpurina seda. Sabe estampar sus tiernos ósculos en la árida tierra hollada por el arcángel de la creacion.

¿Puede esto concebirse, puede juzgarse que haya razon en el alma de ese voluble ser, de ese ente contradictorio?

El poeta alza los ojos al cielo y siente ensancharse su corazon con la sola meditacion, con el solo raciocinio de su mente, que le revela que allí está su Creador y allí tambien una mansion futura para su alma.

Mas este hombre, si tal puede llamarse, sabe atentar contra sus dias, olvida su fe y ni piensa en un Dios que pudo crearle, ni en otra vida ni en otro porvenir. ¡El poeta, que es profeta de la fe y entusiasta adorador de la esperanza, es exaltado amigo de la desesperacion; á ella se entrega como la única tabla de naufragio!

El poeta se rebela contra la Omnipotencia y le dice cual ángel rebelde: "No necesito de tus bienes."

¡El poeta llora y consuela al mundo!

El poeta jamás sonríe, y sin embargo, hace verter estrepitosas carcajadas á las turbas de generaciones que le suceden.

El poeta es miserable, y sin embargo, lleva la gloria en sus sienes: los harapos que lo cubren son venerados como el talisman de la inmortalidad por los déspotas imperantes de la tierra; El oro

y la púrpura alfombran su camino. El, sin embargo, que nunca ve la tierra no distingue en sus triunfos esa mutacion sorprendente; de manera que al pisar la gloria de los grandes, solo siente las espinas que han sido esparcidas por un maléfico ser en su inmenso camino.

Por eso, aun en aquellos alegres momentos destilan sangre sus descalzos piés.

El poeta es paralítico, y sin embargo, sabe traspasar los límites de la inmensidad en su rápido vuelo.

Es ciego; mas con todo, mira las cosas al través de la niebla de la vanidad, del orgullo y de la locura.

Es el hombre de las amargas experiencias y los infortunios, y sin embargo, es niñe: las maravillas del mundo corpóreo le afectan de la misma suerte que al idiota ó al inocente.

Estos distintivos bastan para no equivocarlo con la caterva miserable del mundo, y sobre todo, para ver en él combinado el amalgama misterioso formado de la OMNIPOTENCIA y el INFORTUNIO.

Estos son los elementos innatos de su alma, que entran en pugna para engrandecerla ó para destruirla: ocasiones hay en que la miseria vence; pero su truinfo solo brilla como el relámpago durante la agonía del poeta; que tras su muerte, por mas que haya sido olvidada y oscura, viene una luz que no apagan ni las húmedas ráfagas de la hedionda sepultura que guarda sus restos. ¡Luz que no vela el sepulcro de los magnates de la tierra! ¡Luz á la cual doblan sus rodillas y queman sus inciensos sus mas terribles adversarios! Porque aquella luz es el faro inextinguible de la inmortalidad que anuncia al genio errante y perseguido el puerto de la calma.

¿Qué importa que el poeta sea burlado de todos si cual el gusano ingenioso sabe labrarse un capullo donde se encierra para después salir ufano y orgulloso, batiendo sus leves alas, glorioso de haber vencido á la inmortalidad?

El poeta durante su vida mendiga sus riquezas, cual el poeta marino ofrecia su mundo, como el soldado oscuro el éxito del triunfo.

¡Conoced al poeta y respetadlo!

No le engañeis: consolad sus desgracias, que ellas son temporales, menos duraderas aun que nuestro orgullo; y ese á quien ahora befais no podreis resistir sus elocuentes miradas el dia glorioso de su renacimiento. El sabe confundirse en sus cenizas y trocarse por el ave mas encantadora.

No hagais mas duro su camino de padecimientos; consagradle vuestra candidez, vuestro amor y vuestra ternura, pues él lleva el genio: doblegaos á sus plantas, y no al perfume del imbécil sibarita.

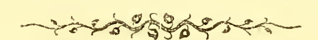
Amadle, que él es incapaz de burlarse de vuestras gracias ni de marchitar vuestra delicada pureza.

El solo debe ser el objeto de vosotras, vírgenes adoradas; pero no virtais en su cáliz el amargo veneno con que sabeis emponzoñar la vida humana, porque la expiacion de vuestro crímen no podria compararse con las torturas del infierno.

El no puede, porque solo para la maldad es impotente, daros un momento de dolor.

El es el único que ama á la mujer con el amor que merece; él es el solo, pues sabe trasladarse al empíreo, que conoce á los verdaderos arcángeles!....

José Rivera y Rio.



MISTERIOS DEL CORAZON.

¡Pobre mujer! Mi corazon se oprime
Cuando de amores con placer me hablas,
Y de ternura y de entusiasmo llena,
Mi frente mustia cariñosa halagas.

¿Por qué tu amor indefinible y puro
Para otro ardiente corazon no guardas?
Yo no puedo jamás con mis caricias
Corresponder á tu amorosa llama.

Es imposible que perjuro sea.....
Y antes me falte la divina gracia,
Que mis suspiros y mi fe constante
Al ángel bello de mi amor faltaran.

¡Pobre mujer! Tu situacion comprendo.....
Esa sonrisa que en tus labios vaga
Hiel destilando de tu pecho ardiente,
Es un reproche que á mi frente lanzas....

Y bien.... no puedo aunque quisiera ufano
Decirte, Lola, que mi pecho te ama,
Porque otra imágen inefable y pura
Llevo en mi triste corazon grabada.

Y sin embargo, te confieso, Lola,
Por si mi amargo padecer te basta
Para calmar tu situacion violenta,
Que la mujer que mi cerebro inflama,

Que me enloquece con su voz sublime
Y que insensible tras de sí me arrastra,
Mi amor ardiente con desprecio mira
Cuando por ella el corazon se abrasa.

Y no es lo mas, sino que tengo celos,
Celos horribles que mi tumba cavan,
Porque en el fondo de mi pecho hierven
Y me emponzoñan sin cesar el alma.

Tú bien comprendes lo que sufro, Lola,
Pues mil suspiros dolorosos lanzas
Por el que necio tu pasion desprecia
Y vive amando á quien su amor rechaza.

Escucha, pues, mi desventura horrible,
¡Pobre mujer, que me destroza el alma!
Y dime al punto si llorar no debo
De negra angustia y de impotente rabia.

Amo á una jóven candorosa y bella,
Como las aves los pensiles aman
Cuando el sol puro en el Oriente asoma
Y el cielo tiñe de carmin y gualda.

La adoro, sí, como la flor naciente
Que sobre el tallo con orgullo se alza,
El blando soplo de la brisa adora
Que su corola purpurina halaga.

Yo la amo, en fin, con la pasion sublime
Con que en la gloria los querubes aman
Al que hizo el sol y las estrellas hizo
Y el mundo mueve de su regio alcázar.

Pues bien, mujer, el querubin hermoso
Que mis angustias y tormentos causa,
Ama á Gustavo con el mismo exceso
Con que yo la amo y con que tú me amas.

Pero el imbécil su pasion desprecia,
Pues encantado de tu aspecto y gracia,
Contigo sueña y rencoroso envidia
El tierno amor que me profesa tu alma.

¿Por qué, mujer, tu corazon de fuego
A ese Gustavo venturoso no ama,
Y el ángel bello que mi pecho adora
Por qué no cura mis terribles ansias?

¿Por qué á Gustavo, que penando vive
Por un suspiro que le niega tu alma,

No olvida alegre la que yo idolatro
Y en los suspiros de mi amor se abrasa?

¿Y tú, por qué si mi tibieza miras,
De tu inocente corazon no arrancas
La tosca imágen de mi ser maldito,
Que viste en hora por tu mal infausta?

¿Por qué, en fin, yo que la indolencia veo
De ese querub que mi destino marca,
No me abro el pecho, y mi sangrienta mano
Busca su imágen y de allí la saca?

....
....
....
....

Seria lo mismo que privar al mundo
De los perfumes que la flor exhala,
Del sol que puro en el zenit brillando,
Lo mas oculto de la tierra baña.

¿Y quién comprende la razon segura
De tal capricho? ¿Ruborosa callas?
¡Pobre mujer, tu corazon desgarras,
Mas yo tambien me despedazo el alma!

Razones hay de comprension difícil,
Misterios hay que á descifrar no alcanza
Ni el que atrevido conocer ostenta
Los sentimientos de la especie humana.

Mayo de 1853.—Julian Montiel.



JUDIT,

ó el

PALCO DE LA OPERA.

NOVELA CONTEMPORANEA.

(CONTINÚA.)

III.

AL dia siguiente, Judit abrió la ventana muy temprano.—El coche del conde estaba en la puerta.

Era evidente que lo enviaba casi todas las noches. ¿Con qué objeto? No podia adivinarlo....... En cuando á pedirle la explicacion de ello, jamás se habria atrevido.—Además, casi no lo veia mas que en la noche de los dias de ópera, en un palco segundo que habia alquilado para todo el año.—No iba ya al teatro, no le proponia acompañarla. ¿Cómo verlo?..... ¿Qué hacer?....

Felizmente para ella, se le hizo una injusticia.... Sus compañeras la creyeron abandonada.—Escribió al conde, diciéndole que tenia que pedirle algo y le suplicaba que pasase á su casa.—Esta carta no era fácil escribirla; así es que Judit empleó en ella un dia entero; la comenzó muchas veces, é hizo mas de veinte borradores, los que tenia en la bolsa de su vestido, y probablemente dejó caer alguno que levantaron, porque en la noche oyó á algu-

nos jóvenes abonados de la orquesta, divertirse con una carta sin ortografía que acababan de encontrar y que se pasaban de mano en mano.—Eran dignas de oirse sus jocosas exclamaciones, sus comentarios satíricos, sus crueles chocarrerías sobre ese billete sin firma, cuyo autor no conocian, pero que querian insertar á otro dia en un periódico, como modelo del género epistolar de los *Sevigné* del baile.

¡Cuál fué el espanto y suplicio de Judit no esperando caer en el ridículo, sino pensando que todas esas burlescas reflexiones las haria el conde á la lectura de su carta, que después habria querido volver á tener en su poder á precio de toda su sangre! Así es que estaba mas muerta que viva cuando Arturo entró al dia siguiente en su retrete.

—Heme aquí, mi querida Judit; acudo luego que he recibido vuestra carta.—Y esa fatal, esa horrible carta, la tenia aun en la mano.—¿Qué me quereis?

—Lo que quiero.... señor conde.... no sé cómo decíroslo.... pero ese billete.... puesto que lo habeis leido..... si habeis podido leerlo....

—Muy bien.... hija mia, respondió el conde con una ligera sonrisa.

—¡Ah! exclamó Judit con desesperacion, ese billete os prueba que soy una pobre niña sin talento, sin educacion, que tiene vergüenza de su ignorancia y que querria salir de ella..... pero ¿qué hacer.... si no venís á mi socorro.... si no me ayudais con vuestros consejos y con vuestro apoyo?....

—¿Qué quereis decir?....

—Dadme maestros y vereis que no me falta dedicacion; vereis si me aprovecho de sus lecciones.... Trabajaré dia y noche.

—¿En la noche?

—Vale tanto emplearla en estudiar como en no dormir.

—Dios mio, ¿y por qué no dormís?

—¿Por qué? dijo Judit ruborizándose; porque tengo una idea que me atormenta sin cesar.

—¿Y qué idea es esa?....

—La que debeis tener de mí.... debeis despreciarme, consi-

derándome indigna de vos.... Y teneis razon, prosiguió vivamente, me veo tal cual soy.... me conozco.... y querria, si es posible, no ruborizarme ya á vuestros ojos ni á los mios.

El conde la vió con admiracion y le dijo:

—Os obedeceré, mi querida niña; haré lo que me pedís.

Al dia siguiente Judit tenia un maestro de ortografía, de historia y de geografía. Era de ver con qué ardor estudiaba; y su juicio, su talento natural, que solo necesitaban cultivo, se desarrollaron con increible rapidez.

Por Arturo habia amado el estudio, y ahora lo amaba por ella misma. Era su mas agradable pasatiempo, su consuelo y el olvido de todos sus pesares. Ya no iba á la sala de baile ni á los ensayos; pagaba las multas por quedarse en su casa trabajando, y sus compañeras decian: Judit está entregada á sus amores; no se le ve ya, pierde su posicion.... Es una gran tonta.

Y Judit redoblaba sus esfuerzos diciendo: muy pronto seré digna de él, muy pronto verá que estoy en estado de comprenderlo, podrá juzgar de mis progresos. Vana esperanza; cuando el conde estaba allí, Judit, desconcertada y temblorosa, no tenia ya memoria; todo lo habia olvidado. Cuando le preguntaba sobre sus estudios, respondia todo al revés, y el conde decia: "La pobre niña tiene muy buenos deseos, pero poca facilidad." Lo que ella habia ganado con su ciencia, era conocer cuán necia y ridícula debia parecerle. Esta idea la hacia mas tímida aun y mas torpe y comprimia las expansiones de su alma, tan natural y tan tierna. Tambien el conde rara vez la visitaba. De cuando en cuando pasaba por la noche media hora con ella; pero cuando daban las doce se levantaba!.... Entonces y sin dirigirle ningun reproche, Judit solo le preguntaba con una voz suave é inquieta:

—¿Cuándo os volveré á ver?

—Os lo diré en la ópera.

Y he aquí cómo:

Casi cada tercer dia estaba en su palco de los segundos, y cuando le era posible pasar en la mañana siguiente algunos instantes con Judit, llevaba negligentemente su mano derecha á la oreja; eso queria decir: "Iré á la calle de Provenza."

Y entonces Judit lo esperaba todo el dia; no recibia á nadie, aun alejaba á su tia para entregarse enteramente al placer de verle.

A pesar de la reserva del conde, ella habia hecho un descubrimiento, y era que tenia un pesar profundo que lo devoraba.— ¿Cuál era ese pesar? no se lo preguntó. Y sin embargo, ¡hubiera sido tan feliz afligiéndose con él!..... No se atrevia á esperar esa dicha, pero participaba de sus penas sin conocerlas; ella estaba triste por su tristeza. Muchas veces le dijo el conde:

—Judit, ¿qué teneis? ¿cuáles son vuestros pesares?

Si hubiera tenido valor, debia haberle contestado: "¡Los vuestros!"

Un dia la acometió una horrible idea; se dijo con espanto: ¡ama á otra! sí, sí, es seguro, ama á otra! Pero entonces, ¿por qué toma una querida de la Opera?.... Como capricho..... como objeto de moda.... como un juguete que ha comprado sin verlo y sin conocerlo.... Pero entonces, ¿por qué....

Levantó los ojos hácia el espejo, ¡y Judit era tan jóven, tan bonita!.... Quedó sumergida en sus reflexiones.

La puerta de su retrete se abrió bruscamente y se presentó Arturo: venia con una extraña turbacion.

—Señorita, le dijo vivamente, vestíos; vengo por vos para que me acompañeis á las Tullerías.

—¿Es posible?

—Sí, el tiempo es soberbio; hay un sol magnífico. ¡Todo Paris estará allí!

—¡Y quereis llevarme! exclamó Judit encantada: porque jamás habia salido el conde con ella, jamás le habia dado el brazo públicamente.

—¡Ciertamente.... os conduciré allí á la vista de todos, y por la calle real! exclamó el conde paseándose con agitacion.... Vamos, madama Bonnivet, dijo bruscamente á la tia, que entraba en ese momento en el retrete, vestid á vuestra sobrina; ponedle lo que tenga mas elegante, mas nuevo, mas rico!

—Gracias al cielo y al señor conde, no nos faltan bonitos adornos.

—Bueno, bueno..... despachaos.... estamos de prisa.

—Vamos, vamos, el señor conde está de prisa, dijo madama Bónnivet disponiéndose á quitar el traje á su sobrina.

Judit se ruborizó y le hizo seña de que allí estaba Arturo.

—¿Qué importa? ¿Nos hemos de molestar por el señor conde? y antes que Judit hubiera podido oponerse, el vestido estaba ya desabrochado.

La pobre niña, turbada y fuera de sí, no sabia cómo sustraerse á las miradas de Arturo.

Pero ¡ay! su pudor se inquietaba inútilmente, Arturo no la veia; entregado en un todo á una idea que parecia excitar su despecho y su cólera, se paseaba precipitadamente en el pequeño retrete y acababa de tropezar con un jarron que se estrelló en el suelo.

—¡Ah, qué desgracia! exclamó Judit, olvidando en aquel momento el desórden de su tocado.

—¡Porcelana del Japon! dijo la tia desesperada, lo menos valia quinientos francos!

—¡No, pero venia de él!!

—Y bien, ¿estais pronta? dijo Arturo, que ni siquiera esta reflexion habia escuchado.

—Al momento. Tia mia, mi schal.... mis guantes....

—Y vuestra manteleta, dijo Arturo; la olvidais y hará frio.

—No lo creo así.

—Con efecto, dijo la tia tocando la mano de su sobrina; ¿si tendrás calentura? seria mejor que no salieses.

—No, tia mia, exclamó vivamente Judit; nunca he estado tan buena como hoy.

El *coupé* estaba á la puerta; montaron y atravesaron juntos los baluartes. ¡Juntos!! ¡á la mitad del dia!! Judit no cabia en sí de gozo; habria querido que todo el mundo la viese.... y para colmo de ventura, notó en la calle de la Paz á dos de sus camaradas, á quienes saludó con toda la gracia que da la felicidad.... ¡dos primeras bailarinas que aquel dia iban á pié!

El coche se detuvo en la esquina de la calle de Rivoli. Judit tomó el brazo del conde y los dos se dirigieron á la calle de la

Primavera. Era un dia en que toda la poblacion de Paris se habia citado allí; la multitud era inmensa.

En un momento, Arturo y su compañera, fueron el objeto de la atencion general. Eran tan bellos los dos, que era imposible dejarlos de ver. Todos se volteaban diciendo: ¡Qué bonita pareja! ¿quiénes son?

—Es el jóven conde Arturo de V***.

—¿Se ha casado?

Judit se estremecia al oir esta palabra, experimentando un sentimiento de placer y de pena que no pudo explicarse.

—No, ciertamente no; dijo con aire desdeñoso una señora ya anciana, que llevaba en los brazos un perrito de Viena, y que iba seguida por dos criados con magníficas libreas; no en verdad, el conde Arturo no se ha casado, monseñor su tio no lo sufriria.

—¿Quién es, pues, esa hermosa jovencita...... acaso su hermana?

—Le haceis una injuria..... es su querida.... una actriz de la Opera.... segun creo.

Felizmente Judit no oyó el discurso de la viuda, porque en ese momento el baron de Blangy, que iba detras de ella, decia á su hermano el caballero:

—¡Es Judit!

—¿De la que está enamorado Arturo?

—Ha perdido la cabeza.... y se arruina por ella.

—Tiene razon, querria estar en su lugar; ¡mira que bonita es!

—¡Qué aspecto tan noble! ¡qué encantadora fisonomía!

—¡Y qué elegante y gracioso talle!

—Cuidado, te vas á enamorar......

—Es un hecho.—Ven, ven á verla mas de cerca.

—Si podemos; porque hay una multitud en rededor suyo.

Y la multidad repetia estos propósitos y Arturo los oia á su vez...... Las jóvenes, viendo el aire modesto de Judit le perdonaban que fuera tan bonita, mientras que los jóvenes, contemplaban á Arturo con ojos envidiosos, y se decian: ¡qué felices!!!

Entonces por primera vez vió á Judit como debia mirarse,—y

se sorprendió de encontrarla tan bella.—El paseo, el aire libre, y sobre todo la dicha de oírse elogiar, habian animado sus mejillas con nuevo brillo, y dado á sus ojos una expresion y un encanto indefinibles; y además tenia diez y seis años, amaba y le parecia que era amada!.... ¡Cuántas razones para estar bella! ¡Así es que el triufo de Judit fué completo, fué inmenso! La multitud la acompañó hasta el coche. Poro entonces, cuando vió á Arturo fijar en ella una mirada de ternura,—¡todos sus triunfos desaparecieron, los elogios de la multitud se olvidaron, y entró á su casa diciendo: ¡Qué feliz soy!

Al levantarse Judit el dia siguiente, recibió dos cartas.—La primera era del baron de Blang, que mucho mas rico que Arturo, le ofrecia su amor y su fortuna.—Judit ni aun tuvo la idea de enseñar esta carta ni á su tia ni á Arturo.—Al quemarla no creyó hacer el menor sacrificio.

La segunda carta tenia otra firma, que Judit leyó dos veces, no pudiendo creer lo que veia.—Pero no habia medio de dudar, estaba firmada por el obispo de ***, y estaba concebida en estos férminos:

"Señorita:

"Ayer habeis aparecido públicamente en las Tullerías con mi "sobrino el conde Arturo, y colmado así la medida de un escán-"dalo cuyas consecuencias son incalculables.

"Aunque Dios ha permitido, que todo sea desconcertado por "la impiedad de los hombres, tenemos medios para castigar vues-"tra audacia. Os declaro, señorita, que si no poneis fin á seme-"jante escándalo, tengo suficiente crédito con el ministro de la "casa real para que se os aleje de la Opera.—Si al contrario, "abandonais al instante á mi sobrino, os ofrecemos, porque el fin "santifica los medios, dos mil luises y el perdon de vuestras cul-"pas, etc., etc."

Judit quedó anonadada al leer esta carta, luego se reanimo, consultó su corazon, reunió todas sus fuerzas y respondió así:

"Monseñor,

"Me tratais muy cruelmente, y sin embargo podria atestiguar "delante de Dios que nada tengo que reprocharme. Así es, os "lo juro.... pero muy poco merezco por ello; todo el mérito per- "tenece al que me ha cuidado y respetado.

"Sí, monseñor, vuestro sobrino está inocente de todos los erro- "res de que lo acusais, y si se ofende al cielo amando con toda "el alma, es un crímen de que yo soy culpable, pero del que él "no es cómplice.

"He aquí pues la resolucion que he tomado.

"Le diré, por vos, monseñor, lo que por mí no me habria atre- "vido á decirle.... el cielo me dará fuerzas.... le diré.... Ar- "turo, ¿me amais? Y si, como lo creo, como lo temo, me respon- "de: No, Judit, no os amo; os obedeceré, monseñor; me alejaré "de él, no lo volveré á ver jamás, y entonces, así lo espero, me "estimareis bastante para no ofrecerme nada y para no añadir la "humillacion á la desesperacion.... Esto último.... bastará "para morir.

"Pero si el cielo, si mi ángel bueno, si la felicidad de mi vida "quisiesen que me respondiera: ¡Os amo!.... ¡Ah! es muy ma- "lo lo que voy á deciros y vais á agobiarme, justamente con vues- "tros reproches y vuestras maldiciones; pero, monseñor, no hay "poder en la tierra que pueda impedirme ser suya, sacrificarle "todo.... Arrostraré todo, aun vuestra cólera.... porque des- "pués de todo, ¿qué me produciria? la muerte; y ¿qué importaria "morir,—si habia sido amada?

"Perdon, monseñor, si esta carta ha podido ofenderos.... es "de una pobre niña sin conocimiento del mundo y de sus deberes, "pero que encontrará acaso á vuestros ojos alguna disculpa, en "su ignorancia, en la franqueza de su corazon, y sobre todo, en "el profundo respeto, con la que tiene el honor de ser, monseñor, "etc."

Escrita esta carta, Judit la ocultó, la envió sin hablar á nadie, y decidida desde ese momento á saber su suerte, esperó con impaciencia la próxima visita del conde.

Era noche de ópera. Estaba en el teatro, mirando si aparecia en su palco de los segundos y si le hacia la seña convenida.

Esa noche Arturo vino muy tarde, pero parecia sombrío y preocupado. No veia del lado del teatro y no hizo seña alguna á Judit, que se desesperó. Fué necesario esperar al dia siguiente.

El dia siguiente, era miércoles, fué mas feliz. Le dirigió de lejos el signo que le indicaba la cita, y Judit se dijo: Mañana por la mañana vendrá, mañana sabré mi suerte.

Pero en la mañana llegó el lacayo del señor conde, anunciando que su amo no tenia un instante suyo en el dia, y que vendria en la noche bastante tarde á cenar con la señorita Judit.

Cenar con ella á solas, jamás habia hecho eso, él, que la dejaba antes de media noche.—¿Qué queria decir eso? La tia lo encontraba muy claro; Judit no queria comprenderlo.

A las once de la noche estaba ya preparada por madama Bonnivet, la mas exquisita y delicada cena. En cuanto á Judit, no veia nada, no escuchaba nada; esperaba.

¡Esperaba! todas las facultades de su alma se encerraban, se reasumian en esta idea!....

¡Pero dieron las onee y media, las doce, y Arturo no llegaba!

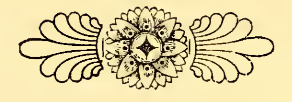
¡Toda la noche pasó, no vino y todavía esperaba!

Ni el dia siguiente, ni los dias subsecuente pareció Arturo.... ¡No recibió ninguna noticia, no lo volvió á ver ya!

¿Qué significaba esto? ¿qué le habia sucedido?

—Señores, dijo el notario interrumpiéndose, se alza el telon: la continuacion será en el entreacto siguiente.

(Continuará.)



GEOGRAFIA.

LECCION SÉTIMA.

ESPAÑA.

YO.—Vamos á ocuparnos, señoritas, de un país cuyo estudio es uno de los mas agradables. España, la poética España, con su Guadalquivir y su Granada con sus caballeros y sus trovadores, cuna de los mas esclarecidos ingenios y que tan cerca está de nosotros por el idioma y por las costumbres, hace que insensiblemente se entregue uno con gusto al estudio de tan bello país.

CONSUELO.—Tiene usted razon; basta leer á Zorrilla, y sobre todo su poema de Granada y sus leyendas, para que uno se sienta con los mas vivos deseos de conocer, aun que sea de oidas, los parajes donde tuvieron lugar los acontecimientos que aquel poeta refiere.

CÁRMEN.—Y además, la mayor parte de las escenas que vemos en el teatro pasan en España, y naturalmente se despierta la curiosidad; al menos á mí así me sucede.

CONSUELO.—Hay otra cosa; enlos dramas históricos figuran algunos personajes que el autor supone bastante conocidos de todos; yo muchas veces no tengo esa fortuna y resulta que no comprendo enteramente el argumento ni le tomo todo el gusto que debiera.

YO.—Sin querer ha dado usted una demostracion de lo útil que es al bello sexo el estudio de algunos ramos de literatura pa-

ra tener una diversion completa; por supuesto hablo de las señoritas que, como ustedes van al teatro á ver la representacion. Y como un ejemplo entre muchos pondré el drama titulado, "Traidor, inconfeso y martir." Sin ofender á las personas que vieron este drama puedo asegurar que muchas de ellas no lo comprendieron.

Consuelo.—Yo por ejemplo; no sé quien fué el rey don Sebastian, y por lo mismo no comprendí claramente el motivo de la prision de Gabriel, ni los otros pormenores.

Yo.—Y restrigiéndonos á España citaré el drama "Don Francisco de Quevedo." ¿Recuerdan ustedes el papel escrito con sangre y firmado por Villamediana, que en poder del conde–duque fué una arma terrible contra la reina?

Consuelo.—Sí, señor, y por cierto que el tal papel hace un *papel* importante en el drama.

Yo.—Pues bien, ¿sabe usted quién fué Villamediana, y por qué escribió la carta en cuestion con todo lo demás que de ello resultó?

Consuelo.—No, señor.

Yo.—Y por consiguiente, no se divirtió usted tanto como debia. Pero advierto que nos separamos de nuestro objeto; iba á hacer á ustedes un compendio de la historia de España antes de pasar á la descripcion de este bello país.

Consuelo.—Pues ya estamos prontas á escuchar á usted.

Yo.—Nada se sabe de España hasta la llegada de los fenicios, que fué 1600 años antes de Jesucristo, é instalándose allí la poseyeron tranquilamente. Vinieron después los cartagineses, que auxiliares al principio de los fenicios concluyeron por arrojarlos enteramente de España, estableciéndose ellos el año 230 antes de Jesucristo. Roma era entonces poderosa y temible; rival de Cartago, quiso despojarla de su nuevo territorio. Escipion, general, de los romanos, y Anibal, general de los cartagineses se encontraron y Roma quedó dueña de la Península. Pero el año 409 de la era cristiana, las tribus del Norte cayeron sobre los países meridionales. Trabáronse entre los bárbaros guerras san-

grientas, que los obligaron á repartirse las provincias de España; pero al fin los godos quedaron casi esclusivamente dueños de ella. La tribu goda se dividió en dos secciones: la que se estendió por la parte oriental de Europa se distinguió con el nombre de ostrogodos; y la que invadió la occidental con el de visigodos. A esta pertenecieron los reyes de que voy á hablar á ustedes, usando del nombre genérico de godos. Ataulfo fué su primer rey. Asesinado cuando comenzaba á realizar desde Barcelona sus deseos de hacer feliz á la monarquía goda, dejó el trono á Sigerico. Este belicoso rey, así como sus sucesores Walia y Teodoredo, intentaron en vano sustraer completamente á España del yugo Romano. Turismundo y Teodorico vinieron después abrigando el mismo proyecto, pero tan desgraciados en este punto como sus antecesores, nada pudieron conseguir. Eurico subió al trono después de la muerte de Teodorico, y comenzando por lanzar á los suevos de Galicia y Lusitania el año 466, cayó después sobre los romanos y les hizo perder todas las provincias que poseyeron tranquilamente por espacio de 700 años. Aquel animoso guerrero mostró que tambien era sabio legislador y dió principio á un código de leyes nacionales, perfeccionado después por Leovigildo. A Eurico succedieron Alarico su hijo, Gesalico, Amalarico que perdió la batalla de Narbona contra los francos, Teudis, en cuyo tiempo invadieron la España Childeberto y Clotario reyes de Francia; á Teudis succedieron Tendiselo, Agila Atanagildo, y por fin, Liuva I. El arrianismo era la religion dominante de la monarquia goda, y el catolicismo era tal vez tan perseguido como en Roma. Leovigildo, hermano de Liuva, fué asociado por este al trono; tenia dos hijos, Hermenegildo y Recaredo; el primero profesaba la religion católica, y considerando su padre que tal vez esto seria un obstáculo para el engrandecimiento de España, intentó hacer abjurar á su heredero la ley de la Iglesia. Empleo primeramente los ruegos y la conviccion, pero viendo que esto no era suficiente para obligar su firmeza, lo mandó degollar, y es el mismo que hoy veneramos en los altares. Murió Leovigildo el año 587, después de un reinado glorioso.

Consuelo.—¿Glorioso después de haber degollado á su hijo?

Yo.—Ese crímen no fué un obstáculo, porque á pesar de él,

dió á la España engrandecimiento poder y riqueza. Además, se arrepintió de él, procuró reparar las injusticias que habia hecho, levantando el destierro á muchos obispos católicos, y finalmente, encargó á su hijo y sucesor Recaredo I que abrazase la religion, en cuya defensa habia derramado su sangre su hermano Hermenegildo.

Cármen.—¿Y Recaredo siguió el consejo de su padre?

Yo.—Sí, señorita. Inmediatamente que subió al trono abjuró el arrianismo y convocó el tercer concilio Toledano. A Recaredo succedieron Liuva II, Vitérico y Gundémaro, cuyos reinados no ofrecen nada de particular. Vino en seguida Sisebuto, famoso por sus hechos heroicos, así como por sus virtudes privadas. A este succedió Recaredo II que reinó solo tres meses, y Suintila su sucesor, se hizo célebre arrojando á los griegos de España y asociando á la corona á su hijo Rechimiro. Sisenando lo destronó, y después de convocar el cuarto concilio Toledano, y de publicar la segunda coleccion de leyes españolas que constituyen el *Fuero Juzgo*, murió dejando el trono á Chintila. Sucesivamente empuñaron el cetro Tulga, Chindasvinto y Recesvinto, cuyos reinanados nada ofrecen de notable. Murió este último y los grandes y el pueblo eligieron por rey á un anciano venerable y generalmente estimado por sus buenas costumbres, su valor y su benignidad: se llamaba Wamba.

Consuelo.—¿El rey loco?

Yo.—El mismo; ya saben ustedes los pormenores de su eleccion, porque en el drama de Zorrilla, cuyo pratagonista es Wamba, los hechos están expresados con toda la verdad y exactitud que permite un drama histórico. Por lo mismo, no repetiré á ustedes que después de un glorioso reinado fué depuesto á consecuencia de la perfidia de Ervigio, y se retiró al monasterio de Pampliega desde donde veia la decadencia del imperio godo. A Ervigio succedió Egica, pariente de Wamba, y á este Witiza, príncipe feroz y cruel, comparado justamente con Neron. Recesvinto habia dejado dos hermanos, Teodofredo y Favila, quienes conspiraron con tra, Witiza, pero vencidos fueron castigados severamente. Rodri-

go, hijo de Teodofredo se sublevó ayudado de los grandes y vencido por él Witiza, fué desterrado á Córdova y condenado á perder la vista, de cuyas resultas murió. Rodrigo, en consecuencia, subió al trono.

Consuelo.—¿Ese rey es al que suele llamarse don Rodrigo?

Yo.—El mismo.

Consuelo.—¿Pues por qué á este se le llama don, y á los otros no?

Yo.—Voy á decirselo á usted. Los monacars godos, predecesores de Rodrigo, habian acostumbrado añadir á su nombre propio el de *Flavio*, y así se llamaban Flavio Recaredo, Flavio Recesvinto etc. Rodrigo no quiso tomar este prenombre, y usó en su lugar el de *Dóminus*, que quiere decir señor, el cual por abreviatura se convirtió en el don que después solo usaron los grandes, y hoy se ha extendido á toda la sociedad culta. Rodrigo no fué menos vicioso que su antecesor. Violó á Florinda, hija del conde Julian, gobernador de Ceuta. Este, por vengar el ultraje hecho á su honra, se unió á los hijos dc Witiza y á D. Opas, arzobispo de Sevilla y hermano de este rey, que conspiraban contra Rodrigo. Entregaron la fortaleza de Ceuta y las demás plazas de Mauritania á Muza, gobernador de Africa, solicitando su auxilio. Pero los árabes concibieron otro proyecto, el de hacerse dueños de la Península, y penetrándo en ella llegaron á las orillas del Guadalete al mando de Taric, teniente de Muza. Allí presentó este una terrible batalla á los godos, que hicieron admirables esfuerzos; pero al fin fueron vencidos y su desgraciado rey desapareció sin que hasta ahora se sepa con certeza su paradero.

Consuelo.—¿Pues qué no sobrevivió á este desastre, como nos dice Zorrilla en el "Puñal del Godo?"

Yo.—Nada se sabe de cierto, pues unos historiadores aseguran que se ahogó en el Guadalete el último dia de la batalla, y otros dicen que se ha encontrado posteriormente su sepulcro en Portugal. Si les parece á ustedes suspenderemos aquí la leccion para continuar después con la dominacion de los árabes.—*H.*



ESPERANZA Y AMOR.



"Que donde está el amor, está la vida."
F. Camprodon.

A Etelvina Rogari.

¡Mi corazon dormia! lo has despertado
A otra existencia de placer y amores;
Angel hermoso por mi bien hallado,
En mi camino derramaste flores,
Cuyos perfumes al nacer el dia
Brotar hicieron la esperanza mia.

Pasaba mi existencia suspirando
Hojas marchitas solo recojiendo;
La sombra hermosa que miré soñando
Ibase mas y mas desvaneciendo,
Y si ávida mi mano la alcanzaba,
Era una rosa muerta lo que hallaba.

Fatal destino es caminar ansioso
Para hallar á medida que se avanza,
Un campo mas estéril y arenoso
Donde cansada muere una esperanza,
Donde se escucha del arroyo el eco
Y el que sediento va, lo encuentra seco.

Yo busqué en el rumor de los festines
El ideal de mis bellas ilusiones;
He penetrado en vano en los jardines,
He recorrido en vano los salones,
Que en estos encontré mugeres yertas,
Y en aquellos tan solo rosas muertas.

Engañdo el afan de mi esperanza
El tedio mi existencia consumía,
Desgarrador mirando en lontananza
Un porvenir de luto y agonía,
Y regaba con llanto de mis ojos
La senda del placer, ¡senda de abrojos!

Triste mi vida así se deslizaba
Viviendo sin vivir, sin ilusiones,
En el fondo de mi alma se agitaba
El turbion de mis férvidas pasiones,
Y cadaver viviente, mi destino
Fué cruzar siempre solo mi camino

Sin creencias, hundido en luto eterno
Porque la suerte cruel así lo quiso,
Mi fatigada vida era un infierno;
Y tan lejos mirando el paraíso,
El porvenir horrible me asustaba,
Y de dolor y de ansiedad lloraba.

¡Pero ya lució el sol! pura y serena
Sonrió de mi ventura la mañana
Rica de luz y de armonías llena;
Con sus torrentes de zafir y grana,
Con sus perfumes deliciosos, suaves,
Con el trinar de sus pintadas aves.

Bello ideal de la alma enamorada,
¡Qué seductores son tus negros ojos!
Quiero poseer tu vívida mirada,
Probar el nectar de tus labios rojos,
Unirme á tí con amorosos lazos,
Y espirar extrechándote en mis brazos.

Mayo de 1853.—R. E. Lara.



ESPIRITU Y MATERIA.

.... Se abrió la puerta de mi habitacion y entró en ella bullicioso y alegre mi amigo Julio, sin advertir que me hallaba triste y meditabundo sentado junto á mi mesa. Se aproximó á mí, y tendiéndome cordialmente la mano me dijo:

—Luis, ¿en qué piensas?

—¡Ay amigo mio! estaba pensando en una mujer, dije mal, en un ángel de adoracion á quien amo, pero que no me comprende.

—¡Vaya un defecto! ¡pues hay mas qué hacerse comprender!

—Que bien se conoce que no has amado jámas, ó por lo menos que nunca has encontrado una alma yerta é insensible, que marchita tus puras ilusiones, que se rie de tu amor, que no te entiende.

—Estás loco hombre, estás loco; veamos ¿qué has hecho para que te comprenda esa jóven?. . . snpongo que hablarás de. . . . ¡no te ruborices! ¡canario que virginal estás! Pero hablando seriamente, yo creia que era tu amor correspondido ¿no es así?

Cierto, me corresponde, pero no me comprende; no conoce que su amor es mi existencia, forma parte de mi ser, es la mitad de mi alma, sabe que todas mis ilusiones, que todos mis pensamientos son suyos, y sin embargo, frio é insensible su corazon, procuro en vano animarlo, y mis ardientes palabras caen en ese abismo de yelo; y no lo derriten por que se yelan tambien.

—Repito que no sabes lo que dices; yo creo que tambien tengo corazon, y no marchito, sino jóven y ardiente y capaz de animar á una estatua. El corazon de la mujer no es frio pero tampoco todo él es espiritual; materialízalo completamente y te cansa, te fastidia, idializado del todo y no te entiende. Hallas una jóven, y la hablas con pasion pintándole tu amor con los mas vivos colores, haciéndola pasar repentinamente con tus descripciones de crepúsculos, flores y jardines, al encantado Eden, del que la fragilidad de la primera mujer nos separó, y la verás fria é indiferente, creerás que su corazon está yerto, que no tiene sangre en las venas, en fin, que no te comprende; pues bien, esa misma jóven tiene en su linda mano un violeta, un jazmin ó un ramo de azahar, procura conquistar su corazon, comparando tu amor al perfume suavísimo de la la violeta, ó al atractivo aroma del jazmin; entonces se sonrie, te mira y tú, embriagado de alegría dices, ¡me comprendo al fiin! y lo que no pudieron conseguir tus viajes fantásticos por ignoradas re-

giones, á los que la pobre jóven no podia seguirte, porque no sabia el camino, lo consiguió el suave perfume de la aromática flor.

—Hombre, no te entiendo,

—Vas á comprenderme; cuando etxasiado contemplando la belleza de tu ángel la hablas con fuego, con entusiasmo y sobre todo, estrechas con pasion su blanca mano, grabando en ella un ósculo....

—¡Calla, profano, que me haces mal! ¡jamás macharé con mi aliento terrenal é impuro las alas de plata del querubin!

—¡Ja, ja! . . . Luis estás enfermo de peligro, curate, te lo aconseje, y sobre todo, cuidado con san Hipólito.—F. L.

(Escrito para la Camelia.)



LA MANO DERECHA

DEL SEÑOR DE GIAC.

Por Alejandro Dumas.

ESCENAS HISTÓRICAS.

1425.-1426.

Si el lector, que con tanta complacencia nos ha seguido en nuestras escursiones históricas á través de la vieja Francia, quiere ahora retroceder con nosotros á épocas mas remotas, lo trasportaremos á algunas leguas de distancia de la linda ciudad de Arranches, entre Trans y Saint-Hilaire, al pié de una fortaleza cuyas murallas ocultas hoy bajo la yerba ceñian en la época en que comienza esta crónica la villa de Saint-Jame de Beuvron.

En el solar ocupado por los verdes y amenos prados que se extienden hoy hasta Poutorson, se elevaban entonces las tiendas del ejército de Bretaña, que desde el principio de la cuaresma de 1825, habia venido á sitiar el castillo de Saint-James. Dirigiendo la vista al foso que ciñe el campamento, y á la empalizada que lo protege; siguiendo los contornos angulosos de ese foso y de esta empalizada, se conocerá desde luego, que quien trazó el plano de aquellas fortificaciones levantadas á la vez para el ataque y pa-

ra la defensa, es un capitan sabio en el arte de dirigir una batalla. En las extrañas guerras de la edad media, en las que todo se hacia no segun un plan de campaña unitario, sino segun el capricho de los gefes aventureros que tenian una voluntad individual desde el momento en que encontraban veinticinco hombres que quisiesen ayudarles en el cumplimiento de aquella voluntad, no se necesitaba mas que una guarnicíon salvada intempestivamente, la cual se ponia en campaña y marchaba como por instnto al socorro de una guarnicion cautiva, para que los sitiadores de hoy fuesen sitiados mañana; esto era lo que podia suceder de un dia á otro con el ejército de Bretaña, si se les antojaba á los inglesos de Avranches venir en auxilio de sus hermanos de Beuvron.

Pero en aquel momento, y gracias á las precauciones tan habilmente tomadas, todo estaba tranquilo en el campamento; el silencio de la noche no era interumpido sino por los centinelas, que de cuarto en cuarto de hora se corrian la palabra; todas las luces se habian apagado en las barrancas de los ssldados, y en las tiendas de los capitanes; una sola, mas elevada que las otras, y sobre la cual flameaban á cada bocanada del viento que venia del mar, el pendon de Francia y de Bretaña, estaba iluminado todavía; en aquella tienda velaba lleno de cuidados el jefe de todo aquel ejército que dormia tranquilo, descansando en él, como el rebaño en su pastor.

Cubierto con la coraza, se habia recostado en las pieles de lobo que le servian de lecho; solo su casco, puesto cerca de la cama militar, faltaba á su armadura, lo que permitia reconocer que aquel sobre quien pesaba una responsabilidad tan grande como la vida de sus hermanos, era un hermoso jóven de 32 á 33 años apenas; sus largos cabellos castaños caian sobre sus hombros, el color de su rostro era claro, azules sus ojos, y su fisonomía habria tenido una expresion de dulzura perfecta, si un ligero entrecejo, que le era habitual, no denunciase aquella voluntad poderosa y continua, que en los bretones degenera algunas veces en tenacidad. Una lámpara de cobre, la única, que como hemos dicho velaba aun en el campamento, iluminaba un manuscrito que él leia, con la cabeza apoyada en la mano izquierda, y en el cual hacia con la

mano derecha algunas correcciones en caracteres tres veces mas grandes que los del texto. Aquel manuscrito tenia por título: *Historia de Artus, conde de Richemont y condestable de Francia, que contiene sus memorables hechos desde el año de* 1413 *hasta fines del de* 1424.

—¡Pobre Guillermo! murmuró el jóven cuando hubo llegado á la última hoja; tengo miedo de que hasta ahora solo hayas escrito las mas ricas páginas de mi historia, porque este año de 1425, que tan mal empieza, tal vez empeore.

—He ahí unos pensamientos bien tristes, monseñor, respondió un hombre vestido de paisano, que habia entrado en la tienda de Artus, acercándose á su lecho sin que este lo notase.—Y desgraciadamente, continuó el recien llegado suspirando, las noticias que traigo no son tales que puedan hacer mas alegres esos pensamientos.

—¡Ah! ¡eres tú, Guillermo! respondió Artus sonriendo, lo cual probaba que aunque las noticias fuesen tristes, no por eso era menos bien recibido el mensajero.

—Por mi alma, pobre Guillermo, te creia ahorcado y ya pensaba enviar mañana una compañía, con órden de visitar uno por uno todos los árboles de las cercanías, á fin de darte, si preciso era, sepultura cristiana.

—Muy bien pudo haber sucedido, monseñor, si no hubiese yo tomado la precaucion de sustituir á vuestra noble librea este traje de aldeano. Los ingleses recorren dia y noche el campo á las órdenes del conde de Suffolk y del señor de Seales, y aunque no traigo mucho dinero, sin embargo, no hubieran hecho mala presa. A estas palabras, Guillermo vació su escarcela en el casco del conde.

—¿Y hasta dónde has ido?

—Hasta Rennes.

—¿No has sabido allí noticias del rey?

—Sí tal; está en Issoudun con el señor de Giac y la corte.

—¿Y de los cien mil escudos que prometió?....

—No he oido una palabla.

—De manera que ese dinero que tú traes...... replicó Artus dirigiendo negligentemente la vista á su casco lleno de oro.

—Ese dinero se compone del precio de las joyas que me mandásteis que vendiese, y además hay doscientos escudos de oro, de los cuales la mitad me dió vuestro hermano monseñor Gilles, y la otra mitad las señoras de Alenzon y de Lomaigne.

—¡Mis buenas hermanas! murmuró Artus.

—En cuanto al duque Juan, está de viaje por el lado de Morlaix ó de Quimper; pero aun cuando hubiese estado en Rennes, ya sabeis que es mas borgoñon que delfinés.

—¿De manera que nuestra fortuna asciende....

—A cuatrocientos ochenta escudos de oro.

—Vamos, al menos habrá con qué pagar á los mercaderes que nos proveen de víveres; en cuanto á los soldados, se resignarán á esperar la voluntad del rey.

—¡Dios lo quiera! respondió Guillermo con el acento de un hombre que aventura una plegaria sin mucha esperanza de que sea escuchada.

—¿Cómo es eso? murmuró Artus apretando los dientes y frunciendo el entrecejo. ¿Quién puede hacerte dudar de la paciencia del ejército cuando su jefe le da el ejemplo?

—Algunas palabras que he percibido al entrar en las tiendas y que han cambiado entre sí los soldados de la guardia, á quienes ha sido preciso darme á reconocer.....

—¿Y esas palabras?....

—Prometian un motin para mañana, si al rayar la luz no recibian las tropas el sueldo que esperan hace cinco meses.

—¡Un motin! exclamó Artus saltando de su lecho. ¡Un motin! has oido mal, Guillermo.

—No, monseñor, estoy seguro de lo que digo, y os aconsejo que tomeis precauciones.

—¡Un motin! continuó Artus sonriendo desdeñosamente y recorriendo la estancia á grandes pasos. ¡Un motin! seria cosa curiosa. En cuanto á las precauciones que yo tome, no serán otras que la de no salir sin mi espada.

—Pero, monseñor, ¿no seria mas conveniente hacer esperar á los mercaderes y dar un prorateo á las tropas?

—Los mercaderes han dado sus efectos sobre mi palabra' y yo la cumpliré; en cuanto á los soldados, les doy pan' agua y acero, y mientras tengan que comer, que beber y con qué pelear, no tienen derecho á pedir mas.

—Sin embargo, monseñor....

—Toma este oro, vé á arreglar las cuentas de los mercaderes, y si algo sobra, dalo de mi parte á las familias mas pobres, recomendándoles que rueguen por la gloria del rey Cárlos VII y la salvacion de la Francia.

Guillermo miró á su amo y salió. Habia conocido en la expresion de su rostro que no estaba para réplicas. Por lo que respecta á Artus, se volvió á recostar en su lecho, y sea por la fatiga de una tan larga vigilia, sea porque tenia confianza en sí mismo, sea en fin por un esfuerzo de la voluntad, un cuarto de hora después dormia profundamente.

Al rayar el sol, aquel sueño fué interrumpido por un rumor extraordinario que se escuchaba en el campamento. Artus se levantó sobresaltado, é iba á lanzarse fuera de la tienda cuando entró Guillermo.

—¿Qué ruido es ese, Guillermo?

—Lo que yo habia previsto, monseñor.

—¡Un motin! exclamó Artus arrebatando una maza de armas que estaba colgada en la cabecera de su lecho.

—Todavía no.

—Pues entonces ¿qué hay?

—La guardia de las puertas no ha querido dejar salir á los mercaderes.

—¿Y por qué?

—Porque ha sabido por el soldado que estaba de centinela en vuestra tienda, que todo el dinero que traje ha sido empleado en el pago de los víveres y que nada ha quedado para el sueldo del ejército.

—De manera que.... interrumpió Artus impaciente.

—De manera que las tropas quieren quitar ese oro á los mercaderes, que considerándolo como un salario legítimo, se resisten á entregarlo.

—¡Y tienen razon, por la Vírgen! voy á correr á auxiliarlos como á gentes honradas.

—¿No tomais vuestro casco, monseñor?

—No; es preciso que esos bribones me reconozcan desde lejos, para que si alguno de ellos duda en obedecer, no tenga excusa. Mi caballo, Juan, mi caballo.

El escudero á quien se habian dirigido estas palabras y que debia tener pronta á todas horas una montura de guerra, puso las riendas en manos del condestable, y quiso como de costumbre presentarle la rodilla; pero Artus, no obstante el peso de su armadura, trepó a la silla como si solo hubiese tenido puesto un vestido de caza, y escuchando por qué lado venian los gritos, lanzó su caballo á galope en aquella direccion.

Como habia dicho Guillermo, los guardias de la puerta sabiendo que los mercaderes habian sido pagados, se opusieron á su salida si no les entregaban la mitad del dinero recibido. Ya deberá suponerse que una proposicion semejante fué rechazada con unánime reprobacion; pero los soldados, que habian previsto esta resistencia, se decidieron inmediatamente a tomar por fuerza lo que no se les queria dar de grado. Entonces los mercaderes, comprendiendo que una vez abandonados en manos de aquellos hombres no se haria con mucha exactitud la reparticion del dinero, se habian reunido con el pretexto de deliberar, pero en realidad para prepararse a la defensa; en consecuencia, habian colocado á las mujeres y á los niños en el centro, parapetándose con sus carretas y armados de palos se preparaban á disputar lo que todo buen comerciante aprende desde su juventud, es decir, anteponer el dinero á la vida. Los soldados por su parte,

para quienes aquella guerra era un juego, se prepararon á ella con aquella alegría feroz que experimentan el hombre y el tigre cuando saben que su víctima, muy débil para resistirles, se dispone sin embargo á combatir, dando con esta especie de resistencia un colorido de razon á su crueldad. Habian por lo mismo, acudido de todos los puntos del campamento, ignorando los mas de lo que se trataba, pero dispuestos á tomar sin otra informacion el partido de los soldados contra los paisanos, y exclamando: *¡Mueran, mueran!* sin saber todavía lo que habian hecho aquellos á quienes de antemano condenaban á morir.

Repentinamente, en medio de aquel desórden se escuchó un grito:—¡El condestable! ¡el condestable!

En el mismo instante, aquella turba tan oprimida que apenas hubiera podido ser atravesada por un dardo, se separó para abrir un camino ancho y libre á su jefe, que recorriéndolo á galope, no se detuvo sino hasta que su caballo fué á dar contra las barricadas que habian levantado los mercaderes y en medio de las cuales esperaban mas muertos que vivos lo que Dios iba á decidir de sus personas y de su dinero. Pero á la vista del condestable, cobraron ánimo, quitaron una carreta para dar paso al refuerzo que les llegaba, y arrojándose á los piés del caballero de Artus, se pusieron á exclamar, unos *¡gracia!* y otros *¡justicia!*

—¿Por qué no habeis marchado al amanecer, como os mandé? dijo Artus con una voz que dominó á las otras y que fué percibida hasta en las últimas filas del éjercito.

—Porque la guardia no ha querido abrirnos la puerta del campo, respondió en voz mas baja el que parecia jefe de la tropa.

Artus hizo seña de que le abriesen paso, y adelantándose á la puerta del campo:

—¿Por qué, dijo á los centinelas con el mismo acento, no hábeis dejado salir á estos hombres?

—Porque no tenian la palabra de pase, monseñor, respondió uno de los soldados.

—Está bien, dijo Artus, y penetrando á las barricadas, se inclinó al oido del que le habia hablado, y le dijo:—*Bretaña y Borgoña*; ahora, marchaos.

El mercader se dirigió á su carreta, tomó á su caballo por la brida y se adelantó hácia la barrera seguido de sus compañeros.

—*Bretaña y Borgoña*, repitió á los soldados.

—Pasad, respondieron los centinelas, y todo el convoy desfiló sin obstáculo.

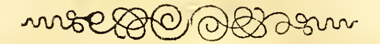
Cuando hubo pasado de la puerta la última carreta, Artus, que habia seguido con la vista el convoy, se volvió y notó á pocos pasos muchos caballeros de Bretaña que habian acudido para secundarlo si era preciso.

—Señores, les dijo Artus, que parecia haber olvidado completamente la causa que allí los condujera; tengo mucho gusto de veros reunidos, porque vamos á dar el asalto. Señor Alain de la Motte, haced que vuestros arqueros revisen sus arcos y pongan las aljabas en corriente. Señor de Molac, dad órden á los de Ploermel y de Roc Saint-André que preparen las faginas y las escalas. Señor de Cetivi, tomad doscientos caballeros y haced un reconocimiento por el lado de Arranches y de Pontorson, para que los ingleses no vengan á distraernos. En cuanto á vos, Guillermo Eder, daremos el asalto al mismo tiempo, cada uno por su lado; y ahora cada cual á su bandera, y que toquen los clarines cuando todo esté pronto.

A estas palabras, cada capitan se dirigió á su cuartel seguido de los hombres que marchaban bajo su bandera, de modo que aquel recinto en que se agitaban, un cuarto de hora antes, tres ó cuatro mil personas, fué quedando poco á poco desierto; solo permanecieron allí los soldados de guardia y el condestable, que al ver á cada uno dirigirse á

su puesto, se encaminó á su tienda para hacer él tambien sus preparativos.

(Continuará.)



SONETO.

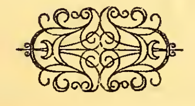
Al eco de la gloria sonoroso,
Animados por ciencia refulgente,
Impávidos alzais la noble frente
Desafiando al peligro impetuoso.

Que nada teme el hombre valeroso
Que ávido ilustra su orgullosa mente,
Si un talisman alcanza tan potente
Que eterniza su espíritu fogoso.

¡Gloria, inmortalidad! mi sed sublime
Calmarás, yo lo espero entusiasmado,
Si la negra ignorancia que me oprime

Deja al entendimiento infortunado,
Si esta preclara sociedad redime
Del error á mi espíritu adorado!

Mayo 8 de 1853.—Jose Rivera y Rio.



A MI QUERIDO AMIGO

Francisco Granados Maldonado.

GULNARA,*

ó el

AMOR DE UN DIA.

I.

Era la tarde: el sol al perderse en Occidente lanzaba sus últimos destellos sobre las aguas cristalinas del Genil; las auras brilladoras meciéndose en las flores después de juguetear con el follaje, acariciaban los hermosos cabellos de Gulnara, que alegre contemplaba la límpida corriente; y el gorjeo, de las aves mezclándose con el murmurio de las ondas, producia un concierto melodíoso que hacia vagar en sus labios purpurinos una sonrisa de ángel que revelaba los deleites voluptuosos de su alma.

¿Qué busca la sultana en las deliciosas orillas del Genil, que serpeando baña la florida vega de Granada? ¿Va como el poeta á beber la inspiracion en medio de aquel lugar de flores y de aromas pará embellecer sus versos? No; va á

* Flor de granado.



J. R. Navarro, editor

Litog. de Decaen.

Gulnara.

esperar mirándose en el rio al dueño de sus gracias, al enamorado Hixcen.

Vedla sonreir al contemplar pavoneándose en las aguas la ligera barquilla de su amante, como el cisne voluptuoso al bañarse en las ondas espumosas de la mar. ¡Qué bellos pensamientos, qué ilusiones tan hermosas deben cruzar por esa frente despejada y pura! ¡Es tan bello amar y ser amado! ¡Feliz, mil y mil veces feliz Gulnara que goza la ternura de su idolatrado Hixcen!

La barquilla impulsada por los remos llegó pronto á la ribera, todos se inclinan al desembarcar Hixcen; solo Gulnara permanece altiva á la presencia del sultan, que fascinado por sus miradas, exclama lleno de ternura:

—Alá te guarde, bellísima Gulnara, encanto de mi vida, hurí de mis ensueños!

—El te conserve, soberbio poseedor de la Alhambra, donde habita el espíritu de Mahoma, contestó Gulnara: ¿qué ofrece ante mis plantas el rey de tantos reyes, el magnífico dueño de Granada?

—Un hermoso cautivo narrador de historias bellas, que alegre con su acento las horas en que Hixcen se aparta de su amor.

—He ahí la recompensa, dijo Gulnara presentando á su amante con la sonrisa en los labios, un hermoso ramillete de flores de granado.

Hixcen besó lleno de placer la graciosa mano que le presentara aquel ramo simbólico, pues él contenia el precioso nombre de Gulnara.

Desembarcado el cautivo, que fué presentado por el sultan al objeto de su amor, tomaron todos el camino que conducia á su hermoso palacio, que dominaba la ribera. Entre la comitiva marchaba silencioso Gustavo, tal era el nombre del pobre prisionero, siendo la admiracion de todos por su apostura y gallardía. Era un jóven cristiano, de frente es-

paciosa y que revelaba en sus miradas una imaginacion de fuego.

Llegaron por fin al magnífico palacio donde se hallaban reunidas todas las riquezas de Oriente. En sus salones espaciosos cubiertos de arabescos se aspiraban los mas ricos perfumes de la Arabia, y era preciso tener el corazon de mármol para no sentirse conmovido á la vista de las estatuas y pinturas voluptuosas que excitaban al amor.

Las primeras horas de la noche pasaron velozmente para Gulnara y para Hixcen; el pobre cautivo, á instancias de los dos, habia entonado endechas de amor procurando ahogar en el fondo de su corazon los suspiros que le arrancara el recuerdo de su querida patria; y Gulnara, la hermosa Gulnara, habia temblado de placer no pudiendo ocultar la emocion que le causaba el acento dulce y vigoroso del poeta.

La hora llegó en que Hixcen debia partir, y estampando el último beso de amor sobre la tersa frente de Gulnara, se preparó á hacerlo, y ya sea que el exceso de los placeres le agobiase, ya que sintiese alejarse de su amada, lo cierto es que partió pensativo y taciturno.

Gulnara, muy al contrario, no parecia sino que deseaba la partida de su amante, y habiéndole visto desaparecer desde su ventana, presentóse á los ojos del cautivo radiante de hermosura. El amor, sus goces ó la felicidad, habian embellecido mas y mas á Gulnara, y aquella mujer ardiente, voluptuosa, fascinadora, que hubiera hecho vacilar á un mártir haciendo ostentacion de sus formas delicadas, clavó sus hermosos ojos en los ojos del cristiano con una expresion indefinible, y no siendo comprendida ó no queriendo serlo, se precipitó fuera del retrete con el corazon ardiendo, buscando aire para respirar y dejando al poeta solo en medio de aquella atmósfera de amor y de ventura.

Aquella mirada de Gulnara hizo estremecer al poeta. ¿Se habian comprendido? No lo sabemos aun.

II.

Habian pasado algunos dias y Gulnara estaba triste. Contra las esperanzas lisonjeras de Hixcen, no acudió ya á la márgen del rio á aspirar los suspiros de amor que la brisa embalsamada le traia de su amante. Mas gustaba de oir encerrada en su hermoso camarin las endechas amorosas del cautivo, que salir á apoyarse sobre su columna favorita y esperar en ella como antes al que era su señor; y cuando la noche tendiendo su negro manto sobre las esmaltadas flores los separaba, la imaginacion ardiente de Gulnara vagaba por regiones desconocidas, y en sus ensueños de oro entreveia una imágen laureada que hubiera querido arrancar de su pensamiento.

Una noche en que las estrellas que tachonan el cielo habian cedido el trono de zafir á la reina de las sombras, Gulnara, mas que otras veces pensativa y agitada, contemplaba melancólica los rayos de la luna que iban á besar su frente abrasadora.

Su esclava favorita, la bella Zulema, la mimada por Gulnara, adivinando los pensamientos que absorvian la atencion de su señora, quiso distraerla procurando halagarla en sus pasiones, y tomando su cítara morisca, hizo vibrar sus cuerdas con la dulzura y expresion propias de las hijas ardientes de Granada.

He aquí la cancion que preludiaba llenando con su voz pura y argentina aquel recinto ideal de los amores:

¿Qué tiene Gulnara que está pensativa
Y helada y esquiva
Está con Hixcen?
¿Por qué su semblante perdió sus colores
Y ledas las flores
No adornan su sien?

¿Por qué languidecen sus ojos divinos
Si escucha los trinos
Del tierno bulbul;[1]
Y triste el semblante de arcángel hermoso
Levanta lloroso
Al cóncavo azul?

¿Por qué la Gulnara feliz y sencilla
No va ya á la orilla
Del claro Genil,
Y espera en la márgen del cauce risueño
Al que era antes dueño
De su alma infantil?

¿Qué tiene Gulnara que está pensativa
Y helada y esquiva
Está con Hixcen?
¿Por qué su semblante perdió sus colores
Y ledas las flores
No adornan su sien?

¿Por qué los perfumes del campo no aspira
Y á solas suspira
Con tierna inquietud?
¿Por qué si el cautivo cantando solloza,
Oyendo se goza
Su dulce laud?

¿Qué importa á Gulnara el pobre poeta
Que llora y se inquieta
Si él llora tambien?

[1] **Ruiseñor de los orientales.**

¿Será que insensata por él suspirando
Le viva adorando?....
¡Ay! ¡pobre de Hixcen!

—¡Pobre de Hixcen! repitió Gulnara saliendo de su extática contemplacion. Te afliges por él y no por su señora que ha dado cabida en su alma á una pasión desventurada que es la sentencia de su muerte. ¡Pobre de Hixcen! y olvidas al infeliz cautivo que lejos de su patria vive llorando sin consuelo, tal vez por su perdido amor! ¡Ah! si tal supiera! exclamó Gulnara lanzando una mirada terrible.

—Si tal supiérais, dijo tímidamente Zulema, tal vez seria una felicidad.

—No te comprendo.

—El amor del cautivo es la muerte.

—No, Zulema, el cautivo y después la muerte seria el eden.

Una sonrisa casi imperceptible asomó á los labios de Zulema.

Gulnara le ordenó que se retirase, y habiendo quedado sola, echóse á delirar sobre su muelle otomana.

—Yo le amo, decia, sin temor de ser oida: Hixcen podrá vengarse de mi inconstancia si lo llega á descubrir; mas ¿con qué derecho podria exigirse á la mujer una cualidad que nadie posee? ¿Basta solo el capricho de los que nos tratan como esclavas? La constancia es ilusoria para todo el mundo. ¿Qué cosa hay estable bajo el sol y las estrellas? Los mismos hombres nos enseñan á ser inconstantes. Todo cambia: el sol se nubla, las estrellas desaparecen á la luz de ese mismo sol. Además, la penetracion delicada de la mujer hace que conozca las bellas cualidades que distinguen á un hombre de otro, y si obedeciendo los impulsos de su corazon destrona al ídolo para colocar al Dios, ¿de qué se la puede culpar?

De este raciocinio, propio de una mujer enamorada, y sobre todo de una cabeza volcánica como la de Gulnara, deducia que amar al cautivo no era un crímen y que podia entregarse á él, sin aterrorizarse por la imágen de la muerte que á todas horas se le presentaba.

Una hora hacia que Gulnara dormitaba pensando en la imágen de Gustavo, cuando el eco dulce de una voz querida la hizo estremecer; era en efecto el poeta, que al anunciar el reloj del palacio la media noche, pulsaba el laud precisamente bajo la ventana de Gulnara: esta, pues, oia entre sueños la cancion del trovador, en cuyo acento se recreaba.

Duerme, soberbia sultana,
Sobre tu lecho de flores,
Mientras canto mis amores
Al compás de mi laud.
Duerme, pues, que si supieras
La pasion con que te adoro,
No pensaras en el moro
Que selló mi esclavitud.

Duerme, duerme, que yo velo
A los rayos de la luna
Lamentando lo importuna
Que es mi férvida pasion.
Mas no puedo, linda mora,
Sol hermoso que fulgura,
Arrancar tu imágen pura
De mi ardiente corazon.

Yo bien sé que mis amores
Nunca pueden complacerte,
Que no puede merecerte
Un cristiano como yo.

Mas tampoco habrá en Granada
Quien tu amor, sultana, implore
Y frenético te adore
Como yo te adoro, no.

Duerme respirando aromas,
Al murmullo de las brisas,
Ostentando mil sonrisas
En tus labios de coral.
Sueña, sí, con la ternura
De ese moro á quien sonríes,
Confusion de las huríes
De belleza angelical.

Nunca sepas que te ama
Un cautivo sin ventura,
Que al mirar tu frente pura
Siente el corazon arder.
Porque al fin nuestros amores,
Si es que llego á merecerte,
Causar deben nuestra muerte....
Duerme pues, bella mujer.

Gulnara habia despertado por fin á los versos apasionados del poeta, y trémula, agitada, ebria de amor, no podia comprender si era un sueño delicioso lo que estaba palpando, ó era en efecto la realidad que se presentaba á sus ojos con toda la belleza de que ella habia revestido sus ilusiones en su imaginacion de fuego. No convencida aun de la verdad y deseando continuar en un sueño que la hacia la mas feliz de las mujeres, tomó inspirada la cítara que Zulema habia dejado cerca de ella, y loca de amor cantó tambien sin poderse contener:

No puede dormir quien ama
Y al pensar en su tesoro

¡No mira al soberbio moro,
Sino al cautivo infeliz.
Mas guardad vuestros amores
Aun del aura que murmura,
Que ha de ser vuestra ternura
Solamente para mí.

Un rayo lanzado á los piés del cautivo, que lentamente se retiraba de aquel lugar, no hubiera hecho mas estrago en él, que aquella voz dulce que resonando en medio del silencio de la noche, parecia el canto irresistible de una hurí del paraíso de Mahoma. Agobiado bajo el peso de la felicidad, no sabia qué hacerse; sus ojos se fijaron en la ventana de Gulnara esperando por momentos verla aparecer y eclipsar los rayos de la luna. Poco tiempo trascurrió entre el pensamiento y su realizacion.

Gulnara, fluctuando todavía entre la realidad y el sueño, separó de sí el instrumento que pulsaba, y apoderándose del ramillete de flores de granado que presentara pocos dias antes á Hixcen y el cual habia sido puesto por él mismo en un bellisimo vaso de pórfido, le arrojó á los piés del poeta diciéndole:

—Seamos felices, pues me amais como yo os amo: esas flores de granado que antes cediera al gran sultan, os revelan todo mi amor y os responden si quereis de mi ternura. Mañana irá Zulema para conduciros á mi presencia.

Antes que el cautivo pudiese articular una palabra, Gulnara habia desaparecido dejándole lleno de asombro: sus sentimientos eran encontrados, todo giraba á su derredor de una manera fantástica. Recobió al fin su serenidad, pensó que amaba y era amado, que su secreto habia sido sorprendido, por decirlo así, y su frente se nubló: era preciso; la muerte no estaba lejos.

III.

Acababan de abrirse las doradas puertas del Oriente; la aurora tendia aun su manto de púrpura sobre el hermoso azul del cielo, las avecillas cantaban, y las flores exhalando aromas, saludaban al verdadero Autor de la nataraleza, cuando Gulnara se encontraba ya contemplando desde su enhiesta ventana el bellísimo paisaje que se presentaba á su vista. Su semblante estaba mas animado, sus ojos brillaban con un fulgor desconocido, su hermosura era indescriptible.

Zulema habia ido en busca del cautivo, pues se hallaba dispuesta á proporcionar todo aquello que contribuyese á que Gulnara y Gustavo gozas de las caricias de áquel amor en que ambos se abrasaban.

Pocas horas despues, el perfumado camarin de Gulnara se hallaba convertido en un templo de Venus, donde se sacrificaban en sus aras los mas hermosos jóvenes que puede imaginarse el hombre para presentarnos la voluptuosidad viva con todos sus excitantes atractivos. Aquellos á quienes no era vedado acercarse á sus puertas, vigiladas por Zulema, solo escuchaban suspiros que morian al resonar en el estrecho ámbito del camarin mil besos apasionados de amor.

Zulema tambien gozaba, pues veia realizada la union de la mora con el cristiano.

Las horas del placer pasan rápidamente; llegó la tarde, y con ella la barquilla del sultan á las riberas del Genil, con una hora de anticipacion á la de costumbre. Solo una persona le esperaba llena de inquietud y de temor.

Hixcen, sin permitir que su llegada se anunciase en el palacio, se acercaba lentamente á él. La venganza iba pintada en su semblante, parecia meditar profundamente

sobre ella y como que se recreaba en los estragos que iba á causar su cólera terrible, mal disimulada.

Un esclavo apostado anticipadamente por Zulema cerca del palacio, le dió aviso oportuno de la llegada del sultan. Era el momento de obrar; precipitóse al camarin de Gulnara. y echándose á sus plantas la dijo sollazando; el ángel Asrael ha tendido sobre nosotros sus negras alas, nos han vendido y vamos á morir: el sultan se halla á las puertas del palacio y su cólera es terrible. Bien os decia, señora, que el amor del cautivo, era la muerte.

—Hace dias, dijo Gulnara tranquilamente, que pienso en ella, y esto me ha hecho familiarizar con su fealdad. ¿Qué importa morir si se muere junto al objeto á quien se ama? Solo siento haber gozado tan poco tiempo de sus caricias. ¡Desgraciado amor de un dia! En fin, no se puede ser feliz toda la vida, la felicidad dura muy pocas horas.

—La venganza de Hixcen será terrible, replicó Zulema, y yo que he protegido vuestros amores, debo de morir tambien; mas no creais que me acobarda la muerte, sino los tormentos que se inventen para hacernos padecer.

—Es verdad, dijo Gulnara contemplando tristemente á Gustavo; no quisiera ver marchitar esa hermosa cabeza donde bulle un mundo de poesía.... ¡Oh! ¡si hubiera una cosa que nos hiciera morir pensando en el amor!

—Esperad, esperad, contestó Zulema; vos sabeis que poseemos un licor que tomado en cierta cantidad produce hermosos ensueños que nos hacen entrever el paraíso de Mahoma, pero que tomando poco mas de la dósis señalada produce un sueño eterno: ¿os parece que le tomemos para librarnos de la venganza del sultan?

—¿Qué te parece, Gustavo? dijo Gulnara consultando á su amante, que en aquel momento repetia melancólicamente la última estrofa de su cancion de la noche.

Nunca sepas que te ama
Un cautivo sin ventura,
Que al mirar tu frente pura
Siente el corazon arder;
Porque al fin nuestros amores,
Si es que llego á merecerte,
Causar deben nuestra muerte....
Muramos, bella mujer.

Y al concluir Gustávo, rasgó con un puñal damasquino las cuerdas de su laud, las cuales produjeron un sonido lúgubre.

Gulnara tomó con espantosa serenidad el pomito que le presentara Zulema, y mezclando aquel licor verdioso en una copa de licor de los dioses, apuró la tercera parte de ella: antes que Zulema se hubiera apoderado de la copa, la tomó Gustavo, y dejándola vacía, dijo lleno de interés: Salvemos á una víctima de nuestro infortunio.

Si Zulema no hubiera temido perderse, le hubiera dado las gracias á Gustavo.

Los ojos de Gustavo adquirieron un brillo sobrenatural, luego se opacaron é inclinó la cabeza. ¡Pobre poeta! La dósis que habia tomado era muy superior á la de Gulnara; debia pues morir primero.

Gulnara al ver su postracion, casi le arrastró diciéndole: pues hemos de morir, sirvános de tumba el lecho del sultan.

Después de haberle colocado lo mejor que pudo, ocupó el lugar que le correspondia para morir y ordenó á Zulema que echase el pabellon.

Ya era tiempo: los pasos precipitados del sultan se dejaron oir: lleno de rabia penetró en el camarin; sus ojos vagaron por todas partes sin encontrar su presa; empero Zulema le indicó el lugar donde se hallaban. Ciego de ira, requirió el alfange y se precipitó al lecho en el momento en

que Gulnara, lanzando el último suspiro, depositaba sobre la yerta frente de Gustavo, el último beso de su amor de un dia.

Hixcen quedó admirado contemplando aquellos dos seres lívidos, poco antes animados por el amor, y se dió por satisfecho.

Al separarse de aquel lugar donde Asrael habia entrado, se encontró con Zulema que iba á ponerse á sus plantas; pero él la recibió en sus brazos.

Zulema habia conseguido su objeto.

Fomentando los amores de Gulnara con el cautivo, la habia precipitado á un abismo, después la habia vendido y últimamente le habia dado la muerte, y todo por llegar á ser la favorita del sultan.

Méjico, mayo de 1853.—J. M,

(Escrito para la Camelia.)

PENSAMIENTOS.

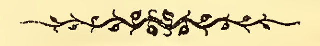
El diamante no deja de ser precioso por caer en un muladar, ni de ser vil el polvo que el viento levanta hasta el cielo.

El que te muestra mas estimacion que la que acostumbra, ó te ha engañado ó piensa engañarte.

Uno comparaba los estoicos á aquellos niños que se esfuerzan en saltar mas allá de su sombra.

El único bien que no se nos puede quitar, es la complacencia de haber hecho una buena accion.—*Antistenes.*

No os aborrezcais porque pensais diferentemente.— *Thales.*



PEQUEÑO DICCIONARIO

BIOGRÁFICO

DE AUTORES CLASICOS.

Vamos á presentar á nuestros suscritores una coleccion de biografías de aquellos hombres que en la antigüedad se hicieron célebres por sus talentos, ejerciendo una influencia notable en la literatura: dichas biografías las hemos extractados de las mejores obras de este género, y creemos que nuestras bellas lectoras verán con gusto este pequeño trabajo que les proporcionará distraccion y utilidad.

A.

Anacreon.—Excelente poeta lírico que nació en Teos, en la Jonia, el año 530 antes de Jesucristo. Llamado á la corte de Samos por el tirano Polícrates, distribuyó su tiempo entre el amor y el vino, y cantó á uno y á otro con mucha gracia y delicadeza, creando un género nuevo de poesía, que es el que hoy se conoce con el nombre de anacréontico. Era disoluto y de costumbres muy depravadas. Una estatua que se levantó en Atenas en honor suyo, lo representaba bajo la figura de un borracho, en cuya fisonomía se notaban todos los rasgos que caracterizan la disipacion y la intemperancia. Murió á los 85 años ahogado, segun se dice, con una pasa que no pudo tragar. Las obras de

este festivo poeta se han publicado traducidas en buenos versos latinos; la primera edicion se hizo en 1554. La biografía de Anacreon pone de manifiesto esta verdad: el talento mas grande y los conocimientos mas vastos, no pueden poner á cubierto de la infamia al que los posee, si sus costumbres son corrompidas y su vida encenagada en los vicios.

ANAXÁGORAS.—Era filósofo de Clazomienes, en donde nació 500 años antes de Jesucristo; era hijo de Hegesibulo y y tuvo por maestro á Anaximenes, y segun otros á Hermotimo. Se dedicó enteramente al estudio de las ciencias, que estimaba mas que los honores y riquezas; solia decir que preferia una gota de sabiduría á un tonel de oro. ¡Sin duda porque no vivió en el siglo XIX! ¡siglo eminentemente positivista! Viajó por Egipto para instruirse, y fijó su residencia en Atenas por el año 75 antes de Jesucristo, donde abrió una cátedra célebre, y contó en el número de sus discípulos á Pericles, Eurípides, y alguuos aseguran que tambien á Sócrates. Dedicóse y sobresalió principalmente en la astronomía, adquiriendo acerca de ella nociones muy exactas, llegando á predecir varios eclipses; pero en general sus ideas eran singulares y estravagantes.

Suponia que el sol era una masa de materia inflamada, tan grande poco mas ó menos como el Peloponeso; que la luna estaba habitada; que el firmamento era de piedra, y que la tierra estaba compuesta de materiales semejantes. Tambien opinaba que en un principio existian una multitud de elementos diversos en igual número al que hay de sustancias de diferente naturaleza, pero que estos elementos estaban todos mezclados y confundidos en el caos, y que se necesitaba una inteligencia suprema para separar los elementos heterogéneos y reunir los homogéneos, á los cuales llamaba *homœomerios.* Sobre física solo vertió, como sus antecesores, hipótesis infundadas. Sin embargo, debemos considerar que carecia de los medios con que cuentan los sabios mo-

dernos para observar, pues, que la ciencia estaba entonces en su infancia, y de aquí la absurdidad de sus teorías; pero fué uno de los primeros que se elevó de una manera filosófica á la idea de un espíritu puro, de un Dios supremo. Estas ideas, contrarias á la supersticion de su tiempo, lo hicieron parecer y considerar como impío, por lo que fué juzgado y sentenciado á muerte. Cuando le notificaron dicha sentencia se rió y dijo: "La naturaleza ha pronunciado ese fallo mucho tiempo antes." Le preguntaron dónde queria ser enterrado, y contestó: "Es inútil indicarlo, porque el camino que conduce al otro mundo está tan distante de un punto como de otro." Pericles lo defendió é hizo que se le conmutara la pena en un destierro perpetuo. Retiróse á Lampsaco, ciudad del Asia menor, donde murió á los 72 años de edad, 428 antes de Jesucristo.

(Continuará.)

LA SALIDA DEL SOL.

SONETO.

Tras los azules montes del Oriente,
Entre ligeras nubes de oro y grana,
Ahuyentando las nieblas, se alza ufana
Del bello sol la brilladora frente.
Nuevo vigor naturaleza siente
Con el primer albor de la mañana;
El prado con mil flores se engalana,
De perfumes se llena el fresco ambiente.
Tiembla en el césped matinal rocío,
El nevado arroyuelo ya murmura,
Cantan las aves en el bosque umbrío:
Todo placer respira, la amargura
Huye del corazon, y el labio mio
Bendice al que sin fin mora en la altura.

O. P.

(Remitida.)

EPISTOLA.

Yo he recorrido en pos de los placeres,
Y de un impuro afan henchida el alma,
Mil y mil veces derramé mi incienso
De torpe mesalina ante las aras.

Mil y mil veces respirando ansioso
La aroma de sus trenzas perfumadas,
Me sorprendió la noche con sus sombras,
Con su imperial antorcha la mañana.

Mis brazos con los suyos enlazados,
Reclinada mi frente en su garganta,
Embriagado en sus besos y caricias,
Fáciles horas de placer gustaba.

¡Ay! y al sentir en mis ardientes labios
Los labios suyos palpitar con ansia,
Mi corazon perdido en los deleites
Nada mas grave y seductor hallaba.

¡Que era pasar desatinado y ciego
Entre los brazos de hermosuras lánguidas
Las horas pasajeras de la vida
Entre el rumor de tormentosas crápulas!....

¡Vino y amor! En cristalinas copas
Hervia el néctar de mi hermosa España,
En tanto que mil lúbricas mujeres
En torno mio y en risueñas danzas,

Suelto el cabello al perfumado ambiente
De alguna tibia perfumada estancia,
Desnudo el pecho y encendido el labio,
Como ilusion fantástica giraban.

¡Vino y amor!.... Descolorido el rostro,
Vagarosa mi vista y desmayada,
Desordenado y húmedo el cabello
Con el vapor de las calientes auras;

De uno en otro placer corriendo ansiosa
Pasó veloz mi juventud lozana,
Sin que un recuerdo efímero de gloria
Se detuviera en su carrera rápida.....

¡Vino y amor!.... Mi corazon entonces,
Cercado siempre de ilusiones vanas,
No intentó penetrar ni una vez sola
Las lóbregas tinieblas de mañana.

Pero ¡ay! perdidas tan risueñas horas,
Marchita ya la flor de mi esperanza,
¿Qué quedó en pos de la ilusion querida?....
¡Hondo vacío y realidad amarga!.....

Los torpes besos, los halagos frios
Que el sórdido interés me los compraba,
Dejaron un recuerdo en mi memoria
Que eternamente me fastidia y cansa.

¡Huid y no volvais, goces impuros
En que perdí mi juventud liviana;

Huid y no volvais; os odio tanto
Como en un tiempo imbécil os amaba!....

Viérasme, amigo, á la agradable sombra
Tendido aquí de vividoras palmas,
Esos deleites olvidar del mundo,
Que allá á lo lejos tormentoso brama.

Aquí soy mas feliz; tibios vapores
No arrullan ya mi siesta sosegada,
Ni mancha el vicio el regalado lecho
Que ofrecen á mis piés las flores gayas.

Un arroyuelo limpio y dilatado
Con el rumor de sus durmientes aguas,
Mi sueño arrulla, y mi semblante orea
Grato frescor de vespertinas auras.

El dia va á espirar; cárdeno y triste,
El tibio sol, que al Occidente baja,
Sobre estos campos de verdura llenos
Derrama ya sus postrimeras ráfagas.

La luna en tanto, luminosa y bella,
Como flotante círculo de plata,
Desde la azul inmensidad del cielo
Tibios raudales de dulzura lanza.

Temerosos tal vez y como huyendo
Las tristes horas de la noche larga,
A los vecinos bosques, silenciosas
Se retiran las aves en bandadas....

Augusta soledad, ¡cómo se agolpan
A mi serena mente sosegada,
En medio de tus horas de silencio
Los felices recuerdos de mi patria!....

¡Cuál me recuerda ese apacible rio
El rio manso que arrulló mi infancia,
Cuando llena de vida y mansedumbre
Mi existencia como él se deslizaba!....

¡Cuántas escenas plácidas me cercan!.....
¡Cuántos recuerdos de placer me asaltan!....
Este silencio y soledad sombría,
¡Cuánto mi triste corazon halagan!....

No obstante, ¿lo creerás, amigo mio?.....
Como un torrente de encendida lava,
No ha mucho que brotando de mis ojos
Abrasó mis mejillas.... ¡una lágrima!....

Yo he visto veces mil y en torno mio,
Al ímpetu feroz de la metralla,
Los hombres sucumbir, como sucumben
Al bárbaro aquilon débiles plantas....

He visto al mar embravecido alzarse
Y amenazar al cielo con sus aguas;
He escuchado la voz del marinero,
Cuando implorando al Dios de las borrascas,

Próxima via á quebrantarse frágil
Contra las duras peñas nuestra barca,
Sin que una vez mi corazon de roca
Señales diera de flaqueza tanta.

Y aquí que todo me sonrie en torno,
Cercado solo de ilusiones gratas,
¿Quién piensas que arrancó, querido amigo,
A mis cansados ojos esa lágrima?....

¡Una mujer!.... pero ¡ay! ¡la amaba tanto!....
Era el objeto dulce de mis ansias;

Era el fanal por quien mi débil nave
Los mares de la vida atravesaba....

Perjura, me engañó; mas ¿qué lo extraño?
Cuanto es la flor mas bella y delicada,
Cuanto es mas deslumbrante á los sentidos,
Mas rodeada está de espinas ásperas....

Lo mismo es la mujer; cuanto es mas bella,
Cuanto es mas dulce su presencia mágica,
Mas dolo y falsedad, mayor veneno
Dentro de una alma indiferente guarda....

No importa; ¡quién me diera oir de nuevo,
Aunque mentiras! fueran sus palabras,
Beber arroyos de placer y vida
En sus húmedos labios de escarlata!

Gozar en estas vastas soledades,
De sus caricias tiernas aunque falsas,
Y las horas pasar de mi existencia
Reclinada mi sien sobre sus haldas....

Si esto me fuera dado, amigo mio,
Para que fuese mi ambicion colmada
Un don tan solo le pidiera al cielo;
La dulcísima lira del Petrarca.

ALEJANDRO RIVERO.



JUDIT,

ó el

PALCO DE LA OPERA.

NOVELA CONTEMPORANEA.

(continúa.)

IV.

Señores, dijo el notario en el momento que terminaba el tercer acto de los *Hugonotes*, adivino que estais impacientes por saber lo que habia sucedido á nuestro amigo Arturo, y sobre todo por saber exactamente quién era.

—Por ahí debísteis comenzar, le dije.

—Yo colocaré mi exposicion donde me parezca; soy yo el que cuenta.

—Por otra parte, no es aquí, en la Opera, donde debe mostrarse severidad sobre las exposiciones, dijo el abogado; jamás se comprenden.

—Lo cual muchas veces es una gran fortuna para los autores de libretos, añadió el notario mirándome; y satisfecho de su epigrama, continuó en estos términos:

—El conde Arturo de V*** descendia de una familia muy autigua é ilustre del Mediodía. Su madre, viuda desde muy temprano, habia quedado sin bienes y no tenia otro hijo; pero tenia un hermano que poseia una inmensa fortuna.

Este hermano, monseñor el abate de V***, habia sido sucesivamente uno de los prelados de mas influencia en la corte de Luis XVIII, y luego en la de Cárlos X, y se sabe que en esa época el clero era la potencia que gobernaba á la Francia, al soberano y aun al ejército. El abate de V*** era de un carácter frio, de un carácter severo, altanero y egoista, y sin embargo, era un pariente excelente; porque tenia ambicion por sí y por los suyos. Se encargó de la educacion de su sobrino, le puso bien en la corte, hizo le devolviesen á su hermana una parte de sus bienes, confiscados durante la emigracion, y la pobre condesa de V*** murió bendiciendo á su hermano y recomendándole á su hijo que lo obedeciese ciegamente.

Arturo, que adoraba á su madre, le juró en su lecho de muerte todo lo que ella quiso, juramento tanto mas fácil de cumplir, cuanto que desde su infancia tenia un miedo horrible á monseñor su tio y estaba acostumbrado á someterse sin resistencia á sus menores caprichos.

Grave, apacible y tímido, pero sin embargo, valiente y honrado, Arturo habia tenido siempre una viva inclinacion por la carrera de las armas, por el uniforme y la charretera, acaso tambien porque en el palacio de su tio no veia otra cosa que sotanas y sobrepellices. Un dia se atrevió á dar parte de sus intenciones con mucha reserva á monseñor su tio, quien frunció el entrecejo y le anunció con una voz firme y decidida que tenia acerca de él otras miras.

El abate de V*** fué nombrado obispo, y ¡aun esperaba mas! Tenia esperanzas de conseguir el capelo de cardenal; y en tan bella posicion queria traer tras sí á su sobrino, elevarlo á las mas distinguidas dignidades de la Iglesia; en una palabra, queria hacerle abrazar la única carrera que entonces conducia rápidamente á los honores y al poder.

Arturo no se atrevia á oponerse abiertamente al terrible

ascendiente de su tio, *pero juraba* en su interior que jamás seria obispo.

Sin embargo, ya se le habia hablado de ello al rey, quien habia acojido el proyecto con insigne benevolencia.

Arturo debia entrar en un seminario algunos meses, solamente por fórmula, después recibir las órdenes y pasar rápidamente de los grados inferiores á los primeros puestos de su nuevo estado.

Arturo no habia olvidado los juramentos que hizo á su madre, y por otra parte, hubiera sido una ingratitud á los ojos de todos romper abiertamente con su tio, único pariente y bienhechor.—No atreviéndose pues, á declarar la guerra al temible prelado y oponerse directamente á sus intenciones episcopales, buscaba algunos medios indirectos para llegar al mismo fin y para obligar al abate á renunciar por sí mismo á sus designios. El único medio para conseguirlo era dar un escándalo que le hiciese indigno de las santas y respetables funciones que se le querian conferir á su pesar.

Esto no era fácil, porque Arturo, sea por naturaleza ó por la educacion, tenia un fondo de principios de honradez que no podia vencer.—No es libetino el que quiere; es necesario pra este estado una vocacion como para las demás, y Arturo tenia tanta vocacion para ser malo como para ser obispo.... Hoy personas á quienes nada les sale bien.

Tenia sin embargo amigos llenos de falicidad y felices disposiciones, que por servirle lo llevaban á sus alegres orgías. Arturo iba con proyecto.... pero el desórden le fastidiaba tanto como divertia á los otros; su fria prudencia helaba la locura de sus compañeros, y muchas veces acababa por hacer los razonables;—era señalado como el destructor de festines, y habia renunciado á ellos.

Entonces y ya desesperando, habia dirigido sus miras hácia las damas de la corte.—Pero en esta corte las damas

evitaban el ruido y el escándalo; no porque hubiese menos intrigas que antes, sino que se ocultaban mejor, y el obispo, aunque sabia las silenciosas pasiones de su sobrino, no aparentó no saber nada y cerrar los ojos, pensando probablemente con Molière:

"*Que pecar en silencio no es pecar.*"

¿Qué recurso le quedaba entonces al pobre Arturo, que corria en pos del escándalo como otros corrian en pos de la gloria, sin poderla alcanzar? Uno de sus libertinos y francos amigos le dijo:

—Toma una querida en la Opera; está teatro esta de moda, todo el mundo va á él; esto se sabrá, hará ruido, que es lo que se necesita.

—¡Yo, dijo Arturo enrojeciendo de indignacion, mezclarme en una intriga semejante!

No te mezclarás en ella; todo eso se arregla con los padres, y concluido el tratado, será lo que quieras; no se trata de que sea precisamente, sino de que se crea y se diga.

—En buena hora.

— Tendrás una querida en título, y eso es todo; tú sabes bien que en nuestros dias.... hay multitud de titulares que no ejercen.... serás como ellos.

—Sea; consiento.

Ya se han visto los detalles de la presentacion y la primera entrevista de Judit, de Arturo y de la tia.

Se arregló todo para que fuese instruido de ello monseñor el obispo.—No dijo nada.

Se le previno que casi todas las noches el coche de su sobrino permanecia en la calle de Provenza; y Arturo esperaba todos los dias una explicacion y una escena en que contaba desechar la violeneia de una pasion que lo hacia

indigno de las bondades de un tio; pero no se le dió ni una queja, y Arturo no sabia cómo explicar esa sangre fria y esa resignacion evangélicas.

Era la calma precursora de la tempestad.

Monseñor le dijo una mañana:

—El rey está muy irritado contra vos; ignoro el motivo.

—Yo lo adivino.

—Y yo no quiero saberlo. Su majestad os ha perdonado, pero exige que dentro de tres dias esteis en el seminario.

—Yo, tio mio....

—Tal es la órden del rey; á él debeis reclamarle.—Y le volvió la espalda.

Arturo, furioso, fuera de sí, no sabiendo qué hacer, corrió á casa de Judit, la llevó á las Tullerías, la déclaró su querida á todo Paris y en vísperas de entrar al seminario. Después de tal escándalo, era imposible pensar en hacerle entrar en la Iglesia.—Era lo que pedia Arturo. Monseñor escribió á Judit la carta amenazadora que hemos visto, y el rey envió al conde la órden de dejar á Paris en el espacio de veinticuatro horas.—Era necesario obedecer. Felizmente Arturo tenia una íntima amistad con el hijo de M. de Bourmont, que partia en la noche siguiente para Argel, para donde se preparaba una importante expedicion.—Arturo le suplicó lo llevase consigo en clase de voluntario y que nada dijera á su tio, ni al rey, ni á nadie.—Puesto que me dejan en libertad para elegir el lugar de mi destierro, lo elegiré glorioso. ¡Iré á donde hay peligro y honor! Me haré matar, ó seré de los primeros que entren en la Casauba, y cuando vuelva con un estandarte, veremos si se atreven á vestirme con estola y obligarme á bendecir á los fieles.

Partió de noche y con el mayor secreto, porque todos sus pasos eran observados, y temia que si se adivinaba el fin

de su viaje, se le impediria partir. Escribió á Judit una palabra para advertirla solamente que la dejaba por algunos dias; pero este billete, tan insignificante coma era, fué interceptado y no llegó á sus manos. El prefecto de policía estaba á las órdenes de Monseñor.

La semana siguiente, Arturo estaba ya en plena mar, y á los veinte dias desembarcaba en Africa. Fué de los primeros en el asalto en el fuerte del emperador, y fué herido al lado de su intrépido amigo M. de Bourmont, que cayó herido de muerte en medio de un triunfo.—Arturo estuvo por mucho tiempo en peligro; durante dos meses se desesperó de su vida, y cuando volvió en sí, su fortuna, sus esperanzas, las de su tio, todo habia desaparecido en tres dias con la monarquía de Cárlos X.

El obispo no pudo resistir semejante desastr; á pesar de estar enfermo, quiso seguir á ia desterrada corte, y no pudo.—La impaciencia, las cóleras continuas habian exaltado su cerebro é inflamado su sangre; se le declaró una fiebre maligna y peligrosa, y en el estado de irritaciun en que se hallaba y no sabiendo á quién echarle la culpa, se vengó en su sobrino de la revolucion de julio.

Arturo, apenas restablecido de su herida, llegó á Paris, y aquí es, señores, dijo el notario levantando la voz, en donde yo empiezo á entrar en escena.—El señor conde vino á mi casa para confiarme los negocios de la sucesion, de que apenas podia ocuparse él. Hacia mucho tiempo que era yo su notario y el de su familia, y por consiguiente me tocaba de derecho: desde luego procedimos á romper los sellos.

No os hablaré de los detalles del inventario, aunque un inventario bien hecho y bien dirigido tiene tambien su mérito; al inscribir ordenadamente los diferentes papeles que contenia la gaveta de monseñor, percibí un billete labrado y curioso, firmado: *¡Judit, bailarina de la Opera!* ¡La carta de una bailarina en casa de un obispo!..... Yo queria

por honor del clero hacerla desaparecer; pero ya Arturo se habia apoderado de ella, y mirando su turbacion y su emocion, creí por un instante, Dios me perdone este mal pensamiento, que monseñor y su sobrino habian sido rivales sin saberlo.

—¡Pobre niña!..... ¡pobre niña!..... decia Arturo..... ¡Qué nobleza! ¡qué generosidad! ¡qué tesoro poseia!.... Tomad...... señor...... tomad, leed, me dijo: y cuando hube leido esta frase:

Si se ofende al cielo amando con toda el alma es un delito de que yo soy culpable.... pero del que él no es cómplice.

—¡Es cierto! exclamó Arturo, que tenia los ojos bañados de lágrimas; me amaba con toda su alma, y yo no lo conocia, y yo no pensaba en amarla.... y tenia diez y seis años, y era encantadora!.... porque no sabeis, señor, qué bonita era.... ¡es la mujer mas linda de Paris!

—No lo dudo, señor conde.... Pero si quereis que acabemos el inventario....

—Como gusteis....

Y continuó leyendo en voz alta fragmentos de la carta:

"Si el cielo, si mi ángel bueno, si la felicidad de mi vi-
"da quisiesen que me respondiera: Os amo!....

"¡Ah! es muy malo lo que voy á deciros, y vais con ra-
"zon á agobiarme con vuestros reproches, con vuestras
"maldiciones;—pero, monseñor, no hay poder en el mundo
"que pueda impedirme ser suya, sacrificarle todo...."

—¡Y yo lo desconocí...... he desechado un amor semejante! exclamó Arturo.—Yo soy, yo soy el único culpable.... Pero repararé mis errores,—le consagraré toda mi vida..... os lo prometo, os lo juro.—¿Quién podria ahora criticarme el declararla mi querida?...... Estoy orgulloso de ello.—La amo, le diré á todo el mundo, y todo el mundo me la envidiará...... comenzando por vos, señor notario, que no me escuchais.... y que mirais tan atentamente ese laberin-

to de papeles.—Estos papeles.... era el testamento de su tio, que acababa de descubrir,—testamento que lo desheredaba y que disponia de la inmensa fortuna del difunto en favor de los hospicios y para fundaciones de obras pias.

Así lo dije á Arturo, quien no mostró la menor emocion y volvió á leer de Judit.

—Vereis á mi linda querida, me dijo, la vereis; quiero que comais hoy con ella.

—Pero estos papeles.... este testamento....

—¡Y bien! me dijo sonriéndose, eso ya no me concierne; felizmente, Judit me amará sin eso.......... Adios, señor, adios; voy á verla, voy á encontrar á su lado mas de lo que he perdido.

Y salió con los ojos radiantes de placer y de esperanza.

—¡Jóven singular, me dije, que se consuela con una querida, de la sucesion que ha perdido! y acabé mi inventario.

Algunas horas después ya estaba yo en mi casa, y veo entrar á Arturo como un loco, como un delirante. ¡Ya no está allí! me dijo, ¡ya no está allí! ¡Perdida.... está perdida para mí!

—Qué, ¡alguna infidelidad!....

—¿Quién os lo ha dicho? exclamó vivamente tomándome del cuello.

—Yo no sé nada.

—¡En buena hora, porque yo no sobreviviria! Después de mi partida, hace tres meses, ha desaparecido, ha dejado la Opera.

—¿Qué os han dicho sus compañeras?

—Necedades. Unas pretenden que ha muerto.... Otra me aseguraba con extraordinaria sangre fria que tenia la intencion de *suicidarse*.

—¡Es posible! desde la revolucion de julio el suicidio está de moda!

—No digais eso.... perderia la razon. He corrido á su

casa de la calle de Provenza, la ha dejado sin decir á dónde iba.

—¿Ningun indicio?....

—La casa está para alquilarse.—Nadie la ha habitado después de ella.

—¿Y nada habeis encontrado?

—¡Nada! solamente este sobre tirado en el pavimento de la recámara de su tia...... esta carta de embalaje, en la que está escrito: *A Madama Bonnivet, en Burdeos*.... Porque, ahora recuerdo, ella es de ese país.

—¿Y bien?....

—Pues bien, encargaos aquí de mis negocios y arreglaos como sepais.

—¿Qué quereis hacer?

—Seguir sus huellas ó las de su tia.... buscarla, descubrirla.

—¿Convaleciendo querreis partir mañana para Burdeos?

—¡Mañana, es damasiado tarde!

¡Partió ese mismo dia! Y....—Comenzó el cuarto acto de los *Hngonotes*: el notario ya no hablaba, escuchaba...... Y nos fué preciso esperar el otro entreacto para la continuacion de la historia.

V.

Mr. Nouroit acababa de saltar por la ventana, la señorita Falcon caia desmayada; el cuarto acto de los *Hugonotes* terminaba al ruido de los aplausos, y el notario continuó su relacion en estos términos:

Arturo permaneció en Burdeos seis meses, buscando, preguntando á todo el mundo por madama Bonnivet, de quien nadie podia darle razon. ¡Aun la habia citado por

los periódicos! ¡y la pobre mujer habria muerto de placer si lo hubiera visto!.... Pero ya no le era posible. El propietario de una casita donde habia vivido, vino á dar á Arturo las noticias que pedia por las gacetas. Madama Bonnivet hacia dos meses que habia muerto.

—¿Y su sobrina?

—No estaba con ella; pero la tia disfrutaba de cierta renta, que se componia de cien luises que le venian por el correo.

—¿De dónde le venia esto?

—Se ignora.

—¿Hablaba de su sobrina?

Pronunciaba su nombre algunas veces.... y luego se detenia, como temiendo traicionar un secreto que debia guardar.

Arturo, á pesar de todos sus cuidados é investigaciones, no habia podido saber mas; volvió desesperado. Porque desde que habia perdido á Judit, desde que estaba separado de ella para siempre, su afecto se habia convertido en amor, en una verdadera pasion. ¡Ahora era el único negocio, la única ocupacion de su vida! recordaba amargamente los instantes tan raros que habia pasado cerca de ella; la veia ante su vista adornada de tantos encantos, de tanto amor..... Y todos estos bienes que le habian pertenecido los habia desdeñado; no conocia su precio sino al perderlos para siempre.—Buscaba todos los lugares donde la habia visto. No dejaba la Opera.

Quiso habitar la casa de la calle de Provenza. ¡Muy á su pesar, habia sido alquilada en su ausencia por un extranjero que no la ocupaba! Quiso al menos volverla á ver. —El conserge no tenia las llaves, y las puertas y persianas permanecieron constantemente cerradas.

Debeis considerar que enteramente entregado á sus pesares y á su amor, Arturo casi no pensaba en sus negocios;

pero yo me ocupaba de ellos por él, y veia con pena que tomaban un giro fatal.—Desheredado por su tio, Arturo no tenia mas fortuna que los bienes de su madre, quince mil libras de renta, poco mas ó menos.—Habia ya gastado mas de la mitad, al principio en las locuras que habia cometido antiguamente por Judit, y luego en los gastos que hacia ahora por descubrirla; porque no gastaba en otra cosa.

Por el mas ligero indicio, enviaba correos en todas direcciones y sembraba el oro á manos llenas.... pero siempre sin éxito. ¡Me repetia sin cesar que ya no existia, que habia muerto! En nuestras citas para los negocios, no hablaba mas que de ella, y yo le hablaba de la necesidad de vender y de alquilar.—Al fin lo decidia yo, no sin trabajo; porque le costaba mucho pesar deshacerse de los bienes que poseia por su madre.... Pero era necesario..... Debia cerca de doscientos mil francos, y los premios habrian absorvido muy pronto el resto de su fortuna.

Se publicaron avisos en los periódicos, y la víspera del dia en que debia verificarse la venta en mi estudio, recibí de uno de mis compañeros una comunicacion que me sorprendió y llenó de alegría. ¡Se cansaba la suerte de perseguir á Arturo!

Un M. de Courval, hombre de una probidad equitativa y que debia á su madre una considerable suma, queria pagársela; el capital y los intereses subian á cien mil escudos; la deuda era positiva, cobrable, y mi compañero me enviaba los fondos en buenos billetes de banco.—No habia medio de dudar de semejante dicha. Corrí á anunciársela á Arturo, que la recibió sin placer ni pena.

Luego que no se le hablaba de Judit, todo le era indiferente.

En cuanto á mí me apresuré á pagar á nuestros acreedores, y todo iba maravillosamente, excepto un incidente difícil de explicar.

Arturo encontró un dia á este viejo Mr. de Courval que se habia portado con nosotros tan noblemente. Ordinariamente habitaba la provincia y se encontraba por casualidad en Paris.—Arturo le tendió la mano y le dió las gracias por su proceder, en el mismo momento en que él se excusaba con embarazo de las desgracias multiplicadas que lo ponian en la imposibilidad de arreglar sus negocios honradamente.

—¿Y el mes pasado me habeis pagado cien mil escudos?

—¡Yo!....

—Ya no tengo crédito contra vos. Ya nada me debeis.

—¡No es posible!

—¡Ved á mi notario!

El deudor, que no lo era ya, corrió á mi casa y no podia volver de su admiracion.

—Es una felicidad para vos, le dije.

—Y mas aun para Mr. Arturo..... me respondió en un tono triste y descontento; porque ya habia tomado mi resolucion.... No pudiendo pagar es como si nada debiese; y ese negocio ya no me haria mas rico; pero á él....... ¡es muy diferente!.... ¡él puede vanagloriarse de tener dicha!

—¡Que! ¿positivamente no sabeis de dónde viene esto?

—No lo sé; pero si todas las bancarrotas se arreglaran así, habria placer....... mientras que francamente, casi no hay....

—¿Debeis pues todavía?

—Cerca del doble de lo que tengo, ó mas bien de lo que han pagado por mí, y si se presentasen para continuar la liquidacion, os suplico me aviseis.

—Así lo haré.

Nuestra sorpresa se aumentó, y Arturo se disgustaba por no poder adivinar una palabra del enigma. Corrí á casa de mi compañero, un hombre de bien....... muy instruido, que no sabia mas que yo.... en este negocio, se entiende.

Se le habia enviado el dinero, recomendándole que recogiera los créditos. Me confió la carta de aviso, que llevé á Arturo. La examinó con mucha atencion, y no adelantó gran cosa. La carta estaba fechada en el Havre, ciudad en que residia M. de Courval. La letra, que no era la suya, nos era enteramente desconocida. Pero Arturo dió un grito de sorpresa y se puso pálido como la muerte al ver el sello medio roto; era el de Judit. ¡El le habia regalado en otro tiempo una piedra antigua y preciosa en que tenia grabado un fénix! Judit lejos de ver en este regalo una alusion ó un elogio, no habia visto mas que un emblema de tristeza y habia hecho grabasen en el contorno estas palabras: *¡Siempre solo!* Este sello no lo dejaba, y ese lema, tan insignificante para cualquiera otro y para ella tan expresivo, no podia pertenecer mas que á ella.

—¡Esta carta es suya! exclamó Arturo. Y la dejó escapar de sus temblorosas manos.

—¡Y bien!.... con eso estais seguro que existe y que piensa en vos.... ¡Debeis estar encantado!

Arturo estaba furioso. Habria querido mejor que hubiera muerto; porque en fin, decia, ¿por qué ocultarse? ¿Por qué cuando sabe donde habito, teme presentárseme? ¿Es, pues, indigna de parecer á mis ojos? ¿no me ama ya? ¿me ha olvidado?

—Esta carta, le dije, prueba lo contrario.

—¿Y con qué derecho, replicó Arturo fuera de sí, me prodiga sus beneficios? ¿De dónde vienen estas riquezas? ¿Quién le ha dado la audacia de ofrecérmelas? y luego ¿me cree bastante débil para aceptarlas? No las quiero; volvedlas.

—Yo lo querria.... pero ¿á quién?

—¡Poco me importa!.... las rehuso.

—Hareis bien en rehusarlas; se han pagado vuestras deudas, se han libertado vuestros bienes gracias á los cien mil escudos....

—Los vendereis todos, realizareis esa suma, que jamás tocaré y que vos depositareis.... hasta el momento que podais volverlos.

—Pero ¡qué fortuna tendreis entonces!

—¡Poco me importa! Infiel como es, no me arrepiento de haberme arruinado por Judit; pero enriquecido por ella, es una humillacion que no puedo soportar!

Y á pesar de mis esfuerzos y de todas mis observaciones, se mantuvo firme en su resolucion. Los bienes fueron vendidos, y muy bien vendidos gracias á su aumento sucesivo: los primeros trescientos mil francos se depositaron en mi estudio, y solo quedó á Arturo de todo seis mil libras de renta.

Así vivió dos años procurando desterrar un recuerdo que le perseguia sin cesar; sombrío y melancólico, rehusando todo placer y distraccion, estaba incapaz de dedicarse al trabajo ó al estudio, y yo lamentaba en mi interior el imperio que ejercia tan cruel pasion en un hombre de un talento y carácter tan elevados. Me iba á ver todos los dias con objeto de olvidar á Judit y continuamente me hablaba de ella.

Ya no la amaba, decia, la despreciaba; habria huido al fin del mundo mas bien que volverla á ver y á pesar suyo sus pasos lo llevaban á los lugares que le hablaban de ella y que se la recordaban.

Un dia, ó mas bien una noche, habia un baile de máscaras en este salon de la Opera, al que jamás entraba sin que le palpitase el corazon. Solo, no obstante la multitud.... *siempre solo* (porque él era quien ahora habia tomado la divisa de Judit), se paseaba silenciosamente en medio del ruido.... en este teatro.... en este lugar donde la habia visto aparecer tantas veces.... después internándose en los corredores, subió lentamente á ese palco segundo, en donde en tiempos mas felices se sentaba todas las noches y

desde donde le hacia le hacia la señal de sus inocentes citas•

La puerta del cuarto estaba abierta. Una mujer de un elegante dominó estaba allí sola, y parecia sumergida en profundas reflexiones. A la vista de Arturo se estremeció, quiso levantarse y salir. . . . pero pudiendo apenas sostenerse, se apoyó en una de las paredes del palco y volvió á caer en su sillon. Su misma turbacion hizo la percibiese Arturo, que se acercó vivamente á ella, y le ofreció sus servicios.

Sin responderle, rehusó su mano.

—El calor os habrá hecho mal, le dijo con una emocion que no podia reprimir, y si os quitáseis un instante esa máscara. . . .

Lo rehusó tambien, y se contentó, para procurarse aire, con tirar hácia atrás la capucha del dominó, que cubria su frente.

¡Arturo vió entonces unos hermosos cabellos negros que caian en bucles sobre sus hombros! ¡Así se peinaba Judit!.. Esa graciosa postura, ese talle fino y elegante, era el suyo... esos eran su porte, sus modales, su encanto invisible y penetrante que se adivina y que no se puede describir.

Ella se levantó en fin....

¡Arturo dió un grito! A su vez, es él quien se sentia morir.... pero reuniendo sus fuerzas prontamente, le dijo á media voz:

—¡Judit!... ¡Judit!... ¡sois vos!

¡Ella quiso salir!

—¡Quedaos! ¡Quedaos por favor! ¡Dejadme deciros que soy el mas desgraciado de los hombres porque no os conocí cuando merecíais todo mi amor!

Ella se estremeció.

—Sí, entonces lo merecíais...... sí, érais digna de los homenajes y de las adoraciones de toda la tierra, y sin embargo, ¡qué insensato soy! os amo aun, á vos sola ;os ama-

ré siempre.... aun ahora que me habeis sido infiel, que me habeis traicionado!

Quiso responder, la palabra espiró en sus labios.... pero llevó la mano á su corazon, como para justificarse....

—Si no es así, ¿cómo explicar entonces vuestra ausencia, y sobre todo vuestros beneficios?... ¡Esos beneficios de que me he avergonzado por vos y que he desechado! Sí, Judit, no los quiero, yo no quiero mas que vos y vuestro amor; y si es cierto que no me habeis olvidado, que me amais aun.... ¡Venid!.... ¡seguidme! Es necesario amarme para seguirme.... porque ahora no tengo ya fortuna ninguna que ofreceros.... ¡Qué! ¡vacilais!... ¡no me respondeis!... ¡ah! ¡he comprendido vuestro silencio!.... ¡Adios, adios para siempre!

Iba á salir del palco.... Judit lo detuvo de la mano.

—¡Hablad, Judit, hablad por favor!

La pobre niña no podia; los sollozos ahogaban su voz.

¡Artuo cayó de rodillas! ella no le habia dicho nada.... pero ella lloraba: ¡le pareció que estaba justificada!

—¡Me amais pues aun!.... no amais mas que á mí.

—Sí, le dijo ella tendiéndole la mano.

—¿Y cómo creeros?.... ¿qué pruebas? ¿quién me las dará?

—El tiempo.

—¿Qué debo hacer?

—Esperar.

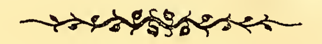
—¿Y qué gaje de vuestro amor?....

Ella dejó caer el ramo de baile que tenia en la mano, y mientras que Arturo se inclinó para levantarlo, se lanzó al corredor y desapareció.

El la siguió algunos instantes, la percibió á lo lejos entre la multitud; pero detenido por la oleada de las máscaras, la perdió de vista.... Después creyó volverla á encontrar.... Sí.... sí.... era ella.... Estaba pues en sus huellas, y en el momento en que llegaba al vestíbulo, ella subia á un rico landó, que dos hermosos caballos arrastraron á galope.

—Señores, dijo el notario interrumpiéndose, es muy tarde; yo acostumbro recogerme temprano, y si me lo permitís, dejaremos para pasado mañana el fin de la historia.

(Concluirá.)



¡SALGAMOS DE MADRID!



SI es verdad, mi dulce Flérida,
Que tu corazon angélico
Corresponde al fuego plácido
Con que te amo hasta los tuétanos,
Sube conmigo á la góndola,
Y caminito de Arésalo,
De Madrid salgamos prófugos,
Que es pueblo dañino y pérfido.
Rápidos como la pólvora
Huyamos del vulgo tétrico
De poetillas misántropos,
Plañideros y epilépticos,
Que maldiciendo sacrílegos
Del buen Horacio y su método,
Llaman talento á la crápula
Y creacion al retruécano;
E invocando al hondo Tártaro
Con chirridos de murciélago,

Fulminan rudos apóstrofes
Contra el pobre humano género;
Que apenas pasiega bárbara
Los emancipa del cuévano,
Pesa la vida en sus vértebras
Como el Etna sobre Encílado.
  Huyamos del Judas íntimo
Que al amigo franco y crédulo
Prodiga falaces ósculos
Y después le quita el crédito.
  No oigamos la necia cháchara
De aquel orador acéfalo
Que presume de Demóstenes
Y no sabe los pretéritos.
  Huyamos de esos apóstatas
Que gritando á ignaro séquito
"¡Viva la patria y su código!...."
Le venden después á Wéllingthon.
  Un adios, y sea el último,
A esa caterva de médicos
Que si visitan diez prójimos
Dan con los nueve en el féretro;
Y al que la echó de demócrata
Y hoy con sus estafas, émulo
De ricos-homes y príncipes,
Arrastra carrozas de ébano,
¡Y niega un pan á los míseros
En cuyos hombros intrépidos
Se alzó á grandeza ridícula
Muy superior á su mérito!
  ¡Fuego al proyectista trápala
A quien das el oro inédito
Fiado en sus lindos cálculos
Que pintan seguro el éxito;
Y luego figura pérdidas

En la bolsa ó en el piélago,
Y solo cobras en lágrimas
El capital y los réditos!
¡Maldicion al vil hipócrita
Que bajo exterior ascético
Cubre la avaricia escuálida
Con que despoja á los huérfanos!
No mas Madrid, que su atmósfera
Impregnan vapores fétidos,
Y es laberinto de crímenes
Mas confuso que el de Dédalo.
¿Qué importa á placeres frívolos
Renunciar? Sin tanto estrépito
Podemos vivir mas prósperos
En cualquier parte.... en Cintruénigo.
Bástanos cabaña rústica
Bajo limpio sol benéfico,
Donde nuestro amor sin límites
Nunca desmaye decrépito;
Y bajo los verdes árboles
Oler de la rosa el pétalo,
Y oir á la viuda tórtola
Fiar sus quejas al céfiro,
O á la mariposa alígera
Perseguir con vano anhélito
De la clavellina al pámpano
Y del tomillo al orégano.
Y así en ventura recíproca,
Sin enemigos malévolos,
Con severidad de espíritu
Llegar de la vida al término.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.



EN EL SILENCIO DE LA NOCHE.

AQUÍ en el silencio de noche tranquila
Sintió mi pupila el llanto brotar;
Aquí los celajes nocturnos, pasando
Me vieron llorando, me oyeron cantar.

Me vieron alegre aquí en la llanura
Alzar con fe pura mis himnos á Dios;
Me vieron tambien dudando de pena
En noche serena de encantos en pos.

Entonces el alma, allí en las estrellas
Miraba las huellas de un Ser creador,
Y altiva, orgullosa, sentia potente
Fuego vehemente de gloria y amor.

Miraban mis ojos cruzar radiante
La luna brillante dejando el zenit,
Y extático, absorto, el cielo veia
Y alegre leia mis dichas allí.

¿Qué son esos soles de luz de topacio
Allí en el espacio oscuro, sin fin?
¿Qué son esas sombras que ocultan al suelo
La vista del cielo, allá en el confin?

¿Qué son las estrellas, arena perdida,
Acaso caída del trono de Dios?
¿Qué son sus fulgores brillantes y bellos?
¿Acaso destellos, lejanos de *un* sol?

¿Qué son los celages que ocultan la luna,
Y en marcha importuna, me cubren su luz?
¿Qué son de la noche los gemidos vagos?
¿Serán los halagos de grata quietud?

¿Qué son los rumores que oigo en el viento?
¿Serán del acento del ángel de paz
Que viene los orbes y soles dejando
Al hombre anunciando tranquilo soláz?

¿Por qué cuando el aura nocturna se mece,
La flor se dormece, guardando su olor,
Y el ave tranquila se arrulla en su nido
Y el hombre dormido olvida su amor?

¿Será que en la noche del Dios de la vida
A el alma afligida le quiera inspirar,
Las grandes ideas que el hombre no entiende,
Y entonces comprende sintiendo la paz?

Yo en medio las sombras la voz he escuchado
De un eco ignorado que me habla de Dios,
Por eso en silencio de noche el consuelo
Demáudole al cielo, alivio al dolor.

Por eso mi alma que goces procura,
Se entrega en la oscura tiniebla de paz,
En busca de amores, en busca de encanto.
Y vierto mi llanto, queriendo soláz.

¿No es cierto que encuentra el pecho la calma,
No es cierto que el alma escucha una voz?

¿Acaso es el eco de eterno destino
El eco divino, que baja de Dios?

La brisa nocturna, que ya cruza incierta
Mil sueños despierta de gloria y de amor,
Y entonces el alma comprende un momento
Que es el pensamiento, que es gloria y dolor.

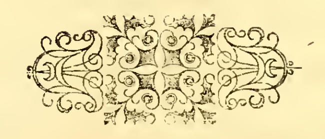
En esos instante el mundo dormido
No ve condolido al hombre llorar;
En esos instantes imbécil el mundo
El eco profundo no escucha del mal.

Yo he visto en la noche los campos sombríos
He visto á los rios, he visto al raudal,
Los montes altivos, las verdes llanuras,
Y allá en las alturas las nubes pasar.

Y todo callaba, y todo á mi acento
Quedóse un momento suspenso á mi voz,
En tanto mi alma atenta escuchaba
La voz que sonaba, el eco de Dios.

Dulcísimas auras de noche sombría
Divina armonía que inspiras quietud
Venid y en acordes acentos suaves
Haced que las aves oigan mi laud.

Francisco Granados Maldonado.





J.R.Navarro, editor. Litog. de Decaen.

Carlota.

CARLOTA.

Los últimos rayos de un sol de verano se reflejaban sobre la tierra: las nubes de oro sobre que reposaba su cabeza, extendiendo su esmaltada cabellera este moribundo coloso, iban perdiendo por instantes su encendido color. Brillaba con toda su lucidez el lucero vespertino. Adelantábanse majestuosamente por el Setentrion espesas nubes, que invadiendo el horizonte, contrastaban deliciosamente con las que en el ocaso formaban el lecho mortuorio del astro luminoso.

El dia tocaba melancólicamente á su fin.

Sin embargo, no siempre el silencio ni la solemnidad que acompañan á tan dulces momentos, sepultan al hombre en confusas ideas, que sabe muchas veces despreciar la decoracion sombría que la callada tarde le ofrece para entregarse, en lugar de una religiosa meditacion, á los accesos de un júbilo demente.

Sobre todo la mujer, inconsecuente aun con su misma naturaleza, se entrega en los brazos del placer mas delicioso, convirtiendo las negras paredes del campo–santo y sus húmedas losas en los tapizados salones que pudiera preparar el buen gusto para el lucimiento de este caprichoso y adorado ser.

Un ejemplo nos presenta la jóven Carlota, á quien tomamos por heroina: preparábase á la pajiza luz del crepúsculo, que cual tea funeraria arrojaba su trémulo y confuso resplandor, para una de aquellas diversiones sus favoritas, adornándose con aquella coquetería deslumbradora que acostumbran en todas las épocas y países las mujeres de su edad y su rango.

Inútil es decir que ella pertenecia al supremo, pues las mujeres infortunadas, de miserable cuna, no saben ni mirar esos torbellinos funestos que desvanecen las cabezas mas vigorosas y trastornan con sus falsos aromas los órganos mas delicados. ¡Al fin la indigencia es un don del cielo!

Desde el momento en que la mujer penetra por ese mundo de sedas y pedrería, la vanidad es uno de los primeros vicios que corrompen su alma, y de aquí la sórdida avaricia de aparecer á los ojos de los demás como una diosa.

Las pasiones sublimes, principalmente el amor, desaparecen de su pecho, y si alguna vez tiene algun tibio reflejo, es solo emanado por los atractivos de las riquezas que hace lucir el que profana el nombre de adorador.

Carlota contaba ya diez y ocho primaveras que habian bastado para desarrollar una hermosura perfecta, capaz de atraerse el amor mas puro de la juventud galanteadora: sus grandes ojos, azules y rasgados, eran animados por la sonrisa lasciva y agraciada que contraia constantemente sus facciones: su rubio cabello, sobre el que parecian reclinarse los fulgores postreros de la pajiza luz, se recogia en la cima de su arrogante cabeza, sujeta por una primorosa guirnalda de pálidas flores, que hacian brillar el sonrosado color de sus mejillas como deseando atraérselo para sí: sus labios eran mas encendidos que la púrpura; su cuello mas esbelto que el del cisne; el contorno de sus espaldas y su prominente pecho era la expresion de la mas sublime lascivia; sus tor-

neados brazos, dejando traslucir su mayor parte al través de las ligeras blondas que negligentemente se deslizaban sobre sus espaldas cayendo sobre ellos, desafiaban á los mustios labios del poeta para grabarse allí dejando el fuego de su encendido corazon. Su caprichoso traje de ligera seda y apacible color dejaba adivinar las formas del mas gallardo cuerpo que de la mano del Creador pudo salir.

En su pecho aparecian, simétricamente colocadas, tres rosas del color de las del tocado, en que se podia adivinar el mas delicado gusto, hermanado con la sencillez mas natural.

Carlota estaba vestida con la suntuosidad y gracia que hemos descrito y reclinada majestuosamente en un espeso sillon de exquisita madera y terciopelo nácar: desde el fondo de una galería sostenida por columnas blanquísimas y escaladas por la fértil enredadera, contemplaba la fuga del sol junta con la desanimacion del vergel, que á su vista iba perdiendo sus encantos, cayéndose la hoja de sus árboles y cerrándose los capullos de las mil flores que lo adornaban.

Todo era quietud, todo era silencio. Solo el alma de Carlota no encontraba aquel solaz que encuentra el corazon puro, libre de la mundanal corrupcion, en esas horas de languidez y suave tranquilidad; de manera que suspiraba con impaciencia, porque ansiaba las gratas horas que debian proporcionarle encantos é ilusiones en una noche de tertulia.

Trancurrian los momentos llenos de majestad y delicia para el alma que piensa y para la inteligencia que medita, no para la vanidad y presuncion que aguarda las horas del vergel á los rayos del sol agonizante, porque sus sentidos encuentran goces con el aroma de las flores y el dulce murmurar de las fuentes.

Después de un largo espacio de esperar y cuando ya las estrellas lucian en los intervalos azules que los celajes de-

jaban descubiertos, Carlota subió en un elegante carruaje, y tras ella un hombre, que colocándose en su lado opuesto, lanzaba miradas vehementes y devoradoras, orgulloso de ser el conductor de aquella hurí arrebatada del paraíso de Mahoma.

El coche partió con la velocidad del relámpago, tirado por corceles mas blancos que la nieve.

Iban, como se debe suponer, á la tertulia; á flotar en aquella atmósfera llena de perfumes y de música. Carlota iba á desdeñar amantes investida del orgullo que produce el ser envidiada de las mil beldades de una vasta concurrencia y adorada de toda aquella juventud que la rodeaba; su adorador á ostentar la belleza de aquella joya.

Mientras que aquella hermosa criatura no habia conocido sus encantos, mientras habia tenido un corazon susceptible de conmoverse por las nobles pasiones, Carlota habia amado con el amor de un ángel: el objeto de su ternura era un jóven gallardo, entusiasta adorador de su belleza y cantor elocuente de sus gracias.

Mas de tres años habian cultivado un amor puro que bien pronto se convirtió en frialdad, tal vez porque Carlota se comprendia muy grande para descender á la pequeñez de un bardo.

Por otra parte, el bardo habia quedado huérfane y pobre; y lanzado repentinamente al mundo, amenazado de una indigencia terrífica, creyó encontrar un recurso contra ella por medio de la carrera militar; carrera que no solo le facilitaba los medios de pasar una vida sin miseria, sino los medios de buscar un lauro para su frente que no alcanzaria jamás, segun le declararan los pesados desengaños que habia tenido de la sociedad, con la infausta poesía.

Grande fué el placer que conmovió á Carlota la despedida del enamorado vate y del soldado fogoso, pues ya comprendia lo que ella era y queria hombres que derrama-

ran á sus piés sus riquezas y que pagaran su hermosura con los insípidos goces que los tesoros saben prodigar: el amante, bien al contrario, marchó con el corazon lacerado y los ojos bajos, clavándose las uñas en el pecho y pidiendo resignacion á los cielos. Sus últimas palabras fueron ol objeto del sarcasmo y de la risa de la orgullosa jóven.

—Yo volveré, decia; pero volveré con el laurel del triunfo, radiando sobre mi frente: volveré á ser grande, porque vendrá conmigo la imponente guirnalda de inmortalidad: estas insignias que heredo de mi buen padre, yo sabré esclarecerlas mas y mas, ellas me harán tan grande como lo hicieron á él. Y si por ventura muero tan desgraciado como él, te quedará el renombre de un valiente que repetir á la posteridad!

¡Como deseó entonces la orgullosa jóven tan funesto desenlace! y pasado algun tiempo, ¡cómo se habituó en soñar á su entusiasta adorador bañado en sangre y cubierto de heridas! Despierta, ni por un momento osó pensar en que volveria á tocar á aquel cuerpo que tantas veces habia estrechado comunicándole su calor amante y exaltándole en aquella pasion que debia ser su ruina.

Desde entonces habia puesto su corazon en venta; ansiaba, como la mayor parte de las mujeres ambiciosas, hallar el matrimonio helado como un contrato social; era ya, en fin, una mujer mercenaria ávida de trocarse por un patrimonio pingüe, que unido con lo que poseia, la hicieran respetable y envidiada de cuantas oyeran su nombre.

No faltaron postores para su corazon y tuvo amantes entre los mas poderosos jóvenes de la época, de lo que resultaba, que henchido su corazon de vanidad y locura, desdeñaba hoy al que le daba una esperanza ayer.

Se habia fijado últimamente en el hombre que le hemos visto acompañarla, con el que habia tenido el frio sarcasmo de referirle sus estrambóticos amores primitivos, como ella

decia mas á pesar de la audacia que acompañaba á aquel; amante y de la corrupcion que habia en su alma, pues solo queria á Carlota como el materialismo del siglo lo exigia, esto es, por su hermosura positiva, por su celebridad positiva, por su dote positivo y por aquella vanidad positiva, innata al hombre, de sobreponerse á los demás hombres y de poseer lo que á los demás hombres no les es posible: á pesar de todo, tenia el pudor natural al hombre, y al escuchar aquellas vivas escenas que le pintaban los sonrosados labios de Carlota, envidiaba aquel amor sublime, bien distinto del suyo; y cuando en medio de su éxtasis envidioso lo sorprendia la carcajada irónica de Carlota, se quedaba sobrecogido de espanto, y si reia tambien, era porque aquellos arrogantes labios le ordenaban que la imitase.

Estos amores, lo mismo que los de todas las cortes, iban envueltos en el mas insípido prosaismo; son los tiros y la mala fe de dos especuladores que se ponen mutuamente asechanzas para poseer ó deshacerse de una mercancía mediante un precio. Hartos estamos de ver las ruines pasiones que se ponen en juego para conseguir un triunfo semejante.

En cuanto á la tertulia, habia existido en ella la animacion que era natural á una concurrencia por la intrigante Carlota y en que ella aparecia como reina. Eran de notar, sobre todo, los momentos dulcísimos en que la jóven dejaba escuchar la armonía de su melífluo acento esparcido como un delicioso ámbar en aquellos salones llenos de luz y de colores, de vida y de placeres, ó cuando sus manos blanquísimas, confundidas con la blancura del teclado, ejecutaban una fantasía de los autores mas en boga.

No habia jóven que no pensara en conquistar aquel mundo de ensueños é ilusiones para sí. No habia quien no se soñara correspondido de Carlota.

Todo lo comprendia ella con aquella mágica penetracion

que existe en el alma de la mujer, y á todos contemplaba; ya con una mirada protectora y amable si lo juzgaba digno de suceder á su ulterior amante, ya con una desdeñosa sonrisa si su orgullo los contemplaba muy débiles.

Tal habia sido aquella noche, semejante á otras muchas de las que constituian la existencia de aquella arrogante beldad que se hacia superior á las que la rodeaban por el orgullo humano.

¡Cuán diferente hubiera sido la misma Carlota con la pureza de aquella alma vírgen que se habia corrompido con los falsos halagos de la sociedad! ¡Qué feliz se hubiera deslizado su existencia unida á aquel hombre que la comprendia, á aquel poeta que la habia constituido en su genio inspirador!

Pero en la condicion humana la materia quiere materia, porque le llena mas que el mundo espiritual revelado por los vates y al que ellos sueñan trasladar á los humanos entes, olvidando tal vez su pequeñez y su orgullo.

Pero debemos llegar al dia determinado por la suerte para el arribo del poeta á su patria y cerca del espíritu que lo animaba, de la luz que iluminaba sus ojos, del aire que trasmitia la única voz que durante su vida debia resonar en sus oidos; del único cuerpo que debia rodear eternamente con sus brazos!

El poeta vivia, ó mejor dicho, vegetaba cual esas plantas desprovistas de atmósfera que nacen en los subterráneos animadas por el aliento mortífero que allí se oculta.

Sus labios estaban lívidos, porque no se habian acercado hacia algunos años á los pétalos de aquel clavel que no marchitaba ningun elemento de la naturaleza, y al que todos juntos concurrian para hermosear y mantener en aquella deliciosa fragancia que envidiara la mas constante de las flores.

La hermosura varonil del poeta habia decaido, porque

estaba ausente del genio que la animaba: el ángel exterminador de la guerra habia abatido aquel rostro llenándolo de sangre y de polvo. Mas habia hecho; habia cubierto su cuerpo de cicatrices, habia estenuado sus miembros, habia maltratado sus facciones, habia dado un aspecto imponente á su fisonomía; de manera que quien lo hubiera visto presentarse á su amada, lo hubiera juzgado el espectro vengador levantado del sepulcro. Miguel Angelo lo habria adoptado para representar al ángel de la venganza.

Si el bardo hubiera tenido ilusiones de encontrar á su amada cual en aquel tiempo la habia dejado, la esperanza lo hubiera mantenido; pero vaciló, y con razon, de la fe de la mujer el que habia confiado en la musa de sus ensueños; y por eso, abandonando la esperanza su corazon, quedaron yertos sus sentimientos!

Era una tarde del siguiente verano á aquel en que hemos dado á conocer á Carlota, en la que el poeta iba por fin á respirar en su regazo; iba á confundir sus miradas con las miradas del ángel, los latidos de su pecho con los latidos de la mujer divina.

El poeta se precipitó en aquella casa en que tantas veces habia vaticinado su ventura como se precipita el desesperado al cráter de un volcán; y sin preguntar siquiera por ella, se lanzó al vergel en que otra vez, un año antes, hemos mirado á la mujer inconstante esperar á un nuevo adorador: su corazon le decia que allí la habia de encontrar.

¿Quién lo llevaba allí? su instinto, ¡el instinto de su perdicion! Sin embargo, caminaba con pasos insolentes y la frente erguida, como en las grandes escenas están los héroes.

No tardó mucho en encontrar aquel nuevo Telémaco, ó mejor todavía aquel hijo de Caliope, la prenda que buscaba.

Menos tiranos los dioses que con Orfeo, concedíanle volver á ver á su Eurídice; ¡pero de qué modo!....... Mas le

valia haber dejado de existir que no clavarse el pecho con el mas duro de los dardos.

La halló, la halló al momento. Dormia bajo la espesa sombra de un copado fresno, con el cabello tendido al aire libre; ¡pero no estaba sola! Dormia sobre el seno de un nuevo amante.

Y era este aquel que la habia conducido á la tertulia.

Dormia impasiblemente sin desgarrar su pecho el cruel torcedor del crímen, porque la mujer pérfida ya está exenta de la voz de la naturaleza.

Su ligero vestido era agitado por un céfiro glacial que acarició tambien las mejillas ardorosas del exaltado vate, que por un momento creyó ser un sueño aquel cuadro aterrador; y en tan horrible incertidumbre, del espíritu que se resiste y de la pesada materia que afecta los sentidos, el poeta sentia que el corazon iba á salírsele de dolor.

Quiso extender sus brazos hácia ella, pero un instinto pavoroso le reveló que aquel acto era un torpe sacrilegio; por tanto se contuvo.

—¡Oh! dijo, los dos duermen y el amante puro vela; mas ¡ah! yo tambien dormiré algun dia como ha muerto mi jóven corazon. Deberé resignarme; pero entre tanto que errante busco la perdida quietud de mis antiguos años y que solo reparará la muerte, ¡es fuerza despedirse de la ingrata!

—¡Carlota! gritó con una exclamacion sepulcral que le arrancaba sus postreras fuerzas.

Jamás habia tenido aquel nombre un eco mas prolongado en aquellos sitios, y sin embargo, millares de ocasiones se habia repetido durante el discurso de algunos años.

Los amantes abrieron los ojos á esta interpelacion que la justicia divina hacia en los labios del agraviado jóven; mas al mirar su efigie quedaron yertos de asombro.

—¡Estoy casada! fué toda la respuesta de la mujer perjura: ¡huye y no vengas á atormentar en el lecho nupcial á los dos esposos mas felices!

El poeta no iba á atormentarla, y así lo repitió: iba á decir adios á la mujer que amaba para resignarse á morir in los consuelos siquiera del ángel que lo habia engañado. ¡Suplicio cruel que impone el destino al que tuvo el crímen de poner su afecto en el voluble corazon de la mujer! ¡Justa expiacion del idólatra que respeta su sueño, porque cree que existe amor en su corazon y corazon en ella!

Fueron tan tiernas y patéticas las palabras que empleó el amante en su despedida, que el esposo tembló al escuchar sus acentos y maldijo la parte que habia tenido en sus dolores.

—Vive feliz!

Estas palabras con el mas vivo afecto fueron repetidas por el poeta; pero ellas encerraban el sarcasmo mas frio que el moribundo podia arrojarle: ¿era posible que la mujer fuera feliz vertiendo sangre, y que la esposa pudiera reclinarse tranquila en un tálamo de luto y sangre hirviente?

No le quedaba mas que la desesperacion mas amarga.

Como era natural, el desprecio sucedió al poco afecto que habia en el alma del marido para aquella mujer ambiciosa y venal.

Hubiérase dicho al ver la indignada expresion de la mirada que le dirigia, que algun maleficio lo habia trastornado: ¡y la magia se encontraba en las palabras del poeta!

El amante habia desaparecido. Carlota buscó la compasion en el esposo y halló una repulsion desesperada; la buscó en su conciencia estoica y halló la execracion.

Nada podia esperar. El poeta huia agonizante. El marido le volvia las espaldas y daba señales de padecer aun con su vista, porque el secreto iman de aquellos corazones repelia al suyo, que si bien lo toleró durante algunos momentos, fué cuando aquel misterioso foco estaba distante; fué cuando la atraccion magnética no tenia lugar, pues el poe-

ta estaba lejos; fué, en fin, en los instantes en que la avaricia de la mujer procuraba borrar la impresion indeleble que habia fijado en su corazon un secreto destino.

El esposo, pues, habia huido aterrorizado por un camino opuesto al que habia tomado el amante, resuelto á separarse de aquella mujer sin alma, por ley ó por fuerza.

Cubria sus oidos para no escuchar las vivas voces de Carlota que lo llamaban pidiéndole compasion.

Dios solo es dueño de penetrar en las conciencias; pero nosotros creemos, por mas que sea una audacia nuestro juicio que aun en aquellos críticos momentos lo que sentia la mujer era el menosprecio en que caia á los ojos de la sociedad con la determinacion de su esposo; aun en aquellos instantes se agitaba la sed de la avaricia en su alma y esperaba volver á figurar. Las ideas de ia abyeccion y el olvido, expiacion de la mujer presuntuosa y vana eran ideas insoportables para su mente, y mordia como la vívora la árida tierra que pisaba.

Tan impensado golpe en una mujer como ella, hiriéndola en lo mas profundo de su alma y echando por tierra su orgullo, era la mas fatídica de las visiones, que apareciendo fija y dominante en su agitada fantasía, destrozaban su pecho.

Era su estado ya la mas cruel de las monomanías.

Tuvo accesos terribles de angustia, en que se desgarraba con las uñas la fina piel de su precioso cuerpo y en que golpeaba su cabeza contra las piedras.

En otros instantes, caia en la mas estúpida idiotez.

Hubo momentos en que deseó arrojar la maza que en su cerebro se agolpaba; pero las lágrimas le negaron su recurso y solo pudo arrojar suspiros ahogados que embarazaban mas su respiracion.

Desde aquellos momentos pudo conocerse en la vaguedad de su mirada y la incoherencia de sus voces, la carencia de su razon.

Carlota estaba loca.

No podia resignarse á la mortífera conviccion de pasar una vida oscura y olvidada sin poder contraer nuevos lazos que le dieran esplendor y que halagaran su orgullo; no podia mcrir para la sociedad. Si al menos hubiera muerto su esposo, hubierae ncontrado consuelo, pues hubiera preferido á cualquiera otro de sus adoradores.

Pero el papel ante el mundo de una mujer repudiada, era materialmente imposible que ella se resignara á representar!

¡Cómo se burlaria de esta humillacion la antigua turba de sus pretendientes, cómo la afrentarian las insolentes risadas de las contemporáneas beldades que habian encontrado un porvenir como el que ella pensaba tener!

En sus delirios continuos la noche la sorprendia preparándose para una diversion, entonando alguna estrofa de las hermosas canciones que le valian los aplausos del mundo ó algunas de aquellas escenas en que pagaba con el desden mas amargo y la mas indolente indiferencia, el juramento de amor de algun pretendiente.

Soñaba con su vida pasada, con su existencia llena de agradables agitaciones en medio de los saraos y de los festines.

Habia muerto aquella orgullosa azucena que habia pensado ser la imperecedera reina del vergel.

Pasados algunos dias, una tarde en que apoyada en una ventana se entretenia en deshojar las flores de un ramillete que habia formado en su jardin, arrojando hácia la calle sus pétalos, que el céfiro alejaba ó aproximaba dilatándolos á su capricho por un espacio indefinido, llamó su atencion un modesto ataud que con un reducido cortejo fúnebre de militares atravesaba lentamente su silencioso tránsito hasta el panteon.

Carlota se fijó en la faz del difunto, que iba descubierto,

y dió un alarido espantoso. Acababa de tener un recuerdo confuso y lánguido, porque aquel cuerpo era el del poeta, víctima del amor de Carlota.

Precisamente concluia en este instante de deshojar la última flor.

¿Quien la dijera que ella que pudo regar el oscuro camino del bardo durante su vida de purpurinas y esmaltadas flores, debia de engalanar la triste senda que lo conducia al cementerio?

Si Carlota no hubiera estado loca, este nuevo dolor la habria matado. Por la primera vez sintió compasíon al aspecto lúgubre de un cádaver, por la primera vez se conmovió, ella, que solo respetaba á la sociedad, en quien creyó encontrar una tierna madre.

¡Qué cierto es que algunos males se agradecen á Dios porque con ellos se liberta de otros mayores!

La locura era un mal menor comparado con la muerte. En la locura hay esperanza y hay expiacion; en la muerte no hay lo primero, y si existe lo segundo, ¡qué tremenda debe ser! vale mas resignarse á sufrirla en la tierra.

No por esto era suave el dolor que oprimia á Carlota.

Los que han mirado á los muertos y visitado los panteones. podrán conocer lo que el pecho siente en su terrible aspecto: sobre todo, los que han sentido la muerte de algun ser querido, darán á conocer las impresiones agudas que agobian nuestro corazon. Mucho mas cuando á esta muerte acompañan terribles remordimientos: nada importa que un oscuro vértigo nos oculte la magnitud de un golpe semejante. El sentimiento, que sabe anular distancias y penetrar en los abismos, lanza su grito poderoso desde lo mas íntimo del alma para revelar que se ha efectuado en ella una catástrofe tremenda.

Carlota cubrió su cabeza con un oscuro velo y siguió en su marcha postrera el cadáver del poeta como atraida por el último rayo magnético que aun quedara en sus ojos.

Soplaba un viento ligero que agrupaba en la atmósfera mil nubes tempestuosas que apagaban las teas de los acompañantes del cadáver: rugia el trueno y brillaban relámpagos sombríos.

Habíase la noche refugiado á su caverna como temiendo los estragos de la tempestad que se auguraba.

El cadáver del poeta, mas imponente que nunca, habia sido enterrado en un humilde sepulcro, despues de una tierna despedida de aquellos compañeros leales á quienes habia animado con el fuego de su voz en las batallas. Nadie hubiera seguramente contemplado aquel resto de un poeta sin haber derramado lágrimas del mas vivo interés y de la mas tierna simpatía. En aquella faz no solo pálida, sino trasparente, en aquellos ojos desprovistos de fuego, en aquellos labios entreabiertos en que aun pudiera imaginarse la angustia de su despedida; ¡allí estaba el poeta y allí el intrépido hijo de Marte! allí estaba todo!

La vida de aquel hombre se habia deslizado por grados, á medida que el dolor declaraba impotente aquella derruida máquina para soportarlo.

Y sin embargo, jamás habia asomado la maldicion en sus labios; solo el suspiro de conformidad, solo el gemido de resignacion. ¿Seria que velaban su lecho algunos arcángeles de la region celeste y entreabrian el estrellado pavimento en sus horas de mortal desconsuelo para presentarle el puerto seguro de la calma?

Tal vez sí, y por eso habia muerto con la sonrisa del último de los triunfos que debia alcanzar, su separacion del mundo.

Carlota aparecia en su sepulcro guiada tal vez por el tenaz destino que la habia constituido en el genio del mal del poeta, quizá para turbar el tranquilo sueño que debia gozar; pero ni al hombre ni al destino de la tierra puede ser dable alzar el pesado velo de la eternidad para amargar la vida del que en la tierra hizo infeliz.

No: la muerte es un muro impenetrable donde no llega la mano audaz de la mujer perjura á hacer perder al que reposa dulcemente. La muerte es el límite de los delirios humanos.

Carlota creyó concluir con su mision en aquel sitio de quebranto, cuando después de haber entonado una salmodia funeral á que respondió la atmosferá con sus truenos y rayos y el aquilon con sus rugidos, lanzó una carcajada estrepitosa y desapareció.

Pagaba sin duda el sarcasmo del poeta, porque la mujer con nada se queda cuando en lugar de haber halla do aquella irónica é irrealizable felicidad, solo encontró torturas y desconsuelos eternos.

Por fortuna ya el poeta habia remontado su vuelo y estaba lejos de la risa de la mujer que no respeta ni la misma muerte para escarnecer al hombre.

¡Pobre orgullo femenil!

Mejico, 1853.

José Rivera y Rio.

(Escrita para la Camelia.)



JUDIT,

ó el

PALCO DE LA OPERA.

NOVELA CONTEMPORANEA.

(CONCLUYE.)

VI.

EL miércoles siguiente era dia de ópera; estábamos todos en la orquesta, exactos á la cita, y el notario no llegaba. Daban *Roberto*, y esta obra me recordaba mi primera entrevista con Arturo. Me explicaba, sobre todo, su tristeza, su preocupacion, y pensé que el mismo Meyerbeer no habria tenido valor para incomodarse y le perdonaria no haber escuchado el sublime terceto de *Roberto!*

¿Pero en aquel momento estaria Arturo en mejor disposicion de apreciar la hermosa música? ¿Era mas feliz? ¿Habia en fin encontrado ó perdido á su Judit?

Ignorábamos aun los obstáculos que los separaban, y nuestra impaciencia por saber el fin de la historia, crecia por la falta del historiador. Llegó en fin después del segundo acto, y ni un actor querido del público, ni bailarin

que reapareciese después de tres meses de ausencia, tuvieron jamás una acogida mas brillante que el notario....

—¡Vedlo!

—¡Venid, pues, querido mio!

—¡Llegais muy tarde!

—Acabo de comer en un convite y de asistir á un contrato.... digo asistir.... porque ya no ejerzo; vendí mi empleo, y gracias al cielo á nadie debo nada....

—¡Excepto á nosotros!

—Nos debeis un desenlace....

—La historia de Judit....

—Os hemos guardado vuestro lugar, pasad.

Pasó, se sentó, se estrechó el círculo, y el notario acabó así la historia de Judit:

—Ella habia dicho: *¡Esperad!*.... Y por algunos dias Arturo tuvo paciencia; ¡esperaba siempre una carta, una cita! La volveré á ver, decia, volverá, me lo ha prometido. Pero corrieron los dias y las semanas y Judit no volvió.

¡Así se pasaron seis meses! luego un año, después dos. Arturo causaba compasion, y mas de una vez temí por su razon. La escena del baile de máscara le habia afectado vivamente.... Tenia momentos en que recordaba que habia encontrado á Judit sin verla, que se le habia aparecido sin mostrarle sus facciones, y se creia bajo el imperio de alguna alucinacion. Su cabeza debilitada por los sufrimientos, lo persuadia que era un sueño.... una ilusion; llegó á dudar de lo que habia visto y oido. Cayó gravemente malo, y en el delirio de la calentura veia á Judit apareciéndosele por la última vez y despidiéndose de él: no podré deciros con qué ternura y fuego le hablaba.... Judit era su pensamiento, su idea fija.... Ese era el mal y el tormento de que se moria.

Nuestros cuidados le volvieron á la vida; pero quedó som-

brío y melancólico y á nadie veia excepto á mí. Jamás habia querido tocar á la fortuna que tenia de Judit, y la suya, como os he dicho, no consistia ya mas que en seis mil libras de renta. Habia empleado cuatro mil en el alquiler anual de un palco en la Opera.... ese palco segundo en que habia pasado con Judit la noche del baile de máscaras.—Fué allí todas las noches mientras creyó que volveria.... y luego, cuando perdió esta esperanza, no tuvo ni valor ni fuerza de entrar á él: se encontraba allí *solo, siempre solo* (su eterna divisa), y esta idea le perjudicaba extraordinariamente. Solamente venia de cuando en cuando á la luneta, veia dolorosamente hácia el palco de Judit; después se iba diciendo: ¡No está!....

Tal era su vida; y excepto algunos viajes que hacia de cuando en cuando, siempre con la esperanza de tener noticias de Judit ó algunos indicios sobre su suerte, volvia á Paris, y todas las noches, sin que en ello tuviese parte su voluntad, sus pasos se dirigian á la Opera. Para estar con él mas tiempo, fué por lo que alquilé mi asiento por todo el año.

Dias pasados estaba sentado en la orquesta, ¡no de este lado, sino del otro!—Ese dia estaba enteramente desanimado y no tenia ya ninguna esperanza; volvió la espalda al foro, y sumergido en profundas reflexiones, no veia ni oia nada.

Algunas exclamaciones lo arrancaron sin embargo de sus sueños.

Una jóven, de notable hermosura y encantadoramente adornada, acababa de entrar á un palco. y toda la artillería de anteojos se dirigió á ella.

No se oian mas que estas palabras:

—¡Qué bonita!

—¡Qué frescura!....

—¡Qué nobleza y qué dignidad!

—Señor, ¿qué edad le calculais?

—De veinte á veintidós años.

—¡Qué! quitaos.... no tiene diez y ocho años.

—¿Sabeis quién es?

—No, señor; es la primera vez que viene á la ópera.... porque soy abonado.

Los vecinos tampoco la conocian.

Pero no lejos de ellos, un extranjero de distincion se inclinó respetuosamente y saludó á la jóven.

Al momento le preguntaron todos su nombre.

—Es lady Inggerton, mujer de un rico par de Inglaterra.

—¡En verdad!..... tan bonita y tan rica!....

—Y se dice que no tenia nada..... que era una pobre niña que en un rapto de desesperacion amorosa, quiso ahogarse.... y que encontrada y recogida por el viejo duque, la trató como á su hija.....

—Es una verdadera novela.

—No todas acaban tan bien; porque el viejo, que le hacia tanto cariño, que no podia estar sin ella, se dice que quiso casarse con ella para dejarle su fortuna.... lo que verificó.

—¡Diablo!..... Si es viuda..... es un bonito partido.

—Su luto ha terminado y en Inglaterra ó en Francia será de quien le haga la corte.

—Ya lo creo, dijo el jóven que hablaba, y que con una mano arreglaba su corbata, mientras que con la otra sostenia el anteojo que dirigia á lady Inggerton. ¡Oh! pero, señor, creo que ve hácia aquí.

—Os engañais, dijo el extranjero.

—¡No, pardiez!........ no me engaño.... Me refiero al señor. Y se dirigia á Arturo, quien nada habia entendido y á quien fué necesario explicarle de qué se trataba!

¡Arturo levanta la vista! y en el palco segundo.... en ese palco que antes era suyo, percibió....

¡Ah! no se muere de sorpresa y alegría...... puesto que

Arturo vivia...... puesto que sentia los acelerados latidos de su corazon.... puesto que conservó bastante fuerza y razon para decirse: ¡Es ella!.... ¡Es Judit! Pero al mismo tiempo.... permanecia inmóvil.... no se atrevia á moverse.... temia despertar!

—Señor, señor.... le dijo su vecino.... ¡la conoceis pues!

Arturo no respondia, porque en ese momento los ojos de Judit habian encontrado los suyos.... ¡Habia visto brillar en ellos la alegría y el placer! ¿Y qué vino á ser de él? ¡Dios mio! ¿Cómo pudo resistir su cabeza.... cuando vió la mano de Judit, esa mano tan blanca y tan bonita, levantarse á la altura de la oreja, é imitando la señal que él le hacia antes, juguetear algunos instantes con unos aretes de esmeraldas que Arturo le habia regalado?

¡Ah! ¡en esta vez creyó volverse loco! Volvió la vista, puso la cabeza en sus manos, y así quedó algunos instantes para convencerse que no era una ilusion, para repetirse que no era ciertamente á Judit á quien acababa de ver.... Después, cuando estuvo de ello bien seguro, ¡levantó de nuevo los ojos hácia ella!.... ¡la vision celeste habia desaparecido!.... ¡Ya no estaba allí Judit.... habia salido!...

Un frio mortal corrió por sus miembros.... una mano de fierro le oprimió el corazon.... Luego recordando lo que acababa de ver y oir.... porque le habia hablado.... le habia hecho una seña.... se lanzó de su lugar.... salió del teatro y corrió á la calle diciendo: Si me engaño esta vez, si tambien es un error.... es seguro, perderé la razon, ó me mataré.... Y decidido á morir, se dirigió friamente á la calle de Provenza.—Llamó en la puerta, que se abrió, y temblando preguntó:

—¿Judit?

—La señora está en casa, dijo tranquilamente el conserge.

Arturo dió un grito y se apoyó en el tramo de la escalera para no caer.

Subió, atravesó todos los aposentos, abrió la puerta del retrete.

Estaba amueblado como antes.... hacia seis años.

La cena que habia pedido antes de su partida, estaba dispuesta. Habia dos cubiertos.

Y Judit, sentada en un sofá, le dijo al entrar:

—Venis muy tarde, amigo mio. Y le tendió la mano.

¡Arturo càyó de rodillas!....

Aquí el notorio se calló.

—¿Y bien?.... exclamaron todos; acabad.

—El notario se sonrió y dijo: ¡No me ha contado mas Arturo!.... Además, comienza el tercer acto de *Roberto*.

—¿Qué importa? ¡Acabad!

—¿Qué mas os he de decir?.... acabo de comer con ellos, he firmado el contrato!

—¿Se casan?

—¡Ciertamente, Judit lo ha querido!

—¡Por última sorpresa sin duda!....

—¡Acaso le reserva aun otra!....

—¿Cuál? preguntó el abogado.

—¡No sé nada!.... respondió el notario sonriendo; pero se asegura que el viejo duque su marido no la llamaba jamás de otro modo que *¡hija mia!*

En ese momento el palco de los segundos se abrió; Judit apareció cubierta con una manteleta de armiño y apoyada en el brazo de su amante, de su marido!....

Y un mismo grito partió al momento de las bancas de la orquesta:

—¡Qué bonita es ella!

—¡Qué feliz es él!

EUGENIO SCRIBE.

(Traducida para la CAMELIA.)



UN RETRATO.



¿Quereis saber lo que acontece á un pintor que hace un retrato? Salvo aquello que pudiera acontecer necesariamente conforme á la posicion social y la educacion del modelo.

—Señor pintor, estoy bien así.

—Señora, solo quisiera que conserváseis una posicion mas natural.

—Creo que esta posicion no es afectada.

—No digo semejante cosa, señora, sino que os recomiendo el que la posicion que elijais sea la mas habitual en vos: yo no puedo hacer otra cosa mas que reproducir aquello que tengo á mi vista: por lo tanto, es indispensable que la persona que quiera retratarse procure parecerse á sí misma.

La mujer considera esta observacion como poco adecuada, guarda una posicion pretensiosa y afectada; levanta los ojos al cielo ó los cierra lánguidamente, oprime los labios para hacer aparecer una boca mas pequeña; si es de un carácter alegre, toma un aire majestuoso.

El pintor hace sus contornos.

—Pero decidme, señor pintor, ¿no es verdad que esta otra posicion seria mejor que la primera?

—No me lo parece; pero....

—Decididamente, esta es mejor.

Toma otra posicion tan parecida á la anterior como lo fuera la que guardara un fraile cantando misa con el héroe de la Mancha en la cueva de Montesinos, sin dejar por esto de estar menos afectada.

El pintor borra sus perfiles y vuelve á comenzar nuevos contornos.

—Perdonadme, señor, teníais muchísima justicia cuando decíais que la primera posicion era preferible.

Y el desgraciado artista torna á hacer desaparecer lo comenzado y vuelve á trazar nuevos contornos.

—Os recomiendo, señor, el que pongais mucho esmero en el colorido de los ojos; tengo mi orgullo en ello.... ¿qué quereis? es disculpable.... cuando uno tiene tan pocas cosas buenas en que cifrarlo.

—Mucha modestia, señora.... por el contrario.

Durante esta conversacion, ella ha cambiado por consiguiente de postura.

—¿Teneis la bondad, señora, de volver á la postura que teníais anteriormente?

—Es que me molesta un poco.

—Entonces, señora, tomad decididamente la que mas os acomode, porque de lo contrario tendria yo que comenzar de nuevo mi obra cada vez que os agradase cambiar de postura.

—Teneis razon, y por lo tanto voy á ponerme de la manera que lo estaba hace un instante: ¿qué os parece? ¿estoy bien así?

—Muy bien, si teneis la bondad de no moveros mas.

—¡Berenice!

Entra entonces su doncella, que hace tambien veces de cocinera.

—Berenice, tráeme el cofrecito de mis alhajas.

Como la palabra cofrecito no es una palabra muy familiar entre la criada y la señora, sino usada solamente en presencia del artista para darse una importancia inmerecida.

—¿Cómo decís, señora?

—Imbécil: mi caja de alhajas.

Berenice viene por fin con una caja.

—Decidme, caballero, ¿qué collar y qué aretes me aconsejais que me ponga?

—Los que mas sean de vuestro agrado, señora.

—Sí; pero los pintores, es mi opinion que deben tener un gusto favorito, superior al parecer del vulgo con respecto á la eleccion.

—En este caso preferiria yo el coral.

—¡Dios me libre de semejante cosa! los corales solo se quedan para las trigueñas; todas ellas tienen un delirio por ellos, y si algo tengo yo que pueda llamarse pasadero si se quiere, es la blancura de mi tez.

—Como que no he visto otra en mi vida que se la iguale.

—Creo que los diamantes serian una eleccion acertada en mi concepto.

—Sí sin duda, si así os agrada.

—Está dicho: me dicido por los diamantes.—¡Berenice!

—¡Señora!

—¿Has ido á avisar al peluquero que venga esta tarde?

—No, señora.

—¿De qué sirven entonces mis palabras? vé al momento.

—¡Ah! señor, ¿no es una positiva desgracia tener criados? algunas veces envidio la posicion de un artista como vos: siquiera teneis la ventaja de ser independiente; vos solo os servís á vuestro antojo en vuestros deseos.

—¡Ay, señora! me veo precisado á quitaros esa ilusion: no soy muy dichoso que digamos con tener que dar bola á mis

botas con mis propias manos.... pero si me hiciéseis la gracia de volver un poco la cabeza hácia la derecha... como estábais hace un instante.

—¡Dios mio! yo no sé señor por qué nunca he conseguido que me hagan un retrato exacto: me han hecho dos; pero ¡que retratos! ¡horrorosos! Sobre todo el último: me pusieron una boca que poco faltó para que no terminase nunca.... á próposito, señor, os recomiendo mucho la boca..... no creais que esto lo haga por presuncion; ¡disparate! cuando uno cuenta ya con una hija de seis años (la niña tiene nueve) y cuando uno tiene una hija grande, de seis años, es necesario renunciar á toda clase de pretensiones.... á mi marido casualmente le gusta mi boca, y le habia de ser muy sensible verla muy grande.... en el retrato.

—No tengais cuidado, señora; la haremos tan pequeña como gusteis, es decir, vuestro marido.

—Sobre todo, señor, no quiero que me aduleis; yo no soy como algunas mujeres que exigen se le dé á sus retratos las bellezas de que carecen.—He mandado llamar al peluquero con motivo de un convite que tengo á un baile para el que he empeñado mi palabra. A mí me fastidian mucho las modas; pero hay veces en que es de precision rendir homenajes á las exigencias y á los deberes sociales. A mas de que mi marido se ha empeñado en que me separe de un aislamiento que tanto me agrada. No sé cómo vestirme esta noche, porque es necesario no dar en que decir.

—Ciertamente, señora.

—¿Sois de opinion que me vista de azul?

—¡Oh! el azul os debe estar divinamente.

—Sin embargo, á pesar de todas mis reflexiones me voy á poner un vestido de crespon rosa.

Poned mucho cuidado en lo delicado de mi nariz; mirad que es una de las facciones mas notables de mi rostro.

—¡Ah! señora.

—A ver.... veamos....

—Si no está hecho casi nada.

—Es igual, está muy bonito; pero decidme, ¿por qué me habeis puesto el cuello de un color negro azuleado?

—Son todavía las sombras que están indicadas.

—Es que tengo fama de tener un cuello blanquísimo; os confieso francamente que es mi orgullo.

—Lo conozco, señora, mejor que ninguno, porque confieso que teneis un cuello deslumbrador; pero yo os dije que solamente habia indicado las sombras, y por consiguiente no habia de quedar así.

—En buena hora, si así es.

—¿Quereis, señora, volver á ocupar vuestro asiento?

—Con mucho gusto: ¿así estoy bien?

—De todos modos estais encantadora; pero si ahora quereis conservar esta otra posicion, me obligareis á que borre lo que he comenzado ya.—La cabeza un poco inclinada á la derecha, los ojos un poco bajos.

—Acaso no tenia yo los ojos levantados al cielo.

—No, señora.

—¡Cosa singular! así como así, este es para mí un movimiento muy familiar.

—Entonces, fácil os es cambiar el movimiento de los ojos.

Entra un quidam; este quidam es un corredor, de color castaño, que la señora condecora con el título de agente de cambio.

—Mirad, señor N.... ¿creeis que mi marido me ha obligado á hacerme retratar de nuevo?

—¿Y quién será bastante para reproducir un rostro tan encantador?

—Ya sabeis, señor, que soy enemiga declarada de toda lisonja.... ¿encontrais en el retrato alguna semejanza?

—Ciertamente; la pintura del señor está muy buena.... diré mas, está.... muy buena; pero vos sois mas hermosa que ella.

El pintor vuelve la cara para hacer notar al conocedor que el retrato no es mas que un bosquejo; pero se detiene, sus labios dejan asomar una sonrisa irónica que revelan su pensamiento. El conocedor continúa:

—Hay, ó.... ó mas bien dicho, no hay.... un no sé qué. En fin, señor, querria que hubiese..... aquí en los ojos, mas de..... ya me comprendeis.... y tambien alguna cosa en la frente.

—Y decidme, interrumpió la señora, ¿no encontrais que el cuello está un poco negro?

—He tenido el honor, contestó el pintor un poco impacientado, de deciros, señora, que si no marcase las sombras, sacaríais una cara ni mas ni menos que una asentadera; con mas atencion, notareis lo indispensables que son estas sombras.

—!Ah! en cuanto á eso, dijo el conocedor, el señor tiene mucha justicia, estas son las sombras; los pintores no pueden valerse de fullerías..... Es una imperfeccion, pero no pueden hacer otra cosa; el arte tiene sus límites: las Madonas de Rafael acaso tienen mas sombras que el retrato que está haciendo el señor; pero sin embargo, las tienen.

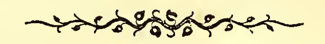
Por lo que hace á esta vez, el pintor se levanta y dice que volverá al otro dia. Al dia siguiente le hacen esperar una, dos y mas horas; después cambia de parecer la señora, no quiere ya diamantes; esto vale como cambiar el peinado del retrato....

La señora, siempre preocupada con la sombra de su peinado, extrae furtivamente al pobre pintor cuanta pintura azul tiene sobre la paleta y la arroja por la ventana. ¡Pobres artistas!

(Traducido por M. M. Morali.)



RECUERDO DE AMOR.



El alma se eleva
Si mira de amores
Fragantes las flores
Que brillan al sol.
Y en tanto que esparcen
Al aura su aroma,
Y en tanto que asoma
Nácar arrebol,

Alegre recuerdo
De gloria aquel dia
En que no sabia
Qué cosa era amor.
Y corrí inocente
Del mundo en el prado,
Sin ver á mi lado
Pena ni dolor.

Corria sereno
Tras la mariposa,
Que en torno á la rosa
Mi anhelo burló.
Y ciego de encanto,
Cortar la divina
Flor quise, y su espina
Con fuerza me hirió.

Entonces, entonces
Los ojos abria....
Y te ví, María,
Escuché tu voz.
Y el pecho latiendo
Mi pena mostraba,
Y yo te miraba,
Ardiendo en amor.

Tú la mariposa
Eras, mujer bella....
¡Y lloré por ella,
Sonreir te ví!
Y supe que el mundo
Es prado florido,
Y me sentí herido
Y un dolor sentí....

¡Ah, cómo he pasado
Las horas serenas
Sufriendo mil penas
Oyendo tu voz!
Eran un momento
Para mí los dias,
Blandas armonías
Tus ecos de amor.

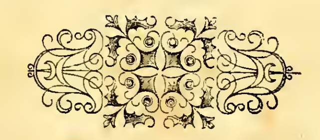
El tiempo cruzaba
Fugaz, entre tanto
Gozaba el encanto
Junto de tí yo.
La luna en la noche,
El sol en el dia,
Nos miró, María,
Gozando de amor.

¿Recuerdas, hermosa,
Cómo una guirnalda
De color de gualda
De flores de abril,
En tu sien ponia,
Y en tanto cantaba
Y te coronaba,
Te ví sonreir?

¿Recuerdas que alzaba
La flor que nacia
Donde tú, María,
Posabas el pié?
En tanto el arroyo
Süave corriendo,
Iba repitiendo
Tu voz con placer.

¡Ah, cómo te amo,
De mi vida dueño!
Si velo, si sueño,
Yo miro tu faz.
Despierto, te busco,
Do quiera te miro,
Y escucho un suspiro
Que vuela fugaz.

Méjico.—Francisco Granados Maldonado.



MODAS.

Acababa de recibir el figurin, y con él la prescripcion de describirlo; vacilaba en los términos que debia emplear para ello, porque los nuestros, quiero decir los que se usan en Méjico; no son de *moda*, y los elegantes son extranjeros: estaba pues, contemplándolo con mi pluma mojada y el papel sobre la mesa, cuando entró P**, y mirando mi contemplacion me dijo:

—¿Qué haces mirando esas muñecas? ¿se parecen?....

—Al diablo, y á la mujer, segun yo, le interrumpí.

—¡Cómo! no te entiendo.

—Es exacto: te digo que para mí se parecen al diablo, porque me han puesto en un atolladero de que no puedo salir; cualidad de accion atribuida al ángel malo, segun el autor de sus memorias; á la mujer porque no lo comprendo fácilmente, menos lo puedo describir, que es lo que....

—Ya..... ya te comprendo, interrumpió mi amigo, y veo que eres un sabio porque encuentras estrambóticas analogías entre objetos *un....poco....disímbolos.*

—Podrá ser; pero yo la encuentro, le dije, y añadí: pero ¡qué quieres! creo que yo veo las cosas al contrario de los de-



J.R. Navarro, editor

Litog. de Decaen.

Cajon de "la última moda de Paris." Juana Dastugue, 2a. Calle de Plateros No. 1.

más, y aun yo mismo soy una una *ironía*, como ha dicho un novelista mejicano.

—Sí, te entiendo,....estás para escribir un artículo de *modas*, dedicado á las señoritas, tú, quejumbroso sempiterno, lloron perpetvo de tus cordiarles sentimientos, adorador fanático del espiritualismo de Lamartine, tú vas á tratar de *modas!*

—Ya lo ves; y luego repito, mirando las cosas al contrario: porque yo creo que las *modas* forman parte de la literatura, y sin embargo, cítame un periódico literario mejicano que no trate de *modas* desde el título! siempre van unidas las palabras *variedades*, *literatura*, *modas*, etc., y escluyen de la literatura, la física, la *geografía*, la química y otras ciencias.

—Claro está; tú mismo lo estás diciendo esas son ciencias; y no son versos ni novelas.

—Tienes razon, eso es literatura; ¡qué sencillez en definir!

—¡Qué precision literaria!..... Pero me distraes de mi objeto, que es describir el figurin; por cierto que es bonito, y tiene la cualidad de dar una prueba del círculo vicioso del mundo; porque esta *moda*, quiero decir, estos trajes, creo se han usado otra vez.

—Bien, vamos á ver cómo lo describes.

—Pues pon atencion como si oyeras una política disertacion. Son trajes de teatro: desde luego debemos notar esta circunstancia, porque ya en Méjico no está en *moda* el *culto teatro*, sino los *bárbaros toros*.

El peinado es de blonda con unos moños de liston de raso blanco y de terciopelo que caen sobre los hombros; en un lado una pluma pendiente, cuyas extremidades están pintadas de colores variados segun la armonía que debe formar con el conjunto.

El otro es muy sencillo y muy natural; solo es de trenzas del mismo pelo, cosa muy rara.

El talle (*ó corpiño*) es á la Luis XV. La parte anterior está cerrada por unos listones atravesados que disminuyen proporcionalmente hasta la punta. En los intervalos se encuentran encajes plegados que forman todo el peto, limitado en los lados por dos encajes que parten desde la cintura y suben, ensanchándose, hasta los hombros, donde se reunen con otros doe que estan pegados en las mangas. La enagua está abierta de los dos lados, y en las orillas tiene encajes; el género en esa abertura forma una vuelta en la que el forro es del mismo género que el vestido.—Arriba, en el principio de la abertura, se encuentra un moño formado de liston y encaje igual al de la orilla; el moño termina con cabos que bajan hasta la rodilla. En el espacio formado por esta abertura se ve una basquiña de raso blanco, adornada con unos pequeños encajes escalonados.—Ya tienes descrita una figura.

—¡Peor podias hacerlo! pero se entiende. Y dime, ¿no describes los zapatos?

—Como no se ven, pueden ponerse lo que se conoce con el nombre de babuchas, que solo tienen el inconveniente de cubrir las medias y presentar un pie enigmático algo mixto.

—A propósito; ¿no te parece que los vestidos muy largos son....

—Calla; estoy en contra de ellos, porque en un paseo donde hay alguna concurrencia y que es necesario ir unos detrás de otros, como en las Cadenas por ejemplo, tienen necesidad de ir con los ojos bajos como cartujo si llevas por delante una señora, ó la pisas á cada paso; pero vamos á la otra figura.

Es un túnico de raso con relieves de terciopelo. El corpiño es de vuelta; esta tiene la disposicion de la vuelta de los fracs: está adornada en su derredor de un encaje negro, así como las mangas y la parte inferior de la falda, en donde se encuentra el relieve de terciopelo que se extiende

formando un delantal. Las sub-mangas son de encajes blancos.—Chaleco blanco, bordado de seda blanca y plata, adornado en la orilla con un encaje angosto que forma el cuello. Este chaleco se abrocha con cinco botones de piedras.

Este vestido se ha hecho de diversos colores, tanto en el fondo, como en el relieve. El chaleco se puede variar hasta lo infinito, bondándolo de terciopelo de seda de color, etc., que pueden matizarse arreglado al conjunto del traje.

—¿Qué dices? le pregunté á mi amigo, ¿te parece bien?

—Perfectamente. ¿Pero con esto has terminado tu tarea?

—Solo me queda que recomendar á mis lectoras á Mad. Juana Dastugue que vive en la calle de Plateros núm 1 quien las vestirá como está el figurin si lo desean, y aconsejarles que prescindan de ciertas modas que no debian haber adoptado, como el no dedicarse á cosas útiles, es decir que tocan el piano, porque saben una polka, un compás, y ejecutan los principios de arias y duos de óperas que no se conocen lo que son; que no hablen francés sin saberlo, ni se den por literatas cuando no saben lo que es *verso*, ni *prosa*, ni *literatura*, ni *ciencia*, y por último, que no lean las novelas trágicas ni vayan á los toros, porque es dañar el corazon, corromper el gusto y perderse de los placeres tiernos por gozar de los bárbaros.

—¿Cuáles son unos y otros?

—¿Oiste tocar á la Frery?

—Sí.

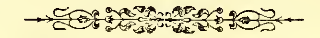
—Pues compárala, ó mejor dicho, supon en el primer término de un cuadro á un lado la Frery y su melodíoso violin, y del otro á Bernardo con su espada en la mano y el toro á sus piés: ¿que te pareceria el cuadro?

—Es en efecto el contraste mas exacto del espíritu y la materia, de la civilizacion y la barbarie.

—Por último, réstame darte las gracias, porque sin tí no

escribo el artículo de modas, y á las señoritas recomendarles que lean y se *suscriban* á la Camelia porque es una flor muy bonita que adorna algunas veces su pecho, y que yo quiero que ahora adorne sus cabezas.

"Parce nobis, Domine."
"Perdónanos, Señor."



SINÓNIMOS.

Agrado.—Gracia. Las *gracias* son mas bien naturales que adquiridas; muchas personas son *agraciadas* por su suave genio, su apacible condicion, su bondadoso trato y su amabilidad con todos; á estos dotes de la naturaleza poco tiene que añadir el arte. Al revés sucede con las personas iracundas, arrebatadas, de áspera condicion, de trato altanero, de genio rencoroso; por mucho que se esmere la educacion, poco ó nada podrá vencer, ó lo menos disfrazar tan malas inclinaciones; nunca serán ni *graciosas*, ni *agraciadas*, ni *agradables*.

El *agrado*, al contrario de las *gracias*, mas que á la naturaleza se debe á la educacion, al arte: muchas personas llenas de vicios y defectos en su interior, suelen ser *agradables* en su exterior á fuerza de reflexion, de estudio, de disimulo. Tambien las *gracias* consisten en el tono y en los modales; el *agrado* en el talento y el genio.

Buscamos la compañía de un hombre *gracioso* porque nos divierte; procuramos tratar de continuo con un hombre *agradable* porque nos lisonjea y complace. Los genios *ale-*

gres son por lo comun graciosos; los sugetos de fina educacion, que han visto y leido mucho, tienen la conversacion *agradable*.

En la sociedad se recibe con *gracia* y se trata con *agrado:* aquella cualidad pertenece principalmente á las *mujeres;* de esta participan los hombres. Tiene *gracia* para nosotros cuando lisonjea nuestro amor propio y nuestro sentidos; nos *agrada* lo que nos instruye y ocupa nuestras potencias intelectuales. Las *gracias* pueden seducirnos y dañarnos; el *agrado*, siendo fingido, perdernos.

P. M. O.

Agradar.—Complacer. Estos dos verbos expresan acciones agradables á aquellos que son su objeto.

Complacer es acomodarse al sentir, al gusto, al genio de alguno adherirse á lo que desea con la mira de serle grato. *Agradar* es efectivamente ser *agradable* á fuerza de deferencias y de atenciones.

Complacer es un medio para llegar á *agradar*, y puede decirse, que quien sabe *complacer* con dignidad, puede muy bien esperar *agradar*.

MARCH.

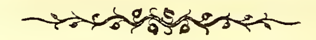
Agradar.—Gustar. Solo se pueden usar uno por otro en un sentido figurado, porque en su sentido recto, *gusta* lo que satisface á los sentidos, lo que deleita materialmente: *agrada* lo que deleita al ánimo, lo que satisface á la imaginacion.

Gusta. Una bella figura, un manjar regalado. *Agrada* la virtud, la sencillez de la aldea.

L. DE LA HUERTA.



MISTERIOS DEL ALMA.



APENAS voy el valle de la vida
Comenzando á cruzar en este mundo,
Y ya está el alma en su dolor vencida,
Ya está el cuerpo cansado y moribundo.

He cruzado senderos do mil flores,
Alfombrando la tierra, me ofrecian
Su embriagador aroma y sus colores
Con que en torno á mi vista embellecian.

Al ir siguiendo mi forzoso viaje
Sin camino seguro, en rumbo incierto,
A las flores he hollado y al follaje
Y he llegado á las puertas del desierto.

Como un sueño fugaz en mi memoria
Recuerdo aquellos plácidos vergeles,
Y una página sola de mi historia
Cuyos gratos recuerdos son crüeles.

La historia de un amor, un amor santo
Que á mi alma abrasó mágico y tierno
Y haciéndome llorar secó mi llanto
Y me ha dejado su dolor eterno,

Divagó el panorama tan risueño
Que la vida al pasar me dibujaba;
Ha agotado en mis párpados el sueño
Y el llanto que mi pecho consolaba.

Quise que el mundo falso que pregona
Cual virtudes los vicios del orgullo,
En mi frente pusiera una corona
De la gloria magnífica al arrullo.

Y en pos corrí de la brillante ciencia,
Y me postré delante sus altares,
Y al mirar de su luz la refulgencia,
Dí al mundo melancólicos cantares.

Ví el brillo esplendoroso de la gloria,
Y al contemplar sus nítidos reflejos,
Se encendió entusiasta mi memoria
Y quise entonces caminar mas lejos.

Ardiente el corazon por sus amores,
Llena de orgullo el alma poderosa,
No saciaban su anhelo con las flores,
El hombre conseguir quiso otra cosa....

Habian destruido los placeres
Las materiales fuerzas de la vida:
¿Qué me importa el amor de las mujeres
Si ya está el alma en su dolor vencida?

He cantado al amor con voz contenta,
Y he visto á mis acentos unos ojos,
Mostrar una alma el fuego que alimenta,
Y reirse miré unos labios rojos.

He visto conmoverse á mis acentos
De una mujer el corazon valiente,
Y me ha dicho de amor bellos concentos
Al encenderse de rubor su frente.

Y la he visto llorar y yo he gozado,
Porque al ver que su frente se encendia,
Conocí que su pecho enamorado
El fuego de mi alma comprendia.

Conocí de su boca en el acento
Del corazon las tiernas simpatías,
El poder de su grande pensamiento,
De su alma las dulces armonías.

Y ví en sus ojos lumbre indeficiente
Que yo tan solo conocer debia;
E incliné al suelo mi encendida frente
Cuando ví que su boca sonreia.

Y entonces supe que en el mundo inmenso
Una alma habia que cual yo amara,
Quien pudiera entender lo que yo pienso,
Quien mis ideas gratas descifrara.

Oyó mi acento y repitió su alma
De mi alma los mágicos acentos,
Y entre el placer y la ilusion y calma,
Nos entregamos á gozar contentos.

Las brisas de los bosques, las llanuras,
Las cumrbes elevadas de los montes,
Las cantinelas de las aves puras,
La luz de los carmíneos horizontes,

Repitieron la voz de los amores
Que el mundo crimina no ha conocido,
Que vinieron solo las pintadas flores
Y ha ya por siempre el corazon perdido.

Amor que el corazon ha desgarrado
Y cuyo fuego aun el alma quema,
Y que en mi frente por mi mal grabado
Ha dejado por siempre un anatema.

Y esto fué ayer; la juventud preciosa
Me brinda aun delicias y placeres;
Mas no distingo ya la senda hermosa;
No hay en el mundo púdicas mujeres,

Que la mujer que amé, mujer no era,
Era un ser celestial, un ser divino,
El ideal de mi ilusion primera,
La luz que aun guia mi inmortal destino.

De este mundo esas bellas criaturas
Son flores que marchita el sol de un dia,
Vaporosas fantásticas figuras
Que apenas puede ver la fantasía.

Que del amor al encendido aliento
Ruedan y se deshacen y perecen,
Y al leve impulso del ligero viento
Como humo luminoso desparecen.

Y dejan yerto al corazon, vacío,
Dejan á la memoria fatigada,
Que busca en su continuo desvarío
Los placeres mentidos de la nada.

Y esto fué ayer; mas hoy las armonías
Se disiparon del mentido halago,
Y el melodioso acento de otros dias
Hoy de muerte cruel es rumor vago.

Vuelvo la vista al árido desierto
Que llama vida el hombre envilecido,
Y solo miro un arenal cubierto
De maleza y de abrojos circuido.

Esos fantasmas de oropel que brilla
Del sol á los ardientes resplandores,
Huyeron cual el polvo de la orilla
Del rio, de viento al soplo entre las flores.

Y esto fué ayer, cuando mi frente ardia,
Cuando en mi pecho el corazon saltaba,
Y en sus latidos, del amor sentia
Las impresiones que el placer me daba.

Y apenas voy el valle de la vida
Comenzando á cruzar por entre abrojos;
¿Qué será cuando el mundo me despida,
Cuando la luz se apague de mis ojos?

Corre el velo, Señor, que nos oculta
Del porvenir la grata refulgencia;
Que el polvo que en el mundo nos sepulta,
El camino nos abre de tu ciencia.

Entonces al dejar este desierto
Do creí que eran flores los abrojos,
De eterna dicha el anhelado puerto
Verán volviéndose á encender mis ojos.

Y entonces este cuerpo moribundo,
Y entonces esta alma ya vencida,
Al llegar á las playas de otro mundo
Hallarán los placeres de otra vida.

Méjico.—Francisco Granados Maldonado.

LA MUSICA.

Un suspiro del alma.

LA música, la armonía, grata al oido que la forma, despierta diversas sensaciones segun el estado moral que se guarda; pero jamás puede desagradar al que tenga corazon.

Físicamente produce una sensacion que se manifiesta en el semblante, en los ojos, en los movimientos.

Esta sensacion material está subordinada siempre á la situacion moral. ¿Estais alegres? la música aumenta y hace estallar vuestra alegría. ¿Estais triste? os arroja en una grata y tierna melancolía, inexplicable pero sublime....

El jóven alegre, bullicioso, superficial, no puede oir una polka ó un wals sin estremecerse y ejecuta movimientos como si comenzara á bailar.

Pero esto es lo menos, y sin embargo, es la mas.

Oid ondear el aire por los sonidos armoniosos del duo del beso en la Norma, ó del terceto de Polione, Norma y Adalgisa, con que finaliza el primer acto.

Prescindid del argumento, de las palabras, y sean las cuerdas, el viento ó la voz humana, y decid, los que sois sensibles: ¿creeis que un hombre haya procurádose esas armonías por pasar el tiempo? ¡Imposible! Son desahogos del

alma, son el llanto de un corazon que siente algo sublime en él y que al salir al mundo ha de presentarse armonioso y grande, contagiando con su gradeza, con su sensibilidad y su armonía. ¡Desgraciado el corazon que no refleja esa armonía! ¡Pobre alma que permanece indiferente al terrestre cuadro de la gloria!

El amante de Lucía muriendo de amor y despidiendo sonidos tan elocuentes, es el ideal materializado de la imaginacion de un amante espiritual.

¿Os quedais en la tierra oyendo el terceto de Roberto el Diablo?.... ¡No! parece una voz celestial que os dice: los goces del alma son mayores *allá* que en el mundo, y aunque es el diablo el que está en escena, no podríais creerlo aunque real y positivamente lo viérais.

Estais en el templo delante del Supremo Ser, arrodillado en la elevacion, acto imponente del gran sacrificio, y la música os arrebata.... ¡ved á Dios!.... y lo veis y le hablais. Los preocupados acentos de Mozart exhalados en las circunstancias religiosas de la idea de la separacion del alma, es la expresion sencilla, natural de la plegaria, de la melancolía, de la prevision de llegar al fin de nuestra carrera, *¡la perpetua adoracion!*

¿Creereis en el premio y el castigo?....... ¿Negareis la existencia de un Dios, la verdad de la religion?.... ¿Sereis, en fin, positivista?....

¡Responded! ¿Cerereis en el placer de la materia?......

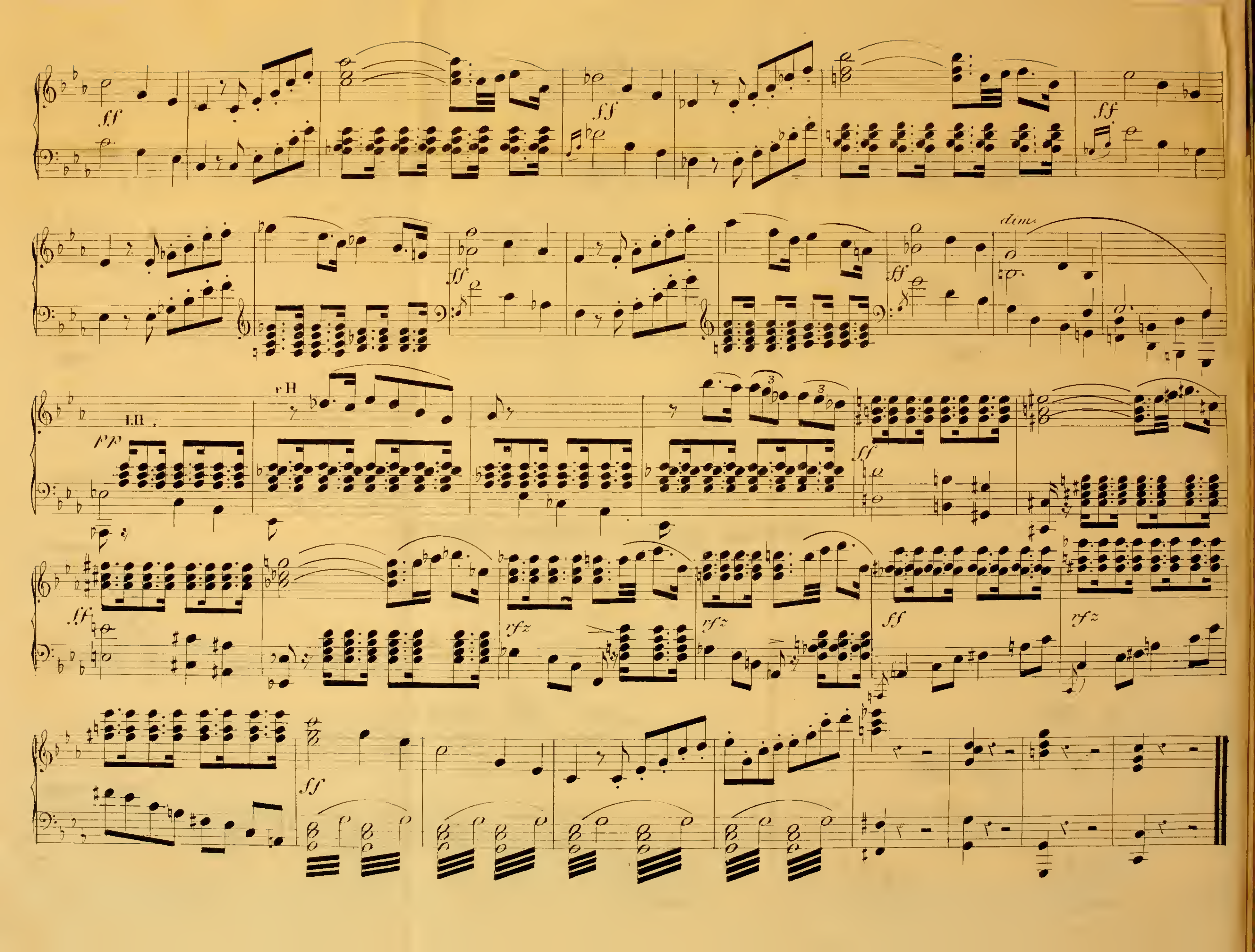
....

¡Ay! el mundo es muy material, el siglo muy positivista' nuestra educacion falsa, y la juventud.... Sí; yo he derramado hiel al oir interrumpir una aria con un *¡cola!*....... preferir los toros á un concierto.

¡Triste contraste! la sublime naturaleza representada en los artificiales sonidos de un instrumento, armonizados por

OBERTURA
DE LA OPERA
ROBERTO EL DIABLO
para Forte-Piano, Música de MEYERBEER.

Andante maestoso.


ff
ff
ff
ff
ff
dim.
L.H.
pp
r.H.
ff
ff
rfz
rfz
ff
rfz
ff

el arte, son menos agradables que la desobediencia á esa misma naturaleza, contemplando el ruin y bárbaro espectáculo de la destruccion.

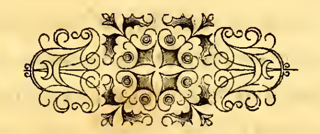
El que es poeta de corazon, aunque no sea en las palabras, comprende la amargura del contraste y llora, ¡llora nada mas!....

Junio de 1853.—J. de Gasoloni.



SUBLIME AGUDEZA DE CARLOS V.

Cárlos V concedió perdon á los ganteses que se habian rebelado contra él; pero creyó, no obstante, que la prudencia debia hacerle exceptuar de este favor general á algunos de los mas culpables. Habiéndole advertido uno de sus cortesanos el lugar donde se habia retirado un hidalgo no comprendido en el indulto, le respondió Cárlos V: "*Mejor harias en decirle á él dónde estoy yo, que en decirme a mí dónde está él.*"



HISTORIA DE LOS RELOJES.

Sucede con esta invencion lo mismo que con todas aquellas cuya historia nos ha trasmitido el recuerdo: apenas bosquejada en su orgíen, sus progresos fueron lentos, insensibles; falta de luces y de procedimientos para desarrollarse, quedó aun estacionaria durante siglos enteros. Ilustrada mas tarde por el genio de la observacion, se abrió nuevas vias y sufrió diferentes metamórfosis; su marcha fué mas firme, mas segura; su esfera se aumentó, y á fuerza de combinaciones, de tentativas mas ó menos felices, llegó al alto grado de perfeccion en que la vemos hoy.

Los antiguos tenian cuatro especies de relojes ó instrumentos propios para medir el tiempo: en estío usaban de cuadrantes solares, en invierno de clepsidras ó relojes de agua, y en todos tiempos durante la noche, de una máquina que todas las horas hacia caer cinco piedrecitas en una palangana de bronce; en fin, de una ampolleta ó reloj de arena, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos.

Los historiadores de la antigüedad generalmente están de acuerdo en decir que los babilonios son los primeros pueblos que han conocido el uso de los cuadrantes solares. Herodoto pretende que los griegos habian aprendido de los caldeos el arte de construirlos y el modo de usar de ellos; Anaximeno, discípulo de Anaximandro, perfeccionó él mismo su me-

canismo hácia la olimpiada 58, lo que hizo en cierta manera se le considerase como el inventor de este instrumento. El primero que apareció en la Grecia, es el que este filósofo hizo colocar en la plaza pública de Lacedemonia. Se vieron después en Corinto, en Atenas y en algunas ciudades del Peloponeso.

Los romanos conocieron muy tarde los cuadrantes solares. Plinio dice que antes del año 400 de Roma, solo observaban la salida y puesta del sol, á las que añadieron después la hora del meridiano. Los pregoneros anunciaban entonces estas tres partes del dia, como se publican todavía en Suiza, en Alemania y en Holanda las diferentes horas de la noche. En el senado un ugier, *accensus*, estaba particularmente encargado de esta funcion. Luego que percibia el sol entre la tribuna de las arengas y el lugar designado bajo el nombre de *estacion de los griegos*, en donde se detenian los embajadores que se enviaban á esta asamblea, gritaba que era mediodía. Solamente durante la primera guerra púnica, el año de Roma 491, fué cuando se expuso sobre una columna en el templo de Quirinus, ó segun otros en el Capitolio, el primer reloj que poseyó la ciudad de Rómulo; y lo llevó allí el cónsul Marcus Valerius Messala, á su vuelta á Roma después de la toma de Catana.

Luego que se hubo descubierto el reloj solar, no tardó en percibirse la insuficiencia de este instrumento, que era nulo durante la noche y sin utilidad en el dia luego que se nublaba el sol. Para remediar estos inconvenientes se crearon sin duda, después de muchos ensayos infructuosos, la ampolleta y la clepsidra.

Los pueblos asiáticos conocian la ampolleta mucho tiempo antes de la venida de Jesucristo; Winckelmann habla de un bajo relieve-antiguo que representaba las bodas de Thetios y de Peleo, en el cual se veia á Morfeo teniendo en

la mano un reloj de arena semejante á la ampolleta moderna. No describiremos este reloj, cuyo mecanismo es generalmente conocido; diremos solamente que su marcha ha sido siempre defectuosa. Sin embargo, se usó de él por mucho tiempo en los monasterios de la edad media, y en nuestros dias todavía se hace uso de él en la marina.

En cuanto á las clepsidras ó relojes de agua, las antiguas tradiciones nos enseñan que después de los cuadrantes solares, han sido los primeros instrumentos que se hayan imaginado para tener una medida artificial del tiempo. Esta invencion, segun los egipcios, remonta á la mas alta antigüedad.

Este pueblo trasmitió a los griegos la clepsidra, que no era entonces mas que un vaso de vidrio ó de barro trasparente que se llenaba de agua. Este vaso tenia un pequeño agujero en su base por el que salia el líquido gota á gota. Como su figura era cilíndrica, se habia trazado de arriba abajo una línea recta, y á lo largo de esta estaban marcadas las doce horas. El agua de la clepsidra salia gradualmente é indicaba las horas á medida que descendia: Ctesibius, hábil mecánico de Alejandría, perfeccionó esta máquina el año 660 de Roma, é hizo de ella un instrumento nuevo· Añadió á la clepsidra un rodaje que movido por la pesantez del agua, servia, sea para animar los figurines, sea para tocar la trompeta, ó en fin, para marcar las horas, los dias, los meses, y aun los signos del zodiaco.

Plutarco en la *Vida de Bion* cita una máquina hidráulica comparable á la de Ctesibius.

Cardan, filósofo y médico del siglo XVI, habla de otra pieza de una estructura muy notable, que Sapor, rey de Persia, habia hecho construir para su uso. Era toda de cristal y bastante espaciosa para que un hombre pudiese sentarse en ella cómodamente. El rey se instalaba allí con frecuencia para seguir el curso de los astros.

Ciceron y Quintiliano dicen que en el foro de Atenas, y mas tarde en el de Roma, se usaba de la clepsidra para poner un término á la discusion de los abogados. Así es como se media el tiempo que debian hablar el acusador y el acusado, y no era permitido alargarlo. Un comisionado, á cuya vigilancia estaba confiada la guarda de la clepsidra, advertia al orador el momento que su cantidad de agua estaba agotada. Se suspendia la salida del líquido cuando se interrumpía, ó para oir á los testigos, ó para leer las piezas que no hacian cuerpo con su informe. A esto se llamaba *aquam sustineri*, suspender el agua. En los casos extraordinarios, los jueces duplicaban el tiempo acordado á los oradores por la ley.

Los chinos dividen el dia en doce horas. Aunque difieren de los otros pueblos en la manera de dividirlo, el resultado es el mismo, puesto que cada una de sus horas es igual á dos de las nuestras. No usan números para contarlas, sino que emplean diferentes figuras que distinguen por signos particulares.

Hay en todas las ciudades de la China dos torres, una que se llama *torre del Tambor*, la otra *torre de la Campana*. Están destinadas para distinguir las cinco vigilias de la noche, que se prolongan mas en invierno que en estío. Un tamborazo ó una campanada anuncia la primera vigilia; se le repite á intervalos iguales, hasta la segunda. Se indica esta por dos golpes, que se hacen oir con la misma regularidad hasta la tercera. El número de golpes vá siempre aumentando sin interrupcion hasta la última vigilia. Luego que aparece el alba, redoblan los toques como á la entrada de la noche, y así es como en todo tiempo se puede saber qué hora es.

Los chinos hasen uso igualmente en el interior de sus habitaciones de un medio casi tan seguro como ingenioso para conocer las diferentes vigilias de la noche. Tienen un

pebetero que adaptan á cinco pequeños instrumentos que corresponden cada uno á una vigilia. Estos pebetes arden durante su sueño. Los que tienen necesidod de levantarse á cierta hora suspenden un garbanzo al instrumento; al momento que comienza á calentarse el garbanzo, se desprende y los despierta, cayendo en una vasija de cobre destinada á recibirlo.

El primer *reloj de ruedas* que apareció en Francia, fué el que el papa Paulo I regaló á Pipinó el Breve, hácia el año 760; se le miró como una cosa maravillosa y única en el mundo. El califa Haroun-al-Raschid envió á Carlomagno un reloj del que se habla con admiracion. El cuadrante estaba compuesto de doce pequeñas puertas que representaban la division de las horas. Cada puerta se abria á la hora que debia indicar, y daba paso á igual número de bolitas, que caian en diferentes tiempos iguales en una copa de bronce. La vista juzgaba la hora por el número de puertas abiertas, y el oido por el de los sonidos que cada bola producia al caer. Luego que habia dado la duodécima hora, se veian á la uez doce pequeños ginetes, que dando la vuelta al cuadrante, cerraban sucesivamente las puertas.

Pacificus, arcediano de Verona y mecánico distinguido, que vivia en siglo XVI, imitó é introdujo en Italia los relojes de ruedas del papa Paulo I y del califa de los Abassidas.

Gerberto, natural de Aurillac, en Auvernia, preceptor de Roberto, rey de Francia, y de Oton III, emperador de Alemania, después papa bajo el nombre de Silvestre II, fué el inventor de los relojes de péndulo [1]. Se pretende que el primer reloj de esta especie, que apareció en Magdeburgo, habia sido construido por este pontífice en 999.

1 Gerberto fué un hombre de los mas eminentes de su siglo; poseia todas las lenguas muertas y vivas; era mecánico, astronomo, físico y geómetra. El fué quien llevó á Francia las cifras árabes.

La invencion del rodaje de campanas tuvo lugar á principios del XII siglo. No se conoce el nombre del autor de este importante descubrimiento. Sea lo que fuere, fué de la mayor utilidad en los monasterios, en que los monges estaban obligados á velar, para advertir á los miembros de la comunidad los deberes religiosos que tienen que llenar.

La relojería no hizo ya progresos hasta el fin del siglo XIII; pero desde los primeros años del siglo siguiente, el arte volvió á tomar su marcha ascendente y vió abrirse ante sí nuevos horizontes.

En 1324 apareció en Londres el reloj de campanas que Walingford, abad de los benedictinos de San Albano, habia hecho para este monasterio. Algunos años mas tarde, en 1344, se vió el de Jaime Dondis, la maravilla de su tiempo. Marcaba independientemente de las horas, la fecha del mes, el dia de la semana, el curso de los planetas, las horas de las mareas, etc. Se le colocó sobre la torre del palacio de la ciudad de Padua, en donde fué mucho tiempo admirado por los contemporáneos de este famoso mecánico.

Entre las bellas máquinas de ruedas de contrapeso y de campanas del siglo XIV, se notaba sobre todo el reloj de Dijon, que Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, habia hecho quitar de la ciudad de Courtrai, después de la batalla de Rosebeq.

En el compartimento superior de algunos de estos relojes, habia dos autómatas de fierro (hombre y mujer) que tocaban con un martillo las horas sobre la campana. Se les habia dado el nombre de *Jacquemart*. La mayor parte de los historiadores no están de acuerdo ni sobre el orígen ni sobre la significacion de esta palabra.

El primer reloj que se vió en Paris, fué el que Cárlos V hizo construir en 1370, por un hábil artista llamado Enrique de Vic, que el rey habia hecho venir de Alemania. Fué

colocado en la torre del palacio, en donde tuvo el artista un alojamiento y recibió por salario seis sueldos por dia. Reparado en tiempo de Cárlos IX el cuadrante del reloj del palacio, fué acabado en tiempo de Enrique III en 1585, restaurado bajo Luis XIV en 1585, después restaurado de nuevo é inaugurado el 20 de marzo de 1652 bajo la presidencia del príncipe Luis Napolecn.

Bajo del marco está una lápida de mármol negro, sobre la cual hay grabada con letras doradas la inscripcion siguiente:

Qui dedit ante duas, triplicem dabit illi coronam.

(El que le ha dado ya dos coronas le dará la tercera.)[1]

Debajo del marco principal está colocada una segunda lápida de mármol negro, sobre la cual están grabados tambien los dos versos siguientes de Passerat:

Machina quæ bis sex tam juste dividit horas,
Justitiam servare monet, legesque tueri.

(Esta máquina, que divide con tanta exactitud las doce horas, os advierte que es necesario observar la justicia y obedecer las leyes.)

La campana de este célebre reloj fué la que dos siglos después dió la señal de la mortandad del dia de San Bartolomé.

En el número de los relojes notables que fueron construidos hácia la misma época, mencionaremos los de Montargis, de Metz, de Messina, de Jens, de Auxerre y de Lund en Suecia. Este último, sobre todo, era de los mas curiosos: cuando daban las horas, dice el doctor Hélein en la

1 Este verso tiene por objeto recordar la eleccion de Enrique III al trono de Polonia, y su advenimiento al de Francia por la muerte de Cárlos IX su hermano.

descripcion que ha dado de él, dos ginetes se adelantaban en un sentido opuesto, se aproximaban uno á otro y se daban tantos golpes cuantas eran las horas que habian de tocar. Entonces se abria una puerta y se veia á la Vírgen María sentada sobre su trono, el niño Jesús entre sus brazos, recibiendo la visita de los reyes magos seguidos de su acompañamiento; los reyes se prosternaban y ofrecian sus presentes. Durante la ceremonia tocaban dos trompetas; después desaparecia todo para volver á aparecer á la hora siguiente.

A mediados del siglo XVI, la mecánica de los relojes se extendió y se perfeccionó generalmente. El de Anet fué hecho por órden de Enrique II. El de Strasburgo justificó por mucho tiempo su celebridad y pasó por uno de los mas maravillosos de Europa, de la misma manera que el de Lyon era mirado como el mas bello de la Francia. Uno fué terminado en 1573 por Conrado Dasypodius, profesor de matemáticas, y el otro en 1598 por Nicolás Lyppius, de Bâle, en Suiza, después reparado y notablemente aumentado por Nourisson, excelente artista leonés. El reloj de Strasburgo contenia varias campanas que tocaban seis arias religiosas, y además un gallo autómata que agitaba las alas, alargaba el cuello y cantaba dos veces después del toque de las campanas, cuya armoní variedad excitaba la admiracion de cuantos lo escuchaban.

La ciudad de Paris no poseia mas que un solo reloj de campanas; era el reloj de la Samaritana, situado sobre el Puente Nuevo. La Samaritana era un edificio hidráulico que se habia levantado bajo el reinado de Enrique III: en el segundo arco de este puente, del lado del Louvre, contenia una bomba por medio de la cual se distribuia el agua por diversos canales al Louvre, á las Tullerías y al palacio Real. Este edificio, que amenazaba ruinas, fué demolido bajo Luis XIV, en 1712. Se erigió bien luego otro de una

forma mas elegante, que se componia de tres pisos, de los que el segundo estaba al nivel del puente. Las caras laterales tenian cinco ventanas y la cara principal dos: entre estas últimas y en un hueco que tenia la forma de un arco, habia sido colocado el reloj. Debajo se veia un grupo de plomo dorado, que representaba á Jesucristo y la Samaritana en el pozo de Jacob. Este pozo estaba figurado por una fuente en la que caia el agua que salia de una concha.

He aquí la inscripcion que se habia puesto debajo de esta fuente:

Fons hortorum, puteus aquarum viventium.

(La fuente de los jardines, el pozo de las aguas vivas.)

El arco estaba terminado por un campanario de madera, revestido de plomo dorado, cuya linterna encerraba las campanas del reloj y las de la música.

Después de esta época se ha inventado un gran número de relojes notables por su singularidad. Citaremos sobre todo el que poseia la ciudad de Lambesc, en Provenza. En el momento que iba á dar la hora, un hombre levantaba un palo para pegar á su mujer; esta, advertida, evitaba el golpe, que iba á dar á la campana. Es necesario confesar que el que construyó este reloj habria podido dar un ejemplo mejor.

Un artista del siglo XVI, llamado Carovogius, fabricó para Andrés Alciat[1] un despertador que tocaba á la hora que habia resuelto levantarse. Luego que daba la hora salia de un eslabon adaptado al despertador una chispa por la cual se encendia un pedazo de azufre, cuya llama se comunicaba á una vela.

Cualesquiera que sean nuestros progresos en el arte de

1 Célebre jurisconsulto, que fué uno de los primeros que se ocupó en conciliar el estudio del derecho con el de la historia.

la relojería, estaremos acaso siempre condenados á envidiar el don que hizo Dios al continente de la América. Queremos hablar de la constelacion de la Cruz austral, que no aparece mas que en esta parte del mundo y que indica, por su marcha, las horas de la noche con la mayor precision. Lo que hay de notable es que el Dante la habia ya descrito exactamente en el segundo canto de su poema del *Purgatorio*, antes de que los parajes donde empieza á percibirse fuesen conocidos de los europeos.

El mas ingenioso de todos los relojes es sin contradiccion el de Linneo. Este gran naturalista habia notado que muchas especies de flores se abrian en momentos diferentes. Bien pronto percibió la influencia que recibia sucesivamente cada una de ellas de cada hora del dia, y reuniéndolas compuso el *reloj de Flora*. ¡Feliz descubrimiento, cuyo gasto lo hizo todo la naturaleza!

Cárlos V amó mucho las artes mecánicas. Se sabe que cuando hubo depuesto la corona imperial, este príncipe se apresuró á ir á sepultar en la soledad de San Justo su grandeza y su ambicion. Habia inducido á Turriano, uno de los mayores mecánicos de su siglo, á que lo acompañase en su retiro. Trabajaba con él, le ayudaba con sus consejos, y las ideas del monarca servian algunas veces para perfeccionar las invenciones del artista. El mismo compuso piezas mecánicas muy curiosas, cuyos efectos sorprendentes causaban estupor á los monges del monasterio y les hacia sospechar que Cárlos y Turriano comunicaban con potencias invisibles. Cárlos V consagró todo su tiempo en construir relojes. Pero habiendo reconocido, después de muchos ensayos, que era imposible hacer ir de acuerdo exactamente á dos, sacó de esta contrariedad una leccion moral, y reflexionó en la locura que habia tenido en querer suje-

1 Viaje á las regiones equinocciales del nuevo continente, por M. de Humboldt.

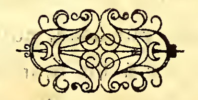
tar á todos sus pueblos á pensar de una manera uniforme y obedecer á las mismas impulsiones.

El regente gustaba tambien de la ciencia cronométrica: se veian siempre sobre su mesa un gran número de relojes, tan notables por su distincion como por su singularidad. Un dia, un provincial que habia sido introducido en el gabinete del príncipe, tuvo la desgracia de tirarlos. Viendo la emocion, la alteracion del malhadado visitador.... "Tranquilizaos, señor," le dijo el regente, con tanta amenidad como talento "es la primera vez que van juntos."

Terminaremos este artículo con una respuesta de Jontenelle á la duquesa de Maine, que le preguntaba qué diferencia habia entre ella y un péndulo. "Señora duquesa, un péndulo marca las horas y vuestra alteza las hace olvidar."

AUGUSTE AMIC.

(Traducida para la CAMELIA.)



A R........

EN SU AUSENCIA.

Préstame avecilla aüdaz,
Préstame, tus breves alas
Y tus galas;
De tu trinar la armonía;
¿Qué me valen tus colores,
Tus primores,
Ausente del alma mia?

Débil navecilla alada,
Surcas del espacio el viento;
Mi contento
Seria abandonar mi nido,
Si ser como tú ligera,
Yo pudiera,
Por ver á mi bien querido.

Poder ninguno bastara
A contenerme en mi vuelo,
Sin consuelo,
Hasta arrojarme en su seno
Treguas á mis males diera,
Que sufriera
Por quien vivo, por quien peno.

Por arrullar á sus rejas
Con suaves trinos el sueño
De mi dueño,
Y al contemplarla tan bella
Gozara tanto tranquila
Su pupila.
Cual sufre mi amor por ella.

Por pagar tanto favor,
Diera un harem con sus bellas,
Si con ellas
El mas rico harem tuviera;
Diamantes, perlas tambien,
Mas de cien
Palacios que poseyera.

Cuando despunta la aurora
Y aparece reluciente
Al Oriente,
Y entre montañas asoma,
La flor abre su capullo
Al arrullo
De enamorada paloma.

Yo miro, Febo, tus rayos;
Calor si vida trajeron,
Te lo dieron
Sus mejillas que alumbraste;
Amor y vida esparciste,
Que trajiste
Encantos que le robaste.

Mezclado en este momento
Al ambiente que respiro,
Fué un suspiro
Que el corazon desgarrara
De su seno enamorado,
y exhalado
Porque á su amante llegara.

Diérame ser cual la flor
Que ora tiene su tocado,
O adorado
Por vergel su blando cuello;
Yo á las rosas robaria
Su ambrosía,
Por agradarla con ello.

Ya mustia, seco su cáliz,
Con sus labios mi querida,
Nueva vida,
Al tocar le volveria;
No temiera el crudo invierno,
Porque eterno,
Perpetuo abril gozaria.

Amantes que del amor
Os quejais de sus rigores,
Sus favores
Porque no habeis conseguido;
Vale mas odiado amante,
Que un instante
Ausente correspondido.

¡Pobre poeta! si á tus versos
Una lágrima furtiva,
Compasiva
De tus ojos se rodara,
Y algun suspiro doliente,
Por su ausente
Al derramar, exhalara:

Por su mejilla al correr,
Con tus labios secarias;
Volarias,
Y aun no evaporada, ardiente,
No cambiaras al beberla,
Por la perla
Mas apreciada de Oriente

No tardes, bella adorada,
Tórname con tu presencia
La existencia;
Duélete de mi dolor,
Devuélveme ¡cruel! mi cielo,
Sin consuelo
Que aquí te espera mi amor.

Méjico, mayo 24 de 1851.—M. M. MORALI.

(Remitida.)



LA MANO DERECHA

DEL SEÑOR DE GIAC,

Por Alejandro Dumas.

1425.—1426.

(CONCLUYE.)

II.

Una hora después, el ejército de Bretaña salia de sus tiendas y avanzaba en buen órden al asalto del castillo de Saint-James de Beuvron.

Las órdenes que dió el condestable habian sido puntualmente ejecutadas. Cetivi, con veinticinco lanzas, habia avanzado por el lado de Pontorson. El señor Alain de la Motte habia dividido sus arqueros en dos tropas, de las que él mandaba una, confiando la otra á su hijo Guillermo. Monseñor de Molac reunió sus escaladores, y Guillermo Eder, segun las órdenes del condestable, se preparaba á subir en la muralla por el Occidente, mientras que Artus, con la mitad del ejército, rodeaba el castillo y se disponia á dar el asalto por el Mediodía. Los ingleses, á su vez, seguian los movimientos de los sitiadores con una atencion que probaba la inquietud que les causaban estas diferentes maniobras,

y cubrian las murallas en los dos puntos amenazados con sus mejores tropas. Así es que apenas el ejército del condestable estuvo á tiro de flecha, cuando los sitiados dieron grandes gritos, un agudo silbido les sucedió, y tres ó cuatro hombres cayeron traspasados por las largas flechas de los arqueros ingleses.

Artus ordenó á sus hombres que cerrasen el frente de la batalla cubriéndose con sus escudos, y continuó avanzando hácia las murallas. Apenas habian dado treinta pasos, cuando nuevos mensajeros de muerte penetraron en sus filas, se oyeron algunas blasfemias; sin embargo, la tropa siguió su marcha, dejando detrás á sus muertos y heridos revolcarse en un camino de sangre. En fin, llegaron á medio tiro de flecha de la muralla, y allí Artus mandó hacer alto y colocó sus tropas en una triple linea; entonces los arqueros bretones plantaron delante sus largos escudos de punta, y arrodillándose detrás, se dispusieron á enviar á los ingleses flecha por flecha, muerte por muerte.

Cuando Artus vió así empeñado el combate, dió órden á los fagineros de avanzar hácia los fosos, haciéndose un escudo de sus fardos, y á los de las escalas la de seguirlos; después tomando el mismo un arco de las manos de un arquero breton que acababa de caer, protegió su empresa. Varios caballeros vinieron entonces á colocarse á su lado, como en nuestros dias algunos oficiales impacientes se mezclan á los tiradores para herir esperando su parte; este juego, por lo demás, era tanto menos peligroso, cuanto que su armadura los ponia al abrigo de las flechas, que venian á embotarse en sus corazas flamencas que la misma lanza apenas podia traspasar.

Sin embargo, entre las bandas de flechas que chocaban contra su armadura como el granizo en un techo, Artus sintió que una le hirió con mas violencia que las otras, y un ligero dolor en el hombro izquierdo le probó que tan experi-

rimentada como estaba su coraza, la punta del arma enemiga habia penetrado hasta la carne. La arrancó inmediatamente, y examinándola con cuidado, reconoció en la plumadura la cifra de Mathieu de Duncaster, famoso artista inglés que se habia hecho célebre por la eleccion de la madera que empleaba en la construccion de sus arcos, y el temple del acero con que proveia sus flechas. Apenas habia acabado este exámen, cuando se sintió herido de nuevo en el muslo. La flecha, esta vez tambien, habia hundido la coraza, pero no pudo atravesarla.

—¿Estais herido, monseñor? exclamó con inquietud Guillermo de La Motte, que estaba á su lado.

—No, gracias á mi buena armadura de Gand, contestó Artus. Pero urge que conozca al pícaro que nos hace semejantes regalos y que yo haga pronta justicia, porque cada una de estas flechas tiradas al comun de las gentes seria la muerte de un hombre, y vos mismo, Guillermo, si os percibiese en medio de nuestro ejército, á la ligera como estais, nuestra jaqueta de malla, no os protege á casi mas que una red de pescador, y muy pronto estareis tan acribillado de flechas como un cojin de alfileres.

—¡Dios mio, señor, tened piedad de mí! murmuró Guillermo de La Motte cayendo sobre una rodilla.

—¿Qué hay, Guillermo, pobre hijo mio? dijo Artus.

—Hay que estoy gravemente herido, monseñor; pero ¿veis á ese condenado galo que se inclina sobre la muralla para mostrarme á sus camaradas? ese es, ese es el que me ha muerto. Artus dirigió la vista al arquero, después la volvió al herido y vió que en efecto que una de esas largas flechas inglesas que tenian cerca de tres piés de largo, entró bajo del seno derecho y le salia entre los dos hombros. Artus comprendió á primera vista que el pobre Guillermo no se engañaba y que su herida era mortal.

—¡Pues bien! ¿qué deseas, Guillermo? le respondió Artus,

y si el cumplimiento de tus deseos está en el poder del hombre, se hará tu última voluntad.

Guillermo ya no podia hablar; olas de sangre salian de su boca, pero mostraba con la mano al arquero que le habia herido y que se aplaudia por su victoria.

—Sí, sí, te comprendo, murmuró Artus colocando en su arco su mejor flecha; y aunque tu último deseo no sea acaso el de un buen cristiano, no dejará de ser cumplido.—Muere en paz, Guillermo.

La flecha de Artus partió á su vez recorriendo el espacio silbando, y yendo directamente al punto que la habia dirigido su dueño, atravesó las dos sienes del arquero, á pesar del casco que le cubria la cabeza. El inglés extendió los brazos, dejó escapar su arco, y doblándose hácia atrás, cayó en los brazos de su camarada. Artus se volvió hácia Guillermo. Un rayo de sangrienta alegría pasaba como un relámpago por los ojos del moribundo, que casi en el momento arrojó un gemido, se encorvó y espiró.

—¡A las murallas! ¡á las murallas! gritó Artus aprovechando el deseo de vengaza que este espectáculo acababa de despertar en los caballeros;—¡á las murallas!—Los fosos están llenos y prontas las escalas; y dando ejemplo, se lanzó inmediatamente hácia las murallas seguido de sus capitanes y soldados. Los arqueros quedaron á retaguardia para proteger el asalto, alejando de las murallas á los ingleses.

En un instante se pararon treinta escalas, y todos animados por el ejemplo del condestable, se lanzaron á combatir cuerpo á cuerpo.

Ya los sitiadores habian llegado á la mitad de la altura de las murallas, cuando se oyó gritar detrás de ellos: *¡Los ingleses! ¡los ingleses!* Al punto los arqueros encargados de proteger el ataque, creyéndose sorprendidos, arrancaron sus escudos del suelo, y echándolos al hombro, comenzaron

á huir, repitiendo ellos mismos el grito que los habia alarmado. Entonces los sitiados viendo que ya no tenian que combatir mas que con los caballeros y los escuderos, empezaron á hacer llover sobre su cabeza de lo alto de las murallas, piedras, vigas, en fin, todos esos proyectiles que la táctica de los sitios ha acostumbrado amontonar en las murallas cuando se prepara un asalto; al mismo tiempo un cuerpo de caballería salió por la puerta mas inmediata, y ésparciéndose en el llano, cargó por detrás á este ejército, que de asaltante que era hacia poco, ahora con gran trabajo podia conservar la defensiva.

Artus fué uno de los primeros que bajaron de la escala para hacer frente á este nuevo ataque: reconociéndolo todos en su grito de guerra y en los golpes que daba, le rodearon. Muy pronto, pues, se restableció el combate con nuevo encarnizamiento al pié de las murallas; pero los caballeros bretones, á pié y cubiertos con sus pesadas armaduras, molidos como estaban por las piedras lanzadas de arriba de la muralla, acribillados en los flancos por las flechas de los arqueros y atacados de frente por la caballería, no podian esperar rehacerse de las ventajas que habian perdido; continuaban defendiéndose, mas bien para morir que para vencer, y porque viendo comprometida la persona del condestable, tenian vergüenza de abandonarlo. Pero era evidente que su caida habria terminado al instante el combate; así es que todos los ésfuerzos de los ingleses se dirigian contra él, tanto mas fácilmente cuanto que él mismo los atraia sobre su cabeza, arrojando su grito de guerra luego que le parecia que se separaban á otro lado.

De repente el grito de *Bretaña y Richemont*, dado por voces amigas, sonó en el lado opuesto de esta masa que replegaba á los sitiadores contra la muralla; se oyó gritar por todas partes: *¡Los bretones! ¡los bretones!* á su vez los soldados de las murallas los repitieron con inquietun; un visible

desórden se introdujo en las filas de los ingleses; hombres y caballos se separaban ó eran arrojados en tierra ante una potencia invisible aun, pero que se aproximaba mas y mas; en fin, como los mineros que se encuentran, la débil muralla que separaba á Artus del socorro que le llegaba, fué derribada, y monseñor de Cetivi, mutilado y bañado en sangre, cayó espirando á los piés del condestable.

Esta tropa, destinada á batir á campo raso, era la que habia dado la alarma á los arqueros bretones, y viendo que en el terror pánico de que fueron acometidos habian abandonado á su general, se habia precipitado en su socorro y venia efectivamente á salvarlo.

Artus se lanzó sobre el primer caballo que se le presentó; metió en la vaina su espada de condestable, y apoderándose de una hacha que casualmente encontró en el arzon de la silla, persiguió á la caballería inglesa hasta la puerta de la ciudad, que se cerró tras ella. Entonces volvió al lugar donde habian dado el asalto; pero las escalas habian sido rotas por los sitiados; antorchas resinosas arrojadas sobre las faginas las habian inflamado: sus tropas, acosadas de fatiga, indicaban por su continencia, que solo la obediencia las mantenia sobre los pasos de su condestable. Artus comprendió que habia perdido la jornada, y llorando de rabia, dió la señal de la retirada, que los ingleses no pensaron turbar.

Al llegar al campo, supo que el ataque mandado por Guillermo Eder no habia sido mas feliz que el suyo: desde el principio del asalto Guillermo habia sido machucado por un peñasco que los ingleses hicieron rodar sobre las escalas. Monseñor de Molac habia sido muerto de un flechazo. El señor Alain de la Motte, arrinconado contra un estanque, se habia precipitado en él con todo y caballo y no volvió á aparecer. En fin, esta escaramuza fué tan fatal á la caballería bretona como lo hubiera sido una gran batalla perdida.

Artus dió las palabras de guardia, y retirándose á su tienda, prohibió que se le fuese á perturbar.

Así permaneció sin tomar ningun alimento, hasta las diez de la noche. Al fin no pudiendo soportar la necesidad, llamó al centinela que debia velar delante de su tienda.—El centinela no respondió.

No comprendiendo este silencio, se dirigió á la puerta; la puerta no tenia guardia. Entonces llamó á su secretario, á sus escuderos y pajes y les interrogó.—Pero no habian podido saber nada, si no es que se habia preparado durante la tarde una cosa extraordinaria en el campo.—Habian visto caras siniestras, habian preguntado sin obtener respuesta alguna. En fin, habian entrado á la hora de recogerse, y habiéndose estado quietos no sabian mas que él.

En ese momento una luz roja comenzó á aparecer hácia la extremidad oriental del campo: las estrellas se enrojecieron, el cielo se pintó de púrpura; el fuego acababa de invadir las tiendas de los arqueros, y sin embargo, ninguna señal de alarma lo habia dado á conocer.

Artus miraba estupefacto este incendio silencioso, que cundia rápidamente sin que nada se opusiera á su violencia. A cada momento esperaba oir clamores de angustia, y ver á sus soldados aparecer en medio de las llamas. Pero al contrario, todo permanecia mudo y muerto, como si hiciese un siglo que esas tiendas habian dejado de ser moradas de hombres. No pudiendo, en fin, resistir su impaciencia, dió él un gran grito de alarma.—Un caballo medio quemado que salió de una barranca y que pasó rápidamente cerca de él, relinchando de dolor, fué la única criatura viviente que le respondió.

Entonces se le presentó la verdad tan espantosa como un fantasma. Sus rodillas temblaron y su rostro sudaba de vergüenza.

Todo el ejército se habia retirado pegando fuego á sus tiendas y habia abandonado á su condestable.

III.

Esta inesperada defeccion, resultado de la falta del sueldo de la tropa, hacia que los negocios del rey Cárlos VII se encontrasen en una mala disposicion que jamás habian tenido. Con gran trabajo habia levantado el conde de Richemont, en el ducado de su hermano, los 20.000 hombres con que habia ido á sitiar á Saint-James de Beuvron; mientras le fué posible, sostuvo con sus propios recursos, y contando siempre con una suma de 100.000 escudos que el rey le habia ofrecido positivamente, y que aun habian sido reunidos por una contribucion extraordinaria, que habian decretado los tres Estados reunidos de Mean-sur-Yèvre; pero en fin, esos 100.000 escudos faltaron no se sabia por qué causa, y este nuevo esfuerzo de uno de los grandes vasallos de la corona se habia agotado tambien en su lucha contra la apatía real.

Los ingleses ocupaban la Normandía, la Champagne, la isla de Francia y la Guyena; tenian de aliados á la Borgoña; poseian los puertos de Francia y recibian eternamente socorros de gente y dinero de la madre patria, que lejos del teatro de la guerra, se mantenia rica y populosa. No se comprenderia, pues, cómo el delfin conservaba, aun en Francia, las últimas provincias que le servian no de reino, sino de refugio, si no se reflexionará que las guerras de esa época no habian tomado el aspecto unitario y regular que tienen en nuestros dias.

Al contrario, cada capitan marchaba segun sus ideas y segun la direccion que le agradaba; su ejército se aumentaba ó disminuia con sus medios de pagarle. ¿Faltaba el suel-

do? los soldados se dispersaban é iban á buscar otro capitan, que la necesidad ó la codicia les hacia elegir muchas veces en el campo enemigo; devastaban los campos; las ciudades conquistadas y reconquistadas cambiaban de dueño tres ó cuatro veces al año; no habia por todas partes mas que una guerra de partido que no tenia mas resultado que la desolacion de las provincias, tan maltratadas por sus defensores como por sus conquistadores. En medio de esto, como hemos dicho, los ingleses hacian progresos; pero estos progresos eran lentos, porque sus capitanes pensaban mucho mas en su fortuna ó en su honor particular, que en la fortuna y en el honor de la causa que habian abrazado.

Cárlos VII, á quien hemos dejado niño aun en nuestras crónicas de Francia, durante los cuatro años que han pasado desde la muerte de su padre y el momento de esta historia, se habia hecho hombre por la edad, pero no por el carácter, Tenia las cualidades que hacen amar á un soberano de su pueblo, pero no las que hacen respetar á un rey de sus vecinos. Siempre inferior á las grandes circunstancias en medio de las que habia sido arrojado, no habia ensayado aun luchar con su persona, y eternamente habia llamado en su auxilio nuevos aliados, escogiéndolo algunass veces mas bien segun la necesidad que segun la prudencia. Por esto la espada de condestable, que se encontraba desde el 7 de marzo de 1424 al lado de Richemont y que llevaba en su vaina las flores de lis de la Francia, se habia extraviado entre las manos de un escocés. Por esto el conde de Douglas habia sido nombrado *teniente general en lo concerniente á la guerra, en todo el reino de Francia.* Por esto tambien Stuart, que habia sido batido y hecho prisionero en Crevant, fué trocado por un hermano del conde de Luffolk, y habia recibido en recompensa de sus buenos servicios el condado de Dreux, mientras que al mismo tiempo su cuñado tomaba posesion del ducado de Touraine. La

confianza de Cárlos en sus aliados de ultramar habia llegado hasta formar una escogida compañía, á la que habia encomendado la guarda de su persona; de allí el nombre de compañía Escocesa, que tenia aun en 1829 la primera seccion de las guardias de corps de los reyes de Francia.

Se comprenderá en qué situacion, siempre muy precaria, sumergian la fortuna de la Francia unos cambios políticos tan repetidos. Cada nuevo protector llegaba con pretensiones que era necesario que satisfaciese el rey, y con amistades y odio de que debia participar. Así es que Richemont, lejos de recibir la espada de condestable como un favor, él mismo dictó las condiciones mediante las cuales consentia en aceptarla. Estas condiciones eran la deposicion de los ministros que habian tomado parte en la empresa de Chatupptonceaux [1] y el destierro de todos aquellos que eran cómplices en el asesinato del duque Juan; porque el nuevo condestable, llegando al poder con miras mas grandes y relaciones mas extensas que las de sus predecesores, habia soñado en la reconciliacion de los duques de Bretaña y Borgoña con el rey de Francia; aun habia realizado ya una parte de ese sueño, separando al duque Juan, su hermano, de la alianza de los ingleses, y animado por este buen resultado, habia establecido iucontinenti correspondencia con Felipe el bueno, dando por prueba del arrepentimiento del rey, la distitucion de Tanneguy Duchâtel, nombrado senescal en Beaucaire, y el destierro del presidente Lovet, que se habia retirado á Avignon: en cuanto al vizconde de Narbonne, habia sido muerto en Verneuil, y los ingleses, en virtud de sus promesas al duque de Borgoña, habian hecho ahorcar y descuartizar el cadáver, que se encontró en el campo de batalla. Solo habia quedado al lado del rey y como

1 El consejo del Delfin habia aprobado una empresa formada por los Penthièvre para apoderarse de la persona del duque Juan que estaba entonces en su castillo de Champtonceaux, en Anjou.

presidente de sus consejos, el señor de Giac, cuyos crímenes pasados habian quedado ocultos[1] y que se creia siempre fiel á la casa de Borgoña.

Sin embargo, una potencia desconocida y malhechora neutralizaba, unos después de otros, los esfuerzos que intentaba Artus; el rey, lleno de fuerza y buena voluntad mientras era animado por la presencia del condestable, luego que lo habia dejado, habia vuelto á caer en su apatía habitual. Retirado á Issoudun sin otro título que el de *rey de Bourges*, que le daban los ingleses riéndose, pasaba los dias en la caza de cuadrúpedos ó de aves, la tarde en los juegos de naipes ó dados, y sus noches entre su amor espirante por María de Anjou y su amor naciente por Inés Sorel.

Al fin de uno de esos dias fútiles, que hacian decir á La Hire *que jamás se habia encontrado un rey que perdiese tan jocosamente su reino*, Cárlos, que mereció después el nombre de *victorioso*, pero que en esa época no se le podia llamar razonablemente sino el *indolente*, jugaba á los dados con el señor de Giac, su favorito, en una de las salas del castillo de Issoudun: es cierto que este juego, aunque entonces estaba en moda, parecia que habia sido adoptado por el rey mas bien como una distraccion contra el fastidio, que como una positiva diversion; así es que de cuando en cuando una de sus manos, que colgababa á lo largo de su sillon, iba á buscar la cabeza de un magnífico galgo blanco acostado á sus piés, y que respondia á este llamamiento levantando su largo cuello de serpiente, entreabriendo á medias sus ojos, tan expresivos como ojos humanos. En fin, el rey dejó caer el cuernecillo de marfil que tenia, hizo girar su sillon sobre sí mismo, é inclinándose hácia su perro favorito, hizo oir un silbido particular débil, al cual el animal debia estar acostumbrado, porque inmediatamente, levantándose sobre sus patas traseras, puso las de delante sobre el muslo del rey.

1 Véase las crónicas de Francia.

—Bien, Fido, bien, dijo Cárlos; sois una hermosa bestia tan adicto como lo dice vuestro nombre, y estoy mās agradecido al duque de Milan por este regalo, que por sus tres mil lombardos, que han comenzado por pillarse mis provincias y que han acabado por hacerme perder la batalla de Veneuil: así es que tú tendrās un collar de oro mientras yo tenga una corona en la cabeza.

—¿Entendeis esa promesa, Fido? dijo Giac mezclándose á la conversacion.—Quiere decir que morireis con las armas de Francia en el cuello.

—Fido hizo oir un ligero gruñido.

—Eso no es seguro, de Giac, contestó melancólicamente Cárlos, que continuó acariciando á su galgo; porque esta corona es cruelmente codiciada y ya le faltan los mas bellos florones. Es necesario que nuestras faltas hayan irritado demasiado á monseñor san Dionisio, que es el patron de la Francia, ó á Dios, que es el juez de los reyes, para que todo vaya así de mal en peor en el reino.

Al acabar estas palabras el rey arrojó un suspiro, al que respondió Fido con un gemido.

—Mirad, Giac, continuó el rey; desde que he sido tantas veces traicionado por los hombres, mas de una vez me ha dado gana de elegir á mi perro por consejero y fiarme de su instinto para mis amistades y mis odios.

—Según eso, no seria yo por mucho tiempo el presidente de los consejos de vuestra álteza, dijo de Giac, porque no estoy bien con Fido.

—Se han visto milagros semejantes, continuó el rey respondiendo mas bien á su pensamiento que á la observacion de su favorito, y muchas veces Dios ha encargado á los animales que sirvan de guia al hombre. El otro dia en el bosque de Dun le Roy nos habiamos perdido en la caza y todos se preguntaban qué camino debiamos tomar, sin que nadie se atreviera á indicar una ruta. ¡Pues bien! tuve la

idea de soltar á Fido y seguirle. Un cuarto de hora después nos habiamos reunido con los caballos y los pajes, que nos esperaban en los linderos del bosque.

—Vuestra alteza confunde el instinto con el pensamiento, el corazon del animal con el alma del hombre.

—Es verdad, y sin embargo, mirad esos ojos magníficos, Pedro. ¿No se diria que verdaderamente se ve brillar en ellos un rayo de inteligencia humana? Examinad esas orejas que se enderezan para escuchar lo que digo; ¿no se creeria que se abren así para oir? Además, entienden. No tengo mas que espantar á Fido para que parta; lo llamo y viene; le hago una señal y se acuesta. Mis cortesanos no saben hacer otra cosa, y sin embargo, se les da el título de hombres. Es cierto que hay una cosa que los separará siempre de esta bella raza canina, y es que no saben encontrar á su amo cuando se pierde y que lo muerden cuando cae.

El silencio que sucedió á este desahogo misántropo, se habria prolongado acaso indefinidamente, gracias á las reflexiones diferentes á que dió lugar en los ánimos de los interlocutores, si Fido no hubiera anunciado por un movimiento brusco é inquieto, que pasaba algo extraordinario en la cámara inmediata.

El rey siguió la direccion de los ojos del inteligente animal, y vió que estaban fijos en la puerta de los guardias.

—Mirad, Pedro, dijo el rey, nos llega un extranjero; veamos cómo lo recibe Fido: yo arreglaré mi conducta por la suya; por esta vez lo hago presidente de mis consejos.

En ese momento se levantó la cortina y un paje anunció: *Monseñor Artus, conde de Richemont, condestable de Francia.*

El rey se estremeció, de Giac se puso pálido, Fido corrió á la puerta. En el mismo instante apareció el condestable: el lebrel, que lo veia por primera vez, le lamió la mano.

—¿Sois vos, primo mio? dijo el rey con voz ligeramente alterada. Pero ciertamente es una maravilla veros. Yo os creia ocupado en este momento en guerrear en las costas de Normandía, para mayor interés de la corona y gloria de Francia.

—Así lo hacia, respondió Artus acariciando con la punta de los dedos al galgo, cuya hermosura y raza habia apreciado á primera vista.—Y no es culpa mia el que esté aquí en este momento, en vez de plantar las tres flores de lis de Francia en las murallas de Saint-James de Beuvron.

—¿Y quién os trae sin nuestro aviso, primo mio?

—Varias preguntas que tengo que haceros, señor.

—Hablad, dijo el rey.

Artus se acercó algunos pasos. Cárlos le ofreció asiento con la mano; pero el condestable hizo una seña que indicaba queria permanecer en pié.

—Señor, dijo gravemente Artus, no os hablaré de la casa de Bretaña; la conoceis, porque es de nobleza igual á la casa de Francia. Soy hijo, lo sabeis, del bueno y valiente duque Juan, que recobró su país con la espada, mientras el rey, vuestro padre, perdia el suyo.

—¡Primo mio! interrumpió Cárlos VII frunciendo las cejas.

Fido se acostó á los piés del condestable.

—Señor, continuó Artus, dejadme hablar; después que haya concluido me castigareis si cometo alguna falta. El noble duque mi padre murió cuando éramos aun muy jóvenes; el duque Felipe el Atrevido, que como vos, señor, era hijo de rey, se encargó de nuestra tutela y nos llevó al país de Picardía; pero muy pronto murió á su vez, y pasé á poder del duque de Berry, otro hijo de rey, el cual encomendó á un bravo escudero, que era de Navarra y se llamaba Perouit, mi educacion militar, que el duque vuestro tio cuidó con el mismo esmero que si hubiera sido su hijo; por eso cuando el asesinato del duque de Orleans, en 1407,

fué del partido opuesto al duque de Borgoña: tal era mi primera obligacion, y desde entonces he adquirido el hábito de cumplir lo que prometo.

—Sí, sé que sois un servidor leal, primo mio.

Artus se inclinó friamente y continuó sin responder directamente al elogio del rey:

—De manera que en 1413, cuando monseñor de Borgoña y el rey Cárlos VI, vuestro padre, en contra de los intereses del reino, pusieron sitio á Bourges, corrí á Bretaña buscando socorro, y esto con tal decision, que reñí con Gilles, mi hermano segundo, porque era borgoñon. No por eso dejé de conseguir con el duque Juan, mi hermano primogénito, 1.600 caballeros y escuderos, entre los cuales estaban el vizconde de La Belière, monseñor Armel de Châteaugiron y monseñor Eustaquio de la Mennaye; asamblea tan formidable y capitanes tan valientes, que de paso tomamos por asalto Sillé le Guillaume, Beaumont y l'Aigle.

—Me acuerdo de todas esas proezas, aunque era yo muy jóven, primo mio, interrumpió el rey segunda vez con un movimiento marcado de impaciencia; pero Artus pareció no haberlo notado y continuó:

—En 1415, á la primera súplica del rey Cárlos VI y aunque sitiaba á Parthenay, levanté el campo para ir al encuentro del rey Enrique de Inglaterra, que sitiaba á Arfleur. Monseñor de Guyena me dió para esta empresa toda la gente de su servidumbre y sus escuduros. Yo uní á estos quinientos caballeros y escuderos, entre los cuales estaban Bertrand de Montauban, el señor de Combour y Eduardo de Rohan, que llevaba mi estandarte. Reuní además en las orillas del Somme á los señores de Orleans, de Borbon, de Albret, de Alenzon, de Bramante, de Nevers y de Eeu. El viernes 26 de octubre de 1415, nuestros batallones se juntaron cerca de Asincourt, en una plaza muy estrecha para combatir tantos hombres valientes. He ahí por qué per-

dimos la jornada.—Allí fuí hecho prisionero por la propia mano del rey Enrique, cuya corona real rompí de un hachazo después de haber abatido á sus piés á su hermano Clarence.

—Le juré que seria su cautivo, socorrido ó no, mientras él viviese. Estuve cinco años prisionero en Inglaterra. Volví á Normandía bajo mi palabra, y allí me enamoré de la señorita de Guyena, á quien pedí por esposa; pero ella respondió que no queria casarse con un prisionero. Tuve paciencia, y cumplí mi palabra, aunque la amaba mucho, os lo juro, hasta el 31 de agosto de 1422, época en que murió Enrique en el castillo de Vincennes, cerca de Paris.—Desde entonces me encontré libre, pues nadie tenia nada que pedirme. Me casé con madama de Guyena y vine á ofrecer mis servicios á vuestra alteza.

—Sí, primo mio; nos vimos en Angers, y desde entonces os ofrecí la espada de condestable, vacante desde la muerte de Buchan.

—El 7 de marzo de 1423 la recibí de vuestra mano, señor, en los prados Chinon, y al recibirla contraje la obligacion de levantar á mis expensas y en mis terrenos veinte mil hombres; en cambio, vos contrajísteis la de enviarme cien mil escudos para pagarlos durante la campaña. ¿Es verdad?

—Sí, primo.

—He levantado esos veinte mil hombres á expensas mias y en mis terrenos. Los he conducido á Normandía; he tomado á Pontorson, cuya guarnicion he pasado á cuchillo, y de allí he ido á sitiar á Saint-James de Beuvron.

—Conozco todas esas acciones, primo mio, y esa es la razon porque me admiro de veros aquí.

—Es porque os devuelvo vuestra espada de condestable, señor, porque yo he cumplido todas mis promesas, mientras que vos habeis faltado á todas las vuestras. Perdonadme

que os la devuelva en tan mal estado, continuó Artus sacándola de la vaina; pero si está tan mellada, es á fuerza de dar golpes sobre las armaduras inglesas.

—¿He faltado á mis promesas? dijo el rey mirando el trazo de la espada que le presentaba el condestable; ¿á cuáles, primo mio?

De Giac hizo un movimiento para levantarse y salir.

—Quedaos, dijo el rey haciéndole seña para que se sentase. Ya veis que se nos acusa; quedaos para defendernos.

De Giac volvió á caer en su sillon.

—No es culpa mia, señor; he hecho todo lo que he podido para sostener á mi tropa, he vendido á unos comerciantes de Rennes mis joyas y todas mis vajillas de plata.—He hecho vender hasta mi cadena y mis espuelas de oro, que probaban que era caballero; hasta la corona de mi casco, que probaba que era conde y cuyos perlas me habia dado mi madre la reina de Inglaterra; pero no ha sido suficiente. Así es que mi ejército se ha dispersado en la noche, falto de dinero, pegando fuego á sus tiendas, abandonando sus bagajes, su artillería, sus máquinas. Corrí á alcanzar á esos crueles, á esos cobardes. Me he arrojado á la cabeza de sus escuadrones suplicando, amenazando; pero nada han escuchado, ni amenazas, ni súplicas; me he tirado del cacaballo, han pasado sobre mi cuerpo. Me han dejado desmayado en el camino; y no habria recaido esta vergüenza sobre la casa de Bretaña, que vale tanto como la de Francia, si vuestra majestad hubiera cumplido su palabra.

—¿Pero en qué he faltado, señor primo? dijo á su vez levantándose y palideciendo de cólera el rey Cárlos VII.

—No enviándome los 100.000 escudos que vuestra majestad me habia prometido.

—Es extraño lo que me decsí, primo, dijo Cárlos reponiéndose y arrojando una mirada á Pedro de Giac, porque los 100.000 escudos han sido decretados en Mean-sur-Yè-

vre por los tres Estados reunidos del reino; por mas señas que un obispo, llamado Hugo Comberel, ha sostenido que esa contribucion era tambien un nuevo latrocinio que pasaria á las manos de mis favoritos, en vez de emplearse en honor del reino. Esos 100.000 escudos se han recogido de las ciudades capitales, y no han quedado ciertamente en nuestra caja, en donde no hay en este momento mas que cuatro escudos, y la prueba es que hemos contraido un crédito de cuarenta libras con el capellan que ha bautizado al delfin Luis.

—Pero entonces ¿adónde ha pasado tal suma? dijo Artus con admiracion.

—Preguntadlo al señor de Giac, primo mio, respondió tímidamente el rey; debe saber algo de ello, porque creo que á él se le remitió la cantidad.

—Pero creo, dijo negligentemente el caballero jugando con su cadena de oro y sin esperar la pregunta de Richemont, que se habrá gastado una parte en comprar esos seis magníficos jerifaltes blancos que nos han traido los comerciantes de Hungría; la otra en reponer de nuevo nuestros equipajes de caza, que se hallaban en un estado indigno de un gran rey, y el resto....

—Y el resto, continuó Artus temblando de cólera, en reponer de nuevo la casa de madama Catarina de l'Ile-Bouchard, que estaba indigna de la viuda del conde de Turena y de la querida del señor de Giac.

—Puede ser, respondió el caballero con un aire medio embarazado, medio insolente.

Artus se arrodilló á los piés del rey y depositó allí la espada, que hasta entonces habia tenido en la mano, y levantándose con dignidad, hizo un movimiento para salir.

—¡Esperad, primo! le dijo Cárlos deteniéndole. No os tomamos la palabra.

—Señor, pensadlo, respondió Artus; sabeis cuáles son las prerogativas del condestable del reino.

—Sí, primo, sabemos que son casi iguales á las del rey.

—Sabeis que entre mis derechos está el de alta y baja justicia, y que los senescales, bailíos, prebostes, corregidores, regidores, guardias y gobernadores de las ciudades, castillos y fortalezas, puentes, puertos y caminos, y generalmente todos vuestros oficiales de justicia, deben obedecernos como á vos mismo.

—Ya lo sé.

—Y vuestra alteza me confirma en esos derechos, que otra vez me ha dado por su carta patente del 7 de marzo de 1424.

El rey se inclinó y tomó la espada, que habia quedado á sus piés, y presentándola á Richemont:

—Volved esta espada á su vaina, primo, le dijo; solamente os encargamos que pongais otra hoja y que la busqueis mas sólida.

Richemont se inclinó.

—Ahora, ¿quiere vuestra alteza mandar que se me entreguen las llaves de la ciudad?

—¿Y para qué, primo?

—Porque deseo ir á rezar mis devociones en Nuestra Señora de Bourg de Deolz mañana al amanecer, respondió Artus.

—Podeis tomarlas, dijo el rey.

—Ya que no tengo nada mas que decir á vuestra alteza, ¿me permitirá que me retire?

—Id, primo mio, y que os guarde Dios.

El condestable saludó profundamente al rey, y se retiró acompañado hasta la puerta por Fido, que le habia tomado cariño.

Al dia siguiente al amanecer, cuando monseñor Artus de Richemont estaba en la iglesia de Nuestra Señora de Deolz y cuando el sacerdote subia al altar, un escudero vino á decirle que M. de Giac estaba arrestado segun sus órdenes,

y que se esperaba su beneplácito para saber lo que se debia hacer.

—Que Alain Giron y Roberto de Montauban lo acompañen hasta las prisiones de Dun-le-Roi, con cien lanzas; una vez depositado allí, ya sabe mi bailío cuál es su oficio. Id. En cuanto á vos, Juan de la Boissiere, añadió el condestable dirigiéndose á otro escudero, partid para Bourges, y prevenid al verdugo que se dirija por la diligencia á Dun-le-Roi, donde se le espera un negocio que será bien pagado.

Dadas estas órdenes, Richemont se arrodillo y oyó devotamente la misa.

IV.

Ahora comprenderán fácilmente nuestros lectores para qué habia pedido Artus las llaves de la ciudad. Habia sido por temor de que se le escapase durante la noche el caballero de Giac. Pero el presidente de los consejos confiaba demasiado en el favor con que le honraba Cárlos para concebir temor alguno, y por consiguiente para tratar de sustraerse á la suerte que le esperaba. Así es que cuando los agentes del condestable penetraron en su casa, después de haber derribado la puerta á hachazos, lo encontraron acostado tranquilamente y dormido. Los soldados le obligaron á levantarse, sin darle tiempo para ponerse otro vestido que una larga bata de terciopelo, y llevándolo hasta la puerta de la calle, le hicieron subir á una pequeña hacanea que habian llevado expresamente para él. Entonces llegó el escudero portador de las nuevas órdenes del condestable. La tropa se puso en marcha para Dun-le-Roi. Tres horas

después el caballero era asentado en los registros de las prisiones de la ciudad, y en la noche del mismo dia, el bailío le leia su sentencia de muerte.

De Giac la escuchó sentado en un rincon, con los piés descalzos, apoyados en una baldosa, los codos apoyados sobre sus rodillas y la cabeza en sus dos manos.—Cuando se acabó la lectura, el bailío le preguntó si deseaba alguna cosa.

—Un sacerdote, respondió sordamente de Giac.

Era la única palabra que habia pronunciado desde su arresto, habiéndose rehusado obstinadamente á responder á los interrogatorios.—El bailío salió.

El hombre de Dios al entrar encontró al caballero en la misma posicion, y viendo que un sudor abundante caia de la frente del paciente, comenzó á exhortarlo para que soportase la muerte con valor.

—No es la muerte lo que temo, dijo de Giac; nos hemos visto de cerca muchas veces, para que le tenga miedo. La conozco, es una antigua amiga; y si viniese sola, la bendeciria.

—La muerte viene con la misericordia de Dios, hijo mio, dijo el sacerdote.

—O con su venganza, padre, respondió de Giac.

—Tened confianza en el que murió por desarmarla, continuó el monge sacando de su pecho un Crucifijo que presentó al caballero. Este extendió la mano derecha para tomarlo; pero apenas lo hubo tocado, cuando arrojó un grito como si hubiera sido fierro rojo.—El Crucifijo cayó al suelo.

—¡Sacrílego! exclamó el monge.

—No es un sacrilegio, padre mio, es un olvido, respondió de Giac. Deberia haber tomado este Crucifijo con la mano izquierda, puesto que la derecha está ya condenada; y veis, añadió recogiéndole en efecto con la mano que habia dicho, y besando la imágen con amor, que yo no he querido insultar al símbolo sagrado de nuestra redencion.

—Debeis ser un gran pecador, hijo mio, respondió el monge.

—Tan grande, que temo no haya perdon para mis crímenes.

—¡Sois sin embargo muy jóven!

—Jóven de edad, ciego de corazon. Los años hacen marchar la vida, los dolores la hacen correr. El tiempo no tiene duracion por sí mismo; la dicha ó la desgracia son las que lo dividen en minutos ó en siglos.—Y creedme, padre, aunque no tengo un cabello blanco, pocos viejos han vivido tanto como yo.

—Nuestros dolores de este mundo algunas veces se nos cuentan en el otro, hijo mio. Nada se ha perdido para le que se arrepiente, y el que háyais pedido un sacerdote, me hace esperar que esa agua que corre por vuestro semblante y que he tomado por el sudor del temor, sea el del remordimiento.

—Os he mandado llamar como un enfermo que manda llamar á un médico, aunque sepa que su enfermedad es mortal. Os he hecho llamar porque la esperanza es una cosa arraigada tan profundamente al corazon del hombre, que cuando se apaga en esta vida, se espera verla volverse á encender en la otra. Os he llamado, en fin, porque desde hace diez años contiene mi seno secretos tan terribles, que es necesario que me acostumbre á decirlos á un hombre, á fin de tener valor para repetírselos á Dios.

El monge buscó con la vista un asiento.

—Sentaos en esta piedra, le dijo de Giac dejándose caer de rodillas y dándole su lugar.—El sacerdote se sentó.

—He sido feliz, padre. Los primeros veinticinco años de mi vida se han pasado en la alegría y el placer. Era rico, noble, valiente. Era el favorito del duque Juan sin Miedo, que como sabeis, era el duque mas poderoso de la cristiandad.

—Sí, murmuró el sacerdote, por desgracia de este pobre país de Francia.

—¡Ah! ¿sois delfinés, padre?

—Me han educado en el amor de mis príncipes y en el odio de los ingleses.

—Yo.... no tenia amor ni odio. Me engaño, tenia amor; pero no ese amor de que hablais: poco me importaba que el reino de Francia tuviese sus reyes legítimos ó rey conquistador, con tal que el brazo de Catarina se apoyase en el mio, con tal que sus ojos me mirasen con ternura, con tal que su boca me dijera: Te amo.... Fuí su esposo; toda mi vida estaba en esa mujer, padre mio; alegría y dolor, desde la sonrisa hasta el sollozo: habria dado por ella no digo mi título, mis bienes, mis riquezas, sino mi vida, mi honor, mi alma; ¡padre mio, esa mujer me engañaba! Un dia sorprendí una carta, esa carta indicaba una cita; no quise creer mas que á mis ojos; me oculté y ví á Catarina apoyada en el brazo de su amante, sus ojos perdidos en los de su amante; le oí cambiar la palabra *yo te amo* con su amante, y ese amante era el que yo respetaba como príncipe, á quien yo amaba como á mi padre; ese amante era el duque Juan de Borgoña.

—No es su mayor traicion la que le reprochais, hijo mio.

—Grande y pequeña, ha pagado las dos juntas; yo fuí quien lo decidí á la entrevista de Montereau, padre; yo fuí quien hice establecer las tiendas de manera que no hubiese barrera; yo fuí quien dió la señal á Tenneguy-Duchâtel, á Narbona y á Roberto Loire, y si no le herí después de ellos, fué porque la última herida habria terminado su agonía y me habria robado el deleite de sus últimos dolores.

—El duque merecia la muerte, dijo el sacerdote frunciendo las cejas. Que la absolucion del Señor baje sobre los que le han herido, porque han salvado á la Francia.

—No es eso todo, padre; yo no habia castigado mas que

á uno de los culpables; aun quedaba su cómplice: fuí á encontrarla. ¿Es necesario deciros y no sabeis hasta qué excesos de venganza pueden conducir los celos al corazon del hombre? Vertí, sí, vertí con mi mano el veneno en el vaso de esa mujer por la que dos meses antes hubiera dado mi vida; luego, cuando hubo apurado el veneno, la hice montar á caballo tras de mí y atada á mi cuerpo, encadenada conmigo, y lancé mi caballo por la soledad, el espacio y la noche; por espacio de dos horas sentí retorcerse en los dolores ese cuerpo que tantas veces habia estrechado en mis brazos deliciosamente para evitarle alguna molestia. Por dos horas, ví lamentarse esa voz cuyo sonido me habia hecho estremecer tantas veces de gozo y felicidad; en fin, al cabo de dos horas, ya no sentí nada, no ví nada. Mi caballo se habia detenido á orillas del Sena; bajé, Catarina habia muerto; arrojé al rio todo, caballo y cadáver, y todo desapareció.

—Por grande que fuera su falta, habeis pasado mas allá de vuestro derecho haciéndoos justicia. En estado ordinario de vida, es un crímen que no puede ser perdonado mas que por el santo padre; pero en artículo de muerte, cualquier sacerdote tiene los mismos poderes: esperad pues, hijo mio, porque la misericordia de Dios es grande.

—Entonces, padre, me entregué á todo lo que el hombre llama goces, placeres y honores de la vida; los hombres no tuvieron fe ni honor para mí, yo no tuve fe ni honor para ellos. Traicioné al que me amaba como me traicionaron los que habia amado; amigos, queridas, patria, no fueron ya para mí mas que nombres vanos que sacrificaba á un capricho. Y esto duró diez años, padre, diez años de condenacion que los hombres creyeron diez años de dicha; diez años durante los cuales no se pasó un minuto del dia ni una hora de la noche sin que no viese al duque y á Catarina uno en los brazos del otro: dormido ó despierto, no

hacia otra cosa; tanto se habia grabado en mi corazon este recuerdo: hacia ya parte de mi vida, y sin embargo, oia decir, cuando pasaba: ¡He ahí al favorito, mira al poderoso; he ahí al hombre feliz!

—¿Y cómo quedaron ocultos á los ojos de los hombres esos crímenes?

—Porque un poder superior al humano me habia tomado bajo su proteccion fatal, porque aun no os he dicho todo, padre; en un momento de dolor, de desesperacion, en un momento en que sufria tanto que creia morir, ofrecí mi mano derecha á quien me ofreciera los medios de vengarme.

—¡Y bien! dijo el sacerdote.

—Fué aceptado el pacto, padre, murmuró de Giac poniéndose mas pálido aun: he ahí por qué me he vengado tan bien; he ahí por qué mi venganza ha quedado oculta á los ojos de los hombres; he ahí por qué cuando he querido tomar el Crufijo que me presentábais, me ha quemado como una llama.

—¡Atrás! exclamó el sacerdote estremeciéndose de terror y dirigiéndose al rincon; ¡atrás! ¡tú, que has hecho alianza con Satán!

—¡Padre!

—¡No me toques, maldito! Ni aun nuestro santo padre querria absolverte, no podria; porque aunque abriese á tu alma las puertas del cielo, tu mano siempre arderia eternamente en el infierno. Déjame salir, porque ya nada tengo que hacer aquí.

De Giac lo dejó pasar, y el sacerdote se adelantó hácia la puerta y la abrió.

—¡Es decir que á pesar de mis súplicas, de mi arrepentimiento, de mis remordimientos, rehusais absolverme, sacerdote, continuó de Giac.

—No puedo, respondió el monje, mientras tu cuerpo tenga tu mano derecha.

—¡Pues bien! exclamó de Giac; sacerdote, hazme el último servicio!

—¿Cuál? dijo el monge abriendo la puerta.

—Envíame al verdugo, y cuando le veas salir, entra. Y de Giac se volvió á sentar tranquilamente en la piedra en que lo habia encontrado el monge.

—Lo haré como deseais, dijo el sacerdote cerrando la puerta; y el ruido de sus sandalias se perdió en el corredor.

De Giac quedó solo, sacó los anillos que llevaba en la mano izquierda, los pasó á los dedos de la derecha. A penas habia acabado esta mutacion, cuando entró el verdugó. De Giac fué á encontrarlo.

—Escucha, le dijo, en esta mano hay mas de doscientos escudos de oro, anillos y piedras que podria dar á un sacerdote para que dijera misas por mi alma.

De Giac hizo una pausa y miró al verdugo, cuyos ojos brillaban de codicia.

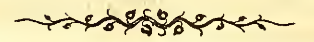
—¡Pues bien! continuó de Giac levantando la manga de su bata, y poniendo su brazo sobre una columna truncada que se elevaba en medio del calabozo; toma tu espada, corta esta mano y los anillos son tuyos.

El verdugo sacó su espada sin decir una palabra, le hizo dar dos vueltas para medir la distancia, y la tercera la descansó sobre la mano del señor de Giac; luego recogiendo la mano, la echó en su bolsa de cuero y salió. Un instante después entró el monje.

—Ahora, le dijo de Giac acercándose y mostrándole su puño sangriento y mutilado, puedes absolverme, sacerdote; ya no tengo mi mano.

Al dia siguiente el señor de Giac fué arrojado al agua y ahogado.

(Traducido para la Camelia.)



PADECER DE LA VIDA.*

Siempre en la vida orfandad,
Llanto, dolor y martirio;
El bien, la felicidad,
Es un sueño, es un delirio.—A.

Desde que al mundo venimos
Comenzamos á llorar;
Es la herencia que tuvimos,
Y mientras en él vivimos
No dejamos de llorar.

Mezclado con amargura
Miramos siempre el placer;
Con el llanto y la tristura
Se confunde la ventura
Con que soñamos ayer.

Y acaso en aquel momento
En que podíamos gozar,
Para turbar el contento
Viene luego al pensamiento
Un recuerdo de pesar.

En la infancia padecemos,
Tambien en la juventud;
Amargo llanto vertemos,
Dolor y miseria vemos
En la triste senectud.

* Tenemos el gusto de publicar la presente composicion de un señorita, que nos ha proporcionado un amigo nuestro.

Por todas partes tormento
E ilusiones de placer;
Estas pasan como el viento,
Y aquel en el pensamiento
Deja horrible padecer.

Y tras estos sinsabores
¿Qué es el fin de la jornada?
Enfermedades, dolores,
De la muerte los horrores,
El triste olvido, la nada.

Tal es el mundo engañoso
En que anhelamos vivir,
Teniendo por espantoso
Aquel momento dichoso
Que dél nos hace salir.

¡Insensatos! ¿no creemos
Que hay otro mundo mejor
Donde felices seremos,
Y que allí disfrutaremos
Sin zozobra ni temor?

Si no fuera la esperanza
Que tenemos de gozar
Ese eden de bienandanza
Que en la otra vida se alcanza,
Nos consumiera el pesar.

Porque es el solo consuelo
Que da alivio al desgraciado
En este mísero suelo;
Gozan reposo en el cielo
Que en la tierra está vedado.

Junio de 1851.—C. T.

EL AMOR DE AURORA.



HAY seres que abandonados
Llorando la vida pasan,
Que frenéticos se abrasan
En las llamas del amor;
Pero amor que no comprende
La torpeza de este mundo,
Tan sublime, tan profundo,
Que nuestra alma eleva á Dios

Amor puro, inextinguible,
Que rechaza los placeres
Que las lúbricas mujeres
Ofreciendo al mundo van:
Amor solo de emociones,
De purísimos intentos,
De sublimes pensamientos
Y de goce espiritual.

No ese amor de que blasona
El cinismo indiferente,
Y en que goza brutalmente
La materia y nada mas:

Que elevarse al hombre impide
De lascivia torpe lleno,
Que le arrastra por el cieno
De asqueroso lodazal.

¡Cuántas veces busqué errante
Por mi lóbrego camino
Ese amor, ¡amor divino!
Que inflamó mi corazon!
¿Y qué halle? Desenvoltura,
Fuerte apego á los placeres,
La perfidia en las mujeres,
El sarcasmo en el amor.

Triste me era el desengaño
Que tan jóven recibia,
Y soñaba con el dia
De feliz restauracion.
E insensato, delirante,
Seguí en pos de los amores;
Pero hallaba siempre flores
Sin aroma y sin color.

¡Cuántas bellas caprichosas
Al oirme sonrieron!....
Pero nunca comprendieron
La pureza de mi fe.
Porque solo ambicionaban
En sus raptos amorosos,
Mil deleites caprichosos
Y excitantes á la vez.

Y volcánicas juzgando
A su modo el amor mio,
En su torpe disvarío
Olvidaban el pudor.
Y buscaba en sus caricias
El amor sin artificio,
El espíritu y no el vicio,
Que mataba mi ilusion.

Si abcecadas conocian
Mi insultante menosprecio,
Exclamaban: es un necio
Que rechaza nuestro amor;
Un estúpido poeta
Que delira en este suelo
Con arcángeles del cielo;
Y reian.... ¡Maldicion!

Tales eran las mujeres
Que en mi ciego afan hallaba:
¡Pobre necio que soñaba
Con la gloria de mi amor!
Al principio....¡desdichado!
En mis éxtasis ardientes,
Las juzgaba yo inocentes
Como arcángeles de Dios;

Pero nada; nunca pude
Encontrar en mi camino
Ese amor, amor divino
Que inflamó mi corazon.
Y maldije en mi despecho
Sus encantos y mi vida
Al mirar desvanecida
Ilusion tras ilusion.

II.

Pobre jóven sin amores,
Sin las flores
Que soñé,
El hastío me cercaba
Y acababa
Con mi fe.

Mis hermosas ilusiones,
Mis canciones
Al amor
Tristemente recorria,
Y moria
De dolor.

Mi existencia pesarosa
En mi hermosa
Juventud
A su término llegaba,
Pues no hallaba
La quietud.

Pero un ángel inocente
Mi doliento
Faz miró,
Y movida de mi llanto
Mi quebranto
Comprendió.

III.

¡Pobre jóven! me dijo la hermosa;
Yo comprendo tus castos amores,
Llenaré tu camino de flores,
Ceñiré con laureles tu sien,

A esas lágrimas puras que viertes
Al recuerdo fatal de tu historia,
Deberemos los dos nuestra gloria,
Pues las quiero feliz recoger.

Alza, jóven, la frente soberbia;
¿Mi frenético amor no te inspira?
Pulsa pues entusiasta la lira,
Pobre bardo que el mundo burló.
Que á tu lado mi vida pasando
Cual la yedra al arbusto enlazada,
De tu mente soberbia, inspirada,
Gozaré la sublime expresion.

Tiempo es ya de que cese tu llanto,
Que se acaben tus justos enojos,
Y en mis ojos clavando tus ojos
Disfrutemos de inmenso placer.
Tú el encanto serás de mi vida,
Yo seré quien tus versos inspíre;
Si suspiras, habrá quien suspire,
Y si lloras, quien llore tambien.

Al sonar esa voz en mi oido
Quise ver con asombro y ternura
A la jóven que cándida y pura
Ofrecíame vida y amor.
Y mis ojos clavando en sus ojos,
Donde amor celestial atesora,
Fascinóme la luz de mi Aurora,
Que es la dicha, el orgullo del sol.

Desde entonces el mundo á mi vista
Es un valle cubierto de flores:
Bella Aurora, tus castos amores
Me han devuelto la vida y la fe.

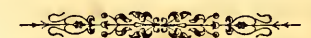
Porque no amas como aman las otras
Desenvueltas y locas mujeres;
Tus ideas, tu amor, tus placeres,
Nadie puede feliz comprender.

Ven, Aurora; en mi seno reclina
Esa frente de arcángel sublime;
Con tus sienes hermosas oprime
Mi entusiasta y feliz corazon.
Bajo el blando follaje que besa
Al mecerse en sus hojas la brisa,
Quiero ver tu apacible sonrisa
Y gozar de tu armónica voz.

Allí, Aurora, al murmurio süave
Que producen las aguas serenas,
Sobre alfombra de mil azucenas,
Contemplando la bóveda azul.
Nuestras almas ardientes unidas
Vagarán en un mar de ilusiones,
Y al cruzar por las vastas regiones
Donde brilla mas pura la luz.

Al surcar entre nubes de gasa
El hermoso y espléndido espacio,
Entraremos sin duda al palacio
Que ilumina magnífico el sol.
Y ante el trono de Dios prosternados.
Tan felices, Aurora, seremos,
Que la bella sonrisa veremos
Con que aprueba Jehová nuestro amor.

Méjico, junio 5 de 1853.—J. Montiel.



FLORES MARCHITAS.

Crucé una inmensa tierra en que las flores
En lugar de rocío tienen llanto;
¡Cuántos serán del mundo los dolores
Nunca creí que se llorara tanto!
CAMPRODON.

Brilló un dia una aurora ante mis ojos
Y al cielo levanté mi erguida frente,
Y sentí una cosa omnipotente
Dentro mi propio ser.
Ví en el Oriente los celajes rojos
Cual cortinas de púrpura, tendidos,
Y algo del corazon en los latidos
Yo quise comprender.

Yo ví la luz, y en el cerúleo manto
Ví dilatarse el esplendor del dia,
Y en mi placer, mi corazon sentia
De encanto respirar.
Escuché de los pájaros el canto,
Ví mecerse los nidos de esas aves,
Y á sus trinos armónicos, süaves,
Respondí con llorar.

Absorto contemplaba el horizonte
Cómo unia la tierra con la altura,
Absorto contemplaba la llanura
Y el agua del raudal.
Y la cumbre magnífica del monte,
Y al mecerse los árboles sombríos,
Y al oir el murmurio de los rios
Y al recio vendabal.

Torné á mirar la luz, la nube, el cielo,
Los montes, las llanuras y los mares;
Torné á escuchar del ave los cantares,
Y yo torné á llorar.
Creció del alma el poderoso anhelo,
Del corazon crecieron los latidos,
Y el encanto inmortal de mis sentidos
Volvióme á conturbar.

Bello se alzó á mi vista y esplendente
El orbe con sus mundos brilladores,
Y ví encubierta de pintadas flores
La tierra en su extension.
E irguiendo el cuello, al levantar mi frente
Corrí á gozar del mundo que veia,
Porque el alma una cosa comprendia,
Algo mi corazon.

El alma comprendió que ciencia y gloria
Debia disfrutar en esta vida;
El alma comprendió que era nacida
Para ser inmortal.
Recordó con encanto su memoria
Que era de Dios la imágen verdadera,
Que su orígen no estaba en esta esfera,
Que era otro celestial.

Y al mirar de la ciencia los fulgores
Tuvo de lo infinito el sentimiento,
Y lleno de poder el pensamiento,
La ciencia comprendió.
El corazon entonces vió las flores
Que el mundo inmenso por do quier cercaban,
Y sintió sus aromas que embriagaban,
Y sus colores vió.

Oyeron mis oidos armonías
Cuyo eco en el alma resonaba,
Y escucharlas por siempre deseaba,
Con inefable ardor.
Y pasaban veloces esos dias,
Y el corazon inquieto, en sus latidos
Me revelaba goces escondidos,
Y supe qué era amor.

Entonces ví del mundo las praderas
Cubiertas de jardines y verjeles,
Y anhelé una corona de laureles
Para mi ardiente sien.
Miraba yo las flores placenteras
Que llenaban el aura de ambrosía,
Y mas y mas mi frente se encendia,
Y quise amar tambien.

Ignoraba esa voz; pero al arrullo
De la sencilla y cándida paloma,
Le habló á mi corazon dulce *un* idioma
Que entonces conocí.
Del aura errante el plácido murmullo,
El rüido del agua cristalina,
El césped que tapiza la colina,
Las flores de rubí;

El vuelo de las aves, el rüido
De los bosques oscuros, y la lumbre
Del nítido relámpago, y la cumbre
Del monte colosal;
Y el celaje de púrpura teñido,
Y el rosicler hermoso de la aurora,
Y el canto de la tórtola que llora
En medio el carrizal:

En todo hallé señal de los amores.
En todo voz hallaba y sentimiento,
Y abrasado mi jóven pensamiento,
Gozaba solo amor.
Porque entonces en torno hallaba flores
Conque guirnaldas sin cesar tejia,
Porque entonces do quier dicha sentia
Y encanto seductor.

Ví una vez una flor, cándida y bella,
Flor del Eden al mundo trasplantada....
Y de una mujer á la mirada
Corté esa pura flor.
Y ví en la tarde aparecer la estrella,
Pero al través de los celajes rojos;
Y entonces descendieron de mis ojos
Lágrimas de dolor.

Porque bajé la vista de ese cielo,
Adonde siempre la ilusion veia,
Y ví la flor de la esperanza mia
Marchitada rodar.
Busqué entonces las flores de este suelo,
Y al mirar las llanuras, ví las flores
Marchitas entre cardos punzadores,
Y me puse á llorar.

Quise escuchar el eco de las aves,
Quise gozar su dulce melodía,
Pero todo á mi vista se perdia
En niebla funeral.
Se acabaron los cánticos süaves
Que arrullaban mis sueños, mis amores;
Marchitas miro las fragantes flores
Caer en el raudal.
Se han tornado los plácidos verjeles
En un yermo desierto y solitario,
Y un velo tenebroso, funerario,
Cubre todo á mi faz.
Se perdió la corona de laures,
Que el amor con encanto me dió un dia,
Y la ilusion, y la esperanza mia
Huyeron con mi paz.

Y desde entonces lágrimas sin cuento
Han surcado mil pálidas mejillas;
Hojas secas tan solo y amarillas
Pisa incierto mi pié.
Yo levanto mi vista al firmamento
Buscando del amor algunas huellas,
Y la blando rutilar de las estrellas,
Recuerdo lo que fué.
Y lágrimas, y lágrimas dolientes
Van destruyendo mi agitada vida....
Con el llanto la tierra está nutrida;
Solo existe el dolor,
Ya solo puedo consagrar fervientes
Gemidos de dolor en mis canciones;
En el mundo no existen ilusiones,
Es mentira el amor.

Perfumes mortuorios, los olores
Son que derraman los floridos prados,
Por el llanto están mustios, agostados;
No crece ni una flor.
Llorar, solo llorar, de los amores
Al recuerdo que aflige nuestra mente,
Es del hombre el destino, y su alta frente
Inclinar al dolor.

Corre, corre sin tregua, llanto mio;
Riega esas hojas que arrancara el viento:
Tal vez recobrarán vida y aliento,
Aromas y color.
Y si las lleva el huracan bravío,
Tal vez hasta la orilla de los mares,
Impresas llevarán de los pesares
Mis lágrimas de amor.

Tal vez allí un náufrago perdido
De las playas ardientes en la arena,
Cuando recuerde su placer y pena
Al encontrarse allí,
Las hallará, y al verlas un gemido
Exhalará al susurro de los vientos;
Le inspirarán acaso pensamientos
De ese amor que perdí.

Tal vez las alzará, y al contemplarlas,
Al ver impresas lágrimas de amores,
Notará que esas hojas, esas flores,
Flores marchitas son.
Y acaso, acaso tornará á guardarlas,
Porque en ellas al ver llanto perdido,
Dirá exhalando al cielo su gemido:
Llanto es del corazon.

Mas no, que no las alce, que perdida
Mi memoria se quede,
Que llevan de mi vida
La historia de dolor: con ellas ruede
Y quedará por siempre oscurecida.

El laurel ya no quiero de la gloria,
Que las sienes circunda
Del que en la eterna historia
Quiere dejar espléndida memoria
Que el porvenir de resplandor inunda.

No quiero ya el placer, ni los amores,
Que invocan los sentidos;
No quiero ya las flores
Que se tornan en cardos punzadores
Dejando al alma y corazon heridos.

Queden marchitas para siempre, en tanto
Que el eco de mis penas,
Mientras vierto mi llanto,
Va con el eco de mi triste canto
A perderse del mar en las arenas.

Méjico.—Francisco Granados Maldonado.

LA ESTRELLA DE LA TARDE.



I.

¡Esplendorsa estrella! ¡púdica vírgen del cielo! Yo te adoro como un destello del Omnipotente, yo te contemplo pura y divina como los ensueños de la inocencia, y cuando te miro brillar por Occidente como la auréola de Dios, quiero llegar hasta tí para depositar en tu seno mis suspiros.....

Siempre te he adorado, vírgen de amor, siempre te he contemplado como el símbolo de la pureza, porque apareces en los cielos cual hermosísima diosa de mis tristes cantares; y entonces, cuando te miro radiante, late mi corazon al impulso de la esperanza, porque en tí admiro la sabiduría de Dios....

¡Cuántas veces me has visto llorar el infortunio de mi juventud, y cuántas tambien me has sorprendido cuando un recuerdo triste, tan triste como la memoria de mi padre, ha hecho brotar el llanto de mis ojos, y tú entonces con solo tu hermosura has disipado mi tormento!....

II.

Ven ya, que el sol apenas envia sus espirantes rayos; el crepúsculo se va desvaneciendo como la niebla de los campos, y las flores cerrando van sus corolas. Ven, estrella de

la tarde, que mi corazon te desea como el desdichado la felicidad: no desdeñes mis halagos como la ingrata mujer, porque mi amor es sincero como la oracion del justo. Siempre te amé....

III.

Aparece ya, que las aves reposan dormidas bajo el umbrío follaje de los campos; solo se escucha el tranquilo murmurar de las aguas espumosas....

Ven presto, porque deseo ver rielar tu luz en las cristalinas ondas del lago....

IV.

¡Oh! Y ¡qué bella eres cuando te presentas imperando entre los astros! Los celajes no se atreven á ocultar tu fulgor purísimo como la mirada de un arcángel, y cuando cintilas, cuando tu luz tiembla, entonces miro en tí mi ventura, porque tú sola has sido la vírgen de mis amores....

V.

Tambien me mirabas sonreir, cuando arrullado por mi madre ignoraba yo que existia; tambien miraste mi frente pura entonces, libre de pena. ¿No es verdad? Pero mis ensueños de niño ya pasaron; se desvanecieron como la hermosura de un lirio que la tempestad abate, sin dejar huella tras sí....

¿Y ahora?.... Solo me ves llorar, solo me ves gemir..... Solo tu vida es tranquila: siempre velando la existencia del hombre, le miras mecerse en su cuna rodeado de pureza, y tambien eres su compañera en el sepulcro....

¡Misteriosa viajera!.... Tú tambien morirás; eres frágil como la naciente rama de un sauz; tus encantos se marchitarán como los pétalos que el viento arranca.

VI.

¡Angel de mis tristes amores! ¡Solo en tí he encontrado mi esperanza y en tu luz fulgente el alivio en mis pesares!

Tú has velado mi sueño, cubriendo con tus alas de diamante mi lecho de amargura, y cuando el fantasma de mis maldecidos dias interrumpe mi solaz, solo al mirarte se evapora mi pesar.

Tú revelas al mundo la existencia del Criador y tú acallas orgullosa las dudas del impío haciendo que se postre ante tu luz.

Tú eres estrella de amores que el poeta ha cantado con su lira, porque has alumbrado tal vez la frente de su amada, porque tú has escuchado los suspiros de angustia que su pecho han calcinado, porque tú, en fin, los sorprendias en sus coloquios de amor.... tal vez en sus últimos cantos de muerte....

Sigue, sigue mitigando mi lloro, que es de fuego, de maldicion; solo tú podrás calmar el delirio que abrasa mi cabeza, porque en la tierra todo es mentira y solo en tí veo esperanza.....

VII.

Sí, tú me consolabas cuando gemia de dolor por la ingratitud de los hombres, cuando aislado en la tierra no tenia quien suavizara mi infortunio.... ¡Oh! Y tú entonces hablabas á mi corazon, tú cintilabas para hacerme comprender que solo tú recibias benigna mis suspiros y lamentos....

Solo tú has sido para mí el consuelo de mi vida, y tú tambien alumbrarás el sepulcro que guarde mis amarillentos huesos....

Algun dia morirás, ¡oh estrella! Tu radiante luz se apagará como la lámpara que el viento extingue.

Junio de 1853.—Jose Eligio Aguilar.

(Remitida.)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LA DECLARACION
CANCION.

Música de la Sta. Da.

JUANA AGUILAR Y ORTEGA.

Andante espresivo

VOZ

PIANO

Cuan_do un pe_cho a_pa_sio na_do te brin_da ni_ña ino_cen_te un a_mor pu_ro y ar_dien_te con_res_pe_to y con leal_tad Re_com_pen_sa con el tu_yo su ca_ri_ño si te ins_pi_ra mas no al al_ma que de_li_ra le o_frez_cas so_lo a_mis ta_d tad

1a. 2a.

Fin

Propiedad de la Camelia

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

PROSA.

POESIA.

FE DE ERRATAS.

PAGS.	LÍNS.	DICE.	LEASE.
22	3	Dejará	Dejara
28	22	buscar un ser	busca un ser
31	28	Bentiroglio	Bentivoglio
33	25	de su demas	de sus damas
36	19	ha dejodo	ha dejado
45	33	vissa	vista
58	35	Muere	Muero
59	28	entró	entro
78	29	intregar	entregar
83	17	munda	mundo
84	32	su mirada	tu mirada
87	8	rrópicos	trópicos
88	19	zozas	zonas
104	36	del que era objeto	de que era objeto
105	1	procupacion	preocupacion
id.	27	por las esperiencia	por la esperiencia
110	8	Hlagaba	Halagaba
144	12	solaz	sola
153	4	en encuentra	se encuentra
id.	17	ancho	ancha
168	24	escupire	escupirte
189	5	Lambese	Lambesc
197	27	solir	salir
206	21	de seda ledo	colocado

PAGS.	LINS.	DICE.	LEASE.
207	22	¡Estréllate pensamientos!	¡Estréllate pensamiento!
213	20	Que ni alma	Que mi alma
220	8	tengo mucho en que	tengo mucho gusto en
id.	23	arquesta	orquesta
222	5	hermanas damas	hermosas damas
228	3	repar	reparar
229	22	muchar queridas	muchas queridas
id.	24	nuestro dinero	vuestro dinero
231	4	industriso	industrioso
234	31	La noche precede	La noche que precede
244	13	rigue	riegue
248	22	una posicion	es una posicion
260	13	Y un sueño	De un sueño
id.	3	es el	es la
267	21	desgarras	desgarro
285	21	idealizado	idealízalo
id.	33	¡me comprendo al fin!	¡me comprendió al fin!
301	5	su señora	tu señora
305	11	gozas	gozasen
309	4	nuestros suscritores	nuestras suscritoras
310	7	Clazomienes	Clazomenes
314	23	temerosos	temerosas
319	22	libetino	libertino
id.	23	pra	para
id.	25	Hoy	Hay
id.	26	falicidad	felicidad
320	3	no aparentó	aparentó
id.	11	está teatro esta	este teatro está
322	14	desastr	desastre
327	23	equitativa	equívoca
id.	18	irritaciun	irritacion
324	6	volvió á leer de	volvió á leer la carta de
369	9	modas forman	modas no forman
370	7	doe	dos
id.	28	tienen	tienes

PAGS.	LINS.	DICE.	LEASE.
371	8	bondándolo	bordándolo
id.	16	es decir	el decir
id.	17	un compás	sin compás
376	26	cumbes	cumbres
377	2	crimina	criminal
380	23	¿cerereis en el	¿crcereis en el
382	5	orgíen	orígen
385	32	hasen	hacen
386	3	neces!dad	necesidad
id.	20	ues	ves
388	5	1585	1685
id.	6	1652	1852
392	11	Jontenelle	Fontenelle
339	19	nuestra	vuestra
id.	id.	protege á	protegerá
id.	29	vió que en efecto	vió en efecto
401	4	sobre su cabeza	sobre sus cabezas
id.	34	inquietun	inquietud
404	23	reflexionará	reflexionara
405	31	Luffolk	Suffolk
410	32	Perouit	Peronit
413	23	me he tirado	me han tirado
id.	32	decsí	decís
416	9	donde se le	donde le
418	6	ciego de corazon	viejo de corazon
418	13	le	el
420	7	y atada	atada
423	Nota.	un señorita	una señorita
426	9	¿Y qué halle?	¿Y qué hallé
427	5	Y buscaba	Yo buscaba
id.	9	abcecadas	obsecadas
455	18	mil pálidas	mis pálidas



